

EL INTRUSO Y OTROS CUENTOS FANTÁSTICOS

H.P. LOVECRAFT

LA TUMBA¹

«Sedibus ut saltem placidis in morte quiescam».²

VIRGILIO

Al abordar las circunstancias que han provocado mi reclusión en este asilo para enfermos mentales, soy consciente de que mi actual situación provocará las lógicas reservas acerca de la autenticidad de mi relato. Es una desgracia que el común de la humanidad sea demasiado estrecha de miras para sopesar con calma e inteligencia ciertos fenómenos aislados que subyacen más allá de su experiencia común, y que son vistos y sentidos tan sólo por algunas personas psíquicamente sensibles. Los hombres de más amplio intelecto saben que no existe una verdadera distinción entre lo real y lo irreal; que todas las cosas aparecen tal como son tan sólo en virtud de los frágiles sentidos físicos y mentales mediante los que las percibimos; pero el prosaico materialismo de la mayoría tacha de locuras a los destellos de clarividencia que traspasan el vulgar velo del empirismo chabacano.

Mi nombre es Jervas Dudley, y desde mi más tierna infancia he sido un soñador y un visionario. Lo bastante adinerado como para no necesitar trabajar, y temperamentalmente negado para los estudios formales y el trato social de mis iguales, viví siempre en esferas alejadas del mundo real; pasando mi juventud y adolescencia entre libros antiguos y poco conocidos, así como deambulando por los campos y arboledas en la vecindad del hogar de mis antepasados. No creo que lo leído en tales libros, o lo visto en esos campos y arboledas, fuera lo mismo que otros chicos pudieran leer o ver allí; pero de tales cosas debo hablar poco, ya que explayarme sobre ellas no haría sino confirmar esas infamias despiadadas acerca de mi inteligencia que a veces oigo susurrar a los esquivos enfermeros que me rodean. Será mejor para mí que me ciña a los sucesos sin entrar a analizar las causas.

Ya he dicho que vivía apartado del mundo real, aunque no que viviera solo. Eso no es para seres humanos, ya que quien se aparta de la compañía de los vivos inevitablemente frecuenta la compañía de cosas que no tienen, o al menos no demasiada, vida. Cerca de mi casa existe una curiosa hondonada boscosa en cuyas profundidades umbrías pasaba la mayor parte del tiempo; leyendo, pensando y soñando. En sus musgosas laderas tuvieron lugar mis primeros pasos infantiles, y en torno a sus robles grotescamente nudosos se entretejieron mis primeras fantasías de adolescencia. Terminé por conocer bien a las dríadas tutelares de tales árboles, y a menudo he atisbado sus salvajes danzas a los fieros rayos de la luna menguante... pero no debo hablar ahora de eso. Debo ceñirme a la tumba abandonada de los

¹ The Tomb (junio de 1917). Primera publicación: The Vargant, marzo de 1922. No existe manuscrito.

² Que, en la muerte, pueda descansar en lugar placentero.

Hydes, una vieja y rancia familia cuyo último descendiente directo había sido introducido en su negro seno décadas antes de mi nacimiento.

Esta cripta de la que hablo es de viejo granito, carcomido y descolorido por brumas y humedades de generaciones. Excavado en la ladera, tan sólo la entrada de la estructura resulta visible. La puerta, un bloque pesado e imponente de piedra, cuelga sobre oxidados goznes de hierro, y se encuentra entornada de forma extraña y siniestra, mediante pesadas cadenas y candados, siguiendo una rústica costumbre de hace medio siglo. La residencia del linaje cuyos vástagos yacen aquí en urnas antiguamente coronaba la cuesta donde se halla la tumba, pero hace mucho que se derrumbó víctima de las llamas provocadas por la desastrosa caída de un rayo. Los mas viejos del lugar a veces hablan con voces apagadas e inquietas acerca de la tormenta de medianoche que destruyó esa melancólica mansión; mencionando lo que ellos llaman «cólera divina» en una forma tal que en años posteriores aumentaría la siempre fuerte fascinación que sentía por ese sepulcro devorado por las malezas. Tan sólo un hombre había perecido por el fuego. Cuando el último de los Hydes fue sepultado en este lugar de sombras y quietud, aquella triste urna de cenizas había llegado de una tierra distante, ya que la familia se había marchado tras el incendio de la mansión. Ya no queda nadie para depositar flores en el portal de granito, y pocos se aventuran entre las deprimentes sombras que parecen demorarse en forma extraña alrededor de sus piedras gastadas por el agua.

Nunca olvidaré la tarde en que me encontré por primera vez con esa casa de muerte casi oculta. Era mediado el verano, cuando la alquimia de la naturaleza transmuta el paisaje silvestre en una vívida y casi homogénea masa de verdor; cuando los sentidos se ven intoxicados por oleadas de húmedo verdor y el aroma sutilmente indefinible de la tierra y la vegetación. En tales parajes la mente pierde la perspectiva; tiempo y espacio se hacen vanos e irreales, y los sucesos de un pasado perdido laten insistentemente sobre la conciencia cautivada. Estuve vagabundeando todo el día a través de las místicas arboledas; pensando en cosas de las que no hace falta hablar y conversando con seres que no debo mencionar. A la edad de diez años, yo había visto y oído multitud de maravillas ocultas para el vulgo; y era curiosamente viejo en ciertos aspectos. Cuando, tras abrirme paso entre dos exuberantes zarzales, me topé bruscamente con la entrada de la cripta, yo no sabía lo que había descubierto. Los oscuros bloques de granito, la puerta tan curiosamente entreabierta, y los relieves funerarios sobre el arco, no despertaron en mí asociaciones tristes o terribles. Sobre tumbas y sepulcros ya era mucho lo que sabía e imaginaba, aunque por mi peculiar carácter me había apartado de todo contacto con camposantos y cementerios! La extraña casa de piedra en la ladera representaba para mí una fuente de interés y especulaciones; y su interior frío y húmedo, dentro del que vanamente trataba de ojear a través de la abertura tan incitantemente dispuesta, no tenía para mí connotaciones de muerte o decadencia. Pero de ese instante de curiosidad nació el loco e irracional deseo que me ha conducido a este infierno de reclusión. Azuzado por una voz que debía proceder del espantoso corazón de la espesura, resolví penetrar aquellas tinieblas que me reclamaban, a pesar de las

cadena que impedían mi acceso. En la menguante luz del día, alternativamente sacudí los herrumbrosos impedimentos, dispuesto a franquear la puerta de piedra, e intenté escurrir mi magro cuerpo a través del espacio ya abierto; pero nada de todo esto resultó. Tras la curiosidad del principio, ahora me encontraba frenético; y cuando en el crepúsculo que avanzaba volví a casa, había jurado al centenar de dioses del bosque que, a cualquier precio, algún día me abriría paso hasta las oscuras y heladas profundidades que parecían reclamarme. El médico de barba gris que acude cada día a mi cuarto dijo una vez a un visitante que tal decisión representaba el comienzo de una penosa monomanía; pero esperaré el juicio final de los lectores cuando éstos hayan sabido todo.

Consumí los meses posteriores al descubrimiento en inútiles tentativas de forzar el complejo candado de la cripta entreabierta, así como en discretas indagaciones acerca de la naturaleza e historia de esa estructura. Con el oído tradicionalmente receptivo de los niños, aprendí mucho, aun cuando mi habitual reserva me llevó a no comunicar a nadie ni esos datos ni la decisión tomada. Quizás debiera mencionar que no me sorprendí ni me aterró al conocer la naturaleza de la cripta. Mis originales ideas acerca de la vida y de la muerte me habían llevado a asociar, de alguna vaga forma, la fría arcilla y el cuerpo animado; y sentí que esa grande y siniestra familia de la mansión incendiada estaba en algún modo presente en el pétreo recinto que yo trataba de explorar. Las habladurías sobre ritos salvajes e idólatras orgías ocurridas antiguamente en el viejo lugar despertaban en mí un nuevo y poderoso interés por la tumba, ante cuyas puertas podía sentarme durante horas y más horas cada día. En cierta ocasión lancé una vela por la rendija de la entrada; pero no pude ver nada sino un tramo de húmedos peldaños que descendía. El olor del lugar me repelía al tiempo que me fascinaba. Sentía haberlo aspirado ya antes, en un remoto pasado anterior a todo recuerdo; previo incluso a mi estancia en el cuerpo que ahora habito.

El año siguiente al descubrimiento de la tumba encontré una traducción carcomida por los gusanos de las Vidas de Plutarco en el ático atestado de libros de mi hogar. Leyendo la vida de Teseo, quedé sumamente impresionado por aquel pasaje que habla sobre la gran roca bajo la que el héroe infantil habría de encontrar las señales de su destino, tras hacerse lo suficientemente adulto como para alzar su enorme peso. Esa leyenda consiguió aplacar mi acuciante impaciencia por penetrar la cripta, ya que me hizo percibir que aún no había llegado el tiempo. Más tarde, me dije, alcanzaría fuerza e ingenio bastantes como para franquear con facilidad la puerta pesadamente encadenada; pero hasta ese momento debía conformarme con lo que parecían los designios del Destino.

En consecuencia, la atención dedicada al húmedo portal se tornó menos persistente, y dediqué mucho de mi tiempo a otras meditaciones sobre asuntos igualmente extraños. A veces me levantaba sigilosamente durante la noche, saliendo a pasear por aquellos camposantos y cementerios de los que mis padres me habían mantenido alejado. Qué hacía allí no sabría decir, ya que no estoy seguro de la realidad de algunos hechos; pero sé que al día siguiente de alguno de tales paseos

solía asombrarme con la posesión de un conocimiento sobre temas casi olvidados durante muchas generaciones. Fue durante una noche así que estremecí a la comunidad con una extraña hipótesis acerca del enterramiento del rico y famoso hacendado Brewster, una celebridad local sepultada en 1711 y cuya lápida de pirraza, ostentando el grabado de una calavera y dos tibias cruzadas, iba convirtiéndose lentamente en polvo. En un instante de infantil imaginación juré no sólo que el enterrador, Goodman Simpson, había hurtado sus zapatos con hebilla de plata, medias de seda y calzones de raso al muerto antes del entierro; sino que el mismo hacendado, aún vivo, se había girado por dos veces en su ataúd cubierto de tierra el día después de ser sepultado.

Pero la idea de penetrar la tumba nunca abandonó mis pensamientos; viéndose de hecho estimulada por el inesperado descubrimiento genealógico de que mis propios antepasados maternos mantenían un ligero parentesco con la familia de los Hydes, considerada extinta. El último de mi rama paterna, yo era asimismo el último de ese linaje más viejo y misterioso. Comencé a considerar esa tumba como mía, y a esperar con ansiedad el futuro, esperando el momento en que pudiera traspasar la puerta de piedra y descender en la oscuridad aquellos viscosos peldaños de piedra. Adquirí el hábito de escuchar con gran atención junto al portal entornado, eligiendo para esa curiosa vigilia mis horas preferidas, en la quietud de la medianoche. Al alcanzar la edad adulta, había abierto un pequeño claro en la espesura, ante la fachada cubierta de moho de la ladera, permitiendo a la vegetación adyacente circundar y cubrir aquel espacio, a semejanza de un selvático enramado. Tal enramado era mi templo, la puerta aherrojada del santuario, y aquí yacía tendido en el musgoso suelo, sumido en extraños pensamientos y enroñando sueños extraños.

La noche de la primera revelación hacía bochorno. Debí quedarme dormido a causa del cansancio, ya que tuve la clara sensación de despertar al oír las voces. Dudo de mencionar sus tonos y acentos; de su cualidad no quiero ni hablar; pero puedo decir que había extraordinarias diferencias en su vocabulario, pronunciación y en la construcción de frases. Cada matiz del dialecto de Nueva Inglaterra, desde las groseras sílabas de los colonos puritanos a la retórica precisa de cincuenta años atrás, parecían hallarse representadas en aquel sombrío coloquio, aunque sólo más tarde caí en la cuenta. En ese instante, de hecho, mi atención estaba distraída con otro fenómeno; un suceso tan fugaz que no podría jurar que haya sucedido realmente. Apenas creí estar despierto, cuando una luz se apagó apresuradamente dentro del hondo sepulcro. No creo haber quedado pasmado o sumido en el pánico, aunque soy consciente de haber sufrido un cambio grande y permanente durante esa noche. Al volver a casa me dirigí sin vacilar a un podrido arcón del ático, en cuyo interior encontré la llave que al día siguiente abriría fácilmente la barrera contra la que tanto tiempo había luchado en vano.

Fue al suave resplandor del final de la tarde cuando por vez primera accedí a la cripta de la ladera abandonada. Un hechizo me envolvía, y mi corazón latía con un alborozo que apenas puedo describir. Mientras cerraba a mis espaldas la puerta y descendía los pringosos escalones a la luz de mi solitaria vela, creí reconocer el

camino y, aunque la vela chisporroteaba debido al sofocante ambiente del lugar, me sentía singularmente a gusto con aquel aire viciado, como de osario. Mirando alrededor, columbré multitud de losas de mármol sobre las que reposaban ataúdes, o restos de ataúdes. Algunos estaban sellados e intactos, pero otros casi se habían deshecho, dejando las manijas de plata y placas caídas entre algunos curiosos montones de polvo blancuzco. En una de las placas leí el nombre de sir Geoffrey Hyde, que había llegado de Sussex en 1640 y muerto aquí unos años después. En un llamativo nicho había un ataúd bastante bien conservado y vacío que me hizo sonreír a la par que estremecer. Un extraño impulso me llevó a encaramarme a la amplia losa, apagar la vela y yacer dentro de la caja desocupada.

Con la luz gris del alba salí dando tumbos de la cripta y aseguré la cadena de la puerta a mi espalda. Ya no era un joven, aun cuando tan sólo veintiún inviernos habían pasado por mi envoltura corporal. Los aldeanos más madrugadores que alcanzaron a presenciar mi vuelta a casa me contemplaron atónitos, asombrados de los signos de juega tormentosa visibles en alguien cuya vida era tenuta por sobria y solitaria. No me mostré ante mis padres hasta después de un largo y reparador sueño.

En adelante frecuenté cada noche la tumba; viendo, escuchando y realizando actos que jamás debo revelar. Mi forma de hablar, siempre susceptible de las influencias más inmediatas, fue lo primero en sucumbir al cambio, y la súbita aparición de arcaísmos en mi habla fue pronto advertida. Más tarde, mi conducta se tiño de extraño valor y temeridad, hasta el punto de que inconscientemente comencé a adoptar la actitud de un hombre de mundo, a pesar de mi reclusión de por vida. Mi anteriormente silenciosa lengua se tornó voluble, con la gracia fácil de un Chesterfield o el cinismo ateo de un Rochester. Mostraba una curiosa erudición, completamente alejada de los saberes fantásticos y monacales de los que me había empapado en mi juventud, y cubría las hojas de guarda de mis libros con fáciles e improvisados epigramas que tenían influencias de Gay, Prior y los más vivos de los burlones y poetas augustos. Una mañana, durante el desayuno, me puse al borde del desastre al declamar con acentos netamente ebrios una efusión de alegría bacanal del siglo dieciocho; un soplo de alegría georgiana nunca consignada en libros, que rezaba más o menos así:

*Acudid acá, mozos, con vuestras jarras de cerveza,
Y bebed por el presente antes de que se esfume;
Apilad en vuestro plato una montaña de carne,
Pues el comer y el beber nos brinda alivio:
Así que colmad vuestros vasos,
Ya que la vida pronto pasará;
¡Cuando estéis muertos no brindaréis a la salud
del rey o de vuestra chica!*

Anacreonte tenía la nariz roja, según cuentan:

*¿Pero qué es una nariz colorada a cambio de estar alegre y vivaz?
¡Dios me valga! Mejor rojo como estoy aquí,
que blanco como un lirio... ¡y muerto medio año!
Así que Betty, mi dama,
Ven y dame un beso;*

*¡En el infierno no hay hija de ventero que se te pueda comparar!
El joven Harry se mantiene todo lo tieso que puede,
Pronto perderá la peluca y caerá bajo la mesa;
Pero colmad vuestras copas y hacerlas circular...
¡Mejor bajo la mesa que bajo tierra!
Así que reíd y gozad Bebed sin cesar:
¡Bajo seis pies de tierra no os será tan fácil el disfrutar!*

*¡El diablo me confunda! Apenas puedo andar,
¡Maldito sea si puedo tenerme en pie o hablar!
Aquí, posadero, manda a Betty por una silla;
¡Me iré a casa en un rato, ya que mi mujer no está!
Así que echadme una mano;
No me tengo en pie,
¡Pero contento estoy mientras me mantenga sobre la tierra!*

Por esa época comencé a albergar mi actual miedo al fuego y las tormentas. Antes indiferente a tales cosas, sentía ahora un inexplicable horror ante ellas; y era capaz de recogerme al rincón más profundo de la casa cuando los cielos amenazaban con aparato eléctrico. Uno de mis refugios favoritos durante el día era el ruinoso sótano de la mansión quemada, y con la imaginación podría pintar la estructura tal y como había sido antiguamente. En cierta ocasión asusté a un aldeano conduciéndolo en secreto a un sombrío subsótano cuya existencia me parecía conocer a pesar del hecho de que había permanecido desconocido y olvidado durante muchas generaciones.

Al final ocurrió lo que tanto había temido. Mis padres, alarmados por la alteración de ademanes y apariencia de su único hijo, comenzaron a ejercer sobre mis movimientos un discreto espionaje que amenazaba con conducirme al desastre. No había comentado a nadie mis visitas a la tumba, habiendo guardado mi secreto propósito con religioso celo desde la infancia; pero ahora me veía obligado a guardar precauciones cuando deambulaba por los laberintos de la hondonada boscosa, ya que debía despistar a un posible perseguidor. Guardaba la llave de la cripta colgando de un cordel alrededor de mi cuello, cuya existencia tan sólo era conocida por mí. Nunca saqué del sepulcro ninguna de las cosas que encontré entre sus muros.

Una mañana, mientras salía de la húmeda tumba y cerraba las cadenas del portal con mano no demasiado firme, advertí en un matorral adyacente el rostro de un observador. Sin duda, el fin estaba cerca; ya que mi enramado había sido

descubierto y el objeto de mis salidas nocturnas desvelado. El hombre no se me acercó, por lo que me apresuré a volver a casa en un esfuerzo por espiar lo que pudiera informar a mi preocupado padre. ¿Iban mis estancias más allá de la puerta encadenada a ser reveladas al mundo? Imaginen mi regocijado asombro cuando escuché al espía contar a mi padre con un precavido susurro que yo había pasado la noche en el enramado exterior a la tumba; ¡con mis ojos somnolientos clavados en la hendidura que entreabría la puerta aherrojada! ¿Mediante qué milagro se había visto engañado el observador? Ahora estaba convencido de que un agente sobrenatural me protegía. Envalentonado por tal circunstancia celestial, volví a visitar abiertamente la cripta, seguro de que nadie podría presenciar mi entrada. Durante una semana degusté al completo los placeres de ese osario común que no debo describir, cuando aquello sucedió, y me arrancaron de allí para traerme a este maldito lugar de pesar y monotonía.

No debí salir esa noche, ya que el estigma del trueno acechaba en las nubes, y una infernal fosforescencia brotaba del fétido pantano ubicado al fondo de la hondonada. La llamada de los muertos, también, era distinta. En vez de la tumba de la ladera, procedía del calcinado sótano en lo alto, cuyo demonio tutelar me hacía señas con dedos invisibles. Cuando salí de una arboleda intermedia al llano que hay ante las ruinas, contemplé a la brumosa luz lunar, algo que siempre había esperado vagamente. La mansión, desaparecida un siglo antes, alzaba una vez más sus majestuosas formas ante la mirada extasiada; cada ventana resplandecía con el fulgor de multitud de velas. Por el largo sendero acudían los carruajes de la aristocracia de Boston, al tiempo que una muchedumbre de petimetres empolvados iba llegando a pie desde las mansiones vecinas. Con tal gentío me mezclé, a sabiendas de que mi sitio estaba entre los anfitriones, no entre los invitados. En el salón sonaba la música, risas, y el vino estaba en cada mano. Reconocí algunas caras, aunque las hubiera distinguido mucho mejor de haber estado secas, o consumidas por la muerte y la descomposición. Entre una multitud salvaje y audaz yo era el más extravagante y disipado. Alegres blasfemias brotaban a torrentes de mis labios, y mis bruscos chascarrillos no respetaban la ley de Dios, el Hombre o la Naturaleza. Súbitamente, un retumbar de trueno, haciéndose oír aún sobre el estrépito de aquella juerga tumultuosa, rasgó el mismo tejado e impuso un soplo de miedo en aquella porcina compañía. Rojas llamaradas y tremendas ráfagas de calor envolvieron la casa, y los concelebrantes, aterrorizados por el descenso de una calamidad que parecía trascender los designios de una naturaleza ciega, huyeron vociferando en la noche. Tan sólo quedé yo, atado a mi asiento por un terror mortal jamás sentido hasta entonces. Y en ese instante un segundo horror tomó posesión de mi alma. Quemado vivo hasta ser reducido a cenizas, mi cuerpo disperso a los cuatro vientos, *¡jamás podría yacer en la tumba de los Hydes!* ¿Acaso no tenía derecho a descansar durante el resto de la eternidad entre los descendientes de sir Geoffrey Hyde? ¡Sí! ¡Reclamaría mi herencia de muerte aun cuando mi espíritu hubiera de buscar durante eras otra morada carnal que la situase en aquella losa vacía del nicho de la cripta. ¡*Jervas Hyde* nunca arrostraría el triste destino de Palinuro!

Mientras el espejismo de la casa ardiente se desvanecía, me encontré gritando y debatiéndome como un loco entre los brazos de dos hombres, uno de los cuales era el espía que me había seguido hasta la tumba. La lluvia caía a raudales, y sobre el horizonte sur había foganazos de los relámpagos que acababan de pasar sobre nuestras cabezas. Mi padre, con el rostro surcado de pesar, no hacía gesto mientras yo le pedía a voces que me dejara reposar en la tumba, advirtiéndome con frecuencia a mis captores que me trataran con toda la delicadeza posible. Un círculo oscurecido en el suelo del arruinado sótano indicaba un violento golpe de los cielos, y en esa parte un grupo de aldeanos curiosos con linternas indagaban en una pequeña caja de antigua factura que la caída del rayo había aflorado a la luz. Cesando en mis inútiles y ahora sin objeto forcejeos, observé a los espectadores mientras examinaban el hallazgo, y se me permitió participar de su descubrimiento. La caja, cuyos cerrojos habían sido rotos por el golpe que la había desenterrado, contenía multitud de documentos y objetos de valor; pero yo tan sólo tenía ojos para una cosa. Era la miniatura en porcelana de un joven con una elegante peluca de rizos, ostentando las iniciales «J. H.». El rostro era tal y como yo me veía, de suerte que bien pudiera haber estado contemplándome en un espejo.

Al día siguiente me trajeron a este cuarto con barrotes en la ventana, pero me he mantenido al tanto de ciertas cosas merced a un sirviente no muy espabilado, y ya de edad, por quien sentí gran cariño durante la infancia, y quién, al igual que yo, ama los cementerios. Lo que me he atrevido a contar de mis experiencias dentro de la cripta tan sólo me ha brindado sonrisas conmiseras. Mi padre, que me visita a menudo, dice que no he traspasado el portal encadenado, y jura que el herrumbroso cerrojo, cuando él lo examinó, no daba muestras de haber sido tocado en cincuenta años. Incluso afirma que todo el pueblo conocía mis viajes a la tumba, y que con frecuencia me observaban durmiendo en el enramado exterior a la espantosa fachada, los ojos entreabiertos y fijos en el resquicio que conduce al interior. Contra tales afirmaciones carezco de pruebas, ya que mi llave se perdió durante la lucha en esa noche de horror. Las extrañas cosas del pasado que aprendí durante aquellos encuentros nocturnos con los muertos son atribuidos al fruto de mi codicioso e incesante hojear de los viejos volúmenes de la biblioteca familiar. De no haber sido por mi viejo criado Hiram, a estas alturas yo mismo estaría bastante convencido de mi propia locura.

Pero Hiram, fiel hasta el final, ha tenido fe en mí y ha provocado lo que me lleva a publicar al menos parte de esta historia. Hace una semana forzó el cerrojo que aseguraba la puerta de la tumba perpetuamente entornada y descendió con una linterna a las sombrías profundidades. En una losa, en el interior de un nicho, descubrió un ataúd viejo, pero vacío, en cuya deslustrada placa reza esta simple palabra: «*Jervas.*» En ese ataúd y en esa cripta me ha prometido que seré sepultado.

DAGON³

Escribo esto bajo una considerable tensión mental, ya que al caer la noche mi existencia tocará a su fin. Sin un céntimo, y agotada la provisión de droga que es lo único que me hace soportable la vida, no podré aguantar mucho más esta tortura y me arrojaré por la ventana de esta buhardilla a la mísera calle de abajo. Que mi adicción a la morfina no les lleve a considerarme un débil o un degenerado. Cuando hayan leído estas páginas apresuradamente garabateadas, podrán comprender, aunque no completamente, por qué debo olvidar o morir.

Fue en una de las zonas más abiertas y desoladas del gran Pacífico donde el buque del que yo era sobrecargo fue alcanzado por el cazador de barcos alemán. Entonces la gran guerra se hallaba en sus comienzos y las fuerzas oceánicas del Huno aún no habían llegado a su posterior decadencia; así que nuestra nave fue presa según las convenciones, y su tripulación tratada con el respeto y consideración debida a prisioneros de guerra. De hecho, la disciplina de nuestros captares era tan relajada que cinco días más tarde logré huir en un botecillo con agua y provisiones para bastante tiempo.

Cuando finalmente me encontré con las amarras cortadas y libre, tenía muy poca idea de mi posición. No siendo navegante avezado, tan sólo podía suponer vagamente, por el sol y las estrellas, que me encontraba al sur del ecuador. Desconocía mi longitud, y no había a la vista ni islas ni costas. El tiempo permanecía bonancible y durante un número indeterminado de días navegué sin rumbo bajo el sol abrasador, esperando el paso de un barco o la arribada a las playas de alguna tierra habitable. Pero ni barcos ni tierra hacían su aparición, y yo comencé a desesperar en mi soledad, en medio de aquella oscilante inmensidad de azul ilimitado.

El cambio tuvo lugar mientras dormía. Jamás conocí los detalles, ya que mi sueño, aunque problemático y repleto de visiones, fue ininterrumpido. Cuando desperté, lo hice para encontrarme medio hundido en una cenagosa extensión de infernal fango negro que me rodeaba en monótonas ondulaciones hasta tan lejos como llegaba la vista, y en el que mi bote se encontraba embarrancado a cierta distancia.

Aunque podría suponerse que mi primera sensación ante esa prodigiosa e inesperada transformación del paisaje fuese la del asombro, en realidad me encontraba más espantado que perplejo; ya que había en la atmósfera y en el suelo putrefacto una cualidad siniestra que me helaba hasta la médula. La zona era un pudridero de cadáveres de peces descompuestos, así como de otras cosas menos

³ Dagon (julio de 1917). Primera publicación: *The Vagrant*, noviembre de 1919. Aparece en *Weird Tales*, octubre de 1923. Se conserva la copia enviada a esta última revista.

descriptibles que pude ver insinuándose entre el asqueroso légamo de aquella interminable llanura. Quizás no debiera intentar el transcribir con simples palabras la indecible abominación que parecía asentarse en el absoluto silencio y la estéril inmensidad. No había nada al alcance del oído, ni de la vista, excepto una inmensidad de negro limo; y, sin embargo, la absoluta quietud y la monotonía del paisaje me agobiaban con un terror nauseabundo.

El sol llameaba en un cielo que me pareció casi negro en su cruel ausencia de nubes, como reflejando las ciénagas de tinta que había bajo mis pies. Mientras me arrastraba hacia el bote atorado, comprendí que tan sólo había una teoría que pudiera explicar mi situación. Debido a algún cataclismo volcánico sin precedentes, parte del lecho marino debía haber emergido, revelando áreas que parecían haberse mantenido ocultas durante millones de años en las insondables profundidades oceánicas. Tan grande era la extensión de esa nueva tierra alzada bajo mis pies que, por más que aguzase el oído, no se captaba el menor rumor de oleaje. Tampoco había allí ninguna ave marina que se alimentase de los seres muertos.

Durante algunas horas permanecí pensando o cavilando en el bote, que yacía de costado y prestaba una ligera sombra según el sol corría el cielo. Al avanzar el día, el suelo fue perdiendo algo de fluidez, pareciendo en poco tiempo lo bastante seco como para permitir viajar a su través. Esa noche dormí, aunque poco, y al día siguiente preparé un paquete con comida y agua, necesario para una marcha en busca del mar desaparecido, así como de un posible rescate.

A la tercera mañana descubrí que el suelo se encontraba lo bastante seco como para caminar con facilidad. La peste a pescado era exasperante, pero me hallaba demasiado absorto en asuntos de más importancia como para preocuparme por eso, y, resuelto, me puse en marcha hacia una meta desconocida. Durante todo el día avancé siempre hacia el oeste, guiado por un lejano montículo que descollaba sobre las demás elevaciones de aquel desierto ondulado. Acampé aquella noche, y al día siguiente aún estaba en camino hacia el montículo, aunque parecía apenas más próximo que cuando le había avistado por primera vez. El cuarto atardecer alcancé el pie del promontorio, que resultó ser mucho más alto de lo que parecía a distancia; un valle interpuesto hacía aún más pronunciado su relieve sobre la superficie. Demasiado cansado para ascenderlo, me dormí a la sombra de la colina.

No sé por qué mis sueños resultaron tan estrafalarios esa noche; pero antes de que la menguante luna, fantásticamente gibosa, se hubiese elevado mucho sobre la llanura oriental, me encontraba despierto, bañado en sudor frío, decidido a no dormir más. Las visiones habidas resultaban demasiado como para atreverse a arrostrarlas de nuevo. Y al resplandor de la luna comprendí cuán necio había sido al viajar de día. Sin el brillo del sol abrasador, mi viaje hubiera resultado menos fatigoso; de hecho, me sentí de nuevo lo bastante fuerte como para acometer el ascenso que había descartado al ocaso. Recogiendo mi hatillo, empecé a subir hacia la cumbre de la elevación.

Ya he comentado que la interminable monotonía de la ondulante llanura era fuente de vago horror para mí, pero creo que mi espanto se vio acrecentado cuando

alcancé la cima del montículo y miré al otro lado de un inconmensurable barranco o cañón cuyas negras profundidades la luna, aún no lo bastante alta, no llegaba a iluminar. Me sentí como en el fin del mundo, atisbando al borde de un caos insondable de noche eterna. En mi terror me venían curiosas reminiscencias del Paraíso perdido y del odioso ascenso de Satán a través de remotos territorios de oscuridad.

Al ascender más la luna, comencé a distinguir que las cuestas del valle no resultaban tan perpendiculares como había supuesto. Salientes y afloramientos de piedra proporcionaban apoyos fáciles y seguros para el descenso, además de que a partir de unos pocos cientos de metros la pendiente se hacía más gradual. Acuciado por un impulso que me resulta difícil de analizar por completo, descendí dificultosamente las rocas y alcancé la más suave ladera de abajo, ojeando aquellas profundidades estigias que la luz aún no había penetrado.

Sobre todo, mi atención se vio prendida por un objeto grande y singular de la ladera opuesta, que se alzaba a pico un ciento de metros más adelante; un objeto que relucía blanquecino a los recién llegados rayos de la luna en ascenso. Era tan sólo una gigantesca pieza de roca, como pronto pude cerciorarme; pero yo había tenido una clara idea de que su contorno y ubicación no eran completamente obra de la naturaleza. Un examen más detenido me colmó de indescriptibles sensaciones; ya que a pesar de su enorme tamaño y de que se encontraba situado en un abismo abierto en el fondo de los mares desde la juventud de la tierra, vi más allá de cualquier duda razonable que el extraño objeto era un monolito perfectamente tallado, cuya inmensa mole había conocido el trabajo y quizás la adoración de criaturas vivas y racionales.

Aturdido y espantado, aunque no sin cierto escalofrío de placer propio de un científico o arqueólogo, examiné los alrededores con mayor detenimiento. La luna, ahora próxima al cenit, brillaba de forma extraña y vívida sobre los colosales peldaños que circundaban el abismo, revelando el hecho de que un regato de agua fluía al fondo, perdiéndose de vista en ambos sentidos y casi llegando a lamer mis pies cuando fui a detenerme al pie de la ladera. Al otro lado del barranco, las pequeñas olas golpeteaban la base del ciclópeo monolito, en cuya superficie puede ver entonces cinceladas inscripciones y toscos relieves. La escritura estaba formada por un sistema de jeroglíficos desconocidos para mí, distinto a cuanto hubiera visto en los libros; consistía en su mayor parte en símbolos acuáticos convencionales, tales como peces, anguilas, pulpos, crustáceos, moluscos, ballenas y cosas así. Algunos caracteres, obviamente, representaban seres marinos desconocidos para el mundo moderno, pero cuyos cuerpos en descomposición yo había observado en la llanura surgida del océano.

De entre todo, no obstante, fueron los relieves pictóricos los que más me subyugaron. Visibles con claridad al otro lado del agua interpuesta, gracias a su enorme tamaño, formaban un cúmulo de bajorrelieves cuyos motivos hubieran podido despertar la envidia de un Doré. Creo que podría suponerse que aquellos seres representaban hombres... o al menos, cierta clase de hombres; aunque se

mostraba a las criaturas retozando como peces en las aguas de alguna gruta marina, o rindiendo pleitesía en algún santuario monolítico, al parecer también sumergido. No osaré entrar en detalles acerca de sus formas y rostros, ya que el siempre recuerdo me provoca vértigos. Grotescos más allá de la imaginación de un Poe o un Bulwer, resultaban en líneas generales condenadamente humanos a pesar de sus manos y pies palmeados, labios espantosamente gruesos y fofos, vidriosos ojos saltones, así como otros rasgos aún menos agradables de recordar. Cosa bastante curiosa, parecían cincelados sin guardar proporción con su escenario oceánico, ya que una de las criaturas era representada en el acto de matar a una ballena retratada como apenas un poco más grande. Reparé, como digo, en su deformidad y extraña estatura, pero enseguida decidí que se trataba sencillamente de los imaginarios dioses de alguna primitiva tribu de pescadores o marineros; una tribu cuyo último descendiente había muerto antes de que naciera el primer antepasado del hombre de Piltdown o el del Neanderthal. Espantado por este inesperado vistazo a un pasado más allá de la imaginación del más aventurado de los antropólogos, estuve meditando mientras la luna vertía extraños reflejos en el silencioso canal que había ante mí.

Entonces, bruscamente, lo vi. Con tan sólo un ligero chapoteo indicando su llegada a la superficie, el ser apareció sobre las oscuras aguas. Inmenso, semejante a un Polifemo, espantoso, se lanzó como un tremendo monstruo de pesadilla hacia el monolito, al que rodeó con sus gigantescos brazos escamosos al tiempo que abatía su monstruosa cabeza para prorrumpir en algunos sonidos pausados. Creo que enloquecí entonces.

De mi frenético remonte de la ladera y el risco, así como de mi delirante regreso al bote embarrancado, poco es lo que recuerdo. Creo que canté durante largo trecho, y que reía de forma extraña cuando ya no fui capaz de seguir cantando. Guardo confusos recuerdos de una gran tormenta desencadenada algún tiempo después de llegar al bote; y de alguna manera sé que oí retumbar de truenos, así como otros sonidos que la naturaleza profiere tan sólo en sus más desbocados momentos.

Cuando volví de entre las sombras me hallaba en un hospital de San Francisco, llevado allí por el capitán del barco norteamericano que había recogido mi bote en mitad del océano. Había hablado mucho durante mi delirio, pero descubrí que habían prestado escasa atención a mis palabras. Mis salvadores nada sabían de tierras afloradas en el Pacífico, y no vi la necesidad de insistir sobre cosas que sabían no creerían. En cierta ocasión acudí a un famoso etnólogo y lo entretuve con curiosas preguntas acerca de la vieja leyenda filistea de Dagón, el dios-pep; pero advirtiéndome enseguida que era irremisiblemente convencional, desistí de mi interrogatorio.

Es durante la noche, sobre todo, cuando la luna es gibosa y menguante, cuando veo al ser. Probé la morfina, pero la droga ha resultado ser tan sólo una solución pasajera y me ha atrapado entre sus garras como esclavo sin esperanza de remisión. Así que voy a acabar con todo, habiendo escrito una relación completa para el conocimiento o la engreída diversión de mis semejantes. A menudo me pregunto si no habrá sido todo una fantasía... un simple monstruo de la fiebre sufrida mientras

yacía preso de la insolación y enloquecido en el bote descubierto, tras mi huida del buque de guerra alemán. Eso me digo, pero siempre me viene una espantosa y vívida imagen a modo de respuesta. No puedo pensar en el profundo mar sin estremecerme ante los indescriptibles seres que puede que en este mismo instante estén reptando y removiéndose en sus fondos cenagosos, adorando arcaicos ídolos de piedra y tallando sus propias y detestables imágenes en obeliscos submarinos de rezumante granito. Sueño con el día en que puedan emerger entre el oleaje y sumergir entre sus garras a los restos de una humanidad débil y agotada por la guerra... el día en que la tierra se hunda y el oscuro lecho marino se alce entre el pandemónium universal.

El fin está próximo. Escucho un ruido en la puerta, como si un cuerpo inmenso y resbaladizo se debatiera contra ella. No dará conmigo. Dios, ¡esa mano! ¡La ventana! ¡La ventana!

POLARIS⁴

A través de la ventana norte de mi estancia, la estrella Polar refulge con luz extraordinaria. En las espantosas horas de negrura brilla en ese lugar. Y durante el otoño, cuando los vientos del norte maldicen y gimotean, y los árboles tornados en rojo del pantano se susurran cosas entre sí, en las tempranas horas de madrugada bajo la luna menguante y cornuda, me siento en el alféizar y observo a esa estrella. Justo debajo titila la brillante Casiopea con el pasar de las horas, mientras el Carro se alza con pesadez entre los árboles envueltos en brumas del pantano, que el viento nocturno hace balancear. Justo antes del alba, Arturo parpadea rubicunda sobre el cementerio del altozano y la Cabellera de Berenice reluce furiosa a lo lejos, sobre el misterioso oriente; pero aún la estrella Polar continúa en el mismo sitio de la negra bóveda, parpadeando odiosa como un malsano ojo vigilante que pugnara por transmitir algún extraño mensaje, aunque sin recordar nada excepto que tenía un mensaje que transmitir. A veces, cuando está nublado, puedo dormir.

Recuerdo a la perfección la noche de la gran Aurora, cuando sobre el pantano bailaban los alucinantes reflejos de luz demoníaca. Tras los destellos llegaron las nubes, y entonces pude conciliar el sueño.

Y fue bajo una luna cornuda y menguante cuando divisé por primera vez la ciudad. Se hallaba silenciosa y somnolienta, en una extraña meseta de un collado entre dos extraños picos. De espantable mármol eran sus muros y torres, sus columnas, cúpulas y pavimentos. En las calles marmóreas se alzaban columnas de mármol con los remates tallados en imágenes de solemnes hombres barbados. La atmósfera resultaba cálida y calmosa. Y arriba, apenas a diez grados del cenit, resplandecía la vigilante estrella Polar. Contemplé durante largo rato la ciudad, pero el día no llegaba. Cuando el rojizo Aldebarán, que fulguraba a baja altura sin llegar a ponerse jamás, se había arrastrado una cuarta parte del camino en torno al horizonte, atisbé luz y movimiento en las calles y las casas. Gentes de vestiduras extrañas, nobles y familiares a un tiempo, salían a las calles y bajo la luna cornuda y menguante los hombres hablaban con sensatez en una lengua que me resultaba familiar, aun cuando era diferente a cualquier idioma que hubiera conocido antes. Y cuando el rojo Aldebarán se hubo deslizado más de la mitad del camino alrededor del horizonte, retornaron la oscuridad y el silencio.

Al despertar, ya no fui el mismo. En mi memoria se había grabado la visión de la ciudad y en mi espíritu se alzaba otra reminiscencia, aún más vaga, de cuya naturaleza entonces no me hallaba muy seguro. En adelante, durante las noches nubladas en las que podía dormir, atisbé con frecuencia la ciudad; a veces bajo esa luna cornuda y menguante, y en ocasiones bajo los rayos amarillos de un sol que no

⁴ Polaris (mayo? De 1918) Primera publicación The Philosopher, diciembre de 1920. Revisiones de H. P. L. en el texto aparecido en The Nacional Amateur, mayo de 1926. No existe manuscrito.

se ponía pero que rotaba lentamente alrededor del horizonte. Y en las noches despejadas la estrella Polar acechaba como no lo hiciera nunca antes.

De forma gradual, comencé a preguntarme cuál sería mi sitio en esa ciudad de la extraña meseta entre extraños picos. Alegre al principio de contemplar la escena como observador incorpóreo y omnipresente, comencé luego a ansiar el definir mi relación con ella, y medir mis talentos entre los graves personajes que platicaban a diario en la plaza pública. Me decía: «Esto no es un sueño, ¿por qué medio podré probar su superior realidad sobre esta otra de la casa de piedra y ladrillo al sur del siniestro pantano y el cementerio del altozano, donde la estrella Polar escudriña a través de mi ventana norte cada noche?

Una noche, mientras escuchaba la discusión en la gran plaza de múltiples estatuas, percibí un cambio y noté que tenía al fin forma corpórea. Pero yo no era forastero en las calles de Olathoé, que se alza en la meseta de Sarkis, entre los picos Noton y Kadiphonek. Era mi amigo Alos quien hablaba, y su alocución era agradable a mi espíritu, pues se trataba del discurso de un hombre cabal y un patriota. Esa noche habían llegado nuevas sobre la caída de Daiko y sobre el avance de los Inutos; demonios amarillos, achaparrados, infernales, que cinco años atrás llegaron del oeste ignoto para devastar los confines de nuestro reino, y que acabaron sitiando nuestras ciudades. Habiéndose apoderado de las fortalezas al pie de las montañas, ahora gozaban de paso franco a la meseta, a no ser que cada ciudadano pudiera hacerles frente con la fuerza de diez hombres. Ya que las rechonchas criaturas eran duchas en las artes guerreras y carecían del escrupuloso honor que disuadía a nuestros hombres altos y de ojos grises de Lomar de lanzarse a una conquista despiadada.

Mi amigo Alos era el jefe de todas las fuerzas de la meseta, y en sus manos estaba la última esperanza de nuestra patria. En esta ocasión hablaba de los peligros que habría que afrontar, y exhortaba a los hombres de Olathoé, los más bravos de entre los lomarios, a mantener las tradiciones de sus antepasados, quienes al verse obligados a emigrar al sur de Zobna ante el avance de los hielos (tal como nuestros descendientes habrán algún día de huir de la tierra de Lomar) arrojaron valerosa y victoriosamente ante sí a los peludos y brazilargos caníbales Gnophekehs que se interponían en su camino. A mí, Alos me había denegado el alistamiento, ya que era enfermizo y propenso a una extraña debilidad ante cualquier tensión y esfuerzo. Pero mis ojos eran los más agudos de la ciudad a pesar de las horas que cada día empleaba en el estudio de los manuscritos Pnakoticos y la sabiduría de los Padres Zobnarianos; por lo que mi amigo, no queriendo condenarme a la inacción, me otorgó el empeño que resultaba el penúltimo en importancia. Me envió a la torre de vigilancia de Thapnen, donde serviría con los ojos a nuestro ejército. De intentar los inutos conquistar la ciudadela a través del pico Noton, sorprendiendo así a la guarnición, debía encender el fuego que pondría sobre aviso a los soldados de guardia, salvando así a la ciudad de un inmediato desastre.

A solas ascendí la torre, ya que hasta el último hombre era necesario en los desfiladeros de abajo. Mi cerebro se veía dolorosamente ofuscado por la excitación y la fatiga, ya que no había dormido en muchos días; aunque mi propósito se mantenía

firme, porque amaba a mi tierra natal de Lomar, así como a la ciudad de mármol de Olathoé, ubicada entre los picos Noton y Kadiphonek.

Pero mientras estaba en la estancia superior de la torre, observé a la cornuda luna menguante, roja y siniestra, estremeciéndose entre los vapores que pendían sobre el lejano valle de Banof. Y, a través de una abertura en el techo, resplandecía la pálida estrella Polar, agitándose como si estuviera viva, espiándome como un demonio tentador. Creo que su espíritu me susurraba malvados consejos, arrastrándome a una traidora somnolencia con una promesa condenadamente rítmica que se repetía una y otra vez.

*«Duerme, vigía, hasta que las esferas
Veintiséis mil años
Hayan girado, y yo tornado
Al sitio donde ahora fulguro.
Otras estrellas en su momento se alzarán
En el eje de los cielos;
Astros que alivien y Astros que bendigan
Con dulce olvido:
Tan sólo al final de mi giro
El pasado vendrá a tocar tu puerta».*

Me debatí en vano contra el sopor, tratando de interconectar esas extrañas palabras con alguna de las tradiciones celestes conocidas en los manuscritos Pnakóticos. La cabeza, pesada y vacilante, se me venció sobre el pecho y, al mirar de nuevo, lo hice entre sueños; con la estrella Polar burlándose de mí a través de una ventana, sobre los árboles horriblemente oscilantes de un onírico pantano. Y aún sueño.

En mi vergüenza y desesperación a veces grito frenéticamente, implorando a las criaturas de ensueño que me rodean que me despierten, no sea que los inutos se escabullan por el desfiladero al pie del pico Noton y se apoderen por sorpresa de la ciudadela; pero tales criaturas son demonios, ya que se ríen de mí y me dicen que estoy soñando. Se mofan mientras duermo, y los achaparrados enemigos amarillos pueden estar mientras deslizándose en silencio hacia nosotros. He fallado en mi deber y traicionado a la marmórea ciudad de Olathoé; he fallado a Alos, mi amigo y comandante. Pero todavía esas sombras del sueño me escarnecen. Dicen que no existe tierra de Lomar, salvo en mi imaginación, que en aquellas tierras donde la estrella Polar brilla alta y el rojo Aldebarán reptaba a ras de horizonte no existe sino hielo y nieve desde hace milenios, y que ningún hombre mora allí excepto achaparradas criaturas amarillas consumidas por el frío que se hacen llamar «esquimales».

Y mientras escribo en mi culpable agonía, frenético por salvar la ciudad cuyo peligro crece a cada momento, tratando de espantar en vano ese antinatural sueño de una casa de piedra y ladrillo al sur de un siniestro pantano y un cementerio en un

bajo altozano, la estrella Polar, maligna y monstruosa, me acecha desde la negra bóveda; parpadeando odiosa como un malsano ojo vigilante que pugnara por transmitirme algún extraño mensaje, aunque sin recordar nada excepto que tenía un mensaje que transmitir.

MÁS ALLÁ DEL MURO DEL SUEÑO⁵

«Entonces, el sueño se desplegó ante mí».

SHAKESPEARE

Con frecuencia me he preguntado si el común de los mortales se habrá parado alguna vez a considerar la enorme importancia de ciertos sueños, así como a pensar acerca del oscuro mundo al que pertenecen. Aunque la mayoría de nuestras visiones nocturnas resultan quizás poco más que débiles y fantásticos reflejos de nuestras experiencias de vigilia —a pesar de Freud y su pueril simbolismo—, existen no obstante algunos sueños cuyo carácter etéreo y no mundano no permite una interpretación ordinaria, y cuyos efectos vagamente excitantes e inquietantes sugieren posibles ojeadas fugaces a una esfera de existencia mental no menos importante que la vida física, aunque separada de ésta por una barrera infranqueable. Mi experiencia no me permite dudar que el hombre, al perder su conciencia terrena, se ve de hecho albergado en otra vida incorpórea, de naturaleza distinta y alejada a la existencia que conocemos, y de la que sólo los recuerdos más leves y difusos se conservan tras el despertar. De estas memorias turbias y fragmentarias es mucho lo que podemos deducir, aun cuando probar bien poco. Podemos suponer que en la vida onírica, la materia y la vida, tal como se conocen tales cosas en la tierra, no resultan necesariamente constantes, y que el tiempo y el espacio no existen tal como lo entienden nuestros cuerpos de vigilia. A veces creo que esta vida menos material es nuestra existencia real, y que nuestra vana estancia sobre el globo terráqueo resulta en sí misma un fenómeno secundario o meramente virtual.

Fue tras un ensueño juvenil colmado de especulaciones de tal clase, al despertar una tarde del invierno de 1900-1901, cuando ingresó en la institución psiquiátrica en la que yo servía como interno un hombre cuyo caso me ha vuelto a la cabeza una y otra vez. Su nombre, según consta en el registro, era Joe Slater, o Slaader, y su aspecto resultaba el del típico habitante de la zona de la montaña Catskill; uno de esos vástagos extraños y repelentes de los primitivos pobladores campesinos, cuyo establecimiento durante tres siglos en esa zona montañosa y poco transitada les ha sumido en una especie de bárbara decadencia, en vez de avanzar al compás de sus iguales, más afortunados, asentados en distritos más populosos. Entre esa gente peculiar, que se corresponde con exactitud a los decadentes elementos de la «basura

⁵ Beyond the Wall og Sleep (1919). Primera publicación: Pine Cones, octubre de 1919. Publicado en Weird Tales, 1938. Revisión del manuscrito por H. P. Lovecraft después de su publicación inicial.

blanca» del Sur, no existen ley ni moral, y su nivel intelectual se halla probablemente por debajo del de cualquier otro grupo de la población nativa americana.

Joe Slater, que llegó a la institución bajo la atenta vigilancia de cuatro policías estatales, y que era descrito como de un carácter sumamente peligroso, no dio, sin embargo, muestras de tal peligrosidad la primera vez que lo vi. Aunque muy por encima de la talla media y de fornida constitución, mostraba una absurda apariencia de estupidez inofensiva por mor de sus ojillos acuosos de azul pálido y somnoliento, su rala, desatendida y jamás afeitada mata de barba amarillenta, y la apatía con que colgaba su grueso labio inferior. Se desconocía su edad, ya que entre su gente no hay registros familiares o lazos estables; pero por su calvicie frontal y por el mal estado de su dentadura, el cirujano le inscribió como hombre de unos cuarenta.

Por los documentos médicos y jurídicos supimos cuanto había recopilado sobre su caso. Este hombre, vagabundo, cazador y trampero, siempre había resultado un extraño a ojos de sus primitivos paisanos. Habitualmente solía dormir durante las noches más de lo normal, y tras el despertar acostumbraba a pronunciar palabras desconocidas en una forma tan extraña como para inspirar miedo aun en los corazones de aquella chusma sin imaginación. No es que su forma de hablar resultase totalmente insólita, ya que no hablaba sino en la decadente jerga de su entorno; pero el tono y el tenor de sus expresiones poseían una cualidad de misterioso exotismo, y nadie era capaz de escucharlas sin sentir aprensión. Él mismo se veía tan aterrado y confuso como su auditorio, y una hora después de despertar había olvidado todo lo dicho, o al menos qué le había llevado a decirlo, volviendo a la bovina y medio amigable normalidad del resto de los montañeses.

Según envejecía Slater, al parecer, sus aberraciones matutinas fueron aumentando en frecuencia e intensidad, hasta que alrededor de un mes antes de su ingreso en la institución se desencadenó la estremecedora tragedia que había llevado a su arresto por parte de las autoridades. Un día, alrededor del mediodía, tras un profundo sueño en el que se había sumido tras una borrachera de güisqui, en torno a las cinco de la tarde anterior, el hombre se había levantado con gran brusquedad, prorrumpiendo en aullidos tan terribles y ultraterrenos que atrajeron hasta su cabaña a varios vecinos... una sucia pocilga donde moraba con una familia tan impresentable como él mismo. Abalanzándose hacia el exterior, a la nieve, había alzado los brazos para comenzar una serie de saltos hacia el aire, al tiempo que vociferaba su decisión de alcanzar alguna «gran, gran cabaña con resplandores en techo y muros y suelos, y la sonora y extraña música de allá a lo lejos». Cuando dos hombres de respetable tamaño intentaron contenerlo, se había debatido con furia y fuerza maníaca, gritando su deseo y su necesidad de encontrar y matar a cierto «ser que brilla, se estremece y ríe». Al fin, tras derribar de momento a uno de quienes le sujetaban con un súbito golpe, se había lanzado sobre el otro en una demoníaca explosión de sed de sangre, vociferando infernalmente que «saltaría alto en el aire y se abriría paso a sangre y fuego entre quienes intentaran detenerlo». Familia y vecinos huyeron entonces presos del pánico y, cuando los más valientes regresaron, Slater se había ido, dejando tras de sí una pulpa irreconocible del que fuera un hombre vivo una hora antes.

Ningún montañés había osado perseguirlo, y probablemente hubieran acogido con agrado su muerte en el frío; pero cuando varias mañanas más tarde oyeron sus gritos en un barranco lejano, comprendieron que se las había ingeniado de alguna forma para sobrevivir, y que era necesario neutralizarlo de una u otra forma. Entonces habían formado una patrulla armada de busca, cuyo propósito (fuera el que fuese) acabó convirtiéndose en pelotón del sheriff cuando uno de los pocos veces bien recibidos policías del estado descubrió casualmente a los buscadores, los interrogó y finalmente se unió a ellos.

Al tercer día hallaron inconsciente a Slater en el hueco de un árbol y lo condujeron a la cárcel más próxima, donde alienistas de Albany lo examinaron apenas recuperó el sentido. Él les contó una historia muy sencilla. Había, dijo, ido a dormir una tarde, hacia el anochecer, tras ingerir gran cantidad de licor. Se había despertado para descubrirse plantado, con las manos ensangrentadas, en la nieve ante su cabaña, el cadáver mutilado de su vecino Peter Sladen a los pies. Espantado, había huido a los bosques en un vano esfuerzo para escapar a la imagen de lo que debía tratarse de su propio crimen. Aparte de eso no parecía saber nada, sin que el experto examen de sus interrogadores pudiera suministrar hechos adicionales. Esa noche Slater durmió tranquilo y despertó a la mañana siguiente sin otros rasgos particulares que cierta alteración del gesto. El doctor Barnard, que mantenía en observación al paciente, creyó descubrir en sus ojos azul pálido cierto brillo de peculiar cualidad, y en los labios flácidos una tirantez real, aunque casi imperceptible, como de inteligente determinación. Pero al ser interrogado, Slater se refugió en la vacuidad habitual de los montañeses, y tan sólo abundaba en lo ya dicho el día anterior.

La tercera mañana tuvo lugar el primero de los ataques mentales del hombre. Tras algunas muestras de intranquilidad durante el sueño, estalló en un ataque tan terrible que se necesitó la fuerza combinada de cuatro hombres para embutirle una camisa de fuerza. Los alienistas escucharon con suma atención sus palabras, ya que su curiosidad se veía aguzada hasta un alto grado a través de las sugestivas, aunque en su mayor parte contradictorias e incoherentes, historias de familia y vecinos. Slater deliró alrededor de unos quince minutos, balbuciendo en su dialecto campesino acerca de grandes edificios de luz, océanos de espacio, extrañas músicas y montañas sombrías y valles. Pero sobre todo se explayó acerca de alguna entidad misteriosa y brillante que se estremecía, reía y burlaba de él. Esta vasta, vaga entidad, parecía haberle infligido un daño terrible, y su deseo supremo residía en matarla en venganza triunfante. Para lograrlo, decía, debía remontarse a través de abismos de vacío; abrasando cuantos obstáculos se interpusieran a su paso. Ése era su discurso, hasta que cesó de la forma más abrupta. El fuego de la locura se esfumó de sus ojos, y con asombro turbio observó a sus interrogadores y les preguntó por qué estaba atado. El doctor Barnard le retiró el arnés de cuero y no se lo colocó hasta la noche, cuando consiguió convencer a Slater de que lo aceptara por propia voluntad, por su propio bien. El hombre ya había admitido que a veces hablaba de forma extraña, aunque no sabía por qué.

En el transcurso de una semana se desencadenaron otros dos ataques, aunque los doctores aprendieron muy poco de ellos. Especularon ampliamente sobre la fuente de las visiones de Slater, ya que, no sabiendo leer ni escribir, y aparentemente nunca habiendo escuchado leyendas o cuentos de hadas, su prodigiosa imaginación resultaba inexplicable. Que no procedía de ningún mito o leyenda quedaba especialmente de manifiesto por el hecho de que aquel desdichado lunático se expresaba acerca de sí mismo tan sólo en su sencillo lenguaje. Desvariaba sobre cosas que ni entendía ni podía interpretar; cosas que pretendía haber experimentado, pero que no podía haber aprendido a través de cualquier narración normal o coherente. Pronto, los alienistas decidieron que en esos sueños anormales residía la clave del problema; sueños tan vívidos que durante ciertos lapsos de tiempo podían dominar por completo a la mente despierta de ese ser humano, básicamente inferior. Slater fue enjuiciado por homicidio, siguiendo las debidas formalidades, absuelto gracias a su locura y recluido en la institución donde yo prestaba mis modestos servicios.

Ya he admitido ser un incansable especulador sobre la vida onírica, y por eso puede juzgarse con qué impaciencia me lancé al estudio del nuevo paciente apenas tuve pleno conocimiento de los hechos que rodeaban al caso. Parecía sentir alguna simpatía hacia mí, despertada sin duda por el interés, que yo no podía ocultar, así como por el modo amable en que yo lo interrogaba. Aunque nunca llegó a reconocermé en el transcurso de sus ataques, en los que yo me veía suspendido sin aliento sobre sus caóticas aunque cósmicas descripciones de su mundo, me reconocía en sus horas tranquilas, cuando podía sentarse junto a su ventana barrada tejiendo cestos de paja y sauce, y quizás añorando una libertad en las montañas que nunca recobraría. Su familia jamás intentó verlo; seguramente habían ya hallado otro cabeza de familia temporal, según las costumbres de esos degenerados montañeses.

Poco a poco comencé a sentir una subyugante admiración por las locas y fantásticas creaciones de Joe Slater. En sí mismo, el personaje era patéticamente inferior, tanto en intelecto como en forma de expresarse; pero sus rutilantes y titánicas visiones, aun cuando descritas en una jerga bárbara y deslabazada, eran sin duda algo que tan sólo una mente superior o incluso excepcional podía concebir. ¿Cómo, me preguntaba a menudo, podía la exulta imaginación de un degenerado de Catskill conjurar visiones cuya sola existencia indicaba la presencia de una chispa oculta de genialidad? ¿Cómo podía aquel gañán de las Chimbambas hacerse siquiera idea de esas regiones resplandecientes de brillos y espacios sobrehumanos sobre los que Slater divagaba durante sus furiosos delirios? Cada vez más iba haciéndome a la idea de que, en el penoso individuo que se acurrucaba ante mis ojos, se albergaba el núcleo trastornado de algo que trascendía mi comprensión, algo que se hallaba definitivamente más allá de la comprensión de mis colegas médicos y científicos, más experimentados pero menos imaginativos.

Y a pesar de todo yo no lograba obtener nada definitivo del personaje. El resultado de toda mi investigación residía en que, en un estado de vida onírica semiincorpórea, Slater vagabundeaba o flotaba a través de resplandecientes y prodigiosos valles, praderas, jardines, ciudades y palacios de luz; en una región

prohibida y desconocida para el hombre. Que allí ya no era un labriego y un degenerado, sino una criatura de vida importante y activa; moviéndose orgullosa y dominante, y tan sólo preocupada por cierto enemigo mortal que parecía tratarse de un ser de estructura visible aunque etérea, y que no parecía tener forma humana, ya que Slater jamás se refería a él como hombre, sino como un ser. El ser había causado a Slater algún daño odioso, aunque no formulado, del que el maníaco (si de un maníaco se trataba) había jurado vengarse. Por la forma en que Slater se refería a sus relaciones, apostaría a que él mismo y el ser luminoso se habían encontrado en igualdad de condiciones; que en esa existencia onírica el hombre era un ser luminoso de la misma estirpe que su enemigo. Esta impresión se sustentaba en las frecuentes referencias a vuelos por el espacio y a calcar cuanto se opusiera a su avance. Sin embargo, tales conceptos eran formulados mediante rústicas palabras, completamente inadecuadas para expresarlos, algo que me hizo colegir que, si un mundo onírico existía realmente, el lenguaje oral no constituía el medio de transmisión de las ideas. ¿Podría ser que el alma del durmiente que habitaba ese cuerpo inferior luchase desesperadamente tratando de decir cosas que la simple y titubeante lengua de la torpeza no podía proferir? ¿Estaría quizás frente a emanaciones intelectuales capaces de explicar el misterio, a condición de ser capaz de aprender a descubrirlas y leer en ellas? No comenté tales cosas con los viejos médicos, ya que la madurez resulta escéptica, cínica y mal dispuesta a las nuevas ideas. Además, el director de la institución últimamente me había llamado la atención, con sus maneras paternales, acerca de que yo estaba trabajando demasiado y que mi mente necesitaba algún reposo.

Yo había sostenido durante largo tiempo la creencia de que el pensamiento humano consiste básicamente en movimientos atómicos y moleculares, transformables en ondas etéreas de energía radiante, tales como el calor, la luz y la electricidad. Tal creencia me había llevado muy pronto a contemplar la posibilidad de comunicación telepática o mental a través de aparatos adecuados, y en mis días de universidad había preparado un juego de instrumentos de transmisión y recepción, parecidos en cierta forma a los aparatosos mecanismos utilizados por la telegrafía sin hilos durante aquel tosco periodo previo a la radio. Los había probado con un compañero de estudios, pero, al no lograr resultado alguno, pronto los había arrinconado, en compañía de otras extravagancias científicas, con miras a su posible uso futuro. Ahora, llevado de mi intenso deseo de penetrar en la vida onírica de Joe Slater, acudí de nuevo a dichos instrumentos y empleé algunos días poniéndolos a punto. En cuanto estuvieron operativos de nuevo, no perdí oportunidad de probarlos. A cada ataque de violencia en Slater, acoplaba el transmisor a su frente y el receptor a la mía, realizando delicados ajustes para varias e hipotéticas longitudes de onda de la energía intelectual. Yo tenía muy poca idea de en qué forma las impresiones mentales, de tener lugar la comunicación, despertarían respuesta inteligente en mi cerebro; pero poseía la certeza de que podría detectarlas e interpretarlas. Así que proseguí con mis experimentos, aunque sin informar a nadie de su naturaleza.

Finalmente, todo ocurrió el 21 de febrero de 1901. Años después, mirando atrás, comprendo cuán irreal puede parecer, y a veces me pregunto a medias si el anciano doctor Fenton no tendría razón al achacar todo a mi imaginación sobreexcitada. Recuerdo que escuchó con gran amabilidad y paciencia cuanto le conté, pero acto seguido me suministró unos sedantes y dispuso para mí unas vacaciones de medio año que inicié a la semana siguiente. Aquella fatídica noche yo me encontraba agitado y perturbado en grado sumo, ya que, a pesar del excelente trato dispensado, Joe Slater agonizaba sin remisión. Quizás se trataba de la perdida libertad de montañés, o quizás el desorden de su cerebro se había vuelto excesivamente acusado para su organismo, perezoso en demasía; en todo caso, la llama de la vida se apagaba en aquel cuerpo degradado. Hacia el final se encontraba adormecido y, al caer la oscuridad, se sumió en un sueño inquieto. No le puse camisa de fuerza, tal como solía hacer cuando él iba a dormir, ya que veía que se encontraba demasiado débil como para resultar peligroso, aun si recaía en el desorden mental otra vez antes de expirar. Pero coloqué en su cabeza y la mía los dos terminales de mi «radio» cósmica»; buscando, contra cualquier esperanza, lograr un primer y último mensaje del mundo onírico en el escaso tiempo que restaba. Con nosotros, en la celda, se encontraba un enfermero; un tipo mediocre que no comprendía el propósito del aparato, ni pensó en cuestionarse mis movimientos. Con el pasar de las horas, vi cómo su cabeza se vencía desmayadamente en el sueño, pero no lo molesté. Yo mismo, acunado por la rítmica respiración del sano y del agonizante, debí comenzar a cabecear poco después.

El sonido de una melodía lírica y extraña fue lo que me despabiló. Acordes, vibraciones y éxtasis armónicos resonaban apasionados por doquier mientras ante mi mirada hechizada se abría el formidable espectáculo de la belleza suprema. Muros, columnas y arquivadas de fuego viviente llameaban refulgentes en torno al sitio en el que me parecía flotar por los aires, remontándose hasta una bóveda inconmensurablemente alta, de indescriptible esplendor. Entremezclado en ese despliegue de espléndida magnificencia, o más bien suplantándolo a veces en una calidoscópica rotación, había destellos de amplias llanuras y valles encantadores, altas montañas y grutas sugerentes, dotados con cualquier adorable atributo de imaginación que mis ojos deslumbrados pudieran concebir, aunque modelado por completo en alguna materia reluciente, etérea, plástica, cuya consistencia parecía tan espiritual como material. Según observaba, descubrí que la clave de esta encantadora metamorfosis se hallaba en mi propio cerebro, ya que cada panorama que aparecía ante mí era el que mi voluble mente deseaba contemplar. En estos jardines elíseos yo no resultaba un extraño, ya que cada imagen y sonido me resultaba familiar, tal como fuera durante incontables eones de eternidad en el pasado, tal como sería durante las eternidades del porvenir.

Luego, el aura resplandeciente de mi hermano en la luz se me allegó y mantuvo un coloquio conmigo, alma con alma, en silencio y perfecta comunión de pensamientos. Aquella hora era la de un próximo triunfo, ya que, ¿no iba mi

compañero a escapar al fin de una degradante esclavitud transitoria, escapar por siempre y prepararse a perseguir al maldito opresor incluso hasta los supernos campos del éter, sobre los que lanzaría una incendiaria venganza cósmica que haría estremecer a las esferas? Flotamos así durante un tiempo, hasta que noté cierta turbiedad y desvanecimiento en los objetos circundantes, como si alguna fuerza me reclamase hacia la tierra... el lugar al que menos deseaba yo ir. El ser cercano a mí parecía sentir asimismo algún cambio, ya que gradualmente llevó su discurso a una conclusión, y él mismo se preparó para abandonar el lugar, esfumándose ante mis ojos de forma algo menos rápida que los demás objetos. Cambiamos unos pocos pensamientos más y supe que el ser luminoso y yo éramos reclamados por nuestras ataduras, aunque aquélla sería la última vez para mi hermano en la luz. El doliente cascarón planetario hallaría su fin en menos de una hora y mi compañero se vería libre para perseguir al opresor a través de la Vía Láctea y más allá de las últimas estrellas, hasta los mismos confines del universo.

Un choque muy definido separa mi última impresión sobre la evanescente escena de luz de mi despertar repentino y algo avergonzado, así como de mi levantamiento de la silla al ver que la agonizante figura del camastro se removía inquieta. Joe Slater, de hecho, se despertaba, aunque probablemente por última vez. Al observarlo más detenidamente, vi que en la superficie de sus mejillas brillaban manchas de color que antes no tenía. Los labios, también, se veían diferentes, firmemente apretados por la fuerza de un carácter más decidido que el que poseyera Slater. Finalmente, todo el rostro fue tensándose, y la cabeza giró intranquila, con los ojos cerrados. No desperté al enfermero, sino que reajusté el dispositivo de cabeza, ligeramente desajustado, de mi «radio» telepática, intentando captar cualquier mensaje de partida que pudiera emitir el soñador. Todo a un tiempo, la cabeza giró bruscamente hacia mí y los ojos se abrieron de repente, causándome un gran desasosiego al contemplarlo. El hombre que fuera Joe Slater, el degenerado de Catskill, me miraba ahora con ojos luminosos, abiertos de par en par; ojos cuyo azul parecía haberse tornado en más profundo. No resultaban visibles ni manía ni degeneración alguna en tal mirada, y supe sin duda alguna que estaba frente a un rostro tras el que subyacía una mente activa y de primer orden.

En tal tesitura, mi cerebro comenzó a abrirse a una lenta influencia externa que operaba sobre mí. Cerré los ojos para concentrar más mis pensamientos y me vi recompensado por el conocimiento real de que el mensaje mental, por tanto tiempo esperado, llegaba por fin. Cada idea transmitida se formaba con rapidez en mi mente y, aun cuando no se utilizaba ningún idioma actual, mi habitual asociación de conceptos y expresiones resultaba tan grande que me parecía recibir el mensaje en inglés vulgar.

Joe Slater está muerto —así me llegó la impactante voz, o el agente de más allá del muro del sueño. Con los ojos abiertos busqué el lecho del dolor, lleno de miedo inexplicable; pero los ojos azules aún me contemplaban calmosos, y las facciones todavía mostraban una inteligencia animada—. Está mejor muerto, ya que no era adecuado para albergar la activa inteligencia de una entidad cósmica. Su tosco

cuerpo no podía sobrellevar los ajustes necesarios entre la vida etérea y planetaria. Era mucho más que un animal, mucho menos que un hombre, aunque gracias a sus defectos has llegado a descubrirme, ya que, en verdad, las almas cósmicas y planetarias no debieran nunca llegar a encontrarse. Fue mi tormento y mi prisión durante cuarenta y dos de vuestros años terrestres. Yo soy una entidad igual a la que tú mismo asumes en la libertad que da el sueño sin sueños. Soy tu hermano de luz y he flotado contigo por los valles resplandecientes. No me está permitido hablarle a tu ser terrestre despierto acerca de tu ser real, pero somos vagabundos de los amplios espacios y viajeros por multitud de eras. El año próximo quizás esté morando en el oscuro Egipto que tú llamas antiguo, o en el cruel imperio de Tsan-Chan que se alzarán dentro de tres mil años. Tú y yo hemos ido a la deriva entre los mundos que danzan en torno al rojo Arturo y habitado los cuerpos de los filósofos insectoides que se arrastran altaneros sobre la cuarta luna de Júpiter. ¡Cuán pequeño es el conocimiento del ser terrestre sobre la vida y su amplitud! ¡Cuán pequeño debe ser, asimismo, para garantizar su propia tranquilidad! Del opresor no puedo hablar. Vosotros, en la Tierra, habéis notado inconscientemente su lejana presencia... vosotros, que sin conocimiento, despreocupados, disteis a su parpadeante faro el nombre de Algez la estrella del demonio. Es para hallar y vencer al opresor que me he esforzado en vano durante eones, retenido por ataduras corpóreas. Esta noche partiré como una Némesis, llevando justa y ardiente venganza cataclísmica. Contéplame en el cielo próximo a la estrella del demonio. No puedo hablar mucho más, ya que el cuerpo de Joe Slater se está volviendo frío y rígido, y el grosero cerebro cesa de vibrar como yo deseo. Has sido mi hermano en el cosmos; has sido mi único amigo en este planeta la única alma en sentirme y buscarme dentro de la repelente forma que yace en este camastro. Volveremos a encontrarnos... quizás en las resplandecientes brumas de la Espada de Orión, quizás en una desierta meseta del Asia prehistórica. Quizás en un sueño esta misma noche, imposible de recordar; quizás en otra forma, en los eones por venir, cuando el sistema solar ya no exista.

En este momento, las ondas mentales cesaron bruscamente y los pálidos ojos del soñador —¿o debo decir el muerto?— comenzaron a vidriarse como los de un pez. Medio sumido en estupor, me acerqué al camastro y tomé su muñeca, pero la descubrí fría, rígida, sin pulso. Las flácidas mejillas volvieron a palidecer, y los labios tensos se abrieron, descubriendo la repugnante dentadura podrida del degenerado Joe Slater. Me estremecí, pasé una manta sobre aquella cara espantosa y desperté al enfermero. Luego abandoné la celda y volví en silencio a mi cuarto. Necesitaba imperiosa e inexplicablemente dormir un sueño cuyos sueños no debo recordar.

¿El clímax? ¿Qué sencillo relato científico puede alardear de tal efecto retórico? Sencillamente he consignado algunos hechos que yo creo reales, permitiéndolos interpretarlos a vuestro antojo. Como ya he admitido, mi superior, el viejo doctor Fenton, niega la realidad de cuanto he dicho. Afirma que me hallaba colapsado por la tensión nerviosa y sumamente necesitado de las largas vacaciones con sueldo completo que tan generosamente me concedió. Jura por su honor profesional que Joe

Slater no era sino un paranoico incurable, cuyas fantásticas concepciones debían proceder de la tosca herencia de cuentos populares que circulan aún en la más decadente de las comunidades. Todo eso dice... aunque no puedo olvidar lo visto en el cielo tras la noche de Slater. Para evitar que me creáis un testigo parcial, será otra pluma la que de éste último testimonio, que quizás pueda suplir el clímax que esperabais. Reseñaré el siguiente informe sobre la estrella Nova Persei, extraído de las notas de esa eminente autoridad astronómica, el profesor Garrett P Serviss.

«El día 22 de febrero de 1901, una nueva y maravillosa estrella fue descubierta por el doctor Anderson, de Edimburgo, *no lejos de Algol*. Ningún astro era antes visible en ese lugar. En veinticuatro horas, la desconocida había alcanzado brillo suficiente como para opacar Capella. En una semana o dos había aminorado visiblemente, y con el paso de unos pocos meses apenas era visible a simple vista.»

LA NAVE BLANCA⁶

Soy Basil Elton, guardián de la luz de North Point, tal como lo fueron mi padre y mi abuelo antes que yo. Alejado de la costa se alza el faro grisáceo, descollando sobre rocas sumergidas y fangosas que resultan visibles en la bajamar, pero que desaparecen de vista al subir las mareas. Ante ese faro han desfilado por espacio de un siglo los majestuosos bajeles de los siete mares. En tiempos de mi abuelo eran multitud; en los de mi padre no tanto, y ahora son tan pocos que a veces me siento extrañamente sólo, como si yo fuese el último hombre sobre nuestro planeta.

De costas lejanas llegaban aquellas embarcaciones con blancas velas de antaño; de lejanas costas al oriente, donde brillan soles cálidos y dulces aromas flotan sobre extraños jardines y templos gentiles. Los viejos capitanes se llegaban con frecuencia a mi abuelo y se lo contaban, y él se las relataba a su vez a mi padre, y mi padre me las transmitía a mí en las largas tardes de otoño, cuando el levante aúlla de forma espantosa. Y yo he leído más acerca de tales cosas, y de otras parecidas, en libros que los hombres me dieron cuando era joven y pletórico de inquietudes.

Pero más maravilloso que la sabiduría de los ancianos y el saber de los libros resulta el conocimiento secreto del océano. Azul, verde, gris, blanco o negro; bonancible, picado o montañoso; ese océano jamás calla. Durante toda mi vida lo he visto y escuchado, y lo conozco bien. Al principio me contaba tan sólo sencillos cuentecillos acerca de playas tranquilas y puertos cercanos, pero con el pasar de los años fue tornándose más amistoso y me habló de otras cosas. A veces, durante el crepúsculo, los vapores grises de horizonte se abrían para darme un atisbo de las rutas que hay más allá; y en ocasiones, durante la noche, las aguas profundas se han vuelto claras y fosforescentes para otorgarme una ojeada sobre los caminos de abajo. Y tales visiones han sido tanto de los caminos que son como de los que pudieran ser, así como de los que fueron; ya que el océano es más viejo que las montañas y acarrea las memorias y los sueños del Tiempo.

Del sur era de donde solía arribar la nave blanca cuando la luna lucía llena y alta en los cielos. Del sur, bogando tranquila y silenciosa. Y estuviera el mar agitado o en calma, y fuera el viento favorable o contrario, siempre bogaba tranquila y silenciosa, el velamen desplegado y las largas filas de remos moviéndose al compás. Una noche columbré sobre cubierta a un hombre barbudo y togado, y parecía llamarme con señas a embarcar hacia incitantes costas desconocidas. Desde entonces, pude verlo multitud de veces a la luz de la luna llena, y en cada ocasión me reclamaba por señas.

⁶ The White Ship (noviembre de 1919). Primera publicación: The United Amateur, noviembre de 1919. Publicado en The Weird Tales, febrero de 1926. Revisión del manuscrito por H. P. L. en 1934.

Con gran fulgor resplandecía la luna la noche en que respondí a su llamada, vadeando las aguas hacia la Nave Blanca, sobre un puente de rayos lunares. El hombre que me hiciera señas me dio ahora la bienvenida en un idioma que se me antojó conocer bien, y las horas se colmaron de amables cantos de remeros mientras bogábamos hacia el sur misterioso, teñido en oro por el resplandor de aquella luna llena, madura.

Y al romper el alba, rosado y resplandeciente, avisté la ribera verde de una tierra lejana, bella y luminosa; desconocida para mí. Sobre el mar se alzaban nobles terrazas de verdor, salpicadas de árboles y mostrando aquí y allá relucientes tejados blancos y columnatas de extraños templos. Al alcanzar la orilla verde, el hombre barbado me dijo que en tal tierra, la Tierra de Zar, es donde moran todos los sueños y pensamientos hermosos que llegan alguna vez al hombre y que son olvidados más tarde. Y cuando observé las terrazas de nuevo, vi que había dicho verdad, ya que entre las visiones que se me mostraban había multitud de cosas que alguna vez atisbara entre las brumas de más allá del horizonte y entre las fosforescentes profundidades del océano. Había asimismo formas y fantasías más esplendorosas que cuanto hubiera conocido hasta entonces; las visiones de jóvenes poetas que murieron en la indigencia antes de que el mundo pudiera conocer cuanto vieron y soñaron. Pero nosotros no hicimos pie en las inclinadas praderas de Zar, ya que está escrito que quien las holle jamás volverá a sus costas natales.

Mientras la Nave Blanca navegaba alejándose en silencio de las terrazas llenas de templos de Zar, descubrimos en lontananza las agujas de una poderosa ciudad; y el hombre barbado me dijo:

—Ésa es Thalarión, la Ciudad de las Mil Maravillas, donde residen todos aquellos misterios que el hombre ha tratado siempre en vano de sondear.

Y yo observé de nuevo, con mayor detenimiento, y vi que la ciudad era la mayor de cuantas hubiera conocido o soñado antes. Los pináculos de sus templos rozaban los cielos, de forma que hombre alguno podía contemplar las cúspides; y hasta más allá del horizonte se alzaban las formidables murallas grises sobre las que uno podía atisbar tan sólo unos pocos tejados, extraños y ominosos, aunque adornados con hermosos frisos y esculturas seductoras. Anhelé terriblemente el poder acceder a esa fascinante y, a un tiempo, espantosa, ciudad, e imploré al hombre barbado que me desembarcara en el muelle de piedra que hay junto a la puerta Akariel, inmensa y tallada, pero él se negó con amabilidad a mis deseos, diciendo:

—Muchos son los que han acudido a Thalarión, la ciudad de las Mil Maravillas, pero ninguno ha regresado. Tras sus muros sólo habitan demonios y seres enloquecidos que han dejado de ser humanos, y las calles blanquean con los huesos insepultos de quienes han contemplado al espectro de Lathi, que rige sobre la ciudad.

Así que la Nave Blanca se hizo a la vela, abandonando los muros de Thalarión, y siguió tras un pájaro que emigraba al sur, cuyo llamativo plumaje hacía juego con el cielo en el que había aparecido.

Entonces arribamos a una costa bella y gozosa, repleta de flores de todos los colores, en la que, hasta donde alcanzaba la vista, podíamos ver hermosas arboledas y radiantes pérgolas al sol del mediodía. De los emparrados de más allá nos llegaban estallidos de canciones y retazos de lírica armonía, entremezclados con leves risas, tan deliciosas que acucí a los remeros en mi ansiedad por alcanzar el sitio. Y el hombre barbado no pronunció palabra, pero me observaba según nos aproximábamos a la orilla bordeada de lirios. Bruscamente, un viento, soplando sobre las praderas floridas y los bosques frondosos, nos trajo un olor que me hizo estremecer. El viento arreció y el aire se llenó con el olor letal y putrefacto de las ciudades apestadas y los cementerios descubiertos. Y mientras bogábamos con rapidez lejos de esa costa maldita, el hombre barbado habló por fin, diciendo.

—Ésa es Xura, la Tierra de los Placeres Inalcanzados.

Así que de nuevo la Nave Blanca siguió al pájaro de los cielos sobre mares benditos por la calidez, abanicados por brisas aromáticas que acariciaban. Día tras día y noche tras noche navegamos, y cuando la luna estaba llena podíamos escuchar los amables cantos de los remeros, dulces como en aquella noche lejana en que navegamos alejándonos de mi tierra natal. Y fue a la luz de la luna que anclamos al fin en el puerto de Sona-Nyl, que está custodiado por dos promontorios gemelos de cristal que se alzan sobre las aguas, uniéndose en un arco resplandeciente. Ésa es la tierra de la Fantasía, y alcanzamos su verde orilla sobre un puente dorado de rayos lunares.

En la Tierra de Sona-Nyl no existe el tiempo ni el espacio, ni sufrimiento o muerte; y allí moré durante incontables eones. Verdes son los pastos y las arboledas, llamativas y fragantes las flores, azules y musicales las corrientes, claras y frías sus fuentes, e imponentes y magníficos los templos, castillos y ciudades de Sona-Nyl. En esa tierra no hay fronteras, ya que más allá de cada panorámica de belleza se alza otro aún más hermoso. Por sus campos y entre el esplendor de sus ciudades vagan a placer gentes alegres, todas ellas tocadas por una gracia pura y alegría sin tacha. En los eones en que residí allí, vagabundeé ebrio de felicidad a través de jardines en los que se alzaban pintorescas pagodas, sobre macizos placenteros, y en donde los paseos blancos están bordeados de delicadas flores. Remonté colinas amables desde cuyas cimas pude avistar fascinantes panoramas de ensueño, con antiguas poblaciones acurrucadas en valles de verdor, y con las cúpulas doradas de ciudades inmensas refulgiendo en el horizonte sin fin. Y contemplé el mar, rutilante a la luz de la luna, los promontorios de cristal y el plácido puerto donde aguardaba anclada la Nave Blanca.

De nuevo era luna llena la noche, en el inmemorial año de Thar, en que vi perfilarse la incitante silueta del pájaro celestial y sentí la primera punzada de inquietud. Entonces acudí al hombre barbado y le hablé de mi repentino afán por ir a la remota Cathuria, que ningún hombre ha visto, pero a que todos suponen que se halla más allá de los pilares de basalto de occidente. Ésa es la Tierra de la Esperanza y en ella refulgen los modelos ideales de cuanto conocemos; o eso es al menos lo que cuentan los hombres. Pero el hombre barbado me replicó:

—Guárdate de aquellos mares peligrosos en que los hombres dicen que se halla Cathuria. En Sona-Nyl no existen ni dolor ni muerte, ¿pero quién puede decir lo que aguarda tras los pilares de basalto de Occidente?

No obstante, con la siguiente luna llena abordé la Nave Blanca y, en compañía del hombre barbado., ahora reacio, dejé aquel puerto feliz rumbo a mares inexplorados.

Y el pájaro de los cielos volaba ante nosotros, guiándonos hacia las columnas basálticas de occidente, pero en esa ocasión los remeros no cantaban amables canciones bajo la luna llena. En mi imaginación a menudo me pintaba la desconocida Tierra de Cathuria con sus espléndidas arboledas y palacios, preguntándome qué nuevos placeres me aguardaban. «Cathuria», me decía, «es el hogar de los dioses y la tierra de desconocidas ciudades de oro. Sus selvas están formadas por aloe y sándalos, a semejanza de las fragantes arboledas de Camorín, y entre los árboles revolotean hermosos pájaros trinando sus melodías. En las verdes y floridas montañas de Cathuria se alzan templos de mármol rosa, embellecidos con glorias pintadas y esculpidas, albergando en sus patios frescas fuentes argentinas que dan el contrapunto con su música encantadora a las perfumadas aguas que proceden del río Narg, que brota de una gruta. Y las ciudades de Cathuria están circundadas por murallas doradas, y sus calles son asimismo de oro. En los jardines de tales ciudades hay extrañas orquídeas y lagos perfumados cuyos lechos son de ámbar y coral. En las noches, las calles y los jardines se encienden con bellas linternas forjadas en las conchas tricolores del carey, y allí resuenan las amables notas del cantor y del laúd. Y las casas de las ciudades de Cathuria son todas palacios, cada una de ellas edificada sobre un fragante canal alimentado por las aguas del sagrado Narg. De mármol y pórfido son las casas, techadas con resplandeciente oro que refleja los rayos del sol y realza el esplendor de las ciudades a ojos de los dioses bienaventurados que las contemplan desde picos distantes. Hermoso sobre todo ello resulta el palacio del gran monarca Dorieb, a quien unos tienen por semidiós y otros por una deidad. Alto se alza el palacio de Dorieb, y resultan innumerables los torreones de mármol sobre sus muros. En sus amplios salones se dan cita las multitudes, y allí penden los trofeos de las eras. Y el techo es de oro puro, sustentado por altas columnas de rubí y lapislázuli, ostentando figuras talladas de dioses y héroes tales que el observador cree estar ante el Olimpo viviente. Y el suelo del palacio es de cristal bajo el que fluyen las aguas del Narg, ingeniosamente iluminadas y embellecidas por vistosos peces desconocidos más allá de las fronteras de la bendita Cathuria.

Así me hablaba a mí mismo de Cathuria, pero el hombre barbado me instaba sin descanso a volver a las felices orillas de Sona-Nyl; ya que Sona-Nyl, es conocida por los hombres, mientras que nadie ha llegado a contemplar Cathuria.

Y a los treinta y un días de seguir al pájaro, avistamos las columnas basálticas de occidente. Se hallaban envueltas en bruma, de forma que nadie podía atisbar más allá de ellas, o entrever sus cumbres... que de hecho algunos suponen alcanzando los cielos. Y el hombre barbado me suplicó de nuevo que volviéramos, pero no le hice caso; ya que entre las brumas que había más allá de las columnas de basalto creí oír

las notas del cantor y el laúd; más dulces que la más dulce canción de Sona-Nyl, y entonando mi propia alabanza; alabanza en mi honor, que había viajado lejos bajo la luna llena y habitado la Tierra de la Fantasía.

Así que la Nave Blanca se adentró en la bruma que había entre los pilares basálticos de occidente, buscando los sonos de esa melodía. Y cuando la música se detuvo y la bruma se alzó, no vimos la tierra de Cathuria, sino un mar alborotado e irresistible sobre el que nuestro inerme bajel fue arrastrado hacia un fin desconocido. Pronto llegó a nuestros oídos, desde el lejano horizonte, el titánico bramar de una catarata monstruosa, allí donde los océanos del mundo se desploman en una nada abismal. Entonces el hombre barbado me habló con lágrimas en las mejillas:

—Hemos desdeñado la hermosa Tierra de Sona-Nyl, que jamás volveremos a ver. Los dioses son más grandes que los hombres, y han vencido.

Y yo cerré los ojos ante el impacto que se avecinaba, apartándolos de la imagen del pájaro celestial, que agitaba sus burlonas alas azules sobre el borde del torrente.

Tras el choque llegó la negrura, y escuché el griterío de hombres y seres inhumanos. Del oriente se alzaron vientos tempestuosos, y me sentí helar mientras me acurrucaba en un trozo de piedra húmeda que se había alzado bajo mis pies. Luego escuché otro golpe y abrí los ojos para descubrirme sobre la plataforma de aquel faro que abandonara navegando muchos eones atrás. En la oscuridad de abajo se divisaban los grandes perfiles de un buque encallado en las rocas crueles y, mientras observaba los restos, comprendí que la luz se había apagado por primera vez desde que mi abuelo ocupara su puesto.

Y en la última observación de la noche, al entrar en la torre, vi en el muro un calendario que estaba tal y como lo dejara una hora antes de embarcar. Al alba descendí de la torre y busqué los restos del naufragio entre las rocas, pero tan sólo hallé esto: un extraño pájaro color azul cielo, y un mástil hecho añicos, de una blancura mayor que la de la espuma de las olas o la nieve de las montañas.

Y desde entonces el océano no ha vuelto a contarme sus secretos, y, aunque muchas veces la luna ha brillado llena y alta en los cielos, la Nave Blanca nunca ha vuelto del sur.

LA MALDICIÓN QUE CAYÓ SOBRE SARNATH⁷

Hay en la tierra de Mnar un amplio lago tranquilo al que ninguna corriente nutre y del que tampoco nace río alguno. Hace diez mil años se alzaba en sus riberas la poderosa ciudad de Sarnath, pero Sarnath ya no está allí.

Cuentan que, en los olvidados años en que el mundo era joven, aun antes de que los hombres de Sarnath llegaran a la tierra de Mnar, otra ciudad se ubicaba junto al lago; la ciudad construida con piedras grises de lb, que era tan vieja como el mismo lago y estaba poblada por seres de ingrata apariencia. Tales seres resultaban sumamente feos y extraños, tal como de hecho son la mayoría de los retoños de un mundo apenas esbozado. Está escrito en las piedras cilíndricas de Kadatheron que el color de los seres de lb resultaba tan verde como el lago y las neblinas que se alzan de su superficie; que eran de ojos saltones, labios fofos y repulsivos, y curiosas orejas, así como que eran mudos. También está escrito que descendieron una noche de la luna, entre la niebla; ellos y el gran lago tranquilo, y la pétrea ciudad gris de lb. Como quiera que sea, es cierto que adoraban a un ídolo de piedra verde mar cincelado a semejanza de Bokrug, el gran lagarto acuático, ante el que danzaban de forma horrible cuando la luna se mostraba gibosa. Y está escrito en los papiros de Ilarneq que descubrieron un día el fuego, y que desde entonces utilizaron las llamas en multitud de festejos. Pero no es mucho lo que se ha escrito sobre tales seres, ya que existieron en tiempos verdaderamente remotos, y el hombre es joven, y sabe muy poco sobre los más antiguos de entre los seres vivos.

Tras muchos eones los hombres llegaron a la tierra de Mnar; eran oscuros pueblos pastores que arreaban sus rebaños y que construyeron Thraa, Ilarneq y Kadatheron junto al sinuoso río Al. Y algunas tribus, más audaces que las otras, se llegaron al borde del lago y emplazaron Sarnath en el lugar en que los metales preciosos afloraban de la tierra.

Las errabundas tribus ubicaron las primeras piedras de Sarnath no muy lejos de la ciudad gris de lb, maravillándose en grado sumo ante los seres que allí moraban. Pero con su asombro se mezclaba el odio, porque no estaba en su forma de pensar el admitir que seres de tal aspecto pudieran habitar el mundo de los hombres nacidos del fango. Tampoco gustaban de las extrañas esculturas sobre los monolitos grises de lb, ya que la gran antigüedad de tales tallas les resultaba terrible. Nadie sabía decir por qué aquellos seres y esculturas permanecían sobre la tierra, aun tras la llegada del hombre; a no ser que fuera porque la tierra de Mnar era tranquila en verdad, y alejada de la mayoría de otras tierras, tanto de la vigilia como de los sueños.

⁷ The Doom That Came to Sarnath (3 de diciembre de 1919). Primera publicación: The Scot, junio de 1920. Revisión del manuscrito realizada por el mismo Lovecraft.

Cuanto más miraban a los seres de Ib, más los odiaban los hombres de Sarnath, y a esto contribuía no poco el descubrimiento de que aquellos seres resultaban débiles como jalea a la herida de piedras, lanzas y flechas. Así que un día los guerreros jóvenes, los honderos y los lanceros y los arqueros se pusieron en marcha contra Ib y mataron a todos sus moradores, arrojando los extraños cuerpos al lago mediante largas lanzas, ya que no querían tocarlos. Y ya que no gustaban de los grises monolitos esculpidos de Ib, los abatieron asimismo sobre el lago, maravillándose de la enormidad del trabajo de acarrear aquellas piedras desde muy lejos, como sin duda había sido, ya que no se conocía nada semejante en toda la tierra de Mnar ni en las adyacentes.

De esta forma no quedó nada de la antiquísima ciudad, a excepción del ídolo de piedra verde mar cincelado a semejanza de Bokrug, el lagarto acuático. A éste los guerreros jóvenes se lo llevaron a Sarnath como un símbolo de conquista sobre los viejos dioses y los seres de Ib, así como en señal de liderazgo sobre Mnar. Pero la noche después de ser emplazado en el templo, algo terrible debió suceder, ya que se vieron luces salvajes sobre el lago, y al llegar la mañana el pueblo se encontró con que había desaparecido, y que el sumo sacerdote Taran-Ish yacía muerto, como abatido por algún miedo indecible. Y antes de morir, Taran-Ish había garabateado sobre el altar de crisolito con trazos temblorosos la señal de la MALDICIÓN.

Luego de Taran-Ish se sucedieron los sumos sacerdotes en Sarnath, pero nunca llegaron a encontrar el ídolo de piedra verde mar. Y multitud de siglos llegaron y se fueron, y Sarnath prosperó desmesuradamente, hasta que sólo los sacerdotes y las viejas recordaron lo que Taran-Ish garabateara sobre el altar de crisolito. Entre Sarnath y la ciudad de Ilarne se estableció un camino de caravanas, y los preciosos metales de la tierra se intercambiaban por otros metales y ropas raras y joyas y libros e instrumental para los artífices y todas los lujosos bienes conocidos por el pueblo que habita a lo largo del sinuoso río Ai y aun más allá. Así creció Sarnath poderosa y sabia, y enviaba ejércitos de conquista para subyugar a las ciudades vecinas; y en su momento se sentaron en el trono de Sarnath los reyes de toda la tierra de Mnar, así como multitud de tierras adyacentes.

Maravilla del mundo y orgullo de la humanidad era Sarnath la magnífica. De pulido mármol, extraído del desierto, eran sus murallas; con una altura de 300 codos y una anchura de 75, de forma que dos carros podían cruzarse sobre su parte alta. Su longitud era de 500 estadios, interrumpiéndose tan sólo en la parte que daba al lago, donde un gran dique de piedra verde contenía a las olas que se alzaban de forma extraña una vez al año, durante el aniversario de la destrucción de Ib. En Sarnath había cincuenta calles que iban del lago a las puertas de las caravanas, y otras cincuenta que las cruzaban. De ónice estaban todas pavimentadas, a excepción de aquellas por donde pasaban los caballos y los camellos y los elefantes, que se hallaban adoquinadas con granito. Y las puertas de Sarnath eran tantas como calles concluían en sus murallas, cada una de ellas de bronce y flanqueadas por efigies de leones y elefantes esculpidos en una clase de piedra ya desconocida para los hombres. Las casas de Sarnath eran de ladrillo vidriado y calcedonia, cada una con

su jardín vallado y su estanque cristalino. En extraño estilo habían sido construidas, ya que ninguna otra ciudad poseía casas así, y los viajeros de Thraa e Ilarne y Kadatheron se maravillaban ante los resplandecientes domos con que se hallaban rematadas.

Pero más maravillosos aún resultaban los templos y los palacios, así como los jardines establecidos por el antiguo rey Zokkar. Había multitud de palacios, el más modesto de los cuales era más formidable que cualquiera de los de Thraa o Ilarne o Kadatheron. Tan altos eran que, hallándose en su interior, uno podía creer que se hallaba a cielo abierto; aunque cuando se iluminaban con antorchas embebidas en el aceite de Dothur sus muros mostraban inmensos frescos de reyes y ejércitos, de una magnificencia tal que elevaban el espíritu al tiempo que atemorizaban a quienes los contemplaban. Multitud eran las columnas de los palacios, todas de mármol veteado, y talladas con motivos de belleza sin par. Y en la mayoría de los palacios los suelos se hallaban cubiertos por mosaicos de berilo y lapislázuli y sardónice y rubí y otros materiales selectos, tan bien distribuidos que el visitante podía creerse paseando sobre lechos de las más raras flores. Y había asimismo fuentes que derramaban aguas perfumadas alrededor mediante surtidores diseñados con habilidosa artesanía. Eclipsando a todos sus rivales se alzaba el palacio de los reyes de Mnar y tierras adyacentes. Sobre dos agazapados leones de oro reposaba el trono, muchos peldaños por encima del suelo resplandeciente. Y había sido tallado en una única pieza de marfil, aunque ningún hombre vivo conocía de dónde pudiera proceder algo tan inmenso. En ese palacio también había innumerables galerías, y muchos anfiteatros donde leones y hombres y elefantes combatían para entretenimiento de los reyes. En ocasiones se inundaban los anfiteatros con aguas canalizadas desde el lago a través de poderosos acueductos, y entonces se libraban trepidantes combates navales o luchas de nadadores contra mortíferos seres acuáticos.

Altos y asombrosos resultaban los diecisiete templos en torre de Sarnath, edificadas con una piedra de reflejos multicolores desconocida en cualquier otra parte. Su buen millar de codos medía el mayor de todos, allí donde moraba el sumo sacerdote entre una magnificencia apenas superada por la del rey. Abajo había salones tan amplios y espléndidos como los de los palacios, donde se agolpaban las muchedumbres adorando a Zo-Kalar y Tamash y Lobon, los dioses mayores de Sarnath, cuyos relicarios, envueltos en humo de incienso, eran semejantes a tronos de monarca. Las imágenes de Zo-Kalar y Tamash y Lobon no eran como las demás estatuas de dioses, ya que resultaban tan vívidas que uno podría jurar que los propios y agraciados dioses barbudos ocupaban sus tronos de marfil. Y a través de interminables escaleras de brillante circonio se llegaba al aposento de la cima, desde donde el sumo sacerdote avizoraba de día sobre la ciudad y las llanuras y el lago; y de noche la críptica luna y las estrellas más brillantes y los planetas, así como sus reflejos en el lago. Allí tenían lugar los más antiguos y secretos ritos en execración de Bokrug, el lagarto acuático, y allí reposaba el altar de crisolito ostentando la MALDICIÓN, garabateada por Taran-Ish.

Maravillosos asimismo resultaban los jardines edificados por el antiguo rey Zokkar. Ocupaban el centro de Sarnath, cubriendo un gran espacio y circundados por un alto muro. Y se hallaban cubiertos por un poderoso domo de cristal, a través del cual brillaban el sol y la luna y las estrellas y los planetas cuando estaba despejado. Y de ella se colgaban refulgentes imágenes del sol y la luna y las estrellas y los planetas cuando estaba nublado. En verano, los jardines se refrescaban mediante aromáticas brisas frescas, habilidosamente provocadas mediante ventiladores, y en verano se caldeaban a través de fuegos ocultos, por lo que en dichos jardines siempre reinaba la primavera. Pequeñas corrientes corrían sobre guijarros claros, surcando prados verdes y jardines multicolores, y multitud de puentes los salvaban de uno a otro lado. Muchas eran las cascadas a lo largo de sus cursos, y muchos asimismo los estanques cuajados de lirios en los que se expandían. Sobre corrientes y estanques bogaban blancos cisnes, al tiempo que la música de aves exóticas repicaba al compás del canto de las aguas. Macizos verdes nacían en ordenadas terrazas, adornados aquí y allá con emparrados y amables arriates, y asientos y bancos de mármol y pórfido. Y había innumerables capillas y templetes en donde uno podía descansar o rezar a los dioses menores.

Cada año tenía lugar en Sarnath la fiesta de la destrucción de Ib, y en esa ocasión se prodigaban el vino, las canciones, la danza y todo tipo de festejos. Se rendían grandes honores a los espectros de aquellos que aniquilaron a los seres de extraña antigüedad, y la memoria de éstos y sus viejos dioses resultaba mancillada por bailarines y músicos coronados con rosas procedentes de los jardines de Zokkar. Y los reyes oteaban sobre el lago y maldecían los huesos de los muertos que descansaban en sus honduras. En un principio los sumos sacerdotes no gustaban de tales festejos, ya que se contaban unos a otros extrañas historias de cómo el ídolo verde mar se había esfumado, y de cómo Taran-Ish había muerto de miedo, no sin antes dejar un aviso. Y se comentaba que, a veces, desde su alta torre, se divisaban luces bajo las aguas del lago. Pero como innumerables años fueron transcurriendo sin que sucediera calamidad alguna, incluso los sacerdotes rieron y maldijeron, y tomaron parte en aquellas orgías multitudinarias. Además, ¿no habían ellos mismos realizado a menudo, en su alta torre, el inconcebiblemente antiguo rito de execración de Bokrug, el lagarto acuático? Y un millar de años de riqueza y gozos transcurrieron sobre Sarnath, maravilla del mundo y orgullo de toda la humanidad.

Magnificante más allá de toda imaginación resultó la fiesta del milenio de la destrucción de Ib. Por espacio de una década se habló en la tierra de Mnar sobre ella, y al acercarse la noche acudieron a Sarnath en caballos y camellos y elefantes hombres de Thraa, Ilarne y Kadatheron, y de todas las ciudades de Mnar y de las tierras de aún más allá. Los pabellones de los príncipes y las tiendas de los viajeros se alzaron ante los marmóreos muros en aquella señalada noche, y por toda la ribera resonaban los cánticos de alegres celebrantes. En su sala de banquetes se reclinaba Nargis-Hey, el rey, catando vinos añejos de las bodegas de la conquistada Pnath, rodeado de nobles alegres y diligentes esclavos. Se habían paladeado multitud de platos durante esa fiesta; pavos reales de las islas de Nariel en el Océano Medio;

cabras jóvenes de las lejanas colinas de Implan, pies de camellos del desierto bnarcico, nueces y especias de los plantíos cidarianos, y perlas de marítimo Mtal, disueltas en el vinagre de Thraa. Había salsas en número incontable, preparadas por los mejores cocineros de toda Mnar, y aptas para todos los paladares. Pero el manjar más apreciado lo constituían los grandes peces del lago, de gran envergadura y servidos sobre fuentes de oro hermo­seadas con rubíes y diamantes.

Mientras el rey y sus nobles festejaban en palacio, y contemplaban los platos cumbre que aguardaban en sus fuentes de oro, otros celebraban en otra parte. En la torre del gran templo los sacerdotes se entregaban a la diversión, y en los pabellones extramuros los príncipes de tierras vecinas festejaban a su vez. Y sucedió que fue el sumo sacerdote Gnai-Kah quien primero advirtió la sombra que descendía de la gibosa luna hacia el lago, y la espantosa bruma verde que surgía del lago para juntarse con la luna y envolver con siniestra neblina las torres y cúpulas de la condenada Sarnath. Luego, quienes estaban en las torres y al otro lado de los muros avistaron extrañas luces en las aguas y vieron que la roca gris Akurión, que se alzaba junto a la orilla, estaba casi sumergida. Y el miedo prendió difusa aunque velozmente, de forma que el príncipe de Ilarne­k y el del lejano Rokol desmontaron y plegaron sus tiendas y pabellones y huyeron hacia el río Ai, aunque ellos mismos apenas entendían el motivo de aquella precipitada salida.

Entonces, próxima a sonar la medianoche, las puertas de bronce de Sarnath se abrieron y vomitaron una multitud enloquecida que cubrió la llanura, por lo que príncipes visitantes y viajeros huyeron espantados, ya que los rostros de esa multitud ostentaban la enloquecedora impronta de un inaguantable horror, y de sus bocas brotaban palabras tan terribles que nadie se demoró a comprobar su verdad. Hombres de ojos enloquecidos por el miedo vociferaban haber mirado en la sala del rey a través de los ventanales, y que ya no resultaba posible ver las siluetas de Nargis-Hei y sus nobles y esclavos, sino tan sólo una horda de indescriptibles seres verdes mudos, con ojos saltones y repulsivos labios fofos, y curiosas orejas. Seres que bailaban de forma espantosa, sosteniendo entre sus zarpas fuentes doradas hermo­seadas con rubíes y diamantes, y conteniendo llamas terribles. Y los príncipes y viajeros, mientras huían de la ciudad maldita de Sarnath a lomos de caballos y camellos y elefantes, volvieron la vista al lago del que brotaban las nieblas y vieron que la roca Akurión se hallaba prácticamente sumergida.

Por toda la tierra de Mnar y adyacentes corrieron historias de aquellos que habían escapado de Sarnath, y las caravanas ya no concurrieron más a la ciudad maldita, ni a sus metales preciosos. Tuvo que transcurrir mucho tiempo antes de que algún viajero fuera allá, y sólo entonces los jóvenes valientes y aventureros de la lejana Falona osaron hacer el viaje, jóvenes aventureros de pelo rubio y ojos azules sin parentesco alguno con los hombres de Mnar. De hecho, aquellos hombres acudieron al lago para contemplar Sarnath, pero aunque encontraron el gran lago tranquilo y la roca gris Ákurión que se alza muy alta cerca de la orilla, no pudieron vislumbrar la maravilla del mundo y orgullo de toda la humanidad. Donde antes se alzaran muros de 300 codos y torres aún más altas, ahora se hallaba sólo orilla

pantanosas; y donde antes moraran cincuenta millones de hombres ahora tan sólo se veía reptar al detestable lagarto verde de agua. Ni las minas de metal precioso quedaban, ya que la MALDICIÓN había caído sobre Sarnath.

Pero medio oculto entre los juncos se descubrió un curioso ídolo de piedra verde; un ídolo sumamente antiguo, cubierto de algas y cincelado a semejanza de Bokrug, el gran lagarto acuático. Ese ídolo, entronizado en el gran templo de Ilarne, fue en adelante adorado al resplandor de la luna gibosa en toda la tierra de Mnar.

LA DECLARACIÓN DE RANDOLFP CARTER⁸

Les repito, caballeros, que su interrogatorio es inútil. Enciérrenme de por vida si así lo quieren; enciérrenme o ejecútenme si necesitan una víctima mediante la que aparentar ese espejismo al que llaman justicia; pero no puedo decir más de lo ya dicho. Les he contado sin tapujos todo cuanto puedo recordar. No he distorsionado ni escondido nada, y si recuerdo algunas osas con dificultad, se debe tan sólo a esta nube oscura que se había apoderado de mi mente... esa nube y la naturaleza nebulosa de los horrores que cayeron sobre mí.

Insisto en que no sé qué ha sido de Harley Warren, aunque creo —casi espero—, que descansa en paz, si es que tal existe en algún sitio. Es cierto que durante cinco años fui su amigo más íntimo, y compañero en algunas de sus terribles exploraciones de lo desconocido. No negaré, aunque mis recuerdos resultan difusos e indeterminados, que ese testigo que presentan pueda habernos visto juntos tal como dice, en el camino de Gainesville, yendo hacia el pantano del Gran Ciprés, sobre las once y media de esa noche espantosa. Aún puedo añadir que llevábamos linternas, palas y un curioso rollo de alambre con accesorios, ya que tales instrumentos tenían su misión en la única y odiosa escena que queda grabada a fuego en mi trastornada memoria. Pero de cuanto ocurrió después, y del motivo por el que fui hallado solo y aturdido al borde del pantano la mañana siguiente, debo insistir en que nada sé sino lo ya contado una y otra vez. Dicen que no hay nada en el pantano o en sus cercanías que pueda servir de escenario para ese espantoso suceso. Les respondo que no sé más que lo que he visto. Debió ser ilusión o pesadilla deseo fervientemente que fuese ilusión o pesadilla, aunque eso es todo cuanto mi mente retiene de lo acontecido en estas estremecedoras horas que siguieron a nuestra desaparición de la vista de los hombres. Y el porqué Harley Warren no volvió, él o su sombra —o algún ser indescriptible que no puedo describir—, tan sólo puedo especular.

Como dije antes, los extravagantes estudios de Harley Warren me resultaban familiares, y hasta cierto punto los compartía. De su amplia colección de libros raros, extraños o versados en materias prohibidas, he leído cuantos se hallan escritos en lenguajes que conozco, pero éstos son los menos en comparación con aquellos escritos en idiomas que me resultan desconocidos. La mayoría, creo, está en árabe; y el libro inspirado por el demonio que causó nuestro fin —el libro que se llevó en el bolsillo fuera del mundo— estaba escrito en unos caracteres como nunca antes vi. Warren nunca me dijo sobre qué trataba exactamente ese libro. Respecto a la naturaleza de

⁸ *The Statement of Randolph Carter* (11-27 de diciembre de 1919). Primera publicación: *The Vagrant*, mayo de 1920. Se conserva una copia mecanografiada por el autor.

sus estudios... ¿debo decir que no los comprendía completamente? Me siento bastante afortunado de que así sea, ya que se trataba de estudios terribles, que yo seguía más por renuente fascinación que por una inclinación real hacia ellos. Warren me dominaba siempre, y a veces me daba miedo. Recuerdo cómo me estremecí ante su expresión la noche anterior a aquel espantoso suceso, mientras él exponía sin cesar su teoría de que algunos cadáveres no se pudren, sino que permanecen sanos y robustos en sus tumbas durante millares de años. Pero ya no le tengo miedo, porque supongo que él mismo ha experimentado horrores más allá de mi entendimiento. Ahora temo por él.

De nuevo les digo que no tengo clara idea de nuestro propósito aquella noche. Es cierto que tenía mucho que ver con el libro que acarreaba Warren —ese antiguo libro de caracteres indescifrables, llegado un mes antes de la India—, pero juro que no sé qué pensábamos encontrar. Su testigo dice habernos visto a las once y media en el camino de Gainesville, yendo hacia el pantano del Gran Ciprés. Será verdad, pero no me acuerdo. La imagen que está clavada en mi espíritu es tan sólo una escena y debió ser bien pasada la medianoche, ya que había una luna en cuarto menguante alta en los cielos entrevelados.

El lugar era un viejo cementerio, tan antiguo que me estremecí ante los múltiples signos de años inmemoriales. Se hallaba en un pantano profundo, húmedo, cubierto de espesas hierbas, musgo y unas malezas curiosamente rastreras; sofocado por un difuso hedor que mi imaginación enfermiza asoció de forma absurda con piedras podridas. Por todas partes había signos de abandono y decrepitud, y me acosaba la idea de que Warren y yo éramos los primeros seres vivos que invadían un mortífero silencio secular. Al borde del valle una media luna menguante asomaba entre agobiantes vapores que parecían surgir de desconocidas catacumbas, y a la luz de sus rayos débiles y trémulos pude distinguir una repulsiva mescolanza de viejas losas, urnas, cenotafios y fachadas de mausoleos; todos desmoronándose, cubiertos de musgo y mancillados por la humedad, parcialmente sepultados por la exuberancia vegetal de unas malezas malsanas. Mi primera impresión cierta de mi estancia en esa terrible necrópolis se refiere al acto de pararme con Warren ante cierta sepultura medio oculta y descargar algunos útiles que portábamos. Entonces me percaté de que cargaba con una linterna y dos palas, mientras mi compañero se equipaba con una linterna parecida y un teléfono portátil. No cambiamos palabra, ya que el lugar y la tarea a emprender parecía sernos conocida; y sin mayor dilación empuñamos las palas y comenzamos a desbrozar hierbas y malezas, apartando la tierra de la arcaica sepultura muerta. Tras desvelar toda su superficie, formada por tres inmensas lajas de granito, retrocedimos algunos pasos para contemplar aquel osario, y Warren pareció realizar algunos cálculos mentales. Luego regresó al sepulcro y, empleando su pala como palanca, intentó alzar la losa más cercana a una ruina pétrea que un día pudo ser un monumento. No lo consiguió, y me llamó en su ayuda. Por fin, nuestra fuerza combinada aflojó la losa, la alzamos y la echamos a un lado.

La apertura de la losa reveló una negra abertura de la que brotó una vaharada de gases infectos tan nauseabundos que hubimos de retroceder llenos de horror. Tras un intervalo, no obstante, nos aproximamos de nuevo al agujero y descubrimos más tolerables las emanaciones. Nuestras linternas nos mostraron el inicio de una escalera de piedra, rezumante de algún detestable icor de las profundidades de la tierra, flanqueada por húmedas paredes llenas de incrustaciones. Y de ese momento, por primera vez, recuerdo palabras; Warren dirigiéndose a mí con su suave voz de tenor; una voz singularmente indiferente a los espantosos contornos.

—Siento tener que pedirte que permanezcas en la superficie —dijo—, pero sería un crimen permitir que alguien con unos nervios tan frágiles como los tuyos bajara. No puedes imaginarte, aun a pesar de todo cuanto has leído y de todo cuanto te he contado, las cosas que veré y haré. Es un mundo demoníaco, Carter, y dudo que nadie que no sea un hombre con nervios de acero pueda alguna vez vislumbrarlo y regresar vivo y cuerdo. No pretendo ofenderte, y el cielo sabe lo feliz que me encuentro de tenerte a mi lado, pero en cierta forma soy responsable y no puedo arrastrar a un manojito de nervios como tú a una muerte o locura probables. Ya te digo, ¡no puedes hacerte idea de cómo es eso! Pero te prometo tenerte al tanto de cada movimiento mediante el teléfono... como ves, ¡tengo cable suficiente como para llegar al centro de la Tierra y volver!

Aún puedo escuchar con la memoria esas palabras pronunciadas con frialdad, y puedo recordar mis protestas. Me parece haber estado desesperadamente ansioso de acompañar a mi amigo a aquellas profundidades sepulcrales, aunque se mostró tercamente inflexible. Llegó a amenazar con abandonar la expedición si continuaba insistiéndole; una amenaza que resultó efectiva, ya que tan sólo él poseía la clave de aquello. Aún puedo recordar todo esto, aunque no sé muy bien de qué estamos hablando. Tras haberse asegurado mi reacto consentimiento, Warren tomó el rollo de alambre y ajustó los instrumentos. Por mi parte, tomé uno de éstos y me senté sobre una lápida añosa y descolorida, cerca de la oquedad recién abierta. Entonces me estrechó la mano, se echó al hombro el rollo de alambre y desapareció en el interior de aquel indescriptible osario. Por un momento pude ver el resplandor de su linterna y oír el susurro del alambre desenrollándose a sus espaldas; pero el resplandor pronto desapareció bruscamente, como si hubiera topado con una curva en la escalera de piedra, y el sonido se esfumó casi tan rápidamente. Yo me hallé solo, aunque unido a profundidades desconocidas mediante aquella mágica hebra cuya superficie aislante se mostraba verde bajos los tremolantes rayos de esa media luna menguante.

En el desolado silencio de esa ciudad de muerte vetusta y abandonada, mi imaginación concebía las más horribles fantasías e ilusiones, y los grotescos altares y monolitos parecían asumir espantosos caracteres... una conciencia a medias. Sombras amorfas parecían acechar desde las oscuras oquedades del pantano henchido de malezas y revoloteaban como ejecutando una blasfema procesión ceremonial, más allá de los accesos a los túmulos en la ladera de la colina; sombras que no podían ser fruto de esa media luna pálida y vigilante. Continuamente consultaba mi reloj a la

luz de la linterna y aplicaba el oído con febril intensidad al receptor del teléfono; pero durante más de un cuarto de hora no escuché nada. Luego hubo un débil chasquido del instrumento y yo llamé con voz tensa a mi amigo. Asustado como estaba, no me hallaba en modo alguno preparado para las palabras que brotaron de aquella cripta extraordinaria con tonos que resultaban más alarmados y estremecidos de cuanto hubiera oído antes a Harley Warren. Él, que se mostrara tan calmo al dejarme poco antes, ahora llamaba desde abajo con un susurro trémulo, más portentoso que el más destemplado de los aullidos:

—*¡Dios! ¡Si pudieras ver lo que estoy viendo!*

No pude responder. Enmudecido, tan sólo podía esperar. Entonces volvieron las frenéticas exclamaciones.

—*¡Carter, es terrible... monstruoso... increíble!*

En esta ocasión no me falló la voz, y barboté por el transmisor un torrente de preguntas excitadas. Aterrado, repetía de continuo:

—¿Qué es, Warren? ¿Qué es?

—*¡No puedo explicártelo, Carter! Está completamente más allá de cualquier imaginación... no me atrevo a contártelo... nadie puede conocerlo y seguir vivo... ¡Dios mío! ¡Nunca pude imaginar ESTO!*

El silencio volvió, roto por mi ahora incoherente torrente de estremecidas preguntas. Luego regresó la voz de Warren, teñida de extraña consternación:

—*¡Carter! ¡Por amor de Dios, pon en su sitio la losa y márchate si puedes! ¡Rápido!... déjalo todo y márchate... es tu única oportunidad! ¡Haz cuanto te digo y no me preguntes por qué!*

Yo lo escuchaba, aunque tan sólo era capaz de repetirle mis frenéticas preguntas. A mi alrededor había tumbas y oscuridad y sombras; a mis pies, algún peligro que rebasaba la humana imaginación. Pero mi amigo se hallaba en un apuro mayor que el mío y, a pesar del miedo, sentí un vago resentimiento al constatar que me creía capaz de abandonarlo en tales circunstancias. Más chasquidos, y tras una pausa un grito lastimero de Warren.

—*¡Lárgate! ¡Por el amor de Dios, pon en su sitio la losa y sal pitando, Carter!*

Algo en el habla infantil de mi compañero, evidentemente conmocionado, liberó mis facultades. Formé y tomé una decisión.

—¡Warren, aguanta! ¡Voy allá!

Pero ante tal ofrecimiento el tono de mi interlocutor se convirtió en un grito de completa desesperación.

—*¡No! ¡No puedes entenderlo! ¡Es demasiado tarde... y es por mi propia culpa. Pon en su sitio la losa y corre... no hay nada que tú o cualquier otro pueda hacer ya!*

El tono volvió a cambiar, adquiriendo esta vez una cualidad más suave, como de una resignación desesperada. Aunque seguía tensa de ansiedad por mi suerte.

—*¡Rápido... antes de que sea demasiado tarde!*

Intenté no hacerle caso; traté de romper la parálisis que me paralizaba, y realizar mi promesa de acudir abajo en su ayuda. Pero un nuevo susurro me encontró aún preso, inerme, en las cadenas del implacable horror.

— ¡Carter.. deprisa! No tiene sentido... debes irte... mejor uno que dos... la losa...

Una pausa, más chasquidos, luego la débil voz de Warren:

— Esto se acaba... no lo hagas más difícil... cubre esos malditos peldaños y salva tu vida... estás perdiendo el tiempo... adiós, Cartel... no volveremos a vernos.

Aquí el susurro de Warren creció hasta convertirse en un grito; un grito que gradualmente se transformó en un alarido cargado con todo el horror de las edades...

— ¡Malditos sean estos seres infernales... legiones... Dios mío. ¡Huye! ¡Huye! ¡Huye!

Tras esto llegó el silencio. No sé cuántos eones interminables permanecí allí, estupefacto; susurrando, murmurando, llamando, gritando en el teléfono. Una y otra vez durante esos eones susurré y murmuré, llamé, grité y vociferé.

— ¡Warren! ¡Warren! Responde... ¿estás ahí?

Y entonces me llegó el horror que culminaba todos los anteriores... aquel suceso increíble, impensable, casi innombrable. Ya he dicho que parecieron pasar eones desde que Warren me vociferara su postrer aviso desesperado, y que sólo mis gritos rompían desde entonces el espantoso silencio. Pero tras un lapso hubo un chasquido posterior en el auricular, y yo agucé el oído para escuchar. Llamé de nuevo.

— Warren, ¿estás ahí?

Y en respuesta escuché lo que ha tendido esa nube sobre mi entendimiento. No pretendo, caballeros, explayarme acerca de ello, esa voz, ni puedo osar describirlo en detalle, ya que las primeras palabras laceraron mi conciencia y provocaron un vacío mental que alcanza hasta mi despertar en el hospital. ¿Podría decir que la voz era profunda, hueca, viscosa, distante, ultraterrena, inhumana, incorpórea? ¿Qué puedo decir? Ahí está el final de lo que recuerdo y el final de mi historia. Lo escuché y no sé más. Lo escuché mientras me sentaba petrificado en ese desconocido cementerio del pantano, entre las ruinosas piedras de las tumbas derrumbadas, la exuberante vegetación y los vapores malsanos. Lo escuché surgiendo de las profundidades más remotas de ese detestable sepulcro abierto, mientras veía sombras amorfas, necrófagas, danzando bajo una maldita luna menguante. Y lo que dijo fue:

— ¡IDIOTA! ¡WARREN ESTÁ MUERTO!

EL VIEJO TERRIBLE⁹

Fue una ocurrencia de Angelo Ricci y Joe Czanek y Manuel Silva el pasar visita al Viejo Terrible. Este anciano vivía solo en una casa realmente antigua de Water Street, cerca del mar, y tenía fama de ser sumamente rico y sumamente achacoso, lo que resultaba una situación de lo más atractiva para los señores Ricci, Czanek y Silva, ya que su profesión no era ni más ni menos que la del latrocinio.

Los habitantes de Kingsport dicen y piensan muchas cosas sobre el Viejo Terrible que suelen ocultar al conocimiento de gentes como el señor Rice; y sus colegas, a pesar del hecho casi probado de que guarda una fortuna de magnitud indefinida en algún lugar de su mohosa y venerable morada. Se trata, verdaderamente, de un personaje muy extraño, al que se supone que fue en su día capitán de los clipers de las Indias Orientales, tan viejo que nadie puede recordar ya cuándo fue joven, y tan taciturno que pocos conocen su verdadero nombre. Entre los nudosos árboles del patio delantero de su vetusta y abandonada morada, alberga una extraña colección de grandes piedras, curiosamente agrupadas y pintadas de tal forma que recuerdan a los ídolos de algún oscuro templo oriental. Esta colección ahuyenta a los muchachos, que acostumbran a burlarse del Viejo Terrible a causa de sus largos cabellos y barbas blancas, o a romper las ventanas hechas de pequeños cuadrados de cristal de su casa con sus crueles proyectiles; pero hay otra cosa que espanta a personas más viejas y curiosas, que a veces rondan la casa para atisbar a través de los cristales polvorientos. Esas personas dicen que, en una mesa, en una habitación desnuda, en la planta baja, se halla una multitud de curiosas botellas, cada una con un trozo de plomo suspendido de un cordel en su interior, a manera de péndulos. Y dicen que el Viejo Terrible habla con esas botellas dirigiéndose a ellas por nombres tales como Jack, Cara Marcada, Long Tom, Spanish Joe, Peter y Oficial Ellis, y que cada vez que habla con una botella el pequeño péndulo del interior oscila claramente a modo de respuesta. Aquellos que han visto al Viejo Terrible, alto y enjuto, en esos peculiares diálogos, no han vuelto a espíarle. Pero Angelo Ricci, Joe Czanek y Manuel Silva no tenían sangre de Kingsport; pertenecían a ese contingente nuevo y forastero que vive fuera del encantado círculo de la vida y tradiciones de Nueva Inglaterra, y en el Viejo Terrible tan sólo veían a un carcamal tambaleante y casi indefenso, que no podía dar un paso sin ayuda de su nudoso bastón, y cuyas manos enflaquecidas y debilitadas temblaban de forma patética. A su manera, se compadecían sinceramente de aquel viejo solitario e impopular, al que todos evitaban y a quien los perros ladraban de una forma especial. Pero el negocio es el

⁹ *The Terrible Old Man* (28 de enero de 1920). Primera publicación: *The Tryout*, julio de 1921. Publicado en la revista *Weird Tales*, 1926. El manuscrito se conserva en la John Hay Library of Brown University.

negocio, y para un ladrón de casta resulta una tentación y un reto un tipo tan viejo y débil, que no tiene cuenta en el banco y que paga sus pocos gastos en el almacén del pueblo con plata y oro españoles acuñados dos siglos antes.

Los señores Ricci, Czanek y Silva eligieron la noche del 11 de abril para girar su visita. El señor Ricci y el señor Silva cambiarían unas palabras con el desdichado y anciano caballero mientras el señor Czanek esperaba por ellos y por su presumible cargamento en metálico en un coche cubierto, en Ship Street, junto a la puerta del muro trasero de la finca de su anfitrión. El deseo de no tener que dar innecesarias explicaciones en caso de una inesperada intrusión policial aceleró los preparativos de una retirada tranquila y discreta.

Como habían planeado, los tres aventureros obraron por separado para evitarse posteriores sospechas maliciosas. Los señores Ricci y Silva se reunieron en Water Street, frente a la puerta del anciano, y aunque les disgustó la forma en que la luna iluminaba las piedras pintadas a través de las ramas de los nudosos árboles, cubiertas de brotes, tenían cosas más importantes en que pensar que en simples supersticiones ociosas. Temían que el desatar la lengua del Viejo Terrible acerca de su provisión de oro y plata les resultase una faena desagradable, ya que los viejos capitanes de barco son notablemente testarudos y perversos. Pero, aun así, él estaba muy viejo y achacoso, y ellos eran dos a visitarle. Los señores Ricci y Silva eran expertos en doblegar la voluntad de gentes poco dispuestas, y los gritos de un hombre tan excepcionalmente débil y venerable podían ser fácilmente silenciados. Así que se allegaron a una ventana iluminada y escucharon al Viejo Terrible hablar de manera pueril con sus botellas de péndulos. Entonces se enmascararon y llamaron cortésmente a la deslucida puerta de roble.

La espera resultó muy larga para el señor Czanek mientras se removía inquieto en el coche cubierto, junto a la puerta trasera del Viejo Terrible, en Ship Street. Era más aprensivo de lo ordinario, y no le habían gustado los espantosos gritos que había oído en la vieja casa momentos después de la hora fijada para el asalto. ¿No les había dicho a sus colegas que fueran lo más considerados que pudieran con el patético y anciano capitán? Observó muy nervioso la estrecha puerta de roble en el muro alto y cubierto de hiedra. Con frecuencia consultaba el reloj, extrañado por el retraso. ¿Había muerto el viejo sin revelar el escondrijo de su tesoro, obligando a una búsqueda exhaustiva? Al señor Czanek no le gustaba esperar tanto tiempo en la oscuridad en un sitio así. Entonces sintió un ruido amortiguado de pasos o un tabaleo en el sendero tras la puerta, escuchó un leve manipular del herrumbroso pestillo y vio cómo la puerta pesada y angosta se abría. Y al pálido resplandor de una única y débil lámpara callejera aguzó la vista para distinguir qué habían logrado sus colegas en esa casa siniestra que parecía amenazarle tan de cerca. Pero cuando vio algo, no fue lo que esperaba; ya que sus colegas no estaban allí, sino sólo el Viejo Terrible, apoyado tranquilamente en su nudoso bastón y sonriendo de forma horrible. El señor Czanek, que no se había fijado nunca antes en el color de ojos de ese hombre, vio ahora que eran amarillos.

Los pequeños incidentes despiertan considerable revuelo en las poblaciones pequeñas, por lo que la gente de Kingsport habló toda la primavera y el verano sobre los tres cuerpos imposibles de identificar que la marea había arrojado a la costa; horriblemente acuchillados, como por multitud de cortes, y horriblemente destrozados, como pateados por multitud de tacones. Y algunos aún comentaban sucesos tan triviales como el coche abandonado, descubierto en Ship Street, o sobre ciertos gritos especialmente inhumanos, probablemente de algún animal perdido o un pájaro migratorio, escuchados durante la noche por algunos ciudadanos insomnes. Pero el Viejo Terrible no prestaba ninguna atención a todo este ocioso chismorreó pueblerino. Era de natural reservado, y, cuando uno es viejo y enfermizo, la reserva se hace aún mayor. Además, un capitán tan anciano debía haber asistido a montones de cosas mucho más interesantes en los lejanos días de su olvidada juventud.

EL ÁRBOL¹⁰«*Fata viam invenient.*»¹¹

En una verde ladera del monte Menalo, en Arcadia, se halla un olivar en torno a las ruinas de una villa. Al lado se encuentra una tumba, antaño embellecida con las más sublimes esculturas, pero sumida ahora en la misma decadencia que la casa. A un extremo de la tumba, con sus peculiares raíces desplazando los bloques de mármol del Pentélico, mancillados por el tiempo, crece un olivo antinaturalmente grande y de figura curiosamente repulsiva; tanto se asemeja a la figura de un hombre deforme, o a un cadáver contorsionado por la muerte, que los lugareños temen pasar cerca en las noches en que la luna brilla débilmente a través de sus ramas retorcidas. El monte Menalo es uno de los parajes predilectos de temible Pan, el de la multitud de extraños compañeros, y los sencillos pastores creen que el árbol debe tener alguna espantosa relación con esos salvajes silenos; pero un anciano abejero que vive en una cabaña de las cercanías me contó una historia diferente.

Hace muchos años, cuando la villa de la cuesta era nueva y resplandeciente, vivían en ella los escultores Calos y Musides. La belleza de su obra era alabada de Lidia a Neápolis, y nadie osaba considerar que uno sobrepasaba al otro en habilidad. El Hermes de Calos se alzaba en un marmóreo santuario de Corinto, y la Palas de Musides remataba una columna en Atenas, cerca del Partenón. Todos los hombres rendían homenaje a Calos y Musides, y se asombraban de que ninguna sombra de envidia artística enfriara el calor de su amistad fraternal.

Pero aunque Calos y Musides estaban en perfecta armonía, sus formas de ser no eran iguales. Mientras que Musides gozaba las noches entre los placeres urbanos de Tegea, Calos prefería quedarse en casa; permaneciendo fuera de la vista de sus esclavos al fresco amparo del olivar. Allí meditaba sobre las visiones que colmaban su mente, y allí concebía las formas de belleza que posteriormente inmortalizaría en mármol casi vivo. Los ociosos, por supuesto, comentaban que Calos se comunicaba con los espíritus de la arboleda, y que sus estatuas no eran sino imágenes de los faunos y las dríadas con los que se codeaba... ya que jamás llevaba a cabo sus trabajos partiendo de modelos vivos.

Tan famosos eran Calos y Musides que a nadie le extrañó que el tirano de Siracusa despachara enviados para hablarles acerca de la costosa estatua de Tycho que planeaba erigir en su ciudad. De gran tamaño y factura sin par había de ser la estatua, ya que habría de servir de maravilla a las naciones y convertirse en una meta para los viajeros. Honrado más allá de cualquier pensamiento resultaría aquel cuyo

¹⁰ *The Tree* (1920). Primera publicación: *The Tryout*, octubre de 1921; publicado con correcciones de H. P. L. Se conserva un manuscrito preparado por el autor.

¹¹ El destino encontrará la manera.

trabajo fuese elegido, y Calos y Musides estaban invitados a competir por tal distinción. Su amor fraterno era de sobra conocido, y el astuto tirano conjeturaba que, en vez de ocultarse sus obras, se prestarían mutua ayuda y consejo; así que tal apoyo produciría dos imágenes de belleza sin par, cuya hermosura eclipsaría incluso los sueños de los poetas.

Los escultores aceptaron complacidos el encargo del tirano, así que en los días siguientes sus esclavos pudieron oír el incesante picoteo de los cinceles. Calos y Musides no se ocultaron sus trabajos, aun cuando se reservaron su visión para ellos dos solos. A excepción de los suyos, ningún ojo pudo contemplar las dos figuras divinas liberadas mediante golpes expertos de los bloques en bruto que las aprisionaban desde los comienzos del mundo.

De noche, al igual que antes, Musides frecuentaba los salones de banquetes de Tegea, mientras Calos rondaba a solas por el olivar. Pero, según pasaba el tiempo, la gente advirtió cierta falta de alegría en el antes radiante Musides. Era extraña, comentaban entre sí, que esa depresión hubiera hecho presa en quien tenía tantas posibilidades de alcanzar los más altos honores artísticos. Muchos meses pasaron, pero en el semblante apagado de Musides no se leía sino una fuerte tensión que debía estar provocada por la situación.

Entonces Musides habló un día sobre la enfermedad de Calos, tras lo cual nadie volvió a asombrarse ante su tristeza, ya que el apego entre ambos escultores era de sobra conocido como profundo y sagrado. Por tanto, muchos acudieron a visitar a Calos, advirtiéndole en efecto la palidez de su rostro, aunque había en él una felicidad serena que hacía su mirada más mágica que la de Musides... quien se hallaba claramente absorto en la ansiedad, y que apartaba a los esclavos en su interés por alimentar y cuidar al amigo con sus propias manos. Ocultas tras pesados cortinajes se encontraban las dos figuras inacabadas de Tycho, últimamente apenas tocadas por el convaleciente y su fiel enfermero.

Según desmejoraba inexplicablemente, más y más, a pesar de las atenciones de los perplejos médicos y las de su inquebrantable amigo, Calos pedía con frecuencia que le llevaran a la tan amada arboleda. Allí rogaba que le dejaran solo, ya que deseaba conversar con seres invisibles. Musides accedía invariablemente a tales deseos, aunque con lágrimas en los ojos al pensar que Calos prestaba más atención de faunos y dríadas que de él. Al cabo, el fin estuvo cerca y Calos hablaba de cosas del más allá. Musides, llorando, le prometió un sepulcro aún más hermoso que la tumba de Mausolo, pero Calos le pidió que no hablara más sobre glorias de mármol. Tan sólo un deseo se albergaba en el pensamiento del moribundo; que unas ramitas de ciertos olivos de la arboleda fueran depositadas enterradas en su sepultura... junto a su cabeza. Y una noche, sentado a solas en la oscuridad del olivar, Calos murió.

Hermoso más allá de cualquier descripción resultaba el sepulcro de mármol que el afligido Musides cinceló para su amigo bienamado. Nadie sino el mismo Calos hubiera podido obrar tales bajorrelieves, en donde se mostraban los esplendores del Eliseo. Tampoco descuidó Musides el enterrar junto a la cabeza de Calos las ramas de olivo de la arboleda.

Cuando los primeros dolores de la pena cedieron ante la resignación, Musides trabajó con diligencia en su figura de Tycho. Todo el honor le pertenecía ahora, ya que el tirano no quería sino su obra o la de Calos. Su esfuerzo dio cauce a sus emociones y trabajaba más duro cada día, privándose de los placeres que una vez degustaría. Mientras tanto, sus tardes transcurrían junto a la tumba de su amigo, donde un olivo joven había brotado cerca de la cabeza del yacente. Tan rápido fue el crecimiento de este árbol, y tan extraña era su forma, que cuantos lo contemplaban prorrumpían en exclamaciones de sorpresa, y Musides parecía encontrarse a un tiempo fascinado y repelido por él.

A los tres años de la muerte de Calos, Musides envió un mensajero al tirano, y se comentó en el ágora de Tegea que la tremenda estatua estaba concluida. Para entonces, el árbol de la tumba había alcanzado asombrosas proporciones, sobrepasando al resto de los de su clase, y extendiendo una rama singularmente pesada sobre la estancia en la que Musides trabajaba. Mientras, muchos visitantes acudían a contemplar el árbol prodigioso, así como para admirar el arte del escultor, por lo que Musides casi nunca se hallaba a solas. Pero a él no le importaba esa multitud de invitados; antes bien, parecía temer el quedarse a solas ahora que su absorbente trabajo había tocado a su fin. El poco alentador viento de la montaña, suspirando a través del olivar y el árbol de la tumba, evocaba de forma extraña sonidos vagamente articulados.

El cielo estaba oscuro la tarde en que los emisarios del tirano llegaron a Tegea. De sobra era sabido que llegaban para hacerse cargo de la gran imagen de Tycho y para rendir honores imperecederos a Musides, por los que los próxenos les brindaron un recibimiento sumamente caluroso. Al caer la noche se desató una violenta ventolera sobre la cima del Menalo, y los hombres de la lejana Siracusa se alegraron de poder descansar a gusto en la ciudad. Hablaron acerca de su ilustrado tirano, y del esplendor de su ciudad, refocilándose en la gloria de la estatua que Musides había cincelado para él. Y entonces los hombres de Tegea hablaron acerca de la bondad de Musides, y de su hondo penar por su amigo, así como de que ni aun los inminentes laureles del arte podrían consolarle de la ausencia del Calos, que podría haberlos ceñido en su lugar. También hablaron sobre el árbol que crecía en la tumba, junto a la cabeza de Calos. El viento aullaba aún más horriblemente, y tanto los siracusanos como los arcadios elevaron sus preces a Eolo.

A la luz del día, los próxenos guiaron a los mensajeros del tirano cuesta arriba hasta la casa del escultor, pero el viento nocturno había realizado extrañas hazañas. El griterío de los esclavos se alzaba en una escena de desolación, y en el olivar ya no se levantaban las resplandecientes columnatas de aquel amplio salón donde Musides soñara y trabajara. Solitarios y estremecidos penaban los patios humildes y las tapias, ya que sobre el suntuoso peristilo mayor se había desplomado la pesada rama que sobresalía del extraño árbol nuevo, reduciendo, de una forma curiosamente completa, aquel poema en mármol a un montón de ruinas espantosas. Extranjeros y tegeanos quedaron pasmados, contemplando la catástrofe causada por el grande, el siniestro árbol cuyo aspecto resultaba tan extrañamente humano y cuyas raíces

alcanzaban de forma tan peculiar el esculpido sepulcro de Calos. Y su miedo y desmayo aumentó al buscar entre el derruido aposento, ya que del noble Musides y de su imagen de Tycho maravillosamente cincelada no pudo hallarse resto alguno. Entre aquellas formidables ruinas no moraba sino el caos, y los representantes de ambas ciudades se vieron decepcionados; los siracusanos porque no tuvieron estatua que llevar a casa; los tegeanos porque carecían de artista al que conceder los laureles. No obstante, los siracusanos obtuvieron una espléndida estatua en Atenas, y los tegeanos se consolaron erigiendo en el ágora un templo de mármol que conmemoraba los talentos, las virtudes y el amor fraternal de Musides.

Pero el olivar aún está ahí, así como el árbol que nace en la tumba de Calos, y el anciano abejero me contó que a veces las ramas susurran entre sí en las noches ventosas, diciéndose una y otra vez: «Οἶδᾶ ; Οἶδᾶ !»... yo sé! yo sé!

LOS GATOS DE ULTHAR¹²

Se dice que en Ulthar, que se alza más allá del río Skai, a ningún hombre le está permitido el matar un gato; y eso es algo que puedo muy bien creer cuando contemplo al que se enrosca ronroneando ante el fuego. Ya que el gato es un ser críptico, y está cerca de cosas extrañas que resultan invisibles para el hombre. Es el alma del viejo Egipto, el portador de cuentos sobre las olvidadas ciudades de Meros y Ofir. Es de la estirpe de los señores de la jungla y heredero de los secretos del África antigua y siniestra. La esfinge es su prima, y el gato habla su lenguaje; aunque el primero es más viejo que la segunda y recuerda cuanto ella ha olvidado.

En Ulthar, antes de que los ciudadanos prohibieran matar gatos, vivían un viejo campesino y su esposa, y disfrutaban tendiendo trampas y dando muerte a los gatos de sus vecinos. Por qué lo hacían no se sabe, excepto que hay quien aborrece los maullidos de los gatos durante la noche, y le enferma que merodeen por patios y jardines durante el crepúsculo. Pero, por lo que fuese, ese anciano y su mujer gozaban atrapando y matando a cualquier gato que se aproximara a su chabola; y a juzgar por algunos de los sonidos que se oían tras la caída de la noche, algunos ciudadanos suponían que el medio de muerte empleado debía ser sumamente peculiar. Pero la gente no discutía tales cosas con el viejo y su esposa; tanto por la expresión que se leía habitualmente en sus rostros marchitos como por el hecho de que su casa fuera tan pequeña y estuviera tan oculta en la oscuridad, bajo corpulentos robles, al fondo de un patio descuidado. Realmente, por mucho que los propietarios de gatos odiaran a esa gente extraña, aún los temían más, y en vez de encararlos como asesinos brutales se limitaban a cuidarse de que sus queridas mascotas, o sus cazadores de ratones pudieran extraviarse por la alejada chabola bajo los oscuros árboles. Cuando a causa de algún descuido inevitable se perdía un gato, y aquellos sonidos se alzaban en la oscuridad, el damnificado podía lamentarse impotente o consolarse dando gracias a la suerte de que no se tratase de uno de sus hijos el perdido, ya que la gente de Ulthar era sencilla y no conocía el origen de los gatos.

Un día, una caravana de extraños vagabundos del sur penetró en las estrechas calles adoquinadas de Ulthar. Oscuros viajeros eran, distintos a las demás gentes errabundas que pasaban por el pueblo un par de veces al año. En la plaza del mercado leían el porvenir a cambio de plata y compraban hermosas baratijas a los comerciantes. Nadie sabría decir cuál era la tierra natal de esos viajeros; pero se les había visto rezar extrañas plegarias y los costados de sus carros estaban decorados

¹² *The Cats of Ulthar* (15 de junio de 1920). Primera publicación: *The Tryout*, noviembre de 1920. Se conserva un manuscrito en la colección de Grill-Binkin y un boletín publicado por R. H. Barlow en 1935, supuestamente revisado por éste.

con exóticas figuras de cuerpo humano y cabezas de gatos, halcones, carneros y leones. Y el jefe de la caravana lucía un tocado con dos cuernos y un curioso disco entre ambos.

En esa pintoresca caravana figuraba un muchachito sin padre ni madre, con tan sólo un diminuto gatito a su cargo. La plaga no había sido benévola con él, aun cuando le había dejado esa pequeña cosa peluda para consolarse en su pena; y cuando uno es muy joven puede encontrar gran alivio en las vivaces trastadas de un gatito negro. Así que el niño a quien el pueblo oscuro llamaba Menes sonreía más a menudo de lo que lloraba al sentarse jugando con su gracioso minino en los peldaños de un carro exóticamente decorado.

La tercera mañana de estancia de los trotamundos en Ulthar, Menes no pudo encontrar a su gato; y mientras sollozaba a solas en la plaza del mercado, algunos lugareños le hablaron del anciano y su esposa, así como de los sonidos que se oían durante la noche. Y cuando escuchó tales cosas, el sollozo dejó paso a la reflexión, y finalmente a un ruego. Tendió sus brazos hacia el sol y oró en una lengua que los ciudadanos no podían entender; aunque tampoco se cuidaron demasiado de comprenderla, ya que su atención estaba mayormente vuelta al cielo y a las extrañas formas que iban tomando las nubes. Resultaba muy curioso, porque según el muchachito hubo completado su petición, parecieron formarse sobre las cabezas las sombrías, nebulosas formas de seres exóticos; de híbridas criaturas coronadas con discos flanqueados por cuernos. La naturaleza es pletórica en tales ilusiones, listas para impresionar a los imaginativos.

Esa noche los vagabundos abandonaron Ulthar y nunca volvieron a ser vistos. Y los lugareños se vieron turbados al advertir que en todo el pueblo no podía encontrarse un solo gato. El familiar gato había desaparecido de cada hogar; gatos grandes y pequeños, negros, grises, listados, amarillos y blancos. El viejo Kranón, el burgomaestre, juraba que el pueblo oscuro se los había llevado en venganza por la muerte del gatito de Menes, y maldijo tanto a la caravana como al mozuelo. Pero Nith, el enjuto notario, aventuró que el viejo campesino y su mujer resultaban más sospechosos, ya que su aversión a los gatos era de sobra conocida, y cada vez parecía más audaz. No obstante, nadie osó quejarse a la siniestra pareja, aun cuando el pequeño Atal, el hijo del ventero, juró haber visto al crepúsculo a todos los gatos de Ulthar en ese maldito patio bajo los árboles, desfilando lenta y solemnemente en círculo alrededor de la choza, de a dos, como ejecutando algún desconocido rito de las bestias. Las gentes no sabían si prestar atención a alguien tan pequeño; y aunque temían que la maligna pareja hubiera embrujado a los gatos para matarlos, prefirieron no encararse con el viejo campesino hasta que pudieran pillarle fuera de su oscuro y repulsivo patio.

Así que todo Ulthar se acostó lleno de rabia impotente; y cuando la gente despertó al alba... ¡mirad! ¡Cada gato había vuelto a su hogar! Grandes y pequeños, negros, grises, listados, amarillos y blancos, ninguno se había perdido. Los gatos aparecían muy gordos y lustrosos, atronando de ronroneos satisfechos. Los ciudadanos hablaban entre sí sobre el asunto, no poco maravillados. De nuevo, el

viejo Kranón insistió en que habían sido retenidos por el pueblo oscuro, ya que no hubieran regresado vivos de la choza del viejo y su mujer. Pero todos estaban de acuerdo en algo: en que la renuncia de los gatos a comer sus raciones de carne o beber sus platillos de leche resultaba sumamente curioso. Y durante dos días completos, los lustrosos, los perezosos gatos de Ulthar no tocaron su comida, limitándose a dormitar junto al fuego o al sol.

Transcurrió una semana completa antes de que los pueblerinos se percataran de que no se encendían luces tras las polvorientas ventanas de la choza bajo los árboles. Entonces el enjuto Nith apostilló con que nadie había visto al viejo o a su mujer desde la noche en que desaparecieron los gatos. Una semana más tarde, el burgomaestre decidió sobreponerse a sus miedos y acudir, como a un deber, a la morada extrañamente silenciosa; aunque tomó la precaución de hacerse acompañar por Shang el herrero y Thul el picapedrero a modo de testigos. Y cuando hubieron echado abajo la endeble puerta, tan sólo hallaron esto: dos esqueletos humanos, mondos y lirondos, sobre el suelo de tierra, así como gran número de curiosos escarabajos escabulléndose por los rincones en sombras.

Subsecuentemente, hubo muchas discusiones entre los ciudadanos de Ulthar. Zath, el alguacil, discutió largo tiempo con Nith, el enjuto notario; y Kranón y Shang y Thul fueron acosados a preguntas. Incluso Atal, el hijo del ventero, fue interrogado a fondo y recibió una golosina a modo de recompensa. Se habló del viejo campesino y de su esposa, de la caravana de oscuros vagabundos, del pequeño Menes y su gatito negro, de la plegaria de Menes y del cielo durante tal oración, de lo que hicieron los gatos la noche de la partida de la caravana, y de lo que más tarde fue hallado en la choza bajo los árboles oscuros en aquel patio repulsivo.

Y por fin los lugareños aprobaron esa señalada ley que es comentada por los mercaderes en Hatheg y discutida por los viajeros en Nir; a saber, que en Ulthar nadie puede matar a un gato.

EL TEMPLO¹³

(MANUSCRITO DESCUBIERTO EN LAS COSTAS DE YUCATÁN)

Yo, Karl Heinrich Graf von Altberg-Ehrenstein, capitán de corbeta de la Armada Imperial Alemana y al mando del submarino U-29, el día 20 de agosto de 1917, deposito esta botella y este informe en el océano Atlántico, en una situación que me es desconocida, pero que probablemente ronda los 20° de latitud norte y los 35° de longitud oeste, donde mi nave yace averiada en el fondo del océano. Llevo esto a cabo porque es mi deseo dar a la luz pública ciertos hechos insólitos; dado que seguramente no sobreviviré para entregar en persona estas noticias, ya que las circunstancias que concurren en torno a mí son tan amenazadoras como extraordinarias, e incluyen no sólo la avería fatal del U-29, sino incluso el flaquear de mi férrea voluntad germánica en una forma de lo más desastrosa.

En la tarde del 18 de junio, tal y como comunicamos por radio al U-61, que se dirigía a Kiel, torpedeamos al carguero británico Victory, que se dirigía de Nueva York a Liverpool, en latitud 45° 1G norte y longitud 28° 34' oeste, permitiendo a la tripulación embarcar en sus botes para obtener una buena filmación con destino a los archivos del Almirantazgo. El barco se hundió de forma bastante teatral, a pique por la proa, con la popa alzándose sobre las aguas hasta que todo el casco enfiló perpendicularmente hacia el fondo del mar. Nuestra cámara no perdió detalle, y me pesa que una película tan buena no pueda llegar a Berlín. Después hundimos a cañonazos los botes salvavidas y nos sumergimos.

Cuando emergimos, al ocaso, descubrimos el cuerpo de un marino en cubierta, aferrándose de una forma curiosa a la barandilla. El pobre hombre era joven, bastante moreno y muy agraciado; seguramente griego o italiano, y con certeza tripulante del Victory. Sin duda había buscado refugio en la misma nave que se había visto forzada a destruir la suya... una víctima más de la injusta guerra de agresión que los malditos perros ingleses llevan a cabo contra la patria. Nuestros hombres le registraron en busca de recuerdos y hallaron en su bolsillo una pieza de marfil sumamente extraña, tallada en forma de una cabeza juvenil coronada de laureles. El otro comandante, el teniente Klenze, creía que aquello era muy antiguo y de gran valor artístico, por lo que se apropió de ella. Cómo había podido llegar a las manos de un vulgar marinero era algo que ninguno de los dos podía imaginar.

Al arrojar al muerto por la borda tuvieron lugar dos incidentes que perturbaron grandemente a la tripulación. Los hombres le habían cerrado los ojos, pero, al

¹³ *The Temple* (1920). Primera publicación: *Weird Tales*, septiembre de 1925. No existe manuscrito, únicamente la copia impresa.

desprenderlo de la barandilla, éstos se abrieron, y muchos sufrieron la extraña ilusión de que miraban fijamente y en son de burla a Schmidt y Zimmer, que se hallaban inclinados sobre el cadáver. El contraamaestre Müller, un hombre de edad al que le habría ido mejor de no ser un supersticioso rufián alsaciano, se alteró tanto por la impresión que estuvo observando el cuerpo en el agua, y jura que, tras sumergirse algo, colocó los brazos en la posición del nadador y se impulsó bajo las aguas hacia el sur. Tanto a Klenze como a mí nos desagradaron tales muestras de ignorancia campesina, y reprendimos severamente a los hombres, sobre todo a Müller.

Al día siguiente se creó un verdadero problema debido a la indisposición de varios miembros de la tripulación. Evidentemente, se veían aquejados por algún tipo de tensión nerviosa provocada por nuestro largo periplo, y habían sufrido malos sueños. Varios de ellos parecían aturridos y obnubilados; y tras cerciorarme que ninguno de ellos fingía su debilidad, les relevé de sus funciones. El mar se hallaba bastante picado, así que bajamos a una profundidad donde las olas nos resultaran un problema menor. Allí permanecimos en una calma relativa, a pesar de la aparición de alguna corriente misteriosa de rumbo sur que no pudimos encontrar en nuestras cartas. Los gemidos de los enfermos resultaban positivamente fastidiosos, pero ya que no parecían desmoralizar al resto de la tripulación, nos abstuvimos de tomar medidas drásticas. Teníamos la intención de permanecer en aquella posición e interceptar al buque de línea *Dacia*, consignado en la información recibida de nuestros agentes de Nueva York.

A primera hora de la tarde salimos a la superficie y descubrimos la mar menos gruesa. El humo de un buque de guerra flotaba en el horizonte norte, pero la distancia a la que nos hallábamos y nuestra capacidad de inmersión nos mantenían a salvo. Lo que más nos preocupaban eran las habladurías del contraamaestre Müller, que se hacían más estrafalarias al caer la noche. Se hallaba en un estado infantil, aborrecible, y farfullaba acerca de fantasías sobre cuerpos muertos flotando al otro lado de las portillas; cuerpos que le miraban fijamente, y que él, a pesar de lo hinchados que estaban, había reconocido por haberlos visto morir durante alguna de nuestras victoriosas hazañas germánicas. Y decía que su jefe era el joven hallado y arrojado al mar. Era algo grosero y anómalo, así que pusimos grilletes a Müller y mandamos que le dieran unos buenos latigazos. Los hombres no se mostraron muy conformes con tal castigo, pero la disciplina es fundamental. Incluso rechazamos la petición de un comité encabezado por el marinero Zimmer, que pedía que la curiosa cabeza tallada en marfil fuera arrojada al mar.

El 20 de junio, los marineros Bohm y Schmidt, que habían caído enfermos el día antes, se volvieron locos furiosos. Sentí que no hubiera ningún médico entre nuestros oficiales, ya que las vidas alemanas resultan preciosas, pero los constantes desvaríos de ambos acerca de una terrible maldición eran de lo más dañino para la disciplina, así que hubimos de tomar una decisión severa. La tripulación encajó este hecho de forma sombría, aunque eso pareció apaciguar a Müller, que de ahí en adelante no volvió a dar problemas. Le liberamos por la tarde y volvió en silencio a sus ocupaciones.

La semana siguiente estuvimos todos muy nerviosos, esperando al Dacia. La tensión creció con la desaparición de Müller y Zimmer, que sin duda se suicidaron víctimas de los temores que parecían atormentarlos, aunque nadie los vio en el instante de saltar al mar. Yo me sentía relativamente contento de librarme de Müller, ya que aun su silencio había afectado negativamente a la tripulación. Todos parecían dados ahora al silencio, como albergando secretos temores. Muchos estaban enfermos, pero ninguno había enloquecido. El teniente Menze, crispado por la tensión, se alteraba ante cualquier minucia... como, por ejemplo, un banco de delfines que merodeaba en número cada vez mayor en torno a U-29, o la creciente intensidad de esa corriente sur que no aparecía en ninguna de nuestras cartas.

A la postre se hizo evidente que se nos había escapado completamente el Dacia. Avatares así no son raros, y nos sentíamos más complacidos que defraudados, ya que ahora se nos ordenaba regresar a Wilhelmshaven. El mediodía del 28 de junio arrumbamos al noreste y, pese a algún enredo bastante cómico con la inaudita masa de delfines, nos pusimos en marcha.

La explosión en la sala de máquinas a las dos de la tarde nos pilló completamente desprevenidos. No se había descubierto ningún defecto de las máquinas o negligencia de los hombres; pero aun así, sin previo aviso, la nave se vio sacudida de punta a punta por una explosión colosal. El teniente Klenze se abalanzó hacia la sala de máquinas, descubriendo que el depósito de combustible y la mayor parte de la maquinaria estaba destrozada, asimismo los maquinistas Raabe y Schneider habían resultado muertos en el acto. En un instante nuestra situación se había vuelto crítica, ya que aunque los regeneradores químicos estaban intactos, y aunque podíamos usar los aparatos para emerger y sumergirnos, y abrir las escotillas mientras tuviéramos aire comprimido y batería, nos veíamos incapacitados para propulsarnos o pilotar el submarino. Buscar la salvación en los botes salvavidas significaba ponernos a nosotros mismos en manos de enemigos irracionalmente resentidos contra nuestra gran nación alemana, y nuestra radio había estado fallándonos desde que, debido al asunto del Victoria, nos pusimos en contacto con otro *U-boat* de la Armada Imperial.

Desde la hora del accidente hasta el 2 de julio derivamos constantemente hacia el sur, sin hacer ningún plan ni encontrar nave alguna. Los delfines todavía rodeaban el U-29, una circunstancia digna de reseñar, habida cuenta de la distancia recorrida. En la mañana del 2 de julio avistamos un buque de guerra que enarbolaba colores estadounidenses, y los hombres se agitaron deseosos de rendirse. Al final, el teniente Klenze hubo de usar su arma contra un marinero llamado Traube que incitaba a tal acto antigermánico con especial virulencia. Eso apaciguó de momento a la tripulación y nos sumergimos sin ser avistados.

Durante la tarde siguiente, una gran bandada de aves marinas llegó desde el sur y el mar comenzó a tornarse amenazador. Cerrando escotillas, aguardamos acontecimientos hasta comprender que debíamos sumergirnos o perecer entre las olas montañosas. La electricidad y la presión de aire menguaba, e intentábamos evitar cualquier uso innecesario de nuestros escasos recursos mecánicos; pero en este

caso no había opción. No bajamos demasiado, y cuando la mar se calmó horas más tarde, decidimos retornar a la superficie. Aquí, no obstante, surgió un nuevo contratiempo, ya que la nave no respondió a nuestra guía, a pesar de todos los esfuerzos realizados por los mecánicos. Según cundía el pánico entre los hombres atrapados en esa prisión submarina, algunos de ellos comenzaron a murmurar contra la imagen de marfil del teniente Klenze, pero la visión de una pistola automática les aplacó. Tuvimos ocupados a los pobres diablos tanto como pudimos, trasteando entre la maquinaria, aunque bien sabíamos que todo eso era inútil.

Klenze y yo solíamos turnarnos para dormir, y durante mi periodo de sueño, sobre las cinco de la mañana M4 de julio, se desató abiertamente el motín. Los seis cerdos de marineros supervivientes, sospechando que estábamos perdidos, estallaron bruscamente en una furia maniaca, motivada por nuestro rechazo a rendirnos dos días antes al buque de guerra yanqui, y se sumieron en un delirio de impropiedades y destrucción. Rugían como los animales que eran, y rompían indiscriminadamente mobiliario e instrumental, vociferando sobre insensateces tales como la maldición de la imagen de marfil y el joven moreno muerto que nos miraba y se alejaba nadando. El teniente Klenze parecía paralizado e incapaz de respuesta, que es lo que cabría esperar de un renano blando y afeminado. Maté a los seis hombres, pues fue necesario, y me aseguré de que no sobreviviera ninguno.

Arrojamos los cuerpos a través de las escotillas dobles y nos quedamos a solas en el U-29. Klenze parecía muy nervioso y bebía en demasía. Yo estaba dispuesto a seguir con vida tanto como fuera posible, empleando el generoso depósito de provisiones y el suministro químico de oxígeno, que no habían sufrido de las locas payasadas de aquellos malditos puercos de marineros. Nuestras agujas, barómetros y otros instrumentos de precisión estaban destruidos, por lo que de ahí en adelante cualquier cálculo sería meramente estimado, basado en nuestros cronómetros, almanaques y la deriva estimada a juzgar por algunos objetos que podíamos atisbar a través de las troneras o desde la torreta. Por fortuna teníamos estibadas baterías capaces aún de largo uso, tanto por alumbrado interior como para empleo del foco. A menudo barriamos con éste alrededor de la nave, pero tan sólo veíamos delfines nadando paralelos a nuestro propio rumbo de deriva. Yo me sentía interesado desde el punto de vista científico en aquellos delfines, ya que aunque el *Delphinus delphis* común es un cetáceo incapaz de sobrevivir sin aire, observé durante cerca de dos horas a uno de esos nadadores y no lo vi abandonar en ningún momento su inmersión.

Con el tiempo, Klenze y yo llegamos a la conclusión de que seguíamos derivando hacia el sur, sumergiéndonos más y más. Reparando en la fauna y flora marinas, leímos mucho al respecto en los libros que yo me había llevado conmigo para los ratos de ocio. No pude evitar el observar, no obstante, la deficiente preparación científica de mi compañero. Su intelecto no era prusiano, sino dado a fantasías y especulaciones sin valor. La inminencia de nuestra muerte le afectaba de forma curiosa y con frecuencia hablaba arrepentido sobre los hombres, mujeres y niños que había enviado al fondo, olvidando que todo eso resulta noble para alguien

que sirve al estado alemán. Al cabo comenzó a desvariar ostensiblemente, observando durante horas su imagen de marfil y tramando fantásticas historias acerca de cosas perdidas y olvidadas bajo el mar. A veces, a modo de experimento psicológico, azuzaba tales desvaríos para escuchar sus interminables citas poéticas y relatos acerca de barcos hundidos. Lo sentía de veras, ya que aborrezco ver sufrir a un alemán, pero no resultaba una buena compañía para morir. Por mi parte me sentía orgulloso, sabedor de que la patria honraría mi memoria y que mis hijos serían educados para ser hombres como yo.

El 9 de agosto vislumbramos el suelo del océano y, con el foco, lanzamos sobre él un potente rayo. Se trataba de una vasta planicie ondulante, cubierta en su mayor parte de algas y salpicado por las conchas de pequeños moluscos. Aquí y allá había fangosos objetos de formas inquietantes, festoneados de algas e incrustados de percebes, que Klenze supuso antiguos buques hundidos. Algo lo alteró; un pico de sólida materia, sobresaliendo del lecho del océano entorno a un metro, con alrededor de medio metro de ancho, lados planos y suaves superficies superiores que convergían en ángulo sumamente obtuso. Yo dije que aquel pico debía tratarse de un afloramiento rocoso, pero Klenze creía haber visto tallas en su superficie. Tras un momento comenzó a temblar y apartó la vista como si tuviese miedo, aunque sin dar otra explicación de que se sentía sobrecogido ante las dimensiones, oscuridad, lejanía, antigüedad y misterio de los abismos oceánicos. Su cerebro estaba fatigado, pero yo soy siempre un alemán y no tardé en advertir dos cosas; una que el U-29 aguantaba admirablemente la presión del mar, y otra que los peculiares delfines seguían en torno nuestro, incluso a una profundidad donde la mayoría de los naturalistas consideran imposible la vida para organismo superiores. Parecía evidente que yo había sobrestimado nuestra profundidad, pero aun así estábamos lo bastante abajo como para que aquel fenómeno resultara notable. Nuestra velocidad de deriva hacia el sur, según lo medía por el suelo del océano, era más o menos la estimada mediante los organismos con los que nos habíamos cruzado en niveles superiores.

A las tres y cuarto de la tarde del 12 de agosto, el pobre Klenze enloqueció completamente. Había estado en la torreta usando el reflector, antes de precipitarse en la biblioteca, donde yo estaba leyendo, y su rostro lo traicionó instantáneamente.

—¡Él nos llama! ¡Él nos llama! ¡Lo oigo! ¡Tenemos que acudir! —mientras hablaba cogió de la mesa la imagen de marfil, se la metió en el bolsillo y atenazó mi brazo en un intento por arrastrarme escaleras arriba hasta la cubierta. En un momento comprendí que pretendía abrir la escotilla y lanzarse en mi compañía al exterior, una extravagancia suicida y asesina para la que yo no estaba preparado. Cuando retrocedí y traté de apaciguarlo se volvió aún más violento.

—Vamos ahora... no esperemos mas; es mejor arrepentirse y lograr el perdón que desafiar y ser condenado.

Entonces yo abandoné el intento de calmarlo y lo acusé de estar loco... loco de atar. Pero él se mantuvo inmovible y gritaba:

—¡Si estoy loco, estoy de suerte! ¡Qué los dioses se apiaden del hombre que en su contumacia permanezca cuerdo hasta el fin! ¡Ven y enloquece ahora que él aún nos llama benevolmente!

Aquel exabrupto pareció aliviar una presión en su mente, ya que al terminar se tornó más comedido, pidiéndome que le dejase ir solo en caso de no querer acompañarle. Mi obligación resultaba clara. Era un alemán, pero tan sólo un renano y un plebeyo, y ahora se había convertido en un loco potencialmente peligroso. Accediendo a su petición suicida me libraría en el acto de alguien que era más bien amenaza que compañía. Le pedí que me cediera la imagen de marfil antes de marcharse, pero tal petición despertó en él una hilaridad tan desaforada que no me atreví a insistir. Entonces le pregunté si deseaba dejar algún recuerdo o un mechón de cabello con destino a su familia en Alemania, por si se daba el caso de que yo fuera rescatado, pero de nuevo prorrumpió en esa extraña risa. Así que mientras él subía la escalerilla, yo acudí a las palancas y, guardando el pertinente intervalo, accioné la maquinaria que le envió a la muerte. Cerciorándome luego de que no se hallaba a bordo, dirigí el foco alrededor tratando de lograr un postrer vistazo, ya que deseaba comprobar si la presión del agua lo había aplastado, tal y como debiera teóricamente haber ocurrido, o si por el contrario el cuerpo no había sido afectado, tal y como sucedía con aquellos extraordinarios delfines. No logré, de todos modos, localizar a mi finado compañero, ya que los delfines se apelotonaban en gran número en torno a la torreta.

Esa tarde lamenté no haber cogido subrepticamente la imagen de marfil del bolsillo del pobre Klenze en el momento en que me dejó, ya que el recuerdo de aquélla me fascinaba. Aun cuando no soy de temperamento artístico, no podía olvidar la cabeza hermosa, juvenil, con su corona de hojas. Sentía bastante no tener con quien conversar. Klenze, aun no estando a mi altura intelectual, era mucho mejor que nada. Esa noche no dormí bien, y me preguntaba cuándo llegaría exactamente el fin. Desde luego, tenía muy pocas posibilidades de ser rescatado.

Al día siguiente subí a la torreta y comencé la observación de costumbre con el foco. Hacia el norte el panorama era similar al de los cuatro días que habíamos tardado en alcanzar el fondo, pero noté que la deriva del U-29 resultaba menos rápida. Según paseaba el rayo por el sur, advertí que el suelo oceánico a proa tomaba un pronunciado declive y en algunos sitios aparecían bloques de piedra curiosamente regulares, dispuesto como respondiendo a alguna planificación. La nave no bajaba paralela al fondo oceánico, por lo que me vi obligado a ajustar el foco para lograr un haz lo más estrecho posible. Debido a la rapidez del cambio se desconectó un cable, lo que obligó a una pausa de varios minutos mientras lo reparaba; pero al fin la luz se proyectó, inundando el valle marino que tenía debajo.

No soy dado a emociones de ninguna especie, pero mi asombro fue mayúsculo al contemplar lo que había desvelado el resplandor eléctrico. Y sin embargo, estando empapado de la mejor Kultur prusiana, no debí asombrarme, ya que la geología y la tradición nos hablan sobre tremendas conmociones en áreas oceánicas y continentales. Lo que yo vi resultaba una extensa y elaborada panorámica de

edificios en ruinas, todos contruidos en una arquitectura magnífica aunque inclasificable, y en diversos estadios de conservación. La mayor parte parecía de mármol, resplandeciendo blanquecino bajo los rayos del proyector, y el plano general resultaba el de una gran ciudad al fondo de un valle angosto, con gran número de templos y villas diseminados por las escarpadas laderas. Los tejados estaban caídos y las columnas rotas, pero aún conservaban un aire de esplendor inmemorialmente antiguo que nada podía opacar.

Enfrentado al fin con esa Atlántida que yo previamente consideraba un mito total, ahora era el más ávido de los exploradores. Alguna vez hubo un río en el fondo de ese valle, ya que mientras examinaba con más detenimiento el lugar, pude ver restos de puentes y diques de piedra y mármol, así como terrazas y terraplenes que una vez fueran verdes y gratos. En mi entusiasmo me volví casi tan tonto como el pobre Klenze y tardé un rato en advertir que la corriente de rumbo sur había por fin cesado, permitiendo al U-29 bajar lentamente sobre la ciudad submarina, tal y como un aeroplano desciende sobre una ciudad en las tierras emergidas. También tardé en percatarme de que el banco de insólitos delfines se había esfumado.

En un par de horas la nave fue a descansar sobre una plaza pavimentada cerca de la pared rocosa del valle. A un lado podía ver toda la ciudad descendiendo desde la plaza a la antigua orilla del río; al otro lado, en una sobrecogedora proximidad, descubrí la fachada ricamente ornamentada y en perfecto estado de conservación de un gran edificio, sin duda un templo excavado en roca viva. Tan sólo puedo conjeturar sobre la factura originaria de esa titánica construcción. La fachada, de inmensas dimensiones, cubre aparentemente una gran oquedad, ya que sus ventanas son multitud y están dispuestas por todos lados. En el centro bosteza un gran pórtico, al que se accede mediante una imponente escalinata, y se halla circundado por exquisitas tallas, semejantes a escenas de bacanales en relieve. Ante ellos se encuentran grandes columnas y frisos, ambos decorados con esculturas de belleza inexplicable, obviamente representando idílicas escenas pastorales y procesiones de sacerdotes y sacerdotisas portando extraños objetos ceremoniales en honor de un dios radiante. El arte es de la más asombrosa perfección, con concepciones impregnadas de helenismo, aunque curiosamente particulares. Emana una sensación de antigüedad tremenda, como si se tratase del más remoto y no del más cercano antecesor del arte griego. No tengo ninguna duda de que cada detalle de este masivo edificio fue labrado en la roca viva de nuestro planeta en la ladera de la colina. Es evidentemente parte de la muralla del valle, aunque cómo pudo ser el inmenso interior alguna vez excavado no puedo ni imaginarlo. Quizás su núcleo estuviese formado por una caverna o por una serie de ellas. Ni la edad ni su estado sumergido han corroído la prístina belleza de este sobrecogedor templo, ya que de un templo debe tratarse, y hoy, tras miles de años, reposa con todo su lustre e inviolado y en la noche y el silencio sin fin del abismo oceánico.

No puedo precisar el número de horas empleadas en la observación de la ciudad sumergida con sus edificios, arcos, estatuas y puentes, y el templo colosal repleto de belleza y misterio. Aunque sabía a la muerte próxima, me consumía la

curiosidad, y paseaba alrededor el rayo del proyector en ansiosa búsqueda. El haz de luz me permitió llegar a conocer multitud de detalles, pero no pudo mostrarme nada más allá de la puerta tras la bostezante entrada al templo abierto en la roca, y al cabo del tiempo corté la corriente, sabedor de que necesitaba ahorrar energía.

Los rayos resultaban ahora perceptiblemente más débiles de lo que fueran durante las semanas de deriva. Mi deseo de explorar los misterios acuáticos iba en aumento, como aguzado por la creciente atenuación de la luz. ¡Yo, un alemán, debía ser el primero en adentrarme en aquellos caminos olvidados por el tiempo!

Extraje y revisé una escafandra de profundidad, realizada en metal articulado, y probé la luz portátil y el regenerador de aire. Aunque resultaría problemático manipular a solas las dobles escotillas, me creía capaz de sobrepasar cualquier obstáculo gracias a mi capacidad científica, y caminar realmente en persona por la ciudad muerta.

El 16 de agosto efectué una salida del U-29 y me abrí paso dificultosamente a través de las calles llenas de ruinas y fango hacia el antiguo río. No descubrí esqueletos ni restos humanos, pero recogí un tesoro de saber arqueológico en forma de esculturas y monedas. De todo esto no puedo hablar ahora, excepto para proclamar mi temor ante una cultura que se hallaba en la cúspide de la gloria cuando los cavernícolas vagaban por Europa y el Nilo corría inexplorado hacia el mar. Otros, de la mano de este manuscrito, si finalmente llega a ser encontrado, podrán desvelar misterios que yo tan sólo alcanzo a vislumbrar. Volví a la nave cuando mis baterías eléctricas comenzaron a flaquear, resuelto a explorar el templo de piedra al día siguiente.

El 17, cuando mi impulso de penetrar en el misterio del templo se hacía más y más acuciante, sufrí una enorme decepción, ya que descubrí que los materiales necesarios para recargar la luz portátil habían resultado destruidos durante el motín de aquellos puercos en julio. Mi indignación no conoció límites, aunque mi sensatez alemana me precavía contra aventurarme sin medios en un interior completamente a oscuras que podía resultar la madriguera de cualquier indecible monstruo marino o un laberinto de corredores de entre cuyos recovecos nunca lograría salir. Todo cuanto podía hacer era volver el vacilante foco del U-29 y a su luz subir los peldaños del templo y estudiar las tallas exteriores. El haz de luz entraba por la puerta en ángulo ascendente, y yo escudriñé esperando atisbar algo, pero todo fue en vano. Ni siquiera el techo era visible, y aunque subí un peldaño o dos hacia el interior tras probar con un bastón el suelo, no me atreví a continuar. Además, por primera vez en mi vida experimenté esa emoción llamada miedo. Comencé a comprender cómo se habían desatado algunos de los estados de ánimo del pobre Klenze, ya que mientras el templo parecía reclamarme más y más, empecé a temer sus acuosos abismos con creciente terror ciego. De vuelta al submarino, apagué las luces y me senté a meditar en la oscuridad. Debía preservar ahora la electricidad para las emergencias.

El sábado 18 lo pasé en total oscuridad, atormentado por pensamientos y recuerdos que amenazaban con vencer mi germánica voluntad. Klenze se había vuelto loco y había muerto antes de alcanzar ese siniestro resto de un pasado

inconcebiblemente remoto, y me había instado a marchar con él. ¿Había, en efecto, preservado el Destino mi razón sólo para arrastrarme irremisiblemente a un fin más temible e inconcebible de lo que cualquier hombre pudiera soñar? Claramente, mis nervios estaban sometidos a una gran tensión, y yo debía librarme de esas aprensiones propias de un hombre más débil.

No pude dormir durante la noche del sábado y encendí las luces sin pensar en el porvenir. Resultaba deplorable que la electricidad no fuese a durar tanto como el aire y las provisiones. Retomé mis ideas de suicidio y revisé mi pistola automática. Hacia la mañana debí dormirme con las luces encendidas, ya que cuando desperté ayer en la oscuridad fue para encontrarme con las baterías agotadas. Encendí varias cerillas, una tras otra, y lamenté desesperado la imprevisión que me había llevado a malgastar las pocas velas que portábamos.

Tras apagarse la última vela que me atreví a gastar, me senté en completa inmovilidad, sin luces. Mientras reflexionaba sobre el inevitable fin, mi cabeza volvía a los sucesos previos, y caí en algo hasta ahora inadvertido que hubiera hecho temblar a un hombre más débil y supersticioso. *La cabeza del dios radiante de las esculturas del templo de piedra es la misma que la de la pieza tallada en marfil que tenía el marinero recogido del mar y que el pobre Klenze se llevó de vuelta consigo al mar.*

Me sentía un poco estremecido ante tal coincidencia, pero no aterrado. Tan sólo el pensador de inferior categoría se apresura a explicar lo singular y lo complicado mediante el primitivo atajo hacia lo sobrenatural. La coincidencia resultaba extraña, pero yo estaba demasiado hecho al raciocinio como para conectar circunstancias que no admitían un nexo lógico, o asociar de alguna extraordinaria manera los desastrosos sucesos que me habían llevado desde el asunto del Victoria a mi estado actual. Sintíendome necesitado de sueño, tomé un sedante y me aseguré un poco más de sueño. Mi estado nervioso quedó de manifiesto en mis sueños, ya que creí escuchar gritos de gente ahogándose y ver rostros muertos apretujados contra las troneras de la nave. Y entre esos rostros muertos se encontraba el semblante vivo, burlón, del joven de la imagen de marfil.

Debo cuidar las anotaciones que registran mi despertar de hoy, ya que estoy trastornado y debe haber gran cantidad de alucinación entremezclada con los hechos. Mi caso resulta de lo más interesante desde el punto de vista psicológico, y lamento no poder ser sometido a observación por parte de la autoridad alemana competente. Al abrir los ojos mi primera sensación fue la de un invencible deseo de visitar el templo de piedra, un ansia que crecía a cada instante, aunque automáticamente yo trataba de resistirme mediante las emociones de miedo que obraban en contra. Luego tuve la impresión de una luz en medio de aquella oscuridad causada por las baterías consumidas, y creí ver una especie de resplandor fosforescente en el agua a través del portillo que se abría hacia el templo. Eso despertó mi curiosidad, ya que yo no sabía de ningún organismo abisal capaz de emitir tal luminiscencia. Pero antes de poder investigar me llegó una tercera impresión que, a causa de su irracionalidad, me provoca serias dudas sobre la objetividad que cualquier cosa que puedan registrar mis sentidos. Era una ilusión aural, una sensación de sonos rítmicos y

melodiosos, como una especie de cántico o himno coral salvaje, aunque agradable. Convencido de mi aberración psicológica y nerviosa, encendí algunas cerillas y tomé una exorbitante cantidad de solución de bromuro sódico, que pareció calmarme hasta el punto de disipar la ilusión de sonido. Pero persistía la fosforescencia y tuve dificultades para contener el pueril impulso de acercarme a la portilla y buscar su fuente. Resultaba horriblemente real y pronto pude descubrir con su ayuda los objetos familiares que me rodeaban, así como el vaso vacío del bromuro sódico, del que no tenía ni previa impresión visual ni idea sobre su posición actual. Esta última circunstancia me hizo reflexionar y crucé la estancia para tocar el vaso. Se hallaba en efecto en el lugar donde me parecía verlo. Ahora ya sabía que la luz era lo bastante real o parte de una alucinación tan fija y persistente que no podía esperar que se esfumase, así que abandonando toda reticencia subí a la torreta para buscar la fuente luminosa. ¿Sería quizás otro U-boat, brindándome una posibilidad de rescate?

Es comprensible que el lector no acepte nada de cuanto sigue como verdad objetiva, ya que los hechos suponen una transgresión de la ley natural, siendo necesariamente creaciones subjetivas e irreales de mi mente trastornada. Cuando llegué a la torreta, descubrí que el mar estaba en un estado muy apartado de la luminosidad que yo esperaba. No había fosforescencia animal o vegetal en las cercanías, y la ciudad, bajando hasta el río, resultaba invisible en la oscuridad. Lo que vi no era espectacular, ni grotesco o terrorífico, pero ahuyentó el último vestigio de confianza en mi propio raciocinio, *ya que la puerta del templo submarino abierto en la colina rocosa se veía brillantemente alumbrada con un resplandor titilante, como el de una gran llama ceremonial encendida en sus profundidades.*

Los sucesos posteriores resultan caóticos. Mientras contemplaba las puertas y ventanas tan extraordinariamente iluminadas, comencé a sufrir las más extravagantes visiones... visiones tan extravagantes que no me atrevo ni aun a consignarlas. Creí discernir objetos en el templo —objetos tanto estáticos como en movimiento—, y me pareció escuchar de nuevo el irreal cántico que flotaba a mi alrededor al despertar. Y por encima de todo se alzaban pensamientos e imágenes centrados en el joven del mar y la imagen marfileña cuya talla se veía duplicada en los frisos y columnas del templo que tenía ante los ojos. Pensé en el pobre Klenze, y me pregunté si su cuerpo descansaría con la imagen que se llevó al mar. Él me había prevenido contra algo y yo no le había prestado atención... ya que era un palurdo renano que se volvía loco ante problemas que un prusiano era capaz de afrontar sin dificultad.

El resto es muy sencillo. Mi impulso de ir y penetrar el templo se ha convertido ahora en una orden imperiosa e inexplicable que ya no puedo desobedecer. Mi propia voluntad germánica no basta ya para controlar mis actos, y la elección, en adelante, tan sólo será posible en asuntos menores. Tal locura es la que condujo a Menze a la muerte, acudiendo a cabeza descubierta y sin protección al océano; pero yo soy un prusiano y un hombre cabal, y utilizaré hasta el fin la poca voluntad que me resta. Al comprender que debía marcharme, preparé escafandra, casco y regenerador de aire para un uso inmediato, y al instante comencé a escribir esta

crónica apresurada con la esperanza de que algún día pueda llegar al mundo. Guardaré el manuscrito en una botella y la confiaré al mar al abandonar para siempre el U-29.

No tengo miedo de nada, ni siquiera de las profecías del enloquecido Klenze. Lo que he visto no puede ser real, y sé que este trastorno de mi propia voluntad tan sólo puede llevarme a la muerte por asfixia una vez se me agote el aire. La luz del templo es una completa ilusión y moriré sosegadamente, como un alemán, en las oscuras y olvidadas profundidades. Esa risa demoníaca que escucho mientras escribo procede únicamente de mi propio cerebro debilitado. Así que me colocaré meticulosamente la escafandra y ascenderé resuelto los peldaños que conducen a ese santuario primigenio, ese silencioso enigma de las aguas insondadas y los años olvidados.

HECHOS TOCANTES AL DIFUNTO ARTHUR JERMYN Y SU FAMILIA¹⁴

I

La vida es algo terrible, y tras el telón de lo conocido asoman atisbos de demoníaca verdad que la hacen a veces infinitamente más temible. La ciencia, ya opresiva de por sí con sus estremecedoras revelaciones, puede resultar quizás el definitivo exterminador de las especies humanas —si varias especies somos—, ya que sus reservorios de inesperados horrores no podrían ser soportados por los humanos cerebros en caso de desencadenarse sobre la Tierra. De saber lo que somos, podríamos hacer lo mismo que sir Arthur Jermyn; y Arthur Jermyn se empapó en gasolina y prendió fuego a sus ropas una noche. Nadie guardó los restos carbonizados en una urna ni realizó memoriales en su honor, ya que fueron descubiertos ciertos papeles y cierto objeto en una caja, lo que llevó a los hombres el deseo de olvidar. Algunos de quienes lo conocieron no admiten que haya existido jamás.

Arthur Jermyn salió al páramo y se prendió fuego tras ver el objeto en la caja que había llegado de África. Fue ese objeto y no su peculiar apariencia personal lo que lo llevó a quitarse la vida. A muchos les hubiera disgustado poseer las peculiares facciones de Arthur Jermyn, aunque él fue un poeta y un erudito y nunca paró en esas mientes. Llevaba la erudición en la sangre, ya que su bisabuelo, sir Robert Jermyn, baronet, fue un reputado antropólogo, y su tatarabuelo, sir Wade Jermyn, uno de los primeros exploradores de la zona del Congo, habiendo escrito tratados sobre sus tribus, animales y supuestas reliquias. De hecho, el viejo sir Wade había estado dotado de un celo intelectual que degeneró casi en manía; sus extravagantes conjeturas sobre una prehistórica civilización blanca congoleña lo cubrieron de ridículo cuando fue publicado su libro *Observaciones sobre las diversas partes del África*. En 1765 este indomable explorador había sido ingresado en un manicomio de Huntingdon.

La locura acompañaba a todos los Jermyn, y la gente se alegraba de que fueran escasos. El linaje no dio lugar a ramas, y Arthur resultó el último de todos. De no haber sido así, no se sabe qué podría haber hecho con el objeto que le llegó. Los Jermyn nunca resultaron demasiado normales... algunos eran deformes, aunque Arthur era el peor de todos, y los viejos retratos de familia de Jermyn House mostraban facciones regulares antes de sir Wade. Sin duda, la locura comenzó con sir

¹⁴ *Facts Concerning the Late Arthur Jermyn and His Family* (noviembre de 1920). Primera publicación: *The Wolverine*, marzo-junio de 1921. Publicado en *Weird Tales*, marzo de 1924, con el título *The White Ape*. Se conserva un manuscrito con anotaciones de H. P. L. posteriores a su primera publicación.

Wade, cuyas extrañas historias africanas eran a un tiempo delicia y terror de sus escasas amistades. Se insinuaba en su colección, que reunía trofeos y especímenes que no eran como las que un hombre normal acostumbra a reunir y conservar, y se hizo patente con la reclusión oriental a la que sometió a su esposa. Ésta última, según él mismo contaba, era hija de un traficante portugués que había encontrado en África, y no gustaba del estilo de vida inglés. Ella, con un retoño nacido en África, lo había acompañado de vuelta al segundo y más largo de sus viajes, y había partido con él en el tercero y último, esta vez para no volver. Nunca nadie la había visto, ni siquiera los criados, ya que su carácter era violento y peculiar. Durante su breve estancia en Jermyn House ocupó un ala apartada y había sido exclusivamente atendida por su esposo. Sir Wade resultaba, sin duda, de lo más curioso en sus atenciones respecto a su familia, ya que cuando volvió de África no permitió que nadie sino una espantosa negra guineana atendiera a su hijo. De vuelta, tras la muerte de la señora Jermyn, asumió por completo el cuidado de su hijo.

Pero eran las palabras de sir Wade, especialmente cuando bebía, la causa principal que lo llevó a ser considerado un loco por sus amigos. En una época racionalista como el siglo dieciocho, resultaba de necios el que un hombre de ciencia divagase sobre extravagantes visiones y extrañas escenas bajo la luz del Congo; sobre gigantescas murallas y columnas de una ciudad perdida, desmoronadas y cubiertas de lianas; y sobre peldaños de piedra, húmedos, silenciosos, descendiendo sin fin hacia la oscuridad de abismales criptas repletas de tesoros e inconcebibles catacumbas. Especialmente insensato resultaba el desvarío sobre los seres vivos que pudieran haber habitado tal sitio; criaturas mitad selváticas y mitad pertenecientes a esa ciudad de edad impía... criaturas fabulosas que el propio Plinio hubiera mencionado con escepticismo; seres que pudieran haber nacido luego que los grandes monos asolaran la moribunda ciudad de las murallas y las columnas, las bóvedas y las extrañas tallas. Aun después de volver a casa por última vez, sir Wade era capaz de hablar sobre tales asuntos con un realismo estremecedoramente extraño, sobre todo tras despachar su tercer vaso en el Knight's Head; jactándose de lo encontrado en la jungla y de cómo había vivido entre ruinas terribles tan sólo conocidas por él. Y por último contaba acerca de aquellos seres vivos en una forma que provocó su ingreso en el manicomio. Había mostrado poco pesar al ser encerrado en la alcoba con rejas de Huntingdon, ya que su mente funcionaba de singular manera. Desde que su hijo salió de la infancia había ido gustando cada vez menos del hogar, hasta que al final parecía temerlo. El Knight's Head había sido su cuartel general, y cuando fue recluido expresó cierta gratitud, como si eso sirviese para protegerlo. Tres años más tarde murió.

El hijo de Wade Jermyn, Philip, resultó un personaje de lo más peculiar. A pesar del gran parecido físico con su padre, su apariencia y comportamientos resultaban en multitud de facetas tan groseros que acabó siendo rehuido por todos. Aunque no heredó la locura que tantos temían, era verdaderamente estúpido y dado a cortos lapsos de violencia incontenible. Era frágil de cuerpo, pero muy fuerte y dotado de increíble agilidad. A los veinte años de recibir el título se casó con la hija de su

guardabosques, alguien de quien se decía tenía sangre gitana, pero antes de nacer su hijo se enroló en la armada como marinero raso, completando el disgusto general que sus hábitos y casorio habían comenzado. Tras el fin de la guerra americana se corrió el rumor de que estaba de marinero en un mercante de la ruta africana, habiéndose hecho reputación de hombre fuerte y buen gaviero, pero al fin desapareció una noche en que su barco se hallaba fondeado frente a la costa del Congo.

La ahora aceptada característica familiar tuvo un giro extraño fatal en el hijo de sir Philip Jermyn. Alto y apuesto, con una especie de exótica gracia oriental, a pesar de una ligera desproporción, Robert Jermyn comenzó su vida como estudioso e investigador. Fue el primero en estudiar científicamente la gran colección de restos que su loco abuelo había recogido en África, y el que hizo del nombre familiar algo tan reputado en etnología como en exploración. En 1815 sir Robert se casó con una hija del séptimo vizconde de Brightholme y posteriormente fue bendecido con tres hijos, de los cuales el mayor y el menor jamás fueron mostrados en público a causa de sus deformidades físicas y mentales. Entristecido por ese infortunio familiar, el científico buscó alivio en el trabajo y realizó dos largas expediciones al interior de África. En 1849 su segundo hijo, Nevil, un personaje singularmente repulsivo que parecía combinar la hosquedad de Philip con la altanería de los Brightholme, se fugó con una vulgar bailarina, pero obtuvo el perdón a su regreso el año siguiente. Volvió a Jermyn House como viudo y con hijo pequeño, Alfred, que un día sería el padre de Arthur Jermyn.

Los amigos dicen que fue esa serie de reveses lo que desquició la mente de sir Robert Jermyn, aunque probablemente fue un retazo de folclor africano lo que desencadenó el desastre. El envejecido erudito había estado recopilando leyendas de las tribus Onga, cerca de donde él y su abuelo habían llevado a cabo sus exploraciones, esperando corroborar de algún modo los extravagantes informes de sir Wade acerca de una ciudad perdida habitada por extrañas criaturas híbridas. Cierta consistencia en los extraños escritos de su antepasado sugerían que la imaginación del demente podía haberse visto estimulada por mitos nativos. El 19 de octubre de 1852 el explorador Samuel Seaton se presentó en Jermyn House con un manuscrito de notas recogidas entre los ongas, creyendo que cierta leyenda sobre una ciudad gris de monos blancos regidos por un dios blanco podía interesar al etnólogo. Durante su conversación suministró sin duda detalles adicionales, pero tales nunca pudieron ser conocidos, ya que una espantosa serie de tragedias se desencadenó de repente. Cuando sir Robert Jermyn salió de su biblioteca, dejaba atrás el cadáver estrangulado del explorador y, antes de que nadie pudiera detenerlo, había dado muerte a sus tres hijos, los dos que nunca nadie viera y aquel que se fugó. Nevil Jermyn murió logrando preservar la vida de su propio hijo de dos años, quien aparentemente entraba en el plan de asesinato del enloquecido anciano. Sir Robert mismo, tras intentar repetidas veces el suicidio, y con una terca negativa a pronunciar sonido articulado alguno, murió de apoplejía durante su segundo año de encierro.

Sir Alfred fue baronet antes de cumplir cuatro años, aunque sus inclinaciones nunca dieron lustre al título. A los veinte se había unido a una banda de artistas de cabaret, y a los treinta y seis abandonó mujer e hijos para viajar en compañía de un circo ambulante americano. Su final resultó truculento. Entre los animales del espectáculo con el que viajaba había un inmenso gorila de color más claro de lo normal, una bestia sorprendentemente mansa, con gran popularidad entre los cómicos. Alfred Jermyn se sentía singularmente fascinado por tal gorila, y en multitud de ocasiones se miraban el uno al otro a través de las barras interpuestas durante largos periodos de tiempo. Finalmente, Jermyn pidió y obtuvo permiso para adiestrar al animal, asombrando a espectadores y compañeros de carpa con los resultados. Una mañana en Chicago, mientras Alfred y el gorila ensayaban un combate verdaderamente inteligente de boxeo, el segundo propinó al primero un golpe más fuerte de lo debido, lastimando la integridad y la dignidad del domador aficionado. De lo que aconteció, el personal del Mayor Espectáculo del Mundo no gusta de hablar. No esperaban oír cómo sir Alfred Jermyn lanzaba un alarido estridente, inhumano, ni verlo aferrar a su desmañado antagonista con ambas manos, derribarle sobre el suelo de la jaula ni morderlo furiosamente en la peluda garganta. El gorila se hallaba desprevenido, pero no por mucho tiempo, y antes de que el verdadero domador pudiera hacer nada, el cuerpo de quien fuera baronet resultaba irreconocible.

II

Arthur Jermyn era hijo de sir Alfred Jermyn y una cantante de cabaret de antecedentes desconocidos. Cuando el marido y padre abandonó a su familia, la madre fue con su hijo a Jermyn House, donde no quedaba nadie que pudiera oponerse a su presencia. No carecía de nociones acerca de lo que debe ser la dignidad de un noble y procuró que su hijo gozara de la mejor educación que un peculio limitado podía proporcionar. Los recursos familiares ahora se encontraban lamentablemente menguados y Jermyn House había caído en una desdichada postración, pero el joven Arthur amaba el viejo edificio y cuanto contenía. En contra de otros Jermyn precedente, era un poeta y un soñador. Algunas familias vecinas que habían oído hablar de sir Wade Jermyn y su invisible esposa afirmaban que en él se manifestaba la sangre latina, pero la mayoría se limitaba a sonreír con desdén ante su sentido de la belleza, atribuyéndola a su madre artista, socialmente rechazada. La delicadeza poética de Arthur Jermyn era lo más destacable, debido a su tosco aspecto personal. La mayoría de los Jermyn habían estado dotados de un aspecto algo extraño y repelente, pero en el caso de Arthur esto resultaba sumamente impresionante. Resulta difícil describir su aspecto, pero su expresión, el ángulo facial y la longitud de brazos provocaban un escalofrío de repulsa en aquellos que se topaban por primera vez con él.

Lo que hacía olvidar la apariencia de Arthur Jermyn estaba en su intelecto y su carácter. Culto y talentoso, había logrado los más altos honores en Oxford y parecía

capaz de restaurar la fama intelectual de su familia. Aunque su temperamento era más poético que científico, pensaba proseguir el trabajo de sus antepasados sobre etnología y antigüedades africanas, utilizando la verdaderamente maravillosa colección de sir Wade. Su mente fantasiosa pensaba a menudo en la prehistórica civilización en la que el enloquecido explorador creyera tan a pies juntillas, y entretejía un cuento tras otro sobre la silenciosa ciudad de la jungla, mencionada en las postreras y más estrafalarias notas y párrafos, ya que las nebulosas aseveraciones sobre una indescriptible e insospechada raza de híbridos selváticos despertaban en él un peculiar sentimiento, mezcla de terror y atracción, y especulaba sobre las fuentes posibles de tal fantasía, buscando arrojar luz sobre los más recientes datos recogidos por su tatarabuelo y Samuel Seaton entre los ongas.

En 1911, tras la muerte de su madre, sir Arthur Jermyn decidió continuar sus investigaciones sobre el terreno. Vendiendo parte de sus posesiones para obtener el dinero necesario, equipó una expedición y se embarcó rumbo al Congo. Contratando con las autoridades belgas un equipo de guías, pasó un año en territorio onga y kaliri, logrando datos que sobrepasaban cualquier esperanza. Entre los kaliris había un anciano jefe llamado Mwanu que gozaba no sólo de prodigiosa memoria, sino también de un singular grado de inteligencia e interés por las viejas tradiciones. Este anciano confirmó cada relato oído por Jermyn, añadiendo narraciones propias acerca de la ciudad de piedra y los monos blancos, tal como le fuera narrado.

Según Mwanu, la ciudad gris y las criaturas híbridas ya no existían, habiendo sido exterminadas por los belicosos n'bangus hacía muchos años. Esta tribu, tras destruir la mayoría de los edificios y matar a todo ser viviente, se había llevado la diosa momificada que fuera el objetivo de su incursión, diosa mono blanca que los extraños seres adoraban, y que según la tradición congoleña era el cuerpo de quien reinara como princesa entre tales seres. Qué habían sido exactamente las simiescas criaturas blancas, Mwanu no sabía decir, pero pensaba que fueron los constructores de la ciudad arruinada. Jermyn no pudo sacar conclusiones, ya que una indagación más profunda lo llevó a una leyenda sumamente pintoresca sobre la diosa embalsamada.

La princesa mono, según se decía, se convirtió en consorte de un gran dios blanco llegado del oeste. Durante largo tiempo reinaron juntos sobre la ciudad, pero, al tener un hijo, los tres se marcharon. Más tarde el dios y la princesa volvieron, y, tras la

muerte de ésta, su divino esposo había momificado el cuerpo, encerrándolo en una inmensa mansión de piedra, donde recibía adoración. Luego volvió a marcharse solo. A partir de aquí la leyenda parecía presentar tres variantes. Según una primera versión, no sucedió nada con posterioridad excepto que la diosa momificada se convirtió en símbolo de supremacía, por lo que todas las tribus ansiaban poseerla. Ése fue el motivo por el que los n'bangus se la llevaron. Una segunda historia habla del regreso del dios y de su muerte a los pies de su deificada esposa. La tercera relata el regreso del hijo, llegado a la madurez —madurez de mono o de dios, según—

aunque desconocedor de su identidad. Sin duda, los imaginativos negros habían estirado cualesquiera sucesos que pudiera haber bajo la estrafalaria leyenda.

Arthur Jermyn ya no albergaba dudas sobre la existencia de la ciudad selvática descrita por el viejo sir Wade, y no sufrió una gran impresión cuando a principios de 1912 descubrió sus ruinas. Su tamaño había sido exagerado por los relatos, pero las piedras que quedaban probaban que no se trataba de un simple poblado negro. Por desgracia, no pudo descubrir relieves, y el pequeño tamaño de la expedición desaconsejaba operaciones tendentes a franquear el único acceso visible que llevaba abajo, al sistema de bóvedas mencionado por sir Wade. Se preguntó sobre los monos blancos y la diosa momificada a todos los jefes nativos de la región, pero hubo de ser un europeo quien probara la información suministrada por el viejo Mwanu. M. Verhaeren, un agente belga y tratante del Congo, creía que podía no sólo localizar sino también conseguir la diosa embalsamada, acerca de la que tenía vagas noticias; ya que los otrora poderosos n'bangus eran ahora dóciles súbditos del gobierno del rey Alberto, y sin demasiados esfuerzos podría convencerlos para que se librasen de esa tosca deidad robada. Cuando Jermyn embarcó rumbo a Inglaterra, por tanto, lo hizo con la exultante posibilidad de que en pocos meses llegaría a sus manos un resto etnológico sin precio, capaz de confirmar las más extravagantes historias de su tatarabuelo... es decir, lo más extravagante que jamás oyera. Los coterráneos próximos a Jermyn House quizás habían oído cuentos aún más extraños, transmitidos por antepasados que habían escuchado a sir Wade sentados a las mesas del Knight's Head.

Arthur Jermyn aguardó con gran paciencia la ansiado caja de M. Verhaeren, estudiando entretanto con creciente diligencia los manuscritos legados por su enloquecido antepasado. Comenzaba a sentirse cada vez más afín a sir Wade y a buscar reliquias tanto de la vida personal de éste en Inglaterra como de sus aventuras africanas. Los relatos orales sobre su esposa, misteriosa y recluida, habían sido abundantes, pero no quedaba ningún rastro de su estancia en Jermyn House. Jermyn se preguntaba la razón de tal hecho y llegó a la conclusión de que la fuente estaba en la locura de su esposo. De su tatarabuela, recordaba, decían que era hija de un mercader portugués de África. Sin duda su estirpe pragmática y su conocimiento superficial del Continente Negro le habían llevado a burlarse de los relatos de sir Wade sobre el interior, algo que un hombre así no lograría olvidar. Ella había perecido en África, quizás arrastrada allí por un marido dispuesto a probar sus afirmaciones. Pero al tiempo que se permitía tales lucubraciones, Jermyn no podía por menos que sonreírse ante su futilidad, siglo y medio después de la muerte de aquellos dos extraños antepasados suyos.

En junio de 1913 llegó una carta de M. Verhaeren notificando el hallazgo de la diosa momificada. Era, según el belga, un objeto de lo más extraordinario, algo bastante fuera de la capacidad de clasificación de un lego. Si era humano o simio, sólo un científico podía dictaminarlo, y el proceso de dictamen se vería estorbado en gran modo por el mal estado de conservación. El paso del tiempo y el clima del Congo no resultaban

idóneos para las momias, especialmente si su preparación era cosa de aficionados, como parecía ser el caso. En torno al cuello de la criatura se había descubierto una cadena de oro con un guardapelo vacío, ostentando blasones nobiliarios; sin duda el recuerdo de algún desgraciado viajero cogido por los n'bangus y colgado en el cuello de la diosa como un presente. Respecto a las facciones de la momia, M. Verhaeren sugería una pintoresca comparación, o mejor, expresaba un humorístico asombro acerca de lo impresionante que resultaría a su corresponsal, pero mostraba demasiado interés científico como para gastar mucha palabrería en liviandades. La diosa momificada, escribía, llegaría debidamente embalada alrededor de un mes tras la recepción de la carta.

La caja fue recibida en Jermyn House en la tarde del 3 de agosto de 1913, siendo inmediatamente transportada a la gran estancia que albergaba la colección de curiosidades africanas, tal y como decidieran sir Robert y Arthur. Lo que ocurrió después puede colegirse con seguridad por los relatos de los criados, así como por los objetos y papeles posteriormente objeto de examen. De las diferentes narraciones, la del anciano Soames, el mayordomo de la familia, resulta la más amplia y coherente. Según este hombre cabal, sir Arthur Jermyn echó a todos de la sala antes de la apertura de la caja, aunque el inmediato resonar de martillo y escoplo demostraban que no había retardado la operación. No se oyó nada durante cierto tiempo; exactamente cuánto es algo que Soames no puede precisar; pero está convencido de que menos de un cuarto de hora más tarde se escuchó un grito horrible, procedente sin duda de Jermyn. Inmediatamente después Jermyn salió del cuarto corriendo frenéticamente hacia la delantera de la casa como si algún terrible enemigo fuese en su persecución. La expresión de su rostro, una cara ya de por sí bastante fea, resultaba indescriptible. Cerca ya de la puerta principal pareció caer en la cuenta de algo y dio un giro a

su huida, desapareciendo finalmente escaleras abajo en dirección al sótano. Los criados quedaron totalmente atónitos y espionaron desde lo alto de las escaleras, pero el amo no volvía. Tras caer la noche se escuchó un golpeteo en la puerta que iba del sótano al patio, y un mozo de cuerdas vio a Arthur Jermyn, reluciendo de pies a cabeza por la gasolina derramada y apestando a tal líquido, escabullirse furtivamente hacia el exterior y desaparecer en el negro páramo que circundaba la casa. Entonces, en una exaltación de horror supremo, todos asistieron al final. Brotó una chispa en el páramo, se alzó una llamarada y una columna de fuego humano rozó los cielos. El linaje de los Jermyn tocó a su fin.

El motivo por lo que los restos calcinados de Arthur Jermyn no fueron recogidos y enterrados reside en lo hallado después, principalmente en el ser de la caja. La diosa momificada resultaba una visión nauseabunda, marchita y carcomida, pero aún claramente un mono blanco, embalsamado y de alguna especie desconocida, menos peluda e infinitamente más cercana a los humanos que cualquier variedad descrita... de hecho, bastante escalofriante. Las descripciones en detalle podrían resultar desagradables, pero hay dos particularidades sobresalientes que deben reseñarse, ya que encajan estremecedoramente con algunas anotaciones de las

expediciones africanas de sir Wade Jermyn y con las leyendas congoleñas del dios blanco y la princesa mono. Las dos particularidades en cuestión son éstas: las armas del guardapelo dorado del cuello del ser eran las de los Jermyn, y la jocosa insinuación de M. Verhaeren sobre cierto parecido con el rostro arrugado se ajustaba con vívido, espantoso y antinatural horror a nada menos que al sensible Arthur Jermyn, tataranieta de sir Wade Jermyn, y una mujer desconocida. Los miembros del Real Instituto Antropológico quemaron el ser y arrojaron el guardapelo a un pozo, y algunos niegan que Arthur Jermyn haya jamás existido.

CELEPHAIS¹⁵

En un sueño Kuranos vio la ciudad del valle y la costa que había más allá, y el pico que dominaba el mar, y las galeras pintadas de alegres colores que zarpan desde el puerto rumbo a las distantes regiones donde el mar se junta con los cielos. También en un sueño consiguió el nombre de Kuranos, ya que durante la vigilia era llamado de forma distinta. Quizás le fue natural el soñar un nombre nuevo, ya que era el último de su estirpe y se hallaba solo entre las muchedumbres indiferentes de Londres, por lo que no había demasiados que pudieran hablar con él y recordarle quién había sido. Había perdido sus tierras y dineros, y no se preocupaba de los hábitos de la gente alrededor, ya que prefería soñar y plasmar tales sueños. Cuanto escribiera había despertado la hilaridad de aquellos a los que se lo había mostrado, y, por último, dejó de escribir. Cuanto más se retiraba del mundo inmediato, más maravillosos se volvían sus sueños, y hubiera sido casi inútil el intentar traspasarlos al papel. Kuranos no era un hombre moderno, y no tenía las miras de otros que también escriben. Mientras ellos pugnaban por despojar a la vida de las ornadas vestimentas del mito, Kuranos tan sólo aspiraba a la belleza. Cuando la verdad y la experiencia no se la mostraron, se volvió hacia la fantasía y la ilusión, hallándola en sus mismos umbrales, entre los nebulosos recuerdos de los cuentos de su niñez y entre los sueños.

No hay mucha gente que sepa cuántas maravillas se les abren en las historias y visiones de juventud, ya que cuando somos niños oímos y soñamos, albergamos ideas a medio cuajar, y cuando al hacernos hombres intentamos recordar, nos vemos estorbados y convertidos en seres prosaicos por el veneno de la vida. Pero algunos de nosotros nos despertamos en mitad de la noche entre extraños fantasmas de colinas y jardines encantados, de fuentes cantarinas al sol, de acantilados dorados a la vera de mares rumorosos, de llanuras abiertas en torno a somnolientas ciudades de bronce y piedra, de la severa compañía de héroes cabalgando blancos caballos engualdrapados junto a espesas selvas; y entonces sabremos que hemos vuelto los ojos a las puertas de marfil del mundo de prodigios que fuera nuestro antes de convertirnos en sabios e infelices.

Kuranos volvió de súbito al viejo mundo de la infancia. Había estado soñando con la casa donde naciera; el gran hogar de piedra cubierto por la hiedra, donde vivieran trece generaciones de antepasados, y donde hubiera ansiado morir. Lucía la luna, y él se había escabullido por la fragante noche veraniega; atravesó jardines, bajó terrazas, dejó atrás los grandes robles y recorrió el largo camino blanquecino hacia el pueblo. La villa parecía muy antigua, con sus límites tan reducidos como aquella

¹⁵ *Celephais* (noviembre de 1920). Primera publicación: *Rainbow*, mayo de 1922. Se conserva una revisión, aparentemente fiel, llevada a cabo por Donald Wandrei en 1927.

luna que comenzaba a menguar, y Kuranés se preguntó si bajo los tejados picudos de las casitas se albergaría el sueño o la muerte. Las malas hierbas crecían en las calles, y los cristales de las ventanas a ambos lados se encontraban rotos o acechaban transparentes. Kuranés no se demoró, antes bien prosiguió trabajosamente, como al reclamo de alguna meta. No osó desobedecer su llamada por miedo a que se revelase como una ilusión similar a las necesidades y aspiraciones de la vigilia, que no conducen a destino alguno. Luego se sintió atraído hacia un callejón que salía del casco de la ciudad rumbo a los acantilados del canal y alcanzó el final de las cosas... el precipicio y el abismo donde el pueblo y el mundo entero se desplomaban abruptamente en una vacuidad sin sonidos de infinito, y donde el cielo por delante se hallaba a oscuras, despojado de la menguante luna o de las acechantes estrellas. La confianza le urgió a proseguir sobre el precipicio, en el abismo por donde descendió flotando, flotando, flotando; pasó oscuridad, incorporeidad, sueños no soñados, esferas débilmente iluminadas que podían ser sueños soñados a medias y burlones seres alados que parecían mofarse de los soñadores de todos los mundos. Entonces pareció abrirse una falla en la oscuridad de delante y vio la ciudad del valle, refulgiendo de forma radiante a lo lejos, lejos y abajo, con el trasfondo del mar y del cielo, y la montaña cubierta de nieves al pie de la orilla.

Kuranés se despertó en el mismo instante de vislumbrar la ciudad, aunque gracias a aquel fugaz vistazo supo que no se trataba sino de Celephaïs, en el valle de Ooth-Nargai, más allá de las colinas Tanarias, donde su espíritu morara durante toda la eternidad de una hora, una tarde de verano, mucho tiempo atrás, cuando se había escapado de su aya y había permitido que la cálida brisa marina le acunara hasta alcanzar el sueño mientras observaba las nubes desde los riscos próximos al pueblo. Entonces se había resistido, cuando lo encontraron, lo despertaron y lo llevaron de vuelta a casa, ya que justo al despertar había estado al borde de embarcar en una galera dorada rumbo a esas seductoras regiones donde el mar se reúne con el cielo. Y ahora se sentía igualmente molesto de despertar, ya que había reencontrado su fabulosa ciudad tras cuarenta fatigosos años.

Pero Kuranés volvió a Celephaïs tres noches después. Como anteriormente, soñó al principio con el pueblo durmiente o muerto, y con el abismo por el que uno debía caer flotando en el silencio; luego apareció de nuevo el acantilado y pudo contemplar los resplandecientes minaretes de la ciudad, y vio las galeras llenas de gracia fondeadas en el puerto azul, y observó los gingkos de monte Aran meciéndose con la brisa marina. Pero esta vez no se vio bruscamente arrebatado y fue a posarse tan suavemente como un ser alado sobre una colina herbosa, hasta que al fin sus pies reposaron sin violencia sobre el césped. Había por fin regresado al valle de Ooth-Nargai y a la esplendorosa ciudad de Celephaïs.

Kuranés fue cuesta abajo entre hierbas aromáticas y flores brillantes, cruzó el burbujeante Naraxa por el puentecillo de madera sobre el que grabara su nombre tantos años atrás, y cruzó las susurrantes arboledas rumbo al gran puente de piedra que llevaba a las puertas de la ciudad. Todo seguía como antes; ni las murallas marmóreas se habían descolorido, ni se habían deslucido las estatuas de bronce que

las coronaban. Y Kuranos vio que no debía temer que las cosas que conociera hubieran desaparecido, ya que incluso los centinelas de las murallas eran los mismos, y tan jóvenes como los recordaba. Al entrar en la ciudad, cruzando las puertas de bronce y pisando el pavimento de ónice, los mercaderes y los camelleros lo saludaban como si no se hubiera marchado jamás; y le ocurrió lo mismo en el templo de turquesa de Nath-Horthath, donde los sacerdotes tocados de orquídeas le informaron de que el tiempo no existe en Ooth-Nargai, sino tan sólo juventud eterna. Entonces Kuranos fue por la calle de las Columnas hasta el muro marítimo, donde se reunían mercaderes y marineros, así como extrañas gentes llegadas de las regiones donde el mar se junta con el cielo. Allí estuvo largo rato, oteando sobre el puerto brillante donde el oleaje centellea bajo un sol desconocido y donde se encuentran listas para zarpar las galeras de lugares lejanos. Y contempló también al monte Aran alzándose regimiento sobre la orilla, las suaves laderas verdes con sus árboles balanceándose y su cima blanca rozando las nubes.

Más que nunca, Kuranos sintió el anhelo de embarcar en una galera rumbo a los lejanos lugares sobre los que había oído contar tantas extrañas historias, y buscó de nuevo al capitán que había aceptado enrolarlo hacía tanto tiempo. Encontró a aquel hombre, Athib, sentado sobre el mismo cofre de especias que ocupara antaño, y Athib no parecía ser consciente de cuánto tiempo había transcurrido. Entonces los dos remaron hasta una galera del puerto y, dando órdenes a los remeros, comenzaron a bogar sobre el ondulante mar Cerenio que conduce hasta el cielo. Durante varios días se deslizaron sobre el mar agitado hasta alcanzar por fin el horizonte, donde el mar se reúne con el firmamento. Aquí la galera no llegó a detenerse, sino que fue flotando despacio por el azul celeste entre nubes de algodón teñidas de rosa. Y muy por debajo de la quilla, Kuranos llegó a divisar extrañas tierras y ríos y ciudades de arrebatadora belleza, tendidas indolentes al resplandor de un sol que nunca parecía menguar o desaparecer. Al fin Athib le comunicó que el viaje estaba próximo a concluir, y que pronto arribarían al puerto de Serannian, la ciudad de mármol rojo de las nubes, que ha sido edificada en esa etérea costa donde el viento del poniente sopla por los cielos; pero cuando la más alta de las torres talladas de la ciudad apareció a la vista, se produjo un sonido en algún lugar y Kuranos despertó en su buhardilla de Londres.

Durante muchos meses, Kuranos buscó en vano la maravillosa ciudad de Celephaïs y sus galeras celestiales; y aunque sus sueños le llevaron a multitud de lugares magníficos, nunca antes narrados, nadie de cuantos se cruzó fue capaz de indicarle cómo encontrar Ooth-Nargai, más allá de la colinas Tanarias. Una noche sobrevoló oscuras montañas donde ardían mortecinos y solitarios fuegos de campamento, a una gran distancia, y había extraños rebaños de seres velludos cuyos guías portaban resonantes campanillas; y en la parte más salvaje de aquel montañoso distrito, tan remoto que pocos hombres habían llegado a verlo, encontró un muro o calzada de piedra, de espantosa antigüedad, zigzagueando entre las cimas y los valles; demasiado grande incluso para haber sido construido por manos humanas, y de tal longitud que ninguno de sus extremos estaba a la vista. Más allá del muro, en

el alba gris, llegó a una tierra de pintorescos jardines y cerezos, y al alzarse el sol pudo contemplar la belleza de flores rojas y blancas, follajes verdes y céspedes, caminos blancos, arroyos cristalinos, estanques azules, puentes tallados y pagodas de tejados rojos; y buscó a la gente de esa tierra, pero comprobó que allí no había nadie, fuera de pájaros, abejas y mariposas. Otra noche Kuranés se acercó a una escalera espiral de piedra, húmeda y sin fin, y llegó a una ventana de una torre que dominaba una gran llanura y un río a la luz de la luna llena, y en aquella silenciosa ciudad que se extendía por la orilla del río creyó columbrar algún rasgo o aspecto nunca antes visto. Hubiera bajado a preguntar por el camino a Ooth-Nargai de no ser por la temible aurora que se alzó sobre algún remoto lugar más allá del horizonte, mostrando las ruinas y la antigüedad de la ciudad, y el estancamiento del río enrojecido y la muerte enseñoreándose de esa tierra, tal y como sucediera desde que el rey Kynaratholis volviera de sus conquistas para arrostrar la venganza de los dioses.

Así que Kuranés buscó infructuosamente la maravillosa ciudad de Celephaïs y sus galeras que bogan hasta Seranman a través de los cielos, presenciando mientras tanto multitud de maravillas y escapando en una ocasión por los pelos del sumo sacerdote que no puede ser descrito, aquel que porta una máscara de seda amarilla sobre el rostro y mora solitario en un prehistórico monasterio de piedra en la fría meseta desértica de Leng. Según crecía su impaciencia durante los pocos acogedores intervalos de vigilia, comenzó a comprar drogas para prolongar sus periodos de sueño. El hachís resultó de gran ayuda, y una vez lo condujo hasta una parte del espacio donde no existen formas, pero donde gases resplandecientes estudian los secretos de la existencia. Y un gas violeta le dijo que esa parte del espacio se encontraba más allá de lo que se conoce como infinito. El gas no había oído hablar anteriormente de planetas u organismos, pero identificó sin dificultad a Kuranés como alguien procedente de ese infinito donde existen materia, energía y gravitación. Kuranés se sentía ahora sumamente ansioso de volver a esa Celephaïs salpicada de minaretes y aumentó sus dosis de drogas, pero finalmente se le acabó el dinero y ya no pudo comprar más. Entonces, un día de verano lo desahuciaron de su buhardilla y vagabundeo indefenso por las calles, pasando por un puente hasta un sitio donde las casas resultaban cada vez más miserables. Y entonces llegó la culminación, y se encontró con el cortejo de caballeros llegados de Celephaïs para llevarlo allí por siempre.

Apuestos caballeros eran, a horcadas sobre caballos ruanos y revestidos de brillantes armaduras y tabardos de curiosos blasones. Resultaban tan numerosos que Kuranés estuvo a punto de confundirlos con un ejército, pero su jefe le informó de que habían sido enviados en su honor, ya que era él quien había creado Ooth-Nargai en sus sueños, por lo que sería nombrado su dios supremo para siempre. Entonces brindó un caballo a Kuranés y lo emplazaron a la cabeza de la comitiva, y todos cabalgaron majestuosamente por las calles de Surrey camino de la región donde Kuranés y sus antepasados nacieran. Era algo muy extraño, ya que cada vez que pasaban por un pueblo a la luz del crepúsculo tan sólo veían las casas y pueblos que

Chaucer y gentes aún anteriores podían haber contemplado, y a veces veían a caballeros en sus monturas, acompañados de pequeñas compañías de secuaces. Al caer la noche viajaron más ligeros, hasta que pronto parecieron volar de forma asombrosa por los aires. Con la débil alborada llegaron al pueblo que Kuranés viera vivo durante su infancia y que ahora estaba dormido o muerto en sus sueños. Ahora vivía, y los pueblerinos más madrugadores les hicieron reverencias mientras los jinetes cruzaban ruidosamente las calles y torcían por el callejón que iba a parar al abismo del sueño. Previamente, Kuranés había entrado en tal abismo sólo de noche, y se preguntaba por su aspecto durante el día; así que oteó ansioso mientras la columna se aproximaba al borde. Cuando galopaban por la pendiente hacia el precipicio, un fulgor dorado se alzó en alguna parte del oriente y cubrió todo el paisaje de resplandecientes ropajes. El abismo se mostraba ahora como un caos hirviente de esplendores rosados y cerúleos, y unas voces invisibles cantaban exultantes mientras el séquito de caballeros rebasaba el borde y flotaba graciosamente a través de las nubes resplandecientes y los fulgores plateados. Los jinetes flotaron sin fin, sus monturas hollando el éter como si galoparan sobre arenas doradas, y luego los vapores luminosos se abrieron para desvelar una luz aún mayor, el brillo de la ciudad de Celephaïs y de la ribera de más allá, y el pico nevado que dominaba el mar, y las galeras alegremente pintadas que zarpan rumbo a las lejanas regiones donde se juntan el mar y el cielo.

Y Kuranés reinó desde entonces en Ooth-Nargai y todas las regiones cercanas del sueño, y estableció alternativamente su corte entre Celephaïs y la Serannian, la ciudad de las nubes. Aún reina allí, y reinará feliz por siempre, aunque bajo los acantilados las mareas del canal agitaban burlonas el cuerpo de un vagabundo que pasara dando traspiés por el pueblo medio desierto al alba; jugueteaban burlonas y lo zaherían contra las piedras bajo Trevor Tower, cubierta de hiedra, donde un fabricante de cerveza particularmente paleta disfrutaba de una atmósfera comprada de extinta nobleza.

DEL OTRO LADO¹⁶

Resulta horrible más allá de cualquier imaginación el cambio que sufrió mi mejor amigo, Crawford Tillinghast.

No lo había visto desde el día en que, dos meses y medio antes, me hablara de algunos de los objetivos que guiaban sus experimentos físicos y metafísicos; cuando me lo contó, mis objeciones espantadas y casi aterrorizadas provocaron que me expulsara de su laboratorio y su casa en un arrebató de ira ciega. Yo sabía que ahora pasaba casi todo el tiempo en el laboratorio del ático con esa maldita máquina eléctrica, comiendo apenas y manteniendo fuera incluso a los criados, pero yo no sabía que un lapso tan corto como son diez semanas pueden alterar y desfigurar hasta tal punto a un ser humano. No resulta agradable la visión de un hombre robusto súbitamente enflaquecido, y es aún peor cuando la piel flácida se torna amarillenta o grisácea, los ojos hundidos y ojerosos, resplandeciendo de forma extraña, la frente surcada de venas y arrugas, y las manos trémulas y nerviosas. Si a eso unimos una repulsiva falta de higiene, un salvaje desaliño en el vestir, una pelambrera de cabellos oscuros encanecidos en las raíces y unas tupidas barbas sobre el rostro otrora bien afeitado, el efecto acumulado resulta bastante impactante. Pero tal era la apariencia de Crawford Tillinghast la noche en que su mensaje, coherente sólo a medias, me hizo acudir hasta su puerta tras semanas de distanciamiento; tal era el espectro que temblaba al franquearme el acceso, vela en mano y ojeando furtivamente sobre el hombro como si temiese la presencia de seres invisibles en la antigua y solitaria mansión ubicada tras Benevolent Street. El que Crawford Tillinghast pudiera haber estudiado alguna vez ciencias y filosofía resultaba un error. Tales materias deben confiarse a investigadores fríos e impersonales, ya que ofrecen dos alternativas igualmente trágicas al hombre de espíritu o al de acción; el desánimo en caso de errar en el experimento, y terrores inenarrables e inimaginables en el caso de alcanzar el éxito. Tillinghast fue una vez presa del fracaso, solitario y melancólico; pero ahora supe, con un nauseabundo temor por mí mismo, que era presa del éxito. Ciertamente, yo le había advertido hacía diez semanas, cuando me confió el relato de lo que pensaba estar a punto de descubrir. En esos momentos estuvo rubicundo y exaltado, hablando con voz alta y forzada, aunque en todo momento impregnada de pedantería.

—Qué sabemos —decía— sobre el mundo y el universo a nuestro alrededor? Los medios de los que disponemos para recibir impresiones son absurdamente pocos, y nuestras nociones sobre los objetos circundantes infinitamente estrechas. Vemos cosas tan sólo porque estamos diseñados para verlas, y no podemos hacernos

¹⁶ *From Beyond* (16-18 de noviembre 1920). Primera publicación: *The Fantasy Fan*, junio de 1934; publicado con correcciones del autor. Se conserva un manuscrito sin correcciones posteriores.

idea de su naturaleza absoluta. Con cinco débiles sentidos tratamos de asimilar el cosmos complejo e infinito, aunque otros seres con sentidos más amplios, más fuertes o de clase diferente podrían no sólo ver muy distintas las cosas que nosotros vemos, sino también acceder y estudiar mundos completos de materia, energía y vida que se encuentran al alcance de la mano, pero que jamás podremos detectar con nuestros sentidos. Siempre he pensado que tales mundos extraños, inaccesibles, coexisten junto a nosotros, *y ahora creo haber encontrado una forma de romper las barreras*. No es broma. En las próximas veinticuatro horas esta máquina que está junto a la mesa generará ondas que actuarán sobre incógnitos órganos sensoriales que sobreviven en nosotros como vestigios atrofiados o rudimentarios. Tales ondas nos abrirán perspectivas desconocidas para el hombre, y algunas ignotas para cualquier ente que podamos considerar vida orgánica. Veremos aquello a lo que los perros aúllan en la oscuridad y lo que hace aguzar el oído a los gatos tras la medianoche. Veremos tales cosas y otras que ninguna criatura que respira viera. Nos impondremos al tiempo, espacio y dimensiones, y sin movernos podremos indagar en los fundamentos de la creación.

Cuando Tillinghast dijo tales cosas lo recriminé, ya que lo conocía suficientemente como para sentirme antes asustado que contento, pero era un fanático y me echó de su casa. Ahora seguía siendo un fanático, pero su deseo de hablar se había impuesto sobre su resentimiento y me había reclamado imperiosamente con una escritura que apenas era capaz de reconocer. Al llegar a la morada de mi amigo, tan súbitamente transformado en una temblorosa gárgola, me infecté del terror que parecía aguardar en cada sombra. Las palabras y creencias expresadas diez semanas antes parecieron tomar cuerpo en la oscuridad que había más allá del pequeño resplandor de la vela, y me sentí enfermar por la voz cavernosa y alterada de mi anfitrión. Ansiaba la presencia de los criados y no me gustó nada que me dijera que se habían marchado todos tres días antes. Me resultó extraño que el viejo Gregory, al menos, hubiera abandonado a su amo sin comunicárselo a un íntimo como era yo. Era él quien me había suministrado toda la información que había recibido sobre Tillinghast desde que éste me despachara lleno de rabia.

Aunque bien pronto subordiné todos mis temores a las crecientes curiosidad y fascinación. Tan sólo podía conjeturar lo que Crawford Tillinghast pudiera desear ahora de mí, pero ya no albergaba dudas sobre que poseía un formidable secreto o descubrimiento aún por desvelar. Antes yo me opuse a sus antinaturales intromisiones en lo desconocido; pero ahora que, evidentemente, había triunfado, de alguna forma yo casi compartía su estado de ánimo, por terrible que pudiera parecer el precio de la victoria. Subiendo a través de la oscura vacuidad de la casa, seguía la vela que temblaba en la mano de esta estremecida parodia de hombre. No parecía haber corriente, y cuando pregunté sobre ello a mi guía, éste dijo que había una buena razón para ello.

—Sería demasiado... no me atrevo —acabó murmurando.

Especialmente reparé en su nuevo hábito de susurrar, ya que antes no solía hablar para sus adentros. Entramos en el laboratorio del ático y vi aquella detestable

máquina eléctrica, resplandeciendo con enfermiza luminosidad, siniestra, violeta. Estaba conectada a una potente batería química, pero parecía no tener corriente; pero yo recordaba cómo en su etapa experimental chisporroteaba y ronroneaba al ponerse en marcha. En respuesta a mi pregunta, Tillinghast musitó que su permanente fulgor no era de origen eléctrico en cualquiera de los sentidos que yo pudiera entender esto.

Me hizo entonces sentar cerca de la máquina, de tal forma que ésta quedaba a mi derecha, y giró un conmutador bajo el grupo superior de bulbos de cristal. Comenzó el habitual crepitar, transformándose en zumbido, y se resolvió en un rumor tan tenue que parecía haber vuelto al reposo. Mientras, crecía la luminosidad, menguaba de nuevo, por fin llegó a un color o mezcla de colores pálidos y extraños que no puedo clasificar ni describir. Tillinghast, que había estado observándome, advirtió mi expresión asombrada.

—¿Sabes qué es esto? —susurró—. *Es ultravioleta* —gorgojeó de forma espantosa ante mi sorpresa—. Creías que era invisible, y lo es... pero esto, así como otras muchas cosas invisibles, lo podrás ver *ahora*.

«¡Escucha! Las ondas de esta máquina están despertando en nosotros un millar de sentidos adormecidos; sentidos que hemos heredado tras eones de evolución, desde el estadio de electrones dispersos al de humanidad orgánica. Yo he visto la realidad y ahora he decidido mostrártela. ¿Te preguntas cómo es posible? Yo te lo diré —entonces, Tillinghast se sentó directamente enfrente de mí, soplando hasta apagar la vela, escudriñando de forma espantosa dentro de mis ojos—. Tus actuales órganos sensoriales, primeramente el oído, creo, serán capaces de aprehender muchas de las impresiones, ya que se hallan estrechamente conectados con los órganos dormidos. Luego entrarán otros en acción. ¿Has oído hablar de la glándula pineal? Me río de esos endocrinólogos superficiales, tan falsarios y advenedizos como los freudianos. Esa glándula es el órgano supremo de los órganos sensoriales... *yo lo he descubierto*. Después de todo, es parecido a la vista y transmite imágenes visuales al cerebro. Si eres normal, ésa es la forma en que recibirás casi toda la información... me refiero a las impresiones del *otro lado*.»

Observé alrededor; el inmenso ático con su pared sur inclinada, levemente iluminada por rayos que el ojo cotidiano no puede ver. Las esquinas alejadas estaban totalmente en sombras, y sobre todo el sitio se asentaba en una brumosa irrealidad que entrevelaba su naturaleza, invitando a la imaginación hacia el simbolismo y la fantasmagoría. Durante el lapso en que Tillinghast guardó silencio me imaginé en algún vasto e increíble templo de dioses muertos mucho tiempo atrás, algún difuso edificio de innumerables columnas de piedra negra que se alzaban desde un suelo de húmedas losas hacia alturas nubladas, más allá del alcance de mi visión. La imagen resultó por un instante sumamente vívida, pero gradualmente fue dejando paso a una escena más horrible, a una completa, absoluta soledad de espacio infinito, ciego, sordo. Parecía tratarse de un vacío y nada más, y sentí un miedo pueril que me llevó a empuñar el revólver que siempre llevaba en el bolsillo desde que me atracaron en East Providence. Entonces, desde las más lejanas regiones de apartamiento, el *sonido* cobró suavemente vida. Resultaba infinitamente débil, tenuemente vibrante e

inconfundiblemente musical, aunque dotado con una cualidad de estremecedora ajenidad que convirtió su reverbero en una delicada tortura que cubrió todo mi cuerpo. Sentí sensaciones como las que se sienten al hacer rechinar accidentalmente un cristal. Simultáneamente apareció algo parecido a una corriente fría que, en apariencia, soplaba sobre mí desde el mismo lugar del que provenía el distante sonido. Mientras aguardaba conteniendo la respiración, noté que tanto el viento como el sonido arreciaban; un efecto que me produjo una extraña impresión sobre mí mismo, como si me encontrase atado sobre unas vías en el camino de una gigantesca locomotora que fuese aproximándose. Hice gesto de hablar con Tillinghast, y en el acto se esfumaron repentinamente todas aquellas insólitas impresiones. Tan sólo vi al hombre, la máquina y la penumbrosa estancia. Tillinghast se reía repugnantemente del revólver que había empuñado en forma casi inconsciente, pero por su expresión me convencí de que había visto y oído lo que yo, si no más. Le susurré lo que me había ocurrido, y él me instó a permanecer tan quieto y atento como me fuera posible.

—No te muevas —me advirtió—, ya que estos rayos *permiten tanto que veamos como que seamos vistos*. Ya te dije que los criados se habían ido, pero no te conté *cómo*. Fue esa atontada ama de llaves... encendió las luces de abajo a pesar de mis órdenes y los cables captaron vibraciones simpáticas. Debió de ser espantoso... pude escuchar los gritos desde aquí a pesar de lo que estaba viendo y oyendo de otras procedencias, y después resultó bastante terrible encontrarme con aquellos montones de ropas dispersos por la casa. La ropa de la señora Updike estaban cerca del conmutador... por eso sé que fue ella quien lo hizo. Pero en tanto en cuanto no nos movamos estaremos razonablemente a salvo. Recuerda que nos las vemos con un mundo espantoso en el que nos hallamos prácticamente inermes... ¡*Permanece inmóvil!*

La impresión combinada de aquella revelación y la orden abrupta me sumió en una especie de parálisis, y en mi terror de nuevo mi mente se abrió a la sugestión que procedía de los que Tillinghast llamaba «*otro lado*». Ahora me encontraba en un remolino de sonidos y movimientos, con confusas imágenes pasando ante mis ojos. Veía los perfiles borrosos de la estancia, pero desde algún punto del espacio parecía surgir una hirviente columna de formas irreconocibles, o quizás nubes, traspasando el sólido techo por un punto arriba y a la derecha. Entonces noté de nuevo el efecto del templo, pero esta vez las columnas alcanzaban algún etéreo océano de luz que envió un rayo cegador a través de la columna nubosa que viera previamente. Tras eso, la escena se tornó completamente calidoscópica, y en la barahúnda de visiones, sonidos e impresiones sensoriales sin identificar sentí que estaba a punto de disolverme, o de perder la forma corpórea. Siempre recordaré un instante bien definido. Por un momento creí contemplar una porción de extraño cielo nocturno repleto de esferas brillantes que giraban y, mientras retrocedían, vi quedos soles resplandecientes formaban una galaxia o constelación de forma definida; tal forma era el rostro distorsionado de Crawford Tillinghast. En otra ocasión sentí cómo inmensos seres animados me rozaban al pasar y, en ocasiones, traspasaban o se deslizaban *a través de mi cuerpo, supuestamente sólido*, y, sin embargo, veía a Tillinghast

mirarlos como si sus sentidos, mejor entrenados, pudieran captarlos visualmente. Recordé lo que dijera acerca de la glándula pineal y me pregunté que habría contemplado con ese ojo preternatural.

Súbitamente yo mismo comencé a gozar de una especie de visión aumentada. Por encima del caos luminoso y sombrío se alzó una imagen que, aunque difusa, poseía elementos de consistencia y permanencia. De hecho, se trataba de algo familiar, ya que la parte insólita se sobreimpresionaba sobre la habitual tal y como una proyección cinematográfica puede proyectarse sobre el telón pintado de un teatro. Vi el laboratorio del ático, la máquina eléctrica y la repugnante forma de Tillinghast frente a mí, pero nada del espacio no ocupado por objetos familiares y materiales se encontraba vacío. Indescriptibles formas, vivas o no, se entremezclaban en abominable tumulto, y junto a cada cosa conocida se encontraban mundos enteros de alienígenas entidades desconocidas. Igualmente, parecía que todos los seres conocidos entraban en la composición de otras cosas desconocidas, y viceversa. Sobre todo, entre los seres vivos se encontraban unas monstruosidades gelatinosas, negras como la tinta, que tremolaban con flaccidez en sincronía con las vibraciones de la máquina. Se encontraban presentes en una espantosa profusión, y para mi horror descubrí que se *superponían*; que eran semilíquidas y capaces de traspasar unas a través de otras, así como a través de lo que nosotros entendemos como sólido. Tales seres nunca estaban quietos, sino que parecían flotar alrededor siguiendo algún propósito maligno. A veces parecían devorarse unas a otras, el atacante lanzándose sobre la víctima y haciéndola desaparecer instantáneamente de la vista. Estremeciéndome, creí descubrir que había hecho esfumarse a los infortunados criados, y no pude alejar de mi mente tal pensamiento mientras intentaba observar otras propiedades del mundo recién descubierto que subyacía invisible en torno nuestro. Pero Tillinghast había estado observándome y me hablaba.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Ves los seres que flotan y caen en torno y a través tuyo a cada momento de tu vida? ¿Ves las criaturas que forman parte de lo que los hombres llaman aire puro y cielo azul? ¿No he logrado romper la barrera, no te he mostrado mundos que ningún otro ser vivo ha visto?

Yo escuchaba sus horribles gritos entre aquel horrible caos y observaba su rostro distorsionado, ofensivamente cerca del mío. Sus ojos despedían llamaradas y me observaban con lo que ahora entiendo era odio estremecedor. La máquina zumbaba de forma detestable.

—¿Crees que esos seres ameboides mataron a los criados? ¡Son inofensivos, idiota! Pero los criados *han* desaparecido, ¿no? Intentaste detenerme, me desanimaste cuando necesitaba cada brizna de valor que pudiera reunir; tenías miedo de las verdades cósmicas, maldito cobarde, ¡pero ahora estás en mis manos! ¿Qué fue lo que mató a los criados? ¿Qué fue lo que los hizo gritar así?... no lo sabes, ¿eh? ¡Pronto lo sabrás! Mírame, escucha cuanto te digo, ¿crees que existen de verdad cosas tales como tiempo y magnitud? ¿Crees que existen cosas como forma y materia? ¡Pues yo te digo que me he sumido en profundidades que tu pequeño cerebro no alcanza siquiera a intuir! He visto más allá de los límites del infinito y frecuentado a los

demonios de las estrellas... he viajado a lomos de las sombras que saltan de mundo en mundo sembrando la muerte y la locura... el espacio me pertenece, ¿me oyes? Tengo a ciertos seres ahora a mis talones, seres que devoran y disuelven, pero yo sé cómo escapar de ellas. Te cogerán a ti, tal y como cogieron a los criados. ¿Te inmutas, amigo mío? Ya te dije que es peligroso moverse. Hasta ahora te has salvado gracias a la advertencia de que permanecieras quieto... salvado para contemplar más visiones y oírme. Si te hubieses movido, hace rato que hubieran caído sobre ti. No te preocupes, no te *dolerá*. No lastimaron a los sirvientes... fue el *contemplarlos* lo que hizo gritar así a los pobres diablos. Mis mascotas no resultan agradables, ya que proceden de lugares con patrones estéticos... *muy distintos*. La desintegración resulta bastante indolora, puedo jurártelo... pero *quiero que los veas*. Yo casi los vi, pero sé cómo parar. ¿No sientes curiosidad? ¡Siempre supe que no tenías temperamento científico! ¿Tiemblas, eh? ¿Tiemblas de ansiedad por ver a los postreros seres que he descubierto? ¿Por qué no te mueves entonces? ¿Estás cansado? Bueno, no hay ningún problema, amigo, *ya llegan...* ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira, maldito seas! justo sobre tu hombro izquierdo!

Queda muy poco por contar, y puede ser ya conocido por las noticias de los periódicos. La policía escuchó un disparo en la vieja casa Tillinghast y nos descubrió allí... Tillinghast muerto y yo inconsciente. Me arrestaron por culpa del revólver hallado en mi mano, pero me liberaron unas tres horas después, apenas comprobaron que Tillinghast había muerto de apoplejía y que mi pistola había sido disparada contra la malsana máquina que ahora se encuentra inservible sobre el suelo del laboratorio. No conté mucho de cuanto viera, pues temía que el forense se mostrara escéptico; pero por el evasivo esquema que le suministré, el doctor me dijo que sin duda había resultado hipnotizado por aquel loco vengativo y homicida.

Quisiera poder creer a ese médico. Resultaría de gran ayuda para mis nervios alterados el que pudiera descartar lo que ahora pienso sobre el aire y el cielo sobre y en torno mío. Nunca me siento solo o a gusto, y una odiosa sensación de ser perseguido me hace estremecer a veces, cuando me encuentro fatigado. Lo que me impide creer al médico es este sencillito hecho... que la policía nunca encontró los cuerpos de aquellos criados cuyas muertes se atribuyen a Crawford Tillinghast.

EL GRABADO EN LA CASA¹⁷

Los amantes del horror rondan extraños, apartados lugares. Suyas son las catacumbas de Ptolemaida y los cincelados mausoleos de los reinos de pesadilla. A la luz de la luna ascienden las torres de los castillos en ruinas del Rin y trastabillean al descender escaleras llenas de telarañas bajo las derrumbadas piedras de ignotas ciudades en el Asia. Sus santuarios son el bosque embrujado y la desolada montaña, y frecuentan siniestros monolitos en islas deshabitadas. Pero el verdadero epicúreo de lo terrible, aquel para quien un nuevo espasmo de indecible espanto resulta la meta y la justificación de la vida, gusta ante todo de las viejas y solitarias casas de labor que se levantan en las regiones más apartadas de Nueva Inglaterra, ya que allí es donde los tétricos factores de fuerza, aislamiento, extravagancia e ignorancia se conjugan para llegar a la cumbre de lo espantoso.

El más temible de todos los panoramas lo constituyen esas remotas casitas de madera vista, lejos de caminos transitados, normalmente agazapadas sobre alguna ladera húmeda y herbosa, o recostadas contra algún gigantesco afloramiento rocoso. Han permanecido así, recostadas o agazapadas, durante doscientos años o más, mientras medraban las plantas rastreras y los árboles crecían y se multiplicaban. Ahora están casi ocultas tras la desbocada explosión de verdor y bajo el amparo de sudarios de sombra; pero las ventanas de pequeños recuadros aún vigilan de forma temible, como parpadeando presas de un letal estupor destinado a mantener a raya la locura atenuando el recuerdo de indescriptibles sucesos.

Esas casas han sido morada de generaciones de los personajes más extraños que el mundo haya podido ver. Sosteniendo lúgubres y fanáticas creencias que los exiliaron de entre los suyos, sus antepasados buscaron la libertad en lo virgen. Ellos son los vástagos de una raza de conquistadores crecidos, en la práctica, libres de las restricciones de los suyos, y no obstante sujetos a la espantosa esclavitud de los inaprensibles fantasmas de su interior. Divorciados de la luz de la civilización, el empuje de estos puritanos se vertió en cauces singulares y, debido a su aislamiento, su morbosa autorrepresión, su lucha por la vida en medio de una naturaleza despiadada, reaparecieron en ellos ciertos rasgos oscuros y furtivos, fruto de las prehistóricas profundidades de su herencia nortea. Esta gente, tanto por necesidad práctica como por austeridad filosófica, abominaba de sus debilidades. Flaqueando como cualquier mortal, su rígido código los empujaba a preferir la ocultación de sus fallos, de forma que cada vez les disgustaba más lo que escondían. Tan sólo las silenciosas, somnolientas, vigilantes casas de las regiones remotas podrían desvelar lo que había estado oculto desde los primeros días; pero ellas no hablan, estando

¹⁷ *The Picture in the House* (12 de diciembre de 1920). Primera publicación: *The National Amateur*, 1920. Se conserva un manuscrito en la John Hay Library of Brown University que no parece haber sido preparado por H. P. L.

poco predispuestas a sacudirse la somnolencia que les ayuda a olvidar. A veces uno llega a pensar que sería de misericordia derribar tales casas, ya que deben soñar con frecuencia.

Hacia uno de esos edificios carcomidos por el tiempo me vi empujado una tarde de noviembre, en 1896, por culpa de un chaparrón tan fuerte y helado que cualquier refugio resultaba preferible a la intemperie. Había viajado algún tiempo entre las gentes del valle Miskatonic buscando cierta información genealógica, y, debido a lo problemático de mi ruta, remota e intrincada, había creído conveniente usar una bicicleta a pesar de lo avanzado de la estación. Me encontraba en un camino aparentemente abandonado que tomé al creerlo el atajo más corto hacia Arkam, y no había encontrado otro refugio que la antigua y repulsiva edificación de madera que parpadeaba con sus fatigadas ventanas bajo dos olmos inmensos y deshojados al pie de una colina rocosa. Aunque apartada de la carretera abandonada, aquella casa no pudo por menos que impresionarme de forma desagradable desde el instante en que le puse los ojos encima. Con sinceridad, las construcciones saludables no acechan el paso del viajero de una forma tan furtiva y atenta, y en mis investigaciones genealógicas me había topado con leyendas del siglo pasado que me ponían en guardia contra lugares de tal catadura. Pero la fuerza de los elementos arreciaba de tal manera que venció mis reparos y no dudé en pedalear cuesta arriba por una ladera llena de malezas hacia esa puerta cerrada que resultaba a un tiempo sugerente y reservada.

Al principio hubiera jurado que la casa estaba abandonada, pero según me acercaba ya no estuve tan seguro, ya que aunque los senderos estaban cubiertos de hierbas, parecían conservar demasiado bien su perfil como para considerarlos completamente desiertos. Así que en vez de tantear la puerta, llamé, sintiendo al hacerlo un estremecimiento difícil de explicar. Mientras esperaba plantado sobre la piedra tosca y musgosa que hacía la vez de umbral, observé a través de las ventanas más próximas y por el recuadro de cristal en el travesaño situado sobre mi cabeza, notando que, a pesar de encontrarse envejecidos, arañosos y casi opacos por el polvo, los cristales no estaban rotos. Así pues, la edificación debía estar habitada a pesar de su aislamiento y general estado de abandono. Sin embargo, mis golpes no obtuvieron respuesta, por lo que, tras repetir la llamada, agité el herrumbroso picaporte, encontrando que la puerta no tenía puesto el pestillo. En el interior había un pequeño vestíbulo con paredes de las que se desprendía el yeso, y por la entrada llegaba un olor débil, aunque notablemente hediondo. Entré empujando la bicicleta y cerré la puerta a mis espaldas. Delante nacía una escalera estrecha, flanqueada por una puerta pequeña que sin duda llevaba al sótano, mientras que a diestra y siniestra había puertas cerradas conduciendo a habitaciones de la planta baja.

Apoyando mi bicicleta en la pared, abrí la puerta de la izquierda y pasé a una pequeña estancia de techo bajo, débilmente iluminada a través de dos ventanas polvorientas y amueblada de la forma más somera y primitiva que uno pueda imaginar. Parecía ser una especie de sala de estar, ya que contenía una mesa y algunas sillas, así como un inmenso hogar sobre cuya repisa sonaba un viejo reloj.

Había pocos libros o periódicos, y en las tinieblas no pude leer sus títulos. Lo que más me llamó la atención fue el tremendo primitivismo de cada uno de los detalles expuestos. Yo había encontrado que casi todas las casas de esta parte eran ricas en recuerdos del pasado, pero en ésta la antigüedad resultaba completa hasta un extremo excepcional, ya que no pude encontrar en toda la estancia un solo artículo manufacturado en épocas posteriores a la independencia. De haber dispuesto de un mobiliario menos humilde, aquel lugar hubiera resultado el paraíso de un coleccionista.

Inspeccionando esa pintoresca morada, sentí aumentar la aversión que antes me despertara su poco acogedor aspecto. No sabría decir con exactitud qué me producía temor o rechazo, pero algo en su atmósfera parecía apestar a vejez impía, a desagradable tosquedad, a secretos que debieran ser olvidados. Me sentía poco inclinado a sentarme, y fui de un lado para otro examinando los diversos artículos antes vistos. Lo primero que inspeccioné fue un libro de mediano tamaño que estaba sobre la mesa, mostrando un aspecto tan antediluviano que me sorprendí de encontrarlo fuera de un museo o una biblioteca. Estaba encuadernado en cuero, con refuerzos de metal, y gozaba de excelente estado de conservación, siendo además de esa clase de volúmenes que uno no suele encontrar en una casa tan pobre. Al abrir la primera página, mi asombro no hizo sino crecer, ya que se reveló como nada menos que la relación de Pigafetta sobre la región del Congo, escrito en latín a partir de las notas del marino López, e impreso en Francfort en 1598. Yo había oído hablar a menudo del libro, con sus curiosas ilustraciones obra de los hermanos De Bry, por lo que por un instante olvidé mi desasosiego llevado del deseo de pasar las páginas que tenía ante mí. Los grabados eran en efecto interesantes, repletos de imaginación y descripciones inexactas, mostrando negros de piel blanca y rasgos caucásicos; no habría cerrado tan pronto el libro de no mediar una circunstancia, completamente trivial, pero que sacudió mis cansados nervios haciendo rebrotar la inquietud. Lo que me disgustó fue sencillamente la tendencia del tomo a abrirse por la lámina XII, que mostraba con rudeza la tienda de un carnicero entre los caníbales anziques. Sentí cierta vergüenza de mi susceptibilidad a algo tan liviano, pero, no obstante, el dibujo me turbaba, especialmente al sumarle algunos pasajes cercanos que describían la gastronomía de los anziques.

Me había vuelto a un estante cercano y me encontraba examinando su escaso contenido de libros —una biblia del dieciocho; un *Pilgrim's Progress* de la misma época, ilustrado con toscos grabados en madera e impreso por el fabricante de almanaques Isaiah Thomas; el degenerado mamotreto de Cotton Mather, el *Magnalia Christi Americana*, y unos cuantos libros más, todos evidentemente de la misma edad — cuando mi atención se vio desviada por el inconfundible sonido de pasos en la estancia del piso de arriba. Al principio me vi presa del asombro y el sobresalto, habida cuenta de la falta de respuesta a mi anterior llamada a la puerta, e inmediatamente después concluí que esos pasos procedían de alguien que acabada de despertar de un profundo sueño, así que escuché menos sorprendido cómo las pisadas sonaban en las crujientes escaleras. El paso resultaba firme, aunque parecía

teñido de una curiosa prevención, algo que resultaba más inquietante por cuanto las pisadas eran firmes. Al entrar en la habitación había cerrado la puerta a mis espaldas. Ahora, tras un instante de silencio en el que el caminante debió demorarse inspeccionando la bicicleta que había dejado en el vestíbulo, escuché manipular con torpeza el picaporte y vi que la puerta de paneles se abría de nuevo.

El umbral fue ocupado por un personaje de tan singular apariencia que hubiera proferido una exclamación en voz alta de no mediar las ataduras de la buena educación. Anciano, con barbas blancas, harapiento, mi anfitrión gozaba de un físico y un continente que despertaban asombro y respeto a un tiempo. No bajaba del metro ochenta de altura y, pese a su general aspecto de vejez y pobreza, sus proporciones resultaban fuertes y poderosas. El rostro, casi oculto por una larga y espesa barba, parecía anormalmente rubicundo y menos surcado de arrugas de lo que cabría esperar, mientras que sobre su frente alta caía una mata de blancos cabellos apenas clareados por los años. Sus ojos azules, si bien algo inyectados en sangre, resultaban inexplicablemente agudos y ardientes. A pesar de su desaliño, el hombre podría haber gozado de un aspecto tan distinguido como imponente. Ese desaliño, no obstante, resultaba ofensivo a pesar de su rostro y su porte. Apenas puedo decir qué eran sus ropas, ya que parecían poco más que un puñado de andrajos sobre un par de botas altas y pesadas, y su falta de limpieza se encuentra más allá de cualquier descripción.

El aspecto de este hombre, y el miedo instintivo que me despertaba, por lo que me habían dispuesto de antemano para algo parecido a la hostilidad; por lo que me vi cogido por la sorpresa, así como por una sensación de extraña incongruencia, cuando me señaló una silla dirigiéndose a mí, con una voz débil y suave llena de respeto adulator y hospitalidad conciliadora. Su habla era de lo más curiosa, una variante extrema del dialecto yanqui, que yo había creído ya extinta; así que lo estudié con más detenimiento mientras se arrellanaba enfrente para hablar.

—Alcanzao por la lluvia, ¿eh? —dijo a modo de saludo—. Suerte qu'estaba a la vera de la casa y se l'ocurió allegarse. Creo que dormía, o l'habría escuchao... ya no soy mozo y necesito mis buenas cabezas estos días. ¿Y s'encamina pa lejos? No se ve a mucho por esta vereda desde que nos privaron del coche d'Arkham.

Contesté que me dirigía a Arkham, disculpándome por mi desconsiderada irrupción en su domicilio, lo que le llevó a proseguir.

—Merced que m'hace, señorito... se ven pocas caras nuevas po aquí, y no hay demasio pa entretenerse estos días. Me da qu'es usté bostoniano, ¿eh? Nunca estuve acullá, pero sé decí quién es de ciudá na más echarle l'ojito encima... tuvimos un maestro d'aldea allá po l'ochenta y cuatro, pero fuese de sopetón y nadie tuvo nuevas d'el desde'ntonces —aquí el viejo se echó a reír entre dientes, sin dar explicación alguna a mis preguntas. Parecía hallarse de excelente humor, aunque teñido por esa extravagancia que su aspecto hacía suponer. Divagó durante algún tiempo en forma casi febril, hasta que se me ocurrió preguntarle cómo había adquirido un libro tan raro como el *Regnum Congo* de Pigafetta. No se me había pasado la impresión causada por tal volumen y sentía cierta renuencia a mencionarlo, pero la curiosidad

venció a los indeterminados temores que había ido acumulando sin descanso desde el momento en que puse los ojos en la casa. Para mi alivio, la pregunta no provocó una situación embarazosa, ya que el viejo respondió abierta y veleidosamente.

—Oh, ¿ese libro africano? El capitán Ebenezer Holt vendíómelo n'el sesenta y ocho... le dieron muerte en la guerra.

La mención del nombre de Ebenezer Holt me hizo prestarle mayor atención, ya que me había topado con él durante mi trabajo genealógico, aunque no había ningún dato posterior a la independencia. Me pregunté si mi anfitrión no podría ayudarme con mi tarea, y decidí preguntarle más tarde. Él continuaba.

—Ebenecer estuvo muchos años en un mercante de Salem, y en cá puerto echaba mano a algo raro. Trajo esto de Londres, me da... le gustaba hurgar en las tiendas. Estaba una vez en casa suya, en la colina, chalaneando, cuando l'eché l' ojo a este libro. M'encapriché de los grabaos, así que hicimos un trueque. Es un libro raro... esto, déjeme buscar las lentes... —el viejo rebuscó en sus andrajos, sacando unas gafas sucias y asombrosamente antiguas, con pequeños cristales octogonales y arco metálico. Calándoselas, se acercó al volumen de la mesa y pasó cuidadosamente las páginas.

—Ebenezer podía leer algo d'esto... latines... pero yo no pueo. Dos o tres maestros me leyeron algo y el reverendo Clark, ése que dicen que s'ahogo en la poza... entiende usted algo?

Manifesté ser capaz y le traduje un párrafo del principio. Si erré, él no era erudito capaz de corregirme, ya que parecía puerilmente complacido con mi versión inglesa. Su proximidad iba resultando bastante ofensiva, pero no veía la forma de apartarme sin ofenderlo. Me resultaba divertido la infantil querencia de este viejo ignorante por las imágenes de un libro que no podía leer, y me pregunté hasta qué punto sería capaz de descifrar los pocos volúmenes en inglés que adornaban el cuarto. Esa demostración de simpleza aquietó mucha de la indefinible aprensión que había sentido, y me sonreí mientras mi anfitrión parloteaba.

—Raro cómo los dibujos le hacen pensar a uno. Repare n'este cerca d'el principio. ¿Vio nunca árboles así, con hojas tan grandes meneándose. Y hombres así... no puén ser negros... mira que es raro; como pieles rojas, a fe mía, aunque'sten en África. Algunos d'estos bichejos se ven como monos, o medio monos medio hombres, pero nunca supe de ná como esto —entonces señaló a una fabulosa criatura, fruto de la imaginación del artista, que podría describirse como un dragón con cabeza de caimán.

—Pero ahora l'enseño lo mejó... a la mitá —el habla del viejo se hizo más espesa, y el resplandor de sus ojos más brillante; pero sus manos temblorosas, aunque más desmañadas que antes, aún fueron capaces de lograr su objetivo. El libro se abrió, casi por propio impulso, como si se debiera a la frecuencia con que esa página era consultada, por la repulsiva lámina duodécima que mostraba la tienda de un carnicero entre los caníbales anziques. Mi desasosiego volvió, aunque no di muestras de ello. Lo más extravagante de todo era que el dibujante había representado a estos africanos como hombres blancos... los miembros y los cuartos colgados de los muros

de la carnicería resultaban espantosos, al tiempo que el carnicero con su hacha aparecía odiosamente incongruente. Pero a mi anfitrión la imagen parecía deleitarle tanto como a mí me desagradaba.

—Qué le paece? ¿A que nunca se vió ná igual por estos pagos? En cuanto leché Tojo le dije a Eb Holt: «Aquesto's algo que te despierta y te hace agita la sangre.» Cuando leo en las Escrituras sobre matanzas... como cuando acabaron con los madianitas... pienso en estas cosas, pero no las tengo dibujás. Aquí pué uno ver tó eso... me dá qu'es pecao, ¿pero no nacemos y vivimos en pecao?... ese tio cortao en cachos me da cosquilleo cá vez que lo miro... no pueo dejá de mirá... ¿Ve cómo l'a cortao el carnicero los pies? Ahí en la banqueta está la cabeza con un brazo al lao, el otro está tirao en el suelo junto a del tajo.

Según aquel hombre farfullaba presa de un éxtasis estremecedor, la expresión de su rostro barbudo y cubierto con gafas se tornó indescriptible, mientras que el tono de su voz bajaba en vez de subir. Apenas puedo recordar mis propias sensaciones. Todo el terror que antes sintiera de difusa forma, me acució ahora activa y vívidamente, y comprendí que odiaba a aquella criatura anciana y horrenda que me agobiaba de forma terrible. Su locura, o al menos su perversión parcial, estaban más allá de toda duda. Apenas musitaba ahora, empleando un tono bajo, más terrible que el grito, y yo temblaba escuchándolo.

—Como digo, hay que vé lo que l'hace pensa a uno estos dibujos raros. ¿Sabe, señorito? Éste es el que me gusta. Cuando troqué'l libro a Eb lo miraba mucho, especialmente cuando escuchaba a despotricar cada domingo con su gran peluca. Una vez probé algo distinto... espero, señorito, que no s'asuste... tó lo qu'hice era mirá el dibujo antes de matá las ovejas p'al mercao... matá ovejas era más divertío después de mirar esto.

El tono del viejo se había vuelto extremadamente bajo, resultando a veces tan débil que las palabras apenas eran audibles. Oía la lluvia y el golpeteo contra las sucias ventanas de pequeños recuadros, y sentí el retumbar de un trueno acercándose, algo bastante insólito para la estación. Un relámpago y un estruendo terroríficos hicieron retemblar la frágil casa hasta sus cimientos, pero el murmurador pareció no percatarse.

—Matá ovejas era más divertío... pero unté sabe, no era bastante *satisfactorio*. Extraño cómo un *antojo* le engancha a uno... por el amor de Dios, joven, no lo cuente por ahí, pero juro por el Serió que este dibujo iba despertándome *hambre de cosas que no podía plantar ni comprar*... oiga, tranquilo, qué le pasa... no hice na, sólo me preguntaba qué pasaría de *hacerlo*... dicen quela carne hace carne y sangre y le da a uno nueva vida, así que me pregunté si esto no le haría a un hombre vivir más y más tiempo de ser ese el caso....

Pero el susurro no llegó a continuar. La interrupción no fue debida a mi espanto, ni a la tormenta que arreciaba con rapidez y en cuya furia abrí repentinamente los ojos entre una humeante soledad de ruinas ennegrecidas. Fue debido a un suceso muy sencillo aunque de lo más insólito.

El libro estaba abierto. ante nosotros, con el dibujo vuelto repulsivamente hacia

arriba. Al tiempo que el viejo susurraba «de ser ése el caso», se escuchó un débil golpe de chapoteo, y apareció algo sobre el amarillento papel del abierto volumen. Pensé en la lluvia y en goteras, pero la lluvia no es roja. Sobre la carnicería de los caníbales anziques relucía llamativamente una pequeña salpicadura roja, prestando credibilidad al horror del grabado. El viejo se percató, dejando de susurrar aun antes de que le obligara a ello mi expresión de horror; lo vio y alzó rápidamente la vista hacia el suelo de la habitación que abandonara una hora antes. Yo seguí su mirada y pude contemplar sobre nuestras cabezas, en el descascarillado yeso del viejo cielo raso, una gran mancha irregular de húmedo carmesí que parecía crecer ante nuestros ojos. Ni grité ni me moví, limitándome simplemente a cerrar los ojos. Y un instante después llegó el titánico rayo de rayos, haciendo estallar aquella maldita casa de indecibles secretos y trayéndome lo único que podía salvar mi cordura, la inconsciencia.

LA CIUDAD SIN NOMBRE¹⁸

Cuando me aproximé a la ciudad sin nombre, comprendí que estaba maldita. Recorría un valle terrible y reseco a la luz de la luna, y la vislumbré a lo lejos, resaltando de forma increíble sobre la arena, tal como los miembros de un cadáver podrían sobresalir de una tumba poco profunda. El miedo se albergaba en ese vetusto superviviente del diluvio, esa tatarabuela de la más antigua de las pirámides; y había un aura invisible que me rechazaba, instándome a renunciar a los antiguos y siniestros secretos que ningún hombre debe contemplar, y a los que ningún hombre había osado nunca acercarse.

La ciudad sin nombre se halla perdida en lo más profundo del desierto de Arabia, desmantelada y en ruinas, C()n sus bajos muros ocultos por las arenas de incalculables edades. Debía estar en tal estado ya antes de que colocasen la primera piedra de Menfis, y mientras los ladrillos de Babilonia estaban aún por cocer. No hay leyenda tan antigua como para recoger su nombre o recordar cuando aún estaba viva, pero se la menciona en susurros en torno a los fuegos de campamento y es mentada por las abuelas en las tiendas de los jeques, por lo que todas las tribus la evitan sin saber muy bien por qué. Fue con este lugar que Abdul Alhazred, el poeta loco, soñó la noche anterior a cantar su inexplicable pareado:

*«Que no está muerto lo que puede yacer eternamente,
y en los eones por venir aun la muerte puede morir».*

Debí haber sabido que los árabes tenían buenas razones para evitar la ciudad sin nombre, la ciudad citada en extraños cuentos, pero nunca vista por hombres vivos; sin embargo, yo los desafié, adentrándome con mi camello en el desierto no hollado. Tan sólo yo la he visto, y es por eso que ningún otro semblante luce unas líneas de miedo tan espantosas como las mías, por lo que ningún otro hombre tiembla de una forma tan horrible cuando el viento nocturno hace estremecer las ventanas. Cuando la descubrí en esa horrible quietud de sueño eterno, me miró estremecida por los rayos de una luna fría en mitad del calor del desierto. Y, al devolver la mirada, se esfumó la alegría de hallarla, y me detuve con mi camello a la espera del alba.

Aguardé cuatro horas, hasta que el este viró al gris y las estrellas se esfumaron, y el gris se tornó claridad rosácea ribeteada de oro. Escuché un lamento y vi una tormenta de arena que se arremolinaba entre las antiguas piedras aunque el cielo estaba claro y los vastos horizontes del desierto calmos. Entonces, de súbito, sobre el

¹⁸ *The Nameless City* (26 de enero de 1921). Primera publicación: *The Wolverine*, noviembre de 1921. Publicado en *Weird Tales*, noviembre de 1938. El manuscrito incorpora revisiones del autor posteriores a su primera aparición impresa.

lejano borde del desierto, se alzó el ardiente filo del sol, entrevisto a través de la pequeña tormenta de arena que ahora se alejaba, y en mi febril estado creí que, desde alguna profundidad remota, se alzaba un musical estruendo metálico para saludar al fiero disco, tal y como Memnón lo saludaba a orillas del Nilo. Mis oídos zumbaban y mi imaginación se desbocaba según guiaba lentamente a mi camello por las arenas hacia aquel anónimo lugar de piedra; ese lugar demasiado viejo para que Egipto y Meroe pudieran recordarlo; el lugar que sólo yo, entre toda la humanidad, he contemplado.

Merodeé de un lado para otro, entre los informes cimientos de casas y palmeras, sin encontrar ni una talla o inscripción que hablase de aquellos hombres, si hombres eran, que construyeran la ciudad y viviesen en su interior tanto tiempo atrás. La antigüedad del sitio resultaba malsana y porfié en la búsqueda de algún signo o aparato que probase que la ciudad, en efecto, era obra de la humanidad. Ciertas proporciones y dimensiones de las ruinas me disgustaban. Acarreaba conmigo algunas herramientas y excavé generosamente entre los muros de los edificios en ruinas; pero los progresos eran lentos y no apareció nada de relevancia. Cuando volvieron la noche y la luna, sentí un viento frío que traía miedos nuevos, así que no me atreví a continuar en la ciudad. Al abandonar las antiguas murallas para la pernocta, un pequeño torbellino de arena se abalanzó a mis espaldas, soplando sobre las piedras grises a pesar de que la luna brillaba y el resto del desierto estaba en calma.

Me desperté al alba saliendo de un carrusel de sueños horribles, los oídos aún repicando con algún tañido metálico. Vi al sol asomar rojizo entre los últimos soplos de la pequeña tormenta de arena que flotaba sobre la ciudad sin nombre, acentuando la quietud del resto del paisaje. De nuevo me aventuré entre aquellas meditabundas ruinas que se insinuaban bajo las arenas como un ogro bajo un cobertor, y de nuevo estuve excavando en vano en busca de restos de la raza olvidada. Descansé a mediodía, y por la tarde empleé mucho tiempo marcando las murallas y las calles pretéritas, así como los contornos de edificios casi desaparecidos. Comprobé que había sido una ciudad poderosa, y me pregunté por el origen de su grandeza. Me pinté todo el esplendor de una era tan antigua que los caldeos no podían recordarla, y pensé en Sarnath la maldita, que se levantaba en la tierra de Manar cuando la humanidad era joven, y en Ib, que fuera esculpida en piedra gris antes del alba de la humanidad.

Una vez llegué a un lugar donde el lecho de roca asomaba desnudo a través de la arena, formando un pequeño risco, y aquí vi con alegría lo que parecía prometer nuevas pistas sobre el pueblo antediluviano. Burdamente cinceladas en la cara del risco, se hallaban inconfundibles fachadas de varias moradas o templos pequeños y rechonchos, en cuyo interior podían conservarse multitud de secretos procedentes de eras demasiado remotas para ser calculadas, aunque las tormentas de arena hubieran borrado mucho tiempo atrás cualquier talla que pudiera haber existido en el exterior.

Todas las oscuras aberturas que encontré cercanas eran muy bajas y se hallaban ocluidas por la arena, pero yo franqueé una con mi pala y me arrastré hasta el

interior, llevando una antorcha para alumbrar cualesquiera secreto que albergase en su seno. Una vez dentro, comprobé que sin duda la caverna se trataba de un templo y contemplé señales evidentes de la raza que viviera y adorara allí antes de que el desierto fuera tal. No faltaban primitivos altares, columnas y nichos, todos curiosamente bajos; aunque no distinguí esculturas ni frescos, había piedras muy singulares conformadas claramente, por medios artificiales, para convertirse en símbolos. La poca altura de la estancia cincelada resultaba de lo más extraña, ya que yo no podía pasar sino de rodillas, y sin embargo el lugar era tan amplio que mi antorcha no podía revelar de una vez sino partes. Me estremecí de forma extraña ante alguna de las esquinas más alejadas, ya que ciertos altares y piedras sugerían olvidados ritos de naturaleza terrible, enervante e inexplicable, y me llevó a preguntarme sobre qué clase de hombres podían haber hecho y frecuentado tal templo. Cuando hube visto cuanto contenía el lugar, me arrastré afuera, ávido de descubrir lo que pudieran ofrecer templos restantes.

La noche estaba ahora próxima, aunque las cosas palpables que viera hacían que la curiosidad sobrepasase al miedo, por lo que no huí de las largas sombras lunares que me desalentaron la primera vez que vi la ciudad sin nombre. A la luz del crepúsculo despejé una nueva abertura y, con otra antorcha, me arrastré al interior, encontrando más piedras y símbolos imprecisos, aunque nada más definido de lo que había contenido el otro templo. La estancia era igualmente baja, pero menos amplia, finalizando en un pasadizo sumamente angosto, rematado con nichos oscuros y misteriosos. Indagaba en tales nichos cuando el ruido de viento, así como los de mi camello en el exterior, quebraron el silencio y me obligaron a retroceder para investigar qué pudiera haber asustado a la bestia.

La luna resplandecía extraordinariamente sobre las primitivas ruinas, iluminando una espesa nube de arena aparentemente alzada en alas de un viento fuerte, aunque ya en disminución, que soplaba desde algún punto del risco de delante. Yo sabía que era este viento frío y arenoso el que había asustado al camello y estaba a punto de conducirlo hasta algún lugar más abrigado cuando acerté a mirar y vi que no había viento en la parte alta del risco. Eso me produjo asombro, y me hizo sentir de nuevo el miedo, pero inmediatamente recordé los bruscos vientos localizados que viera y oyera al alba y al ocaso, y decidí que se trataba de algo normal. Supuse que procedía de alguna fisura en la roca, conducente a una cueva, y observé las alborotadas arenas para descubrir su origen; pronto comprobé que procedía de la negra abertura de un templo muy al sur de donde yo me hallaba, casi fuera de la vista. Luchando contra la asfixiante nube de arena, me encaminé laboriosamente hacia ese templo que, según me acercaba, parecía bastante mayor que el resto y mostraba una abertura menos bloqueada por la arena apelmazada. Podría haber accedido de no mediar la terrorífica fuerza del viento helado, que casi llegó a apagar mi antorcha. Surgía rabioso del oscuro portal, suspirando de forma inquietante mientras agitaba la arena, dispersándola por las extrañas ruinas. Pronto amainó y la arena fue aquietándose, hasta que al final estuvo calma; pero una presencia parecía merodear entre las espectrales piedras de la ciudad y, cuando lancé

una ojeada a la luna, ésta pareció temblar como si se reflejase en aguas inquietas. Me sentía más espantado de lo que soy capaz de explicar, pero no lo bastante como para apagar mi sed de maravillas, así que tan pronto como el viento hubo amainado lo bastante me introduje en la estancia oscurecida de la que este brotaba.

Este templo, tal como supusiera desde el exterior, resultaba mayor que cualquiera de los visitados antes, y se trataba presumiblemente de una caverna natural, ya que albergaba vientos procedentes de algún lugar situado más allá. Aquí pude mantenerme erecto hasta cierto punto, pero descubrí que las piedras y altares eran tan bajos como en los demás templos. Por primera vez, advertí en los muros sinuosos trazos de pintura que casi se habían desvanecido o descascarillado, y en dos de los altares, con creciente excitación, descubrí un laberinto de tallas curvilíneas bien realizadas. Según sostenía en alto la antorcha, me pareció que la forma del techo era demasiado regular para ser natural, y me pregunté qué prehistóricos canteros lo habrían trabajado. Su habilidad técnica debió ser notable.

Entonces, un fogonazo de la caprichosa antorcha me mostró lo que buscaba, la apertura hacia aquellos remotos abismos de donde provenía el repentino viento, y me sentí desfallecer al comprobar que se trataba de una puerta pequeña y obviamente artificial abierta en la roca viva. Adelanté mi antorcha, contemplando un túnel negro con un techo que se arqueaba sobre una tosca escalera de peldaños muy pequeños, numerosos y muy pronunciados. Siempre veré esos peldaños en mis sueños, ya que llegué a conocer lo que significaban. En ese instante apenas sabía si darles el nombre de peldaños o el de simples resaltes para los pies en un vertiginoso descenso. Mi cabeza bullía de locas ideas, y las palabras y advertencias de los profetas árabes parecían flotar cruzando el desierto desde las tierras conocidas por los hombres hasta llegar a esa ciudad sin nombre que la humanidad no se atreve a conocer. Aunque tan sólo dudé un instante antes de precipitarme a través del portal y comenzar a descender con cautela por el empinado pasaje, los pies por delante, como en una escala de mano.

Tan sólo en las terribles fantasías de las drogas o el delirio puede ningún otro hombre haber realizado un descenso similar. El angosto pasaje iba hacia abajo sin fin, como si se tratase de algún odioso pozo fantasmal, y la antorcha alzada sobre la cabeza no llegaba a iluminar las desconocidas profundidades hacia las que me deslizaba. Perdí la cuenta del tiempo y olvidé consultar el reloj, aun cuando me sentía espantado al pensar en la distancia que debía haber recorrido. Había giros en la dirección y la pendiente, y una vez alcancé un pasadizo largo, bajo, nivelado, por el que hube de arrastrarme con los pies delante a lo largo del suelo rocoso, manteniendo la antorcha todo lo apartada de la cabeza que me daban los brazos. El sitio no era lo bastante alto como para ponerse de rodillas. Tras de eso llegaron más escalones empinados y yo aún iba deslizándome sin fin cuando mi debilitada antorcha se apagó. No creo haberlo notado en el momento, ya que cuando me di cuenta aún la sujetaba en alto, como si todavía ardiera. Yo estaba bastante desequilibrado por culpa de esa ansia de lo extraño y lo desconocido que ha hecho de mí un vagabundo y un buscador de lugares lejanos, antiguos y prohibidos.

En la oscuridad relampaguearon en el interior de mi cabeza fragmentos de mi adorado compendio de saberes demoníacos; máximas de Alhazred, el árabe loco; párrafos de apócrifas pesadillas de Damascio e infames sentencias del delirante *Image du Monde* de Gauthier de Metz. Repetía extraños extractos y musitaba sobre Afrasiab y los demonios que flotan en su compañía Oxus abajo, canturreando por — último una y otra vez una frase de uno de los cuentos de lord Dunsany... «La quieta negrura del abismo». En cierto momento en que el descenso se hizo asombrosamente rápido, recité monótonamente algo de Thomas Moore hasta que tuve miedo de entonarlo más:

*«Una alberca de oscuridad, negra
Como caldero de brujas colmado
Con drogas de luna en eclipse destiladas.
Agachándome a ver si se podía pasar
Por ese abismo, vi, abajo,
Hasta donde alcanzaba la vista,
los costados del malecón tersos como el cristal
luciendo como recién untados
con esa pez oscura que el Mar de la Muerte
Arroja a sus costas fangosas».*

El tiempo casi había cesado en su curso cuando mi pie sintió de nuevo suelo nivelado, y yo me descubrí en un lugar ligeramente más alto que las estancias de los dos templos más pequeños, ahora a una distancia incalculable por encima de mi cabeza. No pude incorporarme, pero sí ponerme de rodillas, y me deslicé y me arrastré de acá para allá sin rumbo en la oscuridad. Pronto comprendí que me encontraba en un estrecho pasadizo en cuyos muros se alineaban recipientes de madera con el frente de cristal. Que en este sitio abismal y paleozoico pudiera palpar cosas tales como madera pulida y cristal me hizo estremecer por las posibles implicaciones. Las cajas estaban en apariencia ordenadas a lo largo de los lados del pasadizo, a intervalos regulares, y eran oblongas, colocadas horizontalmente, espantosamente similares por su forma y tamaño a ataúdes. Cuando traté de mover dos o tres para su posterior examen, descubrí que se hallaban firmemente aseguradas.

Descubrí que el pasadizo era de gran longitud, y me arrastré adelante con rapidez, reptando de una forma que hubiera resultado horrible para un hipotético observador situado en la negrura; ocasionalmente cruzaba de lado a lado para tantear las proximidades y cerciorarme de que los muros y las hileras de cajas aún seguían ahí. El hombre se halla tan habituado a pensar en forma visual que yo casi olvidaba la oscuridad y me representaba el interminable corredor de madera y cristal con su angosta monotonía como si pudiera verlo. Y luego, en un momento de indescriptible emoción, así fue.

No podría indicar el momento exacto en que mi fantasía dejó paso a una visión real; pero delante surgió gradualmente un resplandor, y al cabo comprendí que me hallaba ante los tenues perfiles del corredor y las cajas, revelados por alguna desconocida fosforescencia subterránea. Por un breve instante todo fue tal y como lo había imaginado, aunque el resplandor resultaba sumamente débil; pero mientras me afanaba mecánicamente en dirección a la luz, descubrí que mi fantasía había sido escasa. Esta sala no contenía toscos restos como los templos de la ciudad superior, sino un tesoro de arte mucho más magnífico y exótico. Diseños e imágenes ricas, vívidas y osadamente fantásticas formaban una especie de mural continuo cuyas líneas y colores se situaban más allá de cualquier descripción. Las cajas eran de una extraña madera dorada, con exquisitos frontales de cristal y albergando los cuerpos momificados de criaturas que sobrepasaban en extravagancia a los más caóticos sueños del hombre.

Resulta imposible hacerse una idea de tales monstruosidades. Eran reptiles, con siluetas que sugerían a veces un cocodrilo, a veces una foca, pero más a menudo nada de lo que naturalistas o paleontólogos puedan haber conocido jamás. Su tamaño equivalía aproximadamente al de un hombre pequeño, y sus miembros superiores lucían pies delicados y evidentemente flexibles, curiosamente parecidos a manos y pies humanos. Pero lo más extraño de todo eran sus cabezas, que mostraban formas que desafiaban todos los principios biológicos conocidos. No podría comparar esas cosas con nada... de pasado podría establecer relación con seres tan dispares como el gato, el bulldog, el fabuloso sátiro y el ser humano. Ni siquiera el mismo Júpiter lució frente tan colosal, aunque los cuernos, la ausencia de nariz y esas fauces de aligátor colocaba a aquellos seres al margen de cualquier categoría establecida. Dudé por un momento de la realidad de las momias, recelando a medias que se tratase de ídolos artificiales, pero pronto decidí que se trataba efectivamente de alguna especie paleógena que existía cuando la ciudad sin nombre aún estaba viva. Para culminar lo grotesco, la mayoría vestía esplendorosamente con los tejidos más costosos y se adornaba con ornamentos de oro, joyas y refulgentes metales desconocidos.

La importancia de esas criaturas reptantes debió ser inmensa, ya que ocupaban lugar preferente entre los extraordinarios dibujos en los frescos de muros y techo. Con un arte sin par habían sido representadas por el artista en su propio mundo, donde había ciudades y jardines acordes a sus dimensiones; y no pude por menos que pensar que su historia pintada era una alegoría, quizás representando el progreso de la raza que los había adorado. Tales criaturas, pensaba, eran para las gentes de la ciudad sin nombre lo que la loba fue para Roma o algunas bestias totémicas para ciertas tribus de indios.

Desde esa perspectiva, creí poder trazar a grandes rasgos la maravillosa epopeya de la ciudad sin nombre, el relato de una poderosa ciudad costera que gobernara el mundo antes de que África emergiera de las aguas, así como de sus convulsiones cuando el mar se retiró y el desierto llegó reptando hasta el fértil valle que la sustentaba. Contemplé sus guerras y sus triunfos, sus disensiones y derrotas, y

su posterior y terrible lucha contra el desierto cuando cientos de sus habitantes — aquí alegóricamente representados por los grotescos reptiles— se vieron forzados a excavar de forma maravillosa las rocas con rumbo a otro mundo anunciado por sus profetas. Todo ello resultaba tremendamente extraordinario y realista, y su relación con el espantoso descenso efectuado era innegable. Incluso reconocí los pasadizos.

Mientras me deslizaba por el corredor hacia donde la luz era más brillante, contemplé posteriores estadios de la epopeya mostrada... el último adiós de una raza que habitara la ciudad sin nombre y su valle durante diez millones de años, la raza cuyos espíritus se mostraban reacios a dejar los lugares que sus cuerpos conocieran durante tanto tiempo, donde se habían establecido como nómadas en la juventud de la tierra, esculpiendo en la roca virgen aquellos santuarios primitivos donde nunca habían dejado de celebrar sus ritos. Ahora que gozaba de mejor luz, estudié con más detenimiento las pinturas y, recordando que los extraños reptiles debían representar a los hombres desconocidos, reflexioné acerca de las costumbres de la ciudad sin nombre. Había muchas cosas peculiares e inexplicables. La civilización, que incluía un alfabeto escrito, había llegado en apariencia hasta un nivel superior al de aquellas inconmensurablemente posteriores culturas de Egipto y Caldea, aunque existían curiosas omisiones. Por ejemplo, no pude encontrar pinturas representando muertes o costumbres funerarias, excepto en lo tocante a guerras, violencias y plagas; y me interrogué sobre esa reticencia ante lo que se refería a la muerte por causas naturales. Era como si hubiera una idea de inmortalidad terrena que hubiera sido fomentada hasta convertirse en una ilusión de lo más querida.

Aún más cerca del final del pasaje habían pintado escenas de la máxima imaginación y extravagancia; impactantes imágenes de la ciudad sin nombre en su proceso de desertización y ruina progresiva, y del extraño nuevo mundo o paraíso hacia el que la raza se había abierto paso a través de la roca. En tales panorámicas, la ciudad y el valle desierto se mostraban siempre a la luz de la luna, con un halo dorado aureolando los muros abatidos e insinuando a medias la espléndida perfección de los primeros tiempos, pintado por el artista en un estilo espectral y esquivo. Las escenas periodísticas resultaban casi demasiado estafalarias para ser creíbles, retratando un mundo oculto de día eterno, colmado de gloriosas ciudades y etéreas colinas y valles. Muy al final creí distinguir signos de anticlímax artístico. Las pinturas resultaban menos habilidosas y mucho más estafalarias que incluso la extravagancia de las primeras escenas. Parecían consignar una lenta decadencia de los antiguos valores unida a una creciente hostilidad contra el mundo exterior del que fueran desalojados por el desierto. Los cuerpos de las gentes —siempre retratadas mediante los sagrados reptiles— parecían menguar gradualmente, aunque sus espíritus, tal como se mostraban flotando sobre las ruinas a la luz de la luna, ganaban en proporción. Sacerdotes demacrados, representados como reptiles de ornados ropajes, maldecían el aire superior y todo cuanto lo respira, y una terrible escena final presentaba a un hombre de primitivo aspecto, quizás un pionero de la antigua Irem, la ciudad de las columnas, despedazado por las gentes de aquella raza más antigua. Recordé cuánto temían los árabes a la ciudad sin nombre y me

congratulé de que más allá de aquel punto los muros y el techo grises estuvieran desnudos de pinturas.

Mientras observaba el despliegue de historia mural me había ido aproximando hasta muy cerca del salón de techos bajos, y reparé en un gran portal a través del que brotaba la fosforescencia que me daba luz. Arrastrándome hacia allí, prorrumpí en un gran grito de tremendo asombro ante lo que había del otro lado, ya que en la otra y más brillante estancia se encontraba un ilimitado vacío de radiación uniforme, de forma que uno creería estar contemplando desde la cumbre del Everest un mar de brumas bañadas por el sol. A mis espaldas había un pasaje tan estrecho que no podía ponerme en pie; ante mí se encontraba una inmensidad de resplandor subterráneo.

Yendo del pasadizo al abismo se hallaba el primer tramo de una empinada escalera –peldaños pequeños y numerosos, parecidos a los de los negros pasajes que había atravesado–, pero al cabo de pocos metros los vapores resplandecientes lo ocultaban todo. Recostada contra el muro izquierdo del pasadizo se encontraba una pesada puerta de bronce, increíblemente gruesa y decorada con fantásticos bajorrelieves, que, de hallarse cerrada, separaría completamente el mundo interior de luz del de las criptas y los pasadizos de piedra. Observé los peldaños, y al principio no me atreví a aventurarme en ellos. Toqué la puerta abierta de bronce, y no pude moverla. Entonces me tumbé boca abajo sobre el suelo de piedra, con la mente inflamada por prodigiosas reflexiones que ni siquiera el cansancio mortal podían apartar.

Mientras yacía con los ojos cerrados, libre para pensar, multitud de cosas que notara de pasada en los frescos volvieron a mi memoria con significados nuevos y terribles... escenas que representaban la ciudad sin nombre en su apogeo, la vegetación del valle circundándola y las distantes tierras con las que comerciaban sus mercaderes. La alegoría de las criaturas reptantes me turbó por su gran preeminencia y me asombré de que se mantuviera tan a rajatabla en una historia pictórica de importancia tal. En los frescos la ciudad sin nombre era representada de acuerdo con las proporciones de los reptiles. Me pregunté cuáles serían sus proporciones reales y cuál la magnificencia alcanzada, y reflexioné un instante acerca de algunas incongruencias advertidas entre las ruinas. Curioso, pensé en las bajas dimensiones de los templos primigenios y los corredores subterráneos, que sin duda habían sido excavados en honor de las deidades reptilianas allí adoradas, aunque tal obligaría por fuerza a reptar a los fieles. Quizás los mismos ritos habían llevado aparejado el reptar en imitación de las criaturas. Ninguna teoría religiosa, empero, podía fácilmente explicar por qué el nivel del pasadizo en ese espantoso descenso había de resultar tan bajo como el de los templos... o menor, ya que en aquél uno no podía ponerse de rodillas. Mientras pensaba en las criaturas reptantes, aquellas formas momificadas que tan cerca estaban, sentí un nuevo espasmo de temor. Las asociaciones mentales son muy curiosas, y yo me encogí ante la idea de que, a excepción del pobre hombre primitivo despedazado en la última representación, la mía era la única forma humana entre aquella multitud de restos y símbolos de vida primordial.

Pero como siempre ha sido a lo largo de mi extraña y errabunda existencia, la maravilla pronto arrojó de mí el miedo, ya que el abismo luminoso y cuanto pudiera contener representaba un desafío digno del mayor de los exploradores. No me cabía duda de que un extraordinario mundo de misterio se encontraba al final de aquel tramo de peldaños extrañamente diminutos, y sentí el ansia de encontrar allí aquellos registros humanos que el corredor decorado no me diera. Los frescos me habían mostrado ciudades increíbles, colinas y valles en este territorio inferior, y mi fantasía se solazaba en las ricas y colosales ruinas que me estaban aguardando.

Mis temores, por supuesto, giraban en torno al pasado más que al futuro. Ni siquiera el horror físico de mi situación en ese minúsculo corredor de reptiles muertos y frescos antediluvianos, a kilómetros por debajo del mundo conocido y frente a otro mundo de sobrenaturales brumas y luces, podía competir con el miedo cervical que sentía ante la abismal antigüedad de las escenas y su esencia vital. Una antigüedad tan inmensa que hacía ridícula cualquier medida parecía acecharme desde las piedras primigenias y los templos cincelados de la ciudad sin nombre, mientras los postreros y sumamente impactantes mapas de los frescos mostraban océanos y continentes olvidados por el hombre, con sólo algún contorno vagamente familiar aquí y allá. De lo que pudiera haber ocurrido en las eras geológicas transcurridas desde el cese de las pinturas hasta que la raza acuciada por la muerte sucumbiera resentida ante su decadencia, nadie sabría decirlo. Esas cavernas y los territorios luminosos de más allá habían una vez rebosado de vida, pero ahora yo estaba solo junto a restos tangibles y me estremecía al pensar en las incontables edades durante las que esos restos habían aguardado en una espera silenciosa y solitaria.

Repentinamente sufrí otro golpe de ese miedo atroz que me asaltaba intermitentemente desde que viera por primera vez el terrible valle y la ciudad sin nombre bajo la fría luna, y a pesar de mi cansancio me descubrí levantándome frenético hasta una postura sentada y mirando hacia atrás por el corredor negro, hacia los túneles que ascendían al mundo exterior. Mis sensaciones eran muy parecidas a las que me llevarán a evitar la ciudad sin nombre durante la noche, y resultaban tan inexplicables como acuciantes. En otro instante, sin embargo, sufrí una impresión aún más grande, esta vez en forma de un sonido audible... el primero en romper el silencio total de aquellas profundidades parecidas a tumbas. Se trataba de un lamento bajo y profundo, como el de un coro lejano de espíritus condenados, y procedían de la dirección hacia la que yo estaba mirando. Crecía con rapidez, hasta que pronto estuvo reverberando espantosamente a través de los pasadizos bajos, y entonces me percaté de una creciente corriente de aire frío, similar a la que corría por los túneles en la ciudad superior. El toque de ese aire pareció restaurar mi equilibrio, ya que al instante recordé las ráfagas repentinas que se alzaban en torno a la abertura del abismo al alba y al ocaso, lo que de hecho me había servido para descubrir los túneles ocultos. Lancé una ojeada al reloj y vi que el alba estaba próxima, por lo que me agarré para resistir la ventolera que soplaría de vuelta a su cueva de origen de la

misma forma que había salido al atardecer. Mi temor volvió a menguar, ya que un fenómeno natural acostumbra a disipar las cábalas sobre lo desconocido.

Más y más enloquecido se agolpaba en ese abismo del interior de la tierra aquel viento nocturno gritón y quejumbroso. Volví a tumbarme y me aferré en vano al suelo, temiendo ser arrastrado al abismo fosforescente a través de la puerta abierta. No había supuesto tal furia, y mientras me iba percatando de cierto deslizarse de mi cuerpo hacia la sima, me vi asaltado por un centenar de nuevos terrores, fruto de las aprensiones y la imaginación. La malignidad del aire despertaba increíbles fantasías; de nuevo me comparé de golpe con la otra y única imagen humana de aquel espantoso corredor, el hombre despedazado por la raza sin nombre, ya que los demoníacos zarpazos de la turbulenta corriente parecían albergar una rabia vengadora aún mayor por cuanto resultaba impotente. Creo que grité frenético cerca del final —estaba casi loco—, pero si así lo hice, mis gritos se perdieron en la infernal babel de los aulladores fantasmas del viento. Intenté arrastrarme contra el mortífero torrente invisible, pero no logré asirme a ningún lado y me vi empujado lenta e inexorablemente hacia el mundo desconocido. Finalmente debí perder por completo la razón, ya que acabé por balbucear una y otra vez el inexplicable pareado del árabe loco Alhazred, que soñó con la ciudad sin nombre:

*«Que no está muerto lo que puede yacer eternamente,
Y en los eones por venir aun la muerte puede morir».*

Sólo los sombríos y meditados dioses del desierto saben qué ocurrió en realidad... qué indescriptibles luchas y combates sostuve en la oscuridad, o si Abaddón me guió de vuelta a la vida, donde siempre habré de recordar y estremecerme, hasta que el olvido —o algo peor— me alcance, cuando sopla el viento nocturno. Aquello era monstruoso, antinatural, colosal... demasiado alejado de cualquier concepción que el hombre pueda albergar, excepto en esas condenadamente silenciosas horas de madrugada cuando uno no puede dormir.

He dicho que la furia del soplo racheado era infernal, cacodemoníaca, y que sus voces resultaban espantosas por la reprimida malignidad de desoladas eternidades. Ahora esas voces, aunque aún me resultaban caóticas, parecían, para mi trastornado cerebro, articular allí detrás; y allá abajo, en la fosa de antigüedades muertas durante innumerables eones, a leguas por debajo del mundo de los hombres, iluminado por el alba, escuché el espantoso maldecir y gruñir de demonios de extrañas lenguas. Volviéndome, vi perfilarse contra el luminoso éter del abismo lo que no podía distinguirse contra el polvo del corredor... una horda de pesadilla de veloces demonios, distorsionados por el odio, grotescamente ataviados, semitransparentes; demonios de una raza inconfundiblemente inhumana... los reptantes reptiles de la ciudad sin nombre.

Y mientras el viento aminoraba me vi sumido en las oscuridades pobladas por demonios de las entrañas de la tierra; ya que, tras la última de las criaturas, la gran puerta bronceada retumbó cerrándose con un ensordecedor estruendo de metales

cuyas reverberaciones ascendieron vibrando hasta el mundo distante para saludar al sol naciente, tal y como hace Memnón desde las riberas del Nilo.

LA BÚSQUEDA DE IRANON¹⁹

El joven iba deambulando por la granítica ciudad de Teloth, coronado con hojas de vid, el pelo amarillo rebrillando por la mirra y el atavío púrpura rasgado por las zarzas de la montaña Sidrak, que se encuentra al otro lado del puente de piedra. Los hombres de Teloth son cetrinos y austeros y habitan en casas cuadradas, y ceñudos interrogaron al forastero sobre su procedencia, así como sobre su nombre y fortuna. A lo que el joven repuso:

—Soy Iranon y procedo de Aira, una ciudad lejana que recuerdo sólo débilmente, pero que deseo volver a encontrar. Canto canciones que aprendí en esa distante ciudad, y mi ambición reside en crear belleza con las cosas que recuerdo de la infancia. Mi fortuna está en esos pequeños recuerdos y sueños, y en los anhelos que entono en jardines cuando la luna es amable y el viento de poniente conmueve los capullos de loto.

Los hombres de Teloth, escuchando tales cosas, cuchichearon entre sí, ya que aunque no hay en la granítica ciudad ni risas ni cánticos, los adustos hombres miran a veces en primavera hacia las colinas Karthianas y piensan en los laúdes de la distante Oonai, conocida mediante relatos de viajeros. Y con tal pensamiento invitaron al forastero a quedarse y cantar en la plaza que existe frente a la torre de Mlin, aunque no gustaban del color de su ropa desgarrada, ni la mirra de sus cabellos, ni su tocado de hojas de parra, ni la juventud de su voz dorada. Iranon cantó por la tarde, y mientras lo hacía un anciano comenzó a rezar y un ciego afirmó ver una aureola sobre la cabeza del cantor. Pero la mayoría de aquellos hombres de Teloth bostezaron, y algunos se rieron y otros se fueron a dormir, ya que Iranon no les contó nada útil, cantando sólo sobre sus recuerdos, sus sueños y sus anhelos.

—Recuerdo el crepúsculo, la luna y cánticos suaves, y la ventana junto a la que me acunaban para que me durmiera. Y tras la ventana estaba la calle de donde llegaban luces doradas, donde danzaban las sombras sobre casas de mármol. Recuerdo el recuadro de luz de luna en el suelo, diferente a cualquier otra luz, y las visiones que danzaban sobre ese resplandor cuando mi madre me cantaba. Y recuerdo el sol de la mañana luciendo en el verano sobre las colinas multicolores, y la dulzura de las flores en alas del viento del sur, que hacía cantar a los árboles.

»¡Oh, Aira, ciudad de mármol y berilo, cuán innumerables son tus bellezas! ¡Cuánto he amado las cálidas y fragantes arboledas al otro lado del cristalino Nithra, y las cascadas del pequeño Kra que corre por el verde valle! En aquellas frondas y en ese valle los niños se entretejían guirnaldas, y al anochecer yo soñaba sueños

¹⁹ *The Quest of Iranon* (28 de febrero/23 de abril de 1921). Primera publicación: *The Galleon*, julio-agosto de 1935. Publicado en *Weird Tales*, marzo de 1939. Se conserva un manuscrito revisado por Donald Wandrei.

extraños bajo los árboles de montaña mientras contemplaba las luces de la ciudad abajo, y el serpenteante Nithra reflejando una cinta de estrellas.

»Y en la ciudad había palacios de mármol colorido y vetado, con cúpulas doradas y muros pintados, y jardines verdes con pálidos estanques y fuentes cristalinas. Con frecuencia jugaba en esos jardines, chapoteando en los estanques, y yací y soñé entre las pálidas flores bajo los árboles. Y a veces, al ponerse el sol, subía por la larga calle empinada hacia la ciudadela y la explanada, y oteaba sobre Aira, la mágica ciudad de mármol y berilo, espléndida en su atuendo de luces doradas.

»Mucho hace que me faltas, Aira, pues yo era demasiado joven al partir hacia el exilio, pero mi padre era tu rey y yo volveré a ti, ya que así lo ha decretado el sino. Por los siete reinos te he buscado y algún día gobernaré sobre tus arboledas y jardines, tus calles y palacios, y cantaré ante hombres capaces de apreciar mi canto, que no se mofen ni me den la espalda. Porque soy Iranon, el que fuera príncipe de Aira.»

Esa noche los hombres de Teloth alojaron al forastero en un establo y a la mañana siguiente un arconte fue a él y le instó a acudir a la tienda de Athok, el zapatero remendón, y hacerse aprendiz suyo.

—Pero yo soy Iranon, cantor de canciones —dijo—. No estoy hecho para el oficio de remendón.

—En Teloth todos han de trabajar duro —replicó el arconte—, tal es la ley.

Entonces Iranon repuso:

—¿Por qué habéis de afanaros? ¿Acaso no podéis vivir y ser felices? ¿Si trabajáis tan sólo para trabajar aún más, cuándo hallaréis la felicidad? ¿Trabajáis para vivir, estando hecha la vida de belleza y cánticos? Si no aceptáis cantores entre vosotros, ¿cuáles son los frutos de vuestro esfuerzo? Afanarse sin canciones es como un fatigoso viaje sin fin. ¿No es mejor la muerte?

Pero el arconte era hombre sombrío y no le entendió, así que recriminó al extranjero.

—Eres un joven extravagante y me disgustan tanto tu rostro como tu voz. Tus palabras resultan blasfemas, ya que los dioses de Teloth afirman que el trabajo arduo es bueno. Nuestros dioses nos han prometido un paraíso de luz tras la muerte, en el que descansaremos por toda la eternidad, y una frialdad cristalina en la que nadie turbará su mente con pensamientos o sus ojos con belleza. Ve a Athok el zapatero o márchate de la ciudad al ocaso. Aquí hay que esforzarse, y el cantar resulta una tontería.

Así que Iranon abandonó el establo y fue por las estrechas calles de piedra, entre lóbregas casas cuadradas de granito, buscando algo verde en el aire de la primavera. Pero en Teloth no había nada verde, ya que todo era de piedra. Los semblantes de los hombres eran ceñudos, pero junto a un dique de piedra, junto al perezoso río Zuro, se sentaba un mozo de ojos tristes, contemplando las aguas en busca de las verdes ramas en flor arrastradas desde las colinas por los torrentes. Y el muchacho le dijo:

—¿No eres, de hecho, aquel del que hablan los arcontes, el que busca una lejana ciudad en una tierra hermosa? Yo soy Romnod, nacido de la estirpe de Teloth, pero no soy tan viejo como esta ciudad de granito y anhele a diario las cálidas arboledas y las distantes tierras de belleza y canciones. Más allá de las colinas Karthianas está Oonai, la ciudad de laúdes y bailes, de la que los hombres cuentan que es a un tiempo adorable y terrible. Quisiera ir allí apenas sea lo bastante mayor como para encontrar el camino, y allí debieras acudir tú, ya que podrías cantar y encontrar auditorio. Dejemos esta ciudad de Teloth y viajemos juntos a través de las colinas primaverales. Tú me enseñarás los caminos y yo escucharé tus cantos al atardecer, cuando las estrellas, una tras otra, enciendan sueños en la imaginación de los soñadores. Y tal vez esa Oonai, la ciudad de laúdes y bailes, sea la añorada Aira que buscas, ya que dices que no has visto Aira desde la infancia, y los nombres suelen cambiar. Vamos a Oonai, ¡Oh Iranon de los dorados cabellos!, donde los hombres sabrán de nuestro anhelo y nos recibirán como hermanos, sin reírse ni fruncir el ceño ante nuestras palabras.

E Iranon repuso:

—Sea, pequeño; y quienquiera que en esta ciudad de piedra ansíe la belleza, debe buscarla en las montañas y aún más allá, y yo no te dejaré aquí, suspirando junto al perezoso Zuro. Pero no creas que el placer y el contento existen al pasar las colinas Karthianas, ni en cualquier sitio que puedas encontrar en un día, un año o aun en un lustro de viaje. Mira, cuando yo era tan pequeño como tú vivía en el valle de Narthos, junto al gélido Xari, donde nadie prestaba atención a mis sueños, y me decía a mí mismo que al ser mayor me iría a Sinara, en la ladera sur, y cantaría para los sonrientes camelleros en la plaza del mercado. Pero cuando fui a Sinara encontré a los camelleros completamente ebrios y alborotados, y vi que sus cantos no eran como los míos; así que bajé en barcaza el Xari hasta Jaren, la de las murallas de ónice. Y los soldados de Jaren se rieron de mí y me expulsaron, así que hube de viajar por muchas otras ciudades. He visto Stethelos, que está bajo una gran catarata, y el marjal donde una vez se alzara Sarnath. Estuve en Thraa, Ilarne y Kadatheron, junto al tortuoso río Ai, y he vivido mucho tiempo en Olatoë, en el país de Lomar. Pero aunque a veces he tenido auditorio, siempre ha sido escaso, y sé que sólo seré bienvenido en Aira, la ciudad de mármol y berilo donde mi padre fuera otrora rey. Así que buscaremos Aira, aunque haremos bien en visitar la lejana y bendecida por los laúdes Oonai, cruzando las colinas Karthianas, que pudiera ser en efecto Aira, aunque lo dudo. La belleza de Aira es inimaginable, y nadie puede hablar de ella sin extasiarse, mientras que los camelleros susurran lascivamente acerca de Oonai.

Al caer el sol, Iranon y el pequeño Romnod abandonaron Teloth y vagabundearon largo tiempo por las verdes colinas y las frescas frondas. El camino resultaba arduo y oscuro, y no parecían encontrarse nunca cerca de Oonai, la ciudad de laúdes y bailes; pero en el crepúsculo, mientras salían las estrellas, Iranon pudo cantar sobre Aira y sus bellezas, y Romnod escucharlo, por lo que, en cierta forma, ambos fueron felices. Comieron frutas y bayas rojas en abundancia, y no se percataron del transcurso del tiempo, aunque debieron pasar muchos años. El

pequeño Romnod no era ya tan chico y era de hablar profundo antes que estridente; pero Iranon parecía siempre el mismo y engalanaba su cabello dorado con hojas de vid y fragantes resinas halladas en los bosques. Así hubo de llegar el día en que Romnod pareció más viejo que Iranon, aunque era sumamente pequeño cuando éste lo descubrió mirando las verdes ramas en flor en Teloth junto al perezoso Zuro orillado de piedra.

Entonces, una noche, cuando la luna se encontraba llena, los viajeros llegaron a la cima de un monte y pudieron contemplar a sus pies las miríadas de luces de Oonai. Los campesinos les habían dicho que estaban cerca, e Iranon supo que ésa no era su ciudad natal de Aira. Las luces de Oonai no eran como aquellas de Aira, ya que resultaban duras y cegadoras, mientras que las luces de Aira resplandecían tan gentil y mágicamente como relucía el claro de luna sobre el suelo, a través de la ventana, cuando la madre de Iranon lo acunaba antaño entre canciones. Pero Oonai era ciudad de laúdes y bailes, por lo que Iranon y Romnod bajaron la empinada cuesta, pensando encontrar hombres a quienes deleitar con sus cantos y ensueños. Y al entrar en la ciudad hallaron celebrantes tocados de rosas, yendo de casa en casa y asomados a ventanas y balcones, que escuchaban las canciones de Iranon y le arrojaban flores, aplaudiendo acto seguido. Entonces, por un instante, Iranon creyó haber encontrado a quienes pensaban y sentían como él, aunque la ciudad no resultaba ni la centésima parte de hermosa de lo que fuera Aira.

Al alba Iranon miró alrededor desalentado, ya que las cúpulas de Oonai no eran doradas a la luz del sol, sino grises y tristes. Y los hombres de Oonai estaban empalidecidos por la juerga y aturridos por el vino, totalmente distintos de los radiantes hombres de Aira. Pero ya que la gente le había arrojado flores y había aclamado sus cantos, Iranon se quedó, y con él Romnod, que gustaba de la juerga ciudadana y lucía en sus oscuros cabellos rosas y mirto. Iranon cantaba a menudo durante las noches para los juerguistas, pero seguía siendo el de siempre, coronado tan sólo con parra de las montañas y añorando las marmóreas calles de Aira y el cristalino Nithra. Cantó en los salones cubiertos de fresco del monarca, sobre un estrado de cristal que se alzaba sobre un suelo de espejo, y al cantar pintaba escenas para su auditorio, hasta que al fin el suelo pareció reflejar sucesos antiguos, hermosos y medio recordados, y no los concelebrantes rubicundos por el vino que le lanzaban rosas. Y el rey le hizo desechar su harapienta púrpura para vestir satén y brocados de oro, con anillos de jade verde y brazaletes de marfil teñido, y lo alojó en una sala dorada repleta de tapices, sobre una cama de dulce madera tallada, cubierta de doseles y colchas de seda con flores bordadas. Así residió Iranon en Oonai, la ciudad de laúdes y bailes.

No se sabe cuánto se demoró Iranon en Oonai, pero un día el rey llevó a su palacio un puñado de salvajes bailarinas del vientre del desierto liranio y cetrinos flautistas de Drinen en el este, y tras de eso los juerguistas no lanzaron sus rosas sobre Iranon con la misma generosidad que sobre las bailarinas y los flautistas. Y día tras día aquel Romnod que fuera niño en la granítica Teloth se volvía más rudo y colorado por el vino, al tiempo que menos y menos soñador, y escuchaba con

menguante deleite las canciones de Iranon. Pero aunque Iranon se sentía triste no cesaba de cantar, y cada noche repetía sus sueños sobre Aira, la ciudad de mármol y berilo. Luego, una noche, el rubicundo e hinchado Romnod resolló pesadamente entre las arrulladoras sedas de su diván y murió debatiéndose, mientras Iranon, pálido y delgado, cantaba para sí mismo en una apartada esquina. Y cuando Iranon hubo llorado sobre la tumba de Romnod, y la hubo cubierto de verdes ramas en flor, tal como a

Romnod solía gustarle, apartó sus sedas y ornatos y se marchó inadvertido de Oonai, la ciudad de laúdes y bailes, vestido tan sólo con la desgarrada púrpura con la que llegara, engalanado con nuevas hojas de parra de las montañas.

Iranon vagabundeó hacia poniente, buscando aún su tierra natal y los hombres que podían entender y amar sus cantos y sueños. En todas las ciudades de Cydathria y en las tierras del otro lado del desierto Bnazico, muchachos de rostro alegre se reían de sus viejas canciones y sus rasgadas ropas púrpuras, pero Iranon se mantenía siempre joven, portando una corona sobre su dorada cabeza al cantar a Aira, delicia del pasado y esperanza del futuro.

Entonces llegó una noche a la mísera choza de un viejo pastor, sucio y cargado de hombros, que guardaba su pequeño rebaño en una pedregosa ladera, sobre un pantano de arenas movedizas. Iranon se dirigió a este hombre, como a otros tantos:

—¿Sabrías decirme dónde hallar Aira, la ciudad de mármol y berilo, por donde fluye el cristalino Nythra y donde las cascadas del pequeño Kra cantan entre valles verdes y colinas arboladas?

Y el pastor, al oírlo, contempló larga y extrañadamente a Iranon, como recordando algo muy pretérito, y se fijó en cada rasgo del semblante del forastero, y en su dorado cabello, y en sus hojas de parra. Pero era muy viejo y meneó la cabeza al replicar:

—Oh forastero, es cierto que he oído el nombre de Aira y cuantos otros has pronunciado, pero proceden de lo más profundo de los años. Los escuché en la juventud de labios de un compañero de juegos, un pequeño mendigo trastornado por extraños sueños que era capaz de urdir interminables cuentos sobre la luna y las flores y el viento de poniente. Solíamos burlarnos de él a causa de su nacimiento, aunque él creyese ser hijo de rey. Era gallardo, como tú, pero lleno de locura e ideas extrañas; se marchó siendo pequeño para encontrar a quienes pudieran escuchar con agrado sus cantos y sueños. ¡Cuán a menudo me cantó sobre tierras que nunca existieron y cosas que jamás serán! Hablaba sin parar de Aira; de Aira y del río Nithra y las cascadas del pequeño Kra. Decía siempre que había vivido una vez allí como príncipe, aunque todos conocíamos su cuna. Nunca existió la marmórea ciudad de Aira ni quienes pudieran gustar de extraños cantos, excepto en los sueños de mi antiguo compañero de juegos Iranon, que ya no está con nosotros.

Y con el crepúsculo, mientras las estrellas iban encendiéndose una tras otra y la luna derramaba sobre el pantano una claridad semejante a la que un niño ve temblar sobre el suelo mientras le mecén para dormirlo, un hombre muy anciano, envuelto en desgarrada púrpura y tocado con marchitas hojas de parra, se internó en las letales

arenas movedizas mirando adelante como si contemplara las doradas cúpulas de una hermosa ciudad donde los sueños encuentran comprensión. Y esa noche murieron en el antiguo mundo un poco de la juventud y la belleza.

EL PANTANO DE LA LUNA²⁰

Denys Barry se ha esfumado en alguna parte, en alguna región espantosa y remota de la que nada sé. Estaba con él la última noche que pasó entre los hombres, y escuché sus gritos cuando el ser le atacó; pero ni todos los campesinos y policías del condado de Meath pudieron encontrarlo, ni a él ni a los otros, aunque los buscaron por todas partes. Y ahora me estremezco cuando oigo croar a las ranas en los pantanos o veo la luna en lugares solitarios.

Había intimado con Denys Barry en América, donde éste se había hecho rico, y le felicité cuando recompró el viejo castillo junto al pantano, en el somnoliento Kilderry. De Kilderry procedía su padre, y allí era donde quería disfrutar de su riqueza, entre parajes ancestrales. Los de su estirpe antaño se enseñoreaban sobre Kilderry, y habían construido y habitado el castillo; pero aquellos días ya resultaban remotos, así que durante generaciones el castillo había permanecido vacío y arruinado. Tras volver a Irlanda, Barry me escribía a menudo contándome cómo, mediante sus cuidados, el castillo gris veía alzarse una torre tras otra sobre sus restaurados muros, tal como se alzarán ya tantos siglos antes, y cómo los campesinos lo bendecían por devolver los antiguos días con su oro de ultramar. Pero después surgieron problemas y los campesinos dejaron de bendecirlo y lo rehuyeron como a una maldición. Y entonces me envió una carta pidiéndome que le visitase, ya que se había quedado solo en el castillo, sin nadie con quien hablar fuera de los nuevos criados y peones contratados en el norte.

La fuente de todos los problemas era la ciénaga, según me contó Barry la noche de mi llegada al castillo. Alcancé Kilderry en el ocaso veraniego, mientras el oro de los cielos iluminaba el verde de las colinas y arboledas y el azul de la ciénaga, donde, sobre un lejano islote, unas extrañas ruinas antiguas resplandecían de forma espectral. El crepúsculo resultaba verdaderamente grato, pero los campesinos de Ballylough me habían puesto en guardia y decía que Kilderry estaba maldita, por lo que casi me estremecí al ver los altos torreones dorados por el resplandor. El coche de Barry me había recogido en la estación de Ballylough, ya que el tren no pasa por Kilderry. Los aldeanos habían esquivado al coche y su conductor, que procedía del norte, pero a mí me habían susurrado cosas, empalideciendo al saber que iba a Kilderry. Y esa noche, tras nuestro encuentro, Barry me contó por qué.

Los campesinos habían abandonado Kilderry porque Denys Barry iba a desecar la gran ciénaga. A pesar de su gran amor por Irlanda, América no lo había dejado intacto y odiaba ver abandonada la amplia y hermosa extensión de la que podía extraer turba y desecar las tierras. Las leyendas y supersticiones de Kilderry no

²⁰ *The Moon-Bog* (marzo de 1921). Primera publicación: *Weird Tales*, junio de 1926. Se conserva únicamente la copia impresa.

lograron conmovirlo y se burló cuando los aldeanos primero rehusaron ayudarle y más tarde, viéndolo decidido, lo maldijeron marchándose a Ballylough con sus escasas pertenencias. En su lugar contrató trabajadores del norte y cuando los criados le abandonaron también los reemplazó. Pero Barry se encontraba solo entre forasteros, así que me pidió que lo visitara.

Cuando supe qué temores habían expulsado a la gente de Kilderry, me reí tanto como mi amigo, ya que tales miedos eran de la clase más indeterminada, estrafalaria y absurda. Tenían que ver con alguna absurda leyenda tocante a la ciénaga, y con un espantoso espíritu guardián que habitaba las extrañas ruinas antiguas del lejano islote que divisara al ocaso. Cuentos de luces danzantes en la penumbra lunar y vientos helados que soplaban cuando la noche era cálida; de fantasmas blancos merodeando sobre las aguas y de una supuesta ciudad de piedra sumergida bajo la superficie pantanosa. Pero descollando sobre todas esas locas fantasías, única en ser unánimemente repetida, estaba el que la maldición caería sobre quien osase tocar o drenar el inmenso pantano rojizo. Había secretos, decían los campesinos, que no debían desvelarse; secretos que permanecían ocultos desde que la plaga exterminase a los hijos de Partholan, en los fabulosos años previos a la historia. En el *Libro de los invasores* se cuenta que esos retoños de los griegos fueron todos enterrados en Tallaght, pero los viejos de Kilderry hablan de una ciudad protegida por su diosa de la luna tutelar, así como de los montes boscosos que la ampararon cuando los hombres de Nemed llegaron de Escitia con sus treinta barcos.

Tales eran los absurdos cuentos que habían conducido a los aldeanos al abandono de Kilderry, y al oírlos no me resultó extraño que Denys Barry no hubiera querido prestarles atención. Sentía, no obstante, gran interés por las antigüedades, y estaba dispuesto a explorar a fondo el pantano en cuanto lo desecasen. Había ido con frecuencia a las ruinas blancas del islote pero, aunque evidentemente muy antiguas y su estilo guardaba muy poca relación con la mayoría de las ruinas irlandesas, se encontraba demasiado deteriorado para ofrecer una idea de su época de gloria. Ahora se estaba a punto de comenzar los trabajos de drenaje, y los trabajadores del norte pronto despojarían a la ciénaga prohibida del musgo verde y del brezo rojo, y aniquilarían los pequeños regatos sembrados de conchas y los tranquilos estanques azules bordeados de juncos.

Me sentí muy somnoliento cuando Barry me hubo contado todo aquello, ya que el viaje durante el día había resultado fatigoso y mi anfitrión había estado hablando hasta bien entrada la noche. Un criado me condujo a mi alcoba, que se hallaba en una torre lejana, dominando la aldea y la llanura que había al pie del pantano, así como la propia ciénaga, por lo que, a la luz lunar, pude ver desde la ventana las silenciosas moradas abandonadas por los campesinos, y que ahora alojaban a los trabajadores del norte, y también columbré la iglesia parroquial con su antiguo chapitel, y a lo lejos, en la ciénaga que parecía al acecho, las remotas ruinas antiguas, resplandeciendo de forma blanca y espectral sobre el islote. Al tumbarme, creí escuchar débiles sonidos en la distancia, sones extraños y medio musicales que me provocaron una rara excitación que tiñeron mis sueños. Pero la mañana siguiente, al

despertar, sentí que todo había sido un sueño, ya que las visiones que tuve resultaban mas maravillosas que cualquier sonido de flautas salvajes en la noche. Influida por la leyenda que me había contado Barry, mi mente había merodeado en sueños en torno a una imponente ciudad, ubicada en un valle verde, cuyas calles y estatuas de mármol, villas y templos, frisos e inscripciones evocaban de diversas maneras la gloria de Grecia. Cuando compartí ese sueño con Barry, nos echamos a reír juntos; pero yo me reía más, porque él se sentía perplejo ante la actitud de sus trabajadores nortños. Por sexta vez se habían quedado dormidos, despertando de una forma muy lenta y aturridos, actuando como si no hubieran descansado, aun cuando se habían acostado temprano la noche antes.

Esa mañana y tarde deambulé a solas por la aldea bañada por el sol, hablando aquí y allá con los fatigados trabajadores, ya que Barry estaba ocupado con los planes finales para comenzar su trabajo de desecación. Los peones no estaban tan contentos como debieran, ya que la mayoría parecía desasosegada por culpa de algún sueño, aunque intentaban en vano recordarlo. Les conté el mío, pero no se interesaron por él hasta que no mencioné los extraños sonidos que creí oír. Entonces me miraron de forma rara y dijeron que ellos también creían recordar sonidos extraños.

Al anochecer, Barry cenó conmigo y me comunicó que comenzaría el drenaje en dos días. Me alegré, ya que aunque me disgustaba ver el musgo y el brezo y los pequeños regatos y lagos desaparecer, sentía un creciente deseo de posar los ojos sobre los arcaicos secretos que la prieta turba pudiera ocultar. Y esa noche el sonido de resonantes flautas y peristilos de mármol tuvo un final brusco e inquietante, ya que vi caer sobre la ciudad del valle una pestilencia, y luego la espantosa avalancha de las laderas boscosas que cubrieron los cuerpos muertos en las calles y dejaron expuesto tan sólo el templo de Artemisa en lo alto, donde Cleis, la anciana sacerdotisa de la luna, yacía fría y silenciosa con una corona de marfil sobre sus sienes de plata.

He dicho que desperté de repente y alarmado. Por un instante no fui capaz de determinar si me encontraba despierto o dormido; pero cuando vi sobre el suelo el helado resplandor lunar y los perfiles de una ventana gótica enrejada, decidí que debía estar despierto y en el castillo de Kilderry. Entonces escuché un reloj en algún lejano descansillo de abajo tocando las dos y supe que estaba despierto. Pero aún me llegaba el monótono toque de flauta a lo lejos; aires extraños, salvajes, que me hacían pensar en alguna danza de faunos en el remoto Menalo. No me dejaba dormir y me levanté impaciente, recorriendo la estancia. Sólo por casualidad llegué a la ventana norte y oteé la silenciosa aldea, así como la llanura al pie de la ciénaga. No quería mirar, ya que lo que deseaba era dormir; pero las flautas me atormentaban y tenía que hacer o mirar algo. ¿Cómo sospechar lo que estaba a punto de contemplar?

Allí, a la luz de la luna que fluía sobre el espacioso llano, se desarrollaba un espectáculo que ningún mortal, habiéndolo presenciado, podría nunca olvidar. Al son de flautas de caña que despertaban ecos sobre la ciénaga se deslizaba silenciosa y espeluznantemente una multitud entremezclada de oscilantes figuras, acometiendo una danza circular como las que los sicilianos debían ejecutar en honor a Deméter en

los viejos días, bajo la luna de cosecha, junto a Ciane. La amplia llanura, la dorada luz lunar, las siluetas bailando entre las sombras y, ante todo, el estridente y monótono son de flautas producían un efecto que casi me paralizó, aunque a pesar de mi miedo noté que la mitad de aquellos danzarines incansables y maquinales eran los peones que yo había creído dormidos, mientras que la otra mitad eran extraños seres blancos y aéreos, de naturaleza medio indeterminada, que sin embargo sugerían mediatundas y pálidas náyades de las amenazadas fuentes de la ciénaga. No sé cuánto estuve contemplando esa visión desde la ventana del solitario torreón antes de derrumbarme bruscamente en un desmayo sin sueños del que me sacó el sol de la mañana, ya alto.

Mi primera intención al despertar fue comunicar a Denys Barry todos mis temores y observaciones, pero en cuanto vi el resplandor del sol a través de la enrejada ventana oriental me convencí de que lo que creía haber visto no era algo real. Soy propenso a extrañas fantasías, aunque no lo bastante débil como para creérmelas, por lo que en esta ocasión me limité a preguntar a los peones, que habían dormido hasta muy tarde y no recordaban nada de la noche anterior salvo brumosos sueños de sonos estridentes. Este asunto del espectral toque de flauta me atormentaba de veras y me pregunté si los grillos de otoño habrían llegado antes de tiempo para fastidiar las noches y acosar las visiones de los hombres. Más tarde encontré a Barry en la librería, absorto en los planos para la gran faena que iba a acometer al día siguiente, y por primera vez sentí el roce del mismo miedo que había ahuyentado a los campesinos. Por alguna desconocida razón sentía miedo ante la idea de turbar la antigua ciénaga y sus tenebrosos secretos, e imaginé terribles visiones yaciendo en la negrura bajo las insondables profundidades de la vieja turba. Me parecía locura que se sacase tales secretos a la luz y comencé a desear tener una excusa para abandonar el castillo y la aldea. Fui tan lejos como para mencionar de pasada el tema a Barry, pero no me atreví a proseguir cuando soltó una de sus resonantes risotadas. Así que guardé silencio cuando el sol se hundió llameante sobre las lejanas colinas y Kilderry se cubrió de rojo y oro en medio de un resplandor semejante a un prodigio.

Nunca sabré a ciencia cierta si los sucesos de esa noche fueron realidad o ilusión. En verdad trascienden a cualquier cosa que podamos suponer obra de la naturaleza o el universo, aun que no es posible dar una explicación natural a esas desapariciones que fueron conocidas tras su consumación. Me retiré temprano y lleno de temores, y durante largo tiempo me fue imposible conciliar el sueño en el extraordinario silencio de la noche. Estaba verdaderamente oscuro, ya que a pesar de que el cielo estaba despejado, la luna estaba casi en fase de nueva y no saldría hasta la madrugada. Mientras estaba tumbado pensé en Denys Barry, y en lo que podía ocurrir en esa ciénaga al llegar el alba, y me descubrí casi frenético por el impulso de correr en la oscuridad, coger el coche de Barry y conducir enloquecido hacia Ballylough, fuera de las tierras amenazadas. Pero antes de que mis temores pudieran concretarse en acciones, me había dormido y atisbaba sueños sobre la ciudad del valle, fría y muerta bajo un sudario de sombras espantosas.

Probablemente fue el agudo son de flautas el que me despertó, aunque no fue eso lo primero que noté al abrir los ojos. Me encontraba tumbado de espaldas a la ventana este, desde la que se divisaba la ciénaga y por donde la luna menguante se alzaría, y por tanto yo esperaba ver incidir la luz sobre el muro opuesto, frente a mí; pero no había esperado ver lo que apareció. La luz, efectivamente, iluminaba los cristales del frente, pero no se trataba del resplandor que da la luna. Terrible y penetrante resultaba el raudal de roja refulgencia que fluía a través de la ventana gótica, y la estancia entera brillaba envuelta en un fulgor intenso y ultraterreno. Mis acciones inmediatas resultan peculiares para tal situación, pero tan sólo en las fábulas los hombres hacen las cosas de forma dramática y previsible. En vez de mirar hacia la ciénaga, en busca de la fuente de esa nueva luz, aparté los ojos de la ventana, lleno de terror, y me vestí desmañadamente con la aturdida idea de huir. Me recuerdo tomando sombrero y revólver, pero antes de acabar había perdido ambos sin disparar el uno ni calarme el otro. Pasado un tiempo, la fascinación de la roja radiación venció en mí el miedo y me arrastré hasta la ventana oeste, mirando mientras el incesante y enloquecedor toque de flauta gemía y reverberaba a través del castillo y sobre la aldea.

Sobre la ciénaga caía un diluvio de luz ardiente, escarlata y siniestra, que surgía de la extraña y arcaica ruina del lejano islote. No puedo describir el aspecto de esas ruinas... debí estar loco, ya que parecía alzarse majestuosa y pletórica, espléndida y circundada de columnas, y el reflejo de llamas sobre el mármol de la construcción hendía el cielo como la cúspide de un templo en la cima de una montaña. Las flautas chirriaban y los tambores comenzaron a doblar, y mientras yo observaba lleno de espanto y terror creí ver oscuras formas saltarinas que se silueteaban grotescamente contra esa visión de mármol y resplandores. El efecto resultaba titánico – completamente inimaginable– y podría haber estado mirando eternamente de no ser que el sonido de flautas parecía crecer hacia la izquierda. Trémulo por un terror que se entremezclaba de forma extraña con el éxtasis, crucé la sala circular hacia la ventana norte, desde la que podía verse la aldea y el llano que se abría al pie de la ciénaga. Entonces mis ojos se desorbitaron ante un extraordinario prodigio aún más grande, como si no acabase de dar la espalda a una escena que desbordaba la naturaleza, ya que por la llanura espectralmente iluminada de rojo se desplazaba una procesión de seres con formas tales que no podían proceder sino de pesadillas.

Medio deslizándose, medio flotando por los aires, los fantasmas de la ciénaga, ataviados de blanco, iban retirándose lentamente hacia las aguas tranquilas y las ruinas de la isla en fantásticas formaciones que sugerían alguna danza ceremonial y antigua. Sus brazos ondeantes y traslúcidos, al son de los detestables toques de aquellas flautas invisibles, reclamaban con extraordinario ritmo a una multitud de tambaleantes trabajadores que les seguían perrunamente con pasos ciegos e involuntarios, trastabillando como arrastrados por una voluntad demoníaca, torpe pero irresistible. Cuando las náyades llegaban a la ciénaga sin desviarse, una nueva fila de rezagados zigzagueaba tropezando como borrachos, abandonando el castillo por alguna puerta apartada de mi ventana; fueron dando tumbos de ciego por el

patio y a través de la parte interpuesta de aldea, y se unieron a la titubeante columna de peones en la llanura. A pesar de la altura, pude reconocerlos como los criados traídos del norte, ya que reconocí la silueta fea y gruesa del cocinero, cuyo absurdo aspecto ahora resultaba sumamente trágico. Las flautas sonaban de forma horrible y volví a escuchar el batir de tambores procedente de las ruinas de la isla. Entonces, silenciosa y graciosamente, las náyades llegaron al agua y se fundieron una tras otra con la antigua ciénaga, mientras la línea de seguidores, sin medir sus pasos, chapoteaba desmañadamente tras ellas para acabar desapareciendo en un leve remolino de insalubres burbujas que apenas pude distinguir en la luz escarlata. Y mientras el último y patético rezagado, el obeso cocinero, desaparecía pesadamente de la vista en el sombrío estanque, las flautas y tambores enmudecieron, y los cegadores rayos de las ruinas se esfumaron al instante, dejando la aldea de la maldición desolada y solitaria bajo los tenues rayos de una luna recién acabada de salir.

Mi estado era ahora el de un indescriptible caos. No sabiendo si estaba loco o cuerdo, dormido o despierto, me salvé sólo merced a un piadoso embotamiento. Creo haber hecho cosas tan ridículas como rezar a Artemisa, Latona, Deméter, Perséfone y Plutón. Todo cuando podía recordar de mis días de estudios clásicos de juventud me acudió a los labios mientras los horrores de la situación despertaban mis supersticiones más arraigadas. Sentía que había presenciado la muerte de toda una aldea y sabía que estaba a solas en el castillo con Denys Barry, cuya audacia había desatado la maldición. Al pensar en él me acometieron nuevos terrores y me desplomé en el suelo, no inconsciente, pero sí físicamente incapacitado. Entonces sentí el helado soplo desde la ventana este, por donde se había alzado la luna, y comencé a escuchar los gritos en el castillo, abajo. Pronto tales gritos habían alcanzado una magnitud y cualidad que no quiero transcribir, y que me hacen enfermar al recordarlos. Todo cuanto puedo decir es que provenían de algo que yo conocí como amigo mío.

En cierto instante, durante ese periodo estremecedor, el viento frío y los gritos debieron hacerme levantar, ya que mi siguiente impresión es la de una enloquecida carrera por la estancia y a través de corredores negros como la tinta y, fuera, cruzando el patio para sumergirme en la espantosa noche. Al alba me descubrieron errando trastornado cerca de Ballylough, pero lo que me enloqueció por completo no fue ninguno de los terrores vistos u oídos antes. Lo que yo musitaba cuando volví lentamente de las sombras eran un par de incidentes acaecidos durante mi huida, incidente de poca monta, pero que me recomen sin cesar cuando estoy solo en ciertos lugares pantanosos o a la luz de la luna.

Mientras huía de ese castillo maldito por el borde de la ciénaga, escuché un nuevo sonido; algo común, aunque no lo había oído antes en Kilderry. Las aguas estancadas, últimamente bastante despobladas de vida animal, ahora hervían de enormes ranas viscosas que croaban aguda e incesantemente en tonos que desentonaban de forma extraña con su tamaño. Relucían verdes e hinchadas bajo los

rayos de luna, y parecían contemplar fijamente la fuente de luz. Yo seguí la mirada de una rana muy gorda y fea, y vi la segunda de las cosas que me hizo perder el tino.

Tendido entre las extrañas ruinas antiguas y la luna menguante, mis ojos creyeron descubrir un rayo de débil y trémulo resplandor que no se reflejaba en las aguas de la ciénaga. Y ascendiendo por ese pálido camino mi mente febril imaginó una sombra leve que se debatía lentamente; una sombra vagamente perfilada que se retorció como arrastrada por monstruos invisibles. Enloquecido como estaba, encontré en esa espantosa sombra un monstruoso parecido, una caricatura nauseabunda e increíble, una imagen blasfema del que fuera Denys Barry.

EL INTRUSO²¹

*Esa noche el barón soñó multitud de desdichas,
Y todos sus guerreros invitados, por sombras y formas,
Por brujas y demonios y grandes gusanos de sepultura,
Se vieron en pesadillas atormentados.*
KEATS

Desdichado aquel a quien los recuerdos de infancia no traen sino miedo y tristeza. Mísero del que vuelve la vista para reencontrar horas solitarias en grandes y tétricas estancias de parduscas colgaduras y enloquecedoras hileras de viejos libros, o rememorar espantadas esperas en umbrías alamedas de árboles grotescos, gigantescos, cubiertos de plantas trepadoras, agitando en silencio sus ramas hacia lo alto. Tal es lo que los dioses me otorgaron... a mí, el turbado, el decepcionado, el yermo, el quebrantado. Y no obstante me siento extrañamente contento y me aferro con desesperación a esos marchitos recuerdos cuando mi mente amenaza por momentos con llegar más allá, *al otro*.

Nada sé de mi nacimiento, excepto que el castillo era infinitamente viejo e infinitamente horrible, lleno de pasadizos oscuros, con elevados cielos rasos donde el ojo no encontraba sino telarañas y sombras. Las piedras de los ruinosos corredores parecían siempre espantosamente húmedas y por doquier flotaba un condenado hedor, como el de cadáveres apilados durante muertas generaciones. Nunca había luz, por lo que empleaba velas para alumbrarme y me demoraba mirándolas atentamente en busca de algún consuelo; no había sol fuera, ya que aquellos terribles árboles crecían más alto que la parte superior de la torre accesible. Había una torre negra que descollaba sobre los árboles hasta el desconocido cielo exterior, pero se hallaba parcialmente en ruinas y no podía llegarse a ella sino a través de un casi imposible ascenso por la pared vertical, piedra a piedra.

Debo haber vivido años en ese lugar, pero no soy capaz de precisar cuánto. Alguien debió atender mis necesidades, aunque no puedo recordar a nadie que no sea yo mismo, ni nada vivo aparte de las sigilosas ratas y los murciélagos y las arañas. Creo que, quien fuera el que me cuidó, se trataba de alguien terriblemente anciano, pues la primera imagen que tengo de una persona viva es la de alguien semejante a una caricatura de mí mismo, aunque tan deforme, marchito y decadente como el castillo. A mi entender, no había nada grotesco en los huesos y esqueletos que colmaban algunas de las criptas de piedra en los subterráneos. Yo asociaba tales cosas de una forma fantástica con los sucesos cotidianos, y los veía más naturales que

²¹ *The Outsider* (1921). Primera publicación: *Weird Tales*, abril de 1926. Se conserva únicamente la copia impresa.

las imágenes coloreadas de seres vivos que descubrí en muchos de los mohosos libros. Todo cuanto sé lo aprendí en esos libros. Ningún maestro me azuzo ni me condujo, y no recuerdo haber escuchado en todos esos años una voz humana... ni siquiera la mía, pues aunque había leído sobre la conversación, nunca intenté hablar en voz alta. Mi apariencia física me resultaba igualmente desconocida, ya que no había espejos en el castillo, y yo sencillamente me creía, de forma instintiva, parecido a las juveniles figuras que veía dibujadas y pintadas en los libros. Estaba convencido de ser joven debido a los pocos recuerdos que guardaba.

Fuera, cruzando el foso putrefacto, me tendía a veces bajo los árboles oscuros y silenciosos y soñaba por espacio de horas con lo leído en los libros, y me imaginaba anhelante entre alegres multitudes, en el mundo iluminado por el sol que se encontraba más allá de la fronda interminable. Una vez intenté escapar del bosque, pero conforme me alejaba del castillo las sombras iban haciéndose más oscuras y el miedo se colmaba de un espanto acechante; así que volví corriendo frenético antes de perderme en un laberinto de silencio nocturno.

Así que yo soñaba, esperando entre interminables crepúsculos, aunque no sabía el qué. Luego, en mi sombría soledad, el ansia de luz se volvió tan frenético que no pude aguardar más, y alcé suplicante las manos hacia la solitaria torre negra en ruinas que se remontaba sobre el bosque hacia el ignoto cielo exterior. Y al fin me decidí a escalar esa torre, aun a riesgo de caer, ya que prefería vislumbrar el cielo y morir que vivir sin contemplar jamás la luz del día.

En el húmedo crepúsculo ascendí por la vetusta y destartada escalera hasta llegar al punto en que cesaban, y de ahí en adelante me aferré en precario a pequeños asideros que llevaban arriba. Aquel cilindro de piedra sin escaleras resultaba espectral y terrible; negro, ruinoso y desolado, más siniestro aún por culpa de los murciélagos sobresaltados cuyas alas no despertaban sonido. Pero todavía más espectral y terrible resultaba la lentitud del avance ya que, por mucho que subiera, la oscuridad sobre mi cabeza no menguaba, y sentí un nuevo estremecimiento, como si me encontrase en un túmulo fantasmal y venerable. Temblé preguntándome por qué no aparecía la luz y, de haberme atrevido, hubiera vuelto la vista abajo. Supuse que la noche me habría alcanzado repentinamente y tanteé en vano, buscando con la mano libre el alféizar de una ventana a través de la que poder mirar fuera y en torno, e intentar calcular la altura alcanzada.

Entonces, tras una eternidad de espantoso y ciego reptar por ese precipicio cóncavo y desesperanzador, sentí que tocaba algo sólido con la cabeza, y supe que había alcanzado el techo, o al menos alguna especie de piso. Alcé la mano libre en la oscuridad y palpé el obstáculo, hallándolo pétreo e inamovible. Entonces tuvo lugar un mortífero circundar de la torre, agarrándome a cualquier asidero que pudiera ofrecerme el resbaladizo muro, hasta que al fin, tanteando con la mano, sentí ceder la barrera y pude volver a subir, empujando la losa o trampilla con la cabeza mientras utilizaba ambas manos para el temible ascenso. Arriba no apareció luz alguna y, elevando las manos, supe que mi ascenso había concluido por el momento, ya que la losa era la trampilla de una abertura que llevaba a una superficie de piedra de mayor

circunferencia que la torre de abajo, sin duda el suelo de alguna estancia alta y amplia. Fui deslizándome cautelosamente a su través, intentando impedir que la losa volviera a caer en su hueco, pero fracasé. Mientras yacía exhausto en el suelo de piedra, escuché los fantasmales ecos de su caída, pero confié en ser capaz de volver a alzarla cuando fuera necesario.

Suponiéndome ahora a prodigiosa altura, muy por encima de las malditas ramas del bosque, me arrastré por el suelo buscando con las manos las ventanas, esperando ver por primera vez el cielo y la luna y las estrellas sobre las que tanto había leído. Pero me vi defraudado en mi búsqueda, ya que todo lo que encontré fueron unos grandes estantes de mármol sosteniendo odiosas cajas ovaladas de un tamaño perturbador. Cuanto más lo pensaba, más me preguntaba sobre qué arcanos secretos podía albergar esta elevada estancia, separada durante tantos eones del castillo inferior. Entonces, inesperadamente, mis manos dieron con una puerta encastrada en un umbral de piedra, tosco y cubierto de extrañas tallas. Tanteando, la encontré cerrada, pero con un supremo esfuerzo conseguí forzarla, haciéndola abrirse hacia dentro. Al hacerlo, me alcanzó el éxtasis más puro que jamás haya conocido, ya que, brillando tranquilamente a través de una ornada cancela de hierro, más allá de un breve pasillo de piedra con escalones que subían desde el portal recién franqueado, se encontraba la radiante luna llena, nunca antes vista sino en sueños y vagas visiones que no me atrevo a llamar recuerdos.

Creyendo ahora haber alcanzado la cima del castillo, remonté el puñado de peldaños que partía de la puerta, pero el súbito velado de la luna por el paso de una nube me hizo trastabillar, y me moví más despacio en la negrura. Estaba muy oscuro cuando llegué al enrejado... que probé cuidadosamente, encontrándolo abierto; pero no lo franqueé por miedo a caer desde la tremenda altura alcanzada. Entonces volvió a salir la luna.

El golpe más demoníaco es el procedente de lo abismalmente inesperado y de lo grotescamente increíble. Nada de lo antes soportado podía compararse en terror con lo visto en ese instante, con los estafalarios prodigios que tal visión implicaba. El panorama en sí mismo era tan simple como impactante, ya que se trataba sencillamente de esto: que en vez de una vertiginosa perspectiva de copas de árboles divisados desde gran altura, a mi alrededor se extendía, al nivel de la reja, nada menos que el *suelo firme*, nivelado y salpicado de losas de mármol y columnas, ensombrecido por una iglesia de piedra cuyo campanario en ruinas resplandecía de forma espectral a la luz de la luna.

Medio desmayado, abrí la verja y me tambaleé por el camino de grava blanca que iba en dos direcciones. Mi mente, aunque aturdida y sumida en el caos, aún guardaba una frenética ansia de luz, y ni siquiera el fantástico prodigio que había tenido lugar podía detener mi búsqueda. Ni siquiera sabía o me preocupaba el saber si aquello era locura, sueño o magia, pero estaba resuelto a contemplar a toda costa el resplandor y la alegría. No sabía quién o qué era, ni dónde me hallaba; pero al proseguir titubeando adelante me hice consciente de una especie de recuerdo espantosamente latente que implicaba que mis pasos no habían sido totalmente

fortuitos. Salí de aquella zona de lápidas y columnas a través de un arco, y fui deambulando campo a traviesa, siguiendo a veces el camino, otras abandonándolo para cruzar curioso por praderas donde ruinas ocasionales hablaban de otro camino, ya olvidado. En cierta ocasión vadeé un torrente junto al que restos musgosos y caídos hablaban de un puente derrumbado mucho tiempo atrás.

Debieron pasar unas dos horas antes de que llegara a lo que parecía ser mi meta, un venerable castillo cubierto de hiedra en mitad de un parque frondosamente arbolado; inquietantemente familiar y a un tiempo ajeno en una forma que me dejaba perplejo. Vi que el foso estaba lleno y que algunas de las familiares torres estaban caídas, mientras que nuevas alas habían surgido para confundir al observador. Pero eran las ventanas abiertas lo que yo contemplaba con gran interés y delicia... gloriosamente resplandecientes de luz, dejando escapar los sones del más encantador de los festejos. Llegándome a una de ellas, me asomé y vi una concurrencia ataviada de forma extraña; se divertían y hablaban animadamente entre sí. Creo que nunca antes había oído voces humanas, y tan sólo podía conjeturar vagamente lo que se decía. Algunos rostros mostraban expresiones que despertaban en mí recuerdos increíblemente remotos; otros me resultaban completamente ajenos.

Entonces, por la baja ventana, accedí a la estancia brillantemente iluminada y, apenas hacerlo, pasé del breve instante de esperanza a la más negra convulsión de desesperanza y entendí miento. La pesadilla se desató instantáneamente; apenas entrar, tuvo lugar uno de los más terroríficos sucesos que jamás haya podido concebirse. No bien había cruzado el antepecho, se abatió sobre la concurrencia un repentino e inesperado espanto de la más terrible intensidad, demudando los rostros y provocando los más horribles gritos jamás surgidos de garganta alguna. La huida fue masiva, y entre gritos y pánico algunos se desvanecieron, siendo arrastrados por quienes escapaban enloquecidos. Muchos se cubrían los ojos con las manos y se abalanzaban ciegamente adelante, tropezando torpemente en su fuga, volteando muebles y yendo a chocar contra los muros antes de alcanzar alguna de las numerosas puertas.

Los gritos resultaban estremecedores, y mientras me quedaba sólo y aturdido en la brillante estancia, escuchando ecos que se desvanecían, temblé con la idea de que podía haber junto a mí algo que no hubiera visto. La habitación se mostró desierta en una somera inspección, pero al llegar a una de las alcobas creí detectar allí una presencia, un atisbo de movimiento del otro lado del arco dorado que llevaba a una habitación similar. Al aproximarme al arco comencé a distinguir con más claridad la presencia y entonces, con el primer y último sonido que haya pronunciado jamás –un alarido espectral que me sacudió casi tanto como la repugnancia despertada por el ser nocivo que lo causaba–, contemplé con espantoso detalle la monstruosidad inconcebible, indescriptible e inmencionable que, con su mera presencia, había convertido una alegre concurrencia en un hato de enloquecidos fugitivos.

Ni siquiera me atrevo a insinuar su aspecto, ya que resultaba el compendio de todo lo sucio, estrafulario, nefasto, anormal y detestable. Era la necrótica sombra de

decadencia, decrepitud y desolación; el fantasma pútrido y goteante de insalubre revelación. Sabe Dios que eso no pertenecía a este mundo –al menos, ya no–, aunque, para mi espanto, descubrí en sus rasgos consumidos y sepulcrales una horrenda y obsesionante parodia de ser humano, y en su mohosa y degenerada apariencia alguna indecible cualidad que me estremecía aún más.

Me encontraba casi paralizado, aunque no tanto como para no hacer un débil intento de escapar; un traspies atrás que no llegó a romper el hechizo en que el indescriptible, el innombrable monstruo me tenía preso. Mis ojos, embrujados por las vidriosas esferas que acechaban espantosamente en su interior, rehusaban cerrarse, aun cuando se hallaban piadosamente velados, y, tras una primera impresión, mostraban a aquel ser terrible sólo de forma turbia. Traté de interponer la mano para ocultar la imagen, pero tan aturdidos estaban mis nervios que el brazo rehusó obedecer mi voluntad. El intento, empero, fue suficiente como para desequilibrarme, haciéndome titubear unos pasos para no caer. Al hacerlo me percaté, repentina y agónicamente, de la proximidad de aquel ser inmundo, cuyo sordo y odioso resollar creí oír. Casi enloquecido, fui entonces capaz de tender una mano para protegerme de la fétida aparición que tan cerca estaba y, en un cataclísmico segundo de cósmica pesadilla e infernal accidente, mis dedos rozaron la putrefacta zarpa que el monstruo había tendido bajo el arco dorado.

No chillé, pero todos los espíritus demoníacos que cabalgan el viento gritaron por mí en el preciso instante en que brotó en mi interior un sencillo y fugaz recuerdo capaz de aniquilar el alma. En ese segundo recordé cuanto fui; recordé antes del espantoso castillo y los árboles, y reconocí el alterado edificio en el que me hallaba; y, más terrible que todo lo demás, reconocí a la infeliz abominación que me miraba mientras yo apartaba *mis dedos mancillados de los suyos*.

Pero en el cosmos hay tanto bálsamo como amargura, y ese bálsamo es la nepenta²². En el supremo horror de ese segundo olvidé cuanto me espantaba, y el estallido de negra memoria se desvaneció en un caos de imágenes retumbantes. Como en sueños huí de ese sitio fantasmal y maldito, corriendo rápida y silenciosamente a la luz de la luna. Cuando regresé al camposanto de mármol y descendí los peldaños, encontré inamovible la trampilla de piedra, pero no me pesó, porque odiaba el antiguo castillo y los árboles. Ahora frecuento a los burlones y amigables demonios del viento nocturno, y juego durante el día entre las catacumbas de Nephren-Ka, en el prohibido e ignoto valle de Hadoth, en el Nilo. Sé que la luz no es para mí, excepto la de la luna sobre las pétreas tumbas de Neb; ni tampoco otras alegrías que las de los indescriptibles festejos de Nitokris bajo la Gran Pirámide, aunque en medio de mi nuevo salvajismo y libertad casi daría la bienvenida a la amargura de la soledad.

Pero aunque la nepenta me haya calmado, tengo siempre presente que soy un intruso; forastero en este siglo y entre quienes aún son hombres. Es algo que sé desde

²² Droga que, según los antiguos, borraba todos los recuerdos en los que la consumían.

que tendí mis dedos hacia la abominación que aguardaba en el interior del gran marco dorado; tendí mis dedos y toqué una *fría y tersa superficie de cristal pulido*.

LOS OTROS DIOS²³

Los dioses de la tierra habitan la cumbre más alta del mundo y no consienten que ningún hombre presuma de haberles puesto los ojos encima. Antaño moraban en cimas menores; pero una y otra vez los hombres de las llanuras escalaban las laderas de roca y nieve, empujando a los dioses hacia montañas cada vez más altas, hasta que ahora sólo les queda la última. Al abandonar sus viejos picos se llevaron consigo sus propios signos; excepto una vez que, según se dice, dejaron una imagen tallada en la ladera de una montaña llamada Ngranek.

Pero ahora se han recogido a la desconocida Kadath, en la helada inmensidad que ningún hombre ha hollado, y se han vuelto adustos, careciendo de otro pico más alto al que retirarse ante el avance de los hombres. Se han vuelto severos, y donde antes soportaban que los hombres los desplazasen, ahora prohíben su llegada, o, en caso de llegar, les impiden marcharse. Es mejor que los hombres nada sepan de Kadath en la helada inmensidad, ya que querrían escalarla insensatamente.

A veces, cuando los dioses de la tierra sienten añoranza, visitan en la noche calma los picos que una vez habitaron, y lloran mansamente mientras intentan jugar tal como solían en las añoradas laderas. Los hombres han notado las lágrimas de los dioses en el nevado Thurai, aunque lo consideraron lluvia, y oído los suspiros de los dioses en los lastimeros vientos matutinos de Lerion. Los dioses gustan de viajar en naves de nubes, y los sabios labriegos conservan leyendas que los hacen rehuir algunos picos altos las noches que está nublado, ya que los dioses no son ya tan benévolos como antaño.

En Ulthar, más allá del río Skai, vivió una vez un anciano deseoso de contemplar a los dioses de la tierra; un personaje versado en los siete libros crípticos de Hsan, familiarizado con los manuscritos Pnakóticos de la lejana y helada Lomar. Su nombre era Barzai el Sabio, y los lugareños cuentan como ascendió la montaña la noche del extraño eclipse.

Barzai conocía tan bien a los dioses que podía contar de sus idas y venidas, y suponía tanto de sus secretos que se consideraba a sí mismo como un semidiós. Fue él quien aconsejó con sabiduría a los habitantes de Ulthar cuando aprobaron su famosa ley contra el matar gatos, y quien primero contó al joven sacerdote Atal adónde habían ido los gatos negros la medianoche de la víspera de San Juan. Barzai era ducho en la sabiduría de los dioses de la tierra y estaba poseído por el deseo de contemplar sus rostros. Suponía que su gran saber oculto de los dioses lo protegería de sus iras, por lo que decidió acudir a la cima de la alta y pétrea Hatheg-Kla la noche en que sabía que encontraría allí a los dioses.

²³ *The Other Gods* (14 de agosto de 1921). Primera publicación: *The Fantasy Fan*, noviembre de 1933. Se conserva un manuscrito del autor.

Hat heg-Kla se encuentra lejos, en los desiertos pedregosos que hay más allá de Hat heg, que le da nombre, y se alza como una estatua de roca en un templo de silencio. Alrededor del pico las brumas se agitan siempre tristes, ya que éstas son el recuerdo de los dioses, y los dioses amaban Hat heg-Kla cuando habitaban su cima en los viejos días. A menudo los dioses de la tierra visitan Hat heg-Kla en sus naves de nubes, lanzando pálidos vapores sobre las laderas mientras bailan con añoranza sobre la cima, a la luz de la luna clara. Los aldeanos de Hat heg dicen que no es bueno subir a Hat heg-Kla en ningún momento, y mortal hacerlo las noches en que los pálidos vapores ocultan la cima y la luna; pero Barzai no les prestó atención al llegar de la vecina Ulthar con el joven sacerdote Atal, su discípulo. Atal era sólo el hijo de un ventero y a veces tenía miedo; pero el padre de Barzai fue un noble señor que viviera en un viejo castillo, así que no albergaba plebeyas supersticiones en su sangre, y se limitó a burlarse de los temerosos paletos.

Barzai y Atal salieron de Hat heg al pedregoso desierto a pesar de las súplicas de los campesinos y, en torno a sus fuegos de campamento hablaban sobre los dioses de la tierra. Viajaron muchos días y divisaban a lo lejos el orgulloso Hat heg-Kla con su aureola de brumas tétricas. Al decimotercer día llegaron a la base de la solitaria montaña y Atal reveló sus temores. Pero Barzai era viejo y sabio y no tenía miedo, así que abrió audazmente la marcha por la ladera que ningún hombre había escalado desde los tiempos de Sansu, tal como está temerosamente escrito en los mohosos manuscritos Pnakóticos.

El camino era pedregoso, peligroso por los barrancos, los riscos y los desprendimientos de rocas. Más tarde se convirtió en frío y nevado, y Barzai y Atal solían resbalar y caer mientras excavaban y avanzaban hacia delante mediante piquetas y hachas. Por último, el aire se volvió tenue, el cielo cambió de color y a los escaladores se les hizo difícil el respirar; pero todavía se afanaban, siempre hacia delante, maravillándose ante lo extraño de la escena, estremeciéndose ante el pensamiento de lo que podía ocurrir en la cima cuando la luna se esfumase y los pálidos vapores se extendieran alrededor. Ascendieron hacia lo alto durante tres días, más arriba y más arriba hacia el techo del mundo, y luego acamparon para esperar que la luna se nublase.

No hubo nubes durante cuatro noches, y la luna brillaba helada a través de las brumas delgadas y tristonas que rodeaban la cima silenciosa. Pero a la quinta noche, que era noche de luna llena, Barzai vio espesas nubes a lo lejos, hacia el norte, y se puso a observar con Atal cómo se acercaban. Bogaban pesadas y majestuosas, avanzando lenta y deliberadamente, circundando el pico por encima de los observadores, ocultando a la vista la luna y la cumbre. Durante una hora larga observaron cómo los vapores se arremolinaban y la pantalla de nubes iba espesándose y agitándose. Barzai era ducho en la sabiduría de los dioses de la tierra y aguzaba con avidez el oído, esperando ciertos sonidos, pero Atal sentía el frío de los vapores y el temor de la noche, y tenía mucho miedo. Y cuando Barzai comenzó a escalar más arriba y le hizo señas impacientes, pasó cierto tiempo antes de que Atal lo siguiera.

Tan espesos eran los vapores que el camino se hizo arduo, y aunque al final Atal se puso en marcha, apenas podía distinguir la silueta gris de Barzai en la neblinosa ladera contra la velada luz lunar. Barzai iba muy adelantado y, a pesar de su edad, parecía escalar con mayor facilidad que Atal, no temiendo la pendiente, que empezaba a ser demasiado escarpada para cualquiera que no fuera un hombre fuerte y valeroso, sin detenerse ante los grandes abismos negros que Atal apenas podía saltar. Y así subieron con esfuerzo, sobre rocas y abismos, resbalando y dando traspiés, temiendo a veces la inmensidad y el horrible silencio de los desolados pináculos de hielo y las calladas laderas de granito.

Bruscamente, Barzai salió de la vista de Atal, escalando un risco espantoso que parecía ladearse hacia fuera, bloqueando el camino a cualquier escalador que no estuviera inspirado por los dioses de la tierra. Atal estaba muy abajo, pensando qué hacer al llegar allí, cuando advirtió perplejo que la luz había aumentado de forma considerable, como si el pico sin nubes, el lugar donde los dioses se reunían a la luz de la luna, estuviera muy cerca. Y mientras remontaba hacia el risco combado y el cielo luminoso sintió temores más estremecedores que los que antes conociera. Entonces, entre las grandes brumas, escuchó al invisible Barzai vociferando en salvaje exultación:

—¡He oído a los dioses! ¡He oído a los dioses de la tierra cantando sus celebraciones en Hatheg-Kla! ¡Ahora, Barzai el profeta conoce las voces de los dioses de la tierra! ¡Las brumas son tenues y la luna brillante, y yo veré a los dioses bailando de forma extraña en la Hatheg-Kla que amaron en su juventud! ¡La sabiduría de Barzai lo hace más grande que los dioses de la tierra, y contra su voluntad nada pueden sus hechizos y sus trabazones; Barzai contemplará a los dioses, los orgullosos dioses, los dioses secretos, los dioses de la tierra que desdeñan las miradas de los hombres!

Atal no podía oír las voces que escuchaba Barzai, pero ahora se hallaba cerca del risco colgante y lo estudiaba buscando un paso. Entonces escuchó la voz de Barzai tornarse más aguda y estridente:

—La bruma es muy tenue y la luna arroja sombras sobre las laderas; las voces de los dioses de la tierra son altas y extrañas, y sienten temor ante la llegada de Barzai el Sabio, que es más grande que ellos... la luz de la luna tiembla mientras los dioses de la tierra danzan a su compás; puedo ver las formas danzantes de los dioses que saltan y aúllan a la luz de la luna... la luz es más débil y los dioses tienen miedo...

Mientras Barzai vociferaba tales asertos, Atal sintió un espectral cambio en el aire, como si las leyes de la tierra fuera anuladas por leyes aún más grandes, ya que aunque el camino resultaba más empinado que nunca, el ascenso se le hacía ahora espantosamente fácil, y el risco bulboso apenas fue obstáculo cuando llegó a él y se deslizó arriesgadamente por su cara convexa. La luz de la luna había desaparecido de forma extraña, y mientras Atal se afanaba en avanzar por la brumas, escuchó a Barzai el Sabio que gritaba entre las sombras:

—La luna se ha escondido, y los dioses danzan en la noche; hay terror en los cielos, ya que la luna se ha sumido en un eclipse ignorado por los libros de los

hombres y los de los dioses de la tierra... hay magia desconocida en Hatheg-Kla, ya que los gritos de los atemorizados dioses se han tornado en risas y las laderas de hielo ascienden sin fin hacia los cielos negros en los que me voy adentrando... ¡Ah! ¡Ah! ¡Por fin! *¡En la luz mortecina veo a los dioses de la tierra!*

Y entonces Atal, resbalando aturdido hacia arriba por pendientes inconcebibles, oyó en la oscuridad una risa estremecedora mezclada con un grito que hombre alguno, excepto en el Flegetón de pesadillas indecibles, ha oído jamás; un grito que reverberaba con todo el horror y la angustia de una vida de búsqueda condensada en un atroz instante.

—¡Los otros dioses! ¡Los otros dioses! Los dioses de los infiernos exteriores que guardan a los débiles dioses de la tierra!... ¡Aparta la vista! ¡Retrocede!... ¡No mires! ¡La venganza del abismo infinito... Ese maldito, ese pozo terrible... dioses misericordiosos de la tierra, *me caigo al cielo!*

Y mientras Atal cerraba los ojos y se tapaba los oídos e intentaba retroceder contra el espantoso tirón de ignotas alturas, resonó sobre el Hatheg-Kla el terrible estruendo del trueno que despertó a los pacíficos granjeros de las llanuras y a los honrados burgueses de Hatheg y Nir y Ulthar, y le llevó a mirar a través de las nubes aquel extraño eclipse de luna no pronosticado en libro alguno. Y cuando al fin volvió la luna, Atal se encontraba a salvo en las nieves inferiores de la montaña, fuera de la vista de los dioses de la tierra, o de la de los otros dioses.

Ahora se dice en los mohosos manuscritos Pnakóticos que Sansu no halló sino hielo y mudas piedras al ascender el Hatheg-Kla en la juventud del mundo. Pero cuando los hombres de Ulthar y Nir y Hatheg vencieron sus miedos y escalaron a la luz del día esas hechizadas laderas en busca de Barzai el Sabio, encontraron un símbolo curioso y ciclópeo de cinco codos de ancho grabado en la piedra desnuda, como si la roca hubiera sido hendida por algún cincel titánico. Y el símbolo era igual al que algunos eruditos han visto en esas espantosas secciones de los manuscritos Pnakóticos que resultan demasiado antiguas para ser legibles. Eso fue lo que encontraron.

Nunca dieron con Barzai el Sabio, ni pudieron convencer al santo sacerdote Atal para que rezase por el reposo de su alma. Además, hoy en día la gente de Ulthar y Nir y Hatheg teme los eclipses y reza las noches en que los pálidos vapores ocultan la cima de la montaña y la luna. Y entre las brumas de Hatheg-Kla danzan a veces los dioses de la tierra, presas de la añoranza, porque se saben a salvo, y gustan de volver desde la desconocida Kadath en busca de las nieves a jugar a la antigua usanza, tal como hacían cuando la tierra era joven y los hombres poco propensos a. escalar lugares inaccesibles.

LA MÚSICA DE ERICH ZANN²⁴

He examinado con el mayor detenimiento los mapas de la ciudad, sin lograr nunca encontrar de nuevo la Rue d'Auseil. No todos los mapas eran modernos, pues soy consciente de que los nombres cambian. Antes al contrario, he indagado exhaustivamente en la historia local y he explorado personalmente cualquier parte, cualquiera que fuera su nombre, que pudiera corresponderse con la calle que yo conocí como Rue d'Auseil. Pero, a pesar de todo esto, ahí queda el humillante hecho de que no puedo encontrar la casa, la calle o incluso el barrio donde, en los últimos meses de mi agobiada vida como estudiante universitario de metafísica, escuché la música de Erich Zann.

No me extraña que me falle la memoria, ya que mi salud, tanto física como mental, estaba seriamente mermada durante la época en que residí en la Rue d'Auseil, y recuerdo que nunca lleve hasta allí a ninguna de mis escasas amistades. Pero resulta extraño y singular el que no pueda volver a encontrar la calle, ya que se hallaba a media hora de camino de la universidad, y se distinguía gracias a particularidades que serían difíciles de olvidar para cualquiera que las hubiera visto. Nunca he conocido a nadie que haya visto la Rue d'Auseil.

La Rue d'Auseil se encontraba cruzando un río oscuro flanqueado de altos almacenes de ladrillo, y era salvado por un sólido puente de piedra oscurecida. Siempre reinaban las tinieblas junto a ese río, como si el humo de las cercanas factorías velaran perpetuamente el sol. Asimismo, el río apestaba a malsanos olores que nunca antes había aspirado, y que pueden serme de ayuda algún día en mi búsqueda, ya que podría reconocerlos al instante. Al otro lado del puente se abrían angostas calles de adoquines y traviesas, y después venía la cuesta, suave al principio, pero ya increíblemente empinada al llegar a la Rue d'Auseil.

Nunca antes he visto una calle tan estrecha y escarpada como la Rue d'Auseil. Resultaba casi un barranco, cerrada al tráfico, formada en ciertas partes por tramos de escaleras y rematando en lo alto en una tapia elevada y cubierta de hiedra. El pavimento resultaba irregular, hecho a veces de lajas de piedra, a veces de adoquines y a veces de tierra desnuda en la que brotaba una tenaz maleza gris verdosa. Las casas eran altas y de tejados picudos, increíblemente viejas e inclinadas sin ton ni son hacia delante, detrás o los lados. A veces un par de casas enfrentadas, ambas vencidas hacia delante, casi llegaban a juntarse sobre la calle, como un arco, y en verdad robaban casi toda la luz al terreno de debajo. Había unos cuantos puentes volantes que saltaban de casa a casa sobre la calle.

²⁴ *The Music of Erich Zann* (diciembre de 1921). Primera publicación: *The National Amateur*, marzo de 1922. Se conserva únicamente la copia impresa.

Los habitantes de esta calle me causaban una peculiar impresión. Al principio pensé que se debía a su talante silencioso y reservado; pero más tarde concluí que era causado por el hecho de que todos eran muy viejos. No sé cómo acabé viviendo en una calle así, pero no estaba muy en mis cabales al mudarme. Había vivido en multitud de cuchitriles, siempre desahuciado por falta de dinero, hasta arribar a esa casa destartada de la Rue d'Auseil, regentada por Blandot, un paralítico. Se trataba de la tercera casa a partir del final de la calle, y con mucho era la más alta de todas.

Mi cuarto estaba en la quinta planta, la única con inquilino, ya que la casa estaba casi vacía. La noche de mi llegada oí una extraña música proveniente de la picuda buhardilla de arriba, y al día siguiente interrogué al respecto al viejo Blandot. Me contestó que se trataba de un viejo violinista alemán, un extranjero mudo que firmaba como Erich Zann, y que tocaba por las tardes en la orquestilla de un teatro, añadiendo que el deseo de Zann de tocar durante las noches, a la vuelta del teatro, era lo que le había llevado a elegir su alta y aislada buhardilla, cuya ventana de gablete era el único lugar de la calle desde donde uno podía otear más allá del muro de remate, hacia el declive y la panorámica de más allá.

A partir de entonces pude escuchar cada noche a Zann, y aunque me mantenía en vela, me sentía tocado por lo ajeno de su música. Sabiendo poco de ese arte, estaba convencido de que ninguna de aquellas composiciones tenía relación alguna con cualquier música que hubiera escuchado antes, y llegué a la conclusión de que estaba ante un compositor de un genio sumamente original. Cuanto más escuchaba, más fascinado me sentía, hasta que al cabo de una semana me decidí a ganarme la amistad del anciano.

Una noche, a la vuelta de su trabajo, me hice el contradicho con Zann en el vestíbulo y le comenté que me gustaría conocerlo, así como acompañarlo mientras tocaba. Se trataba de un personaje bajo, delgado, cargado de hombros, de ropas raídas, ojos azules, rostro grotesco como el de un sátiro y casi calvo. A mis primeras palabras pareció irritado y temeroso a un tiempo. Mi talante, abiertamente amistoso, lo aplacó no obstante al final, y de mala gana me invitó por señas a seguirlo por las escaleras oscuras, crujientes y temblorosas del ático. Su cuarto, uno de los dos que había en la empinada buhardilla picuda, miraba al este, hacia la gran tapia que formaba el remate superior de la calle. Era de gran tamaño y parecía aún mayor gracias a su extrema desnudez y abandono. El mobiliario consistía tan solo en un estrecho jergón de hierro, una desconchada palangana, una mesa pequeña, una gran librería, un atril de hierro y tres sillas vetustas. Las partituras se apilaban en desorden por los suelos. Los muros eran de tablazón desnuda, y seguramente jamás conocieron el yeso, al tiempo que la abundancia de polvo y telarañas acentuaban la impresión de que el lugar estaba más abandonado que deshabitado. Sin duda, el mundo de belleza de Erich Zann se hallaba en algún lejano cosmos de la imaginación.

Invitándome a sentarme, el mudo cerró la puerta, echó el gran pestillo de madera y encendió una vela para hacer compañía a la que había traído consigo. Luego sacó el violín de su apolillada funda y, empuñándolo, se sentó en la menos

incómoda de las sillas. No empleó el atril, pero sin una vacilación, tocando de memoria, me encandiló durante una hora con melodías nunca antes oídas, melodías que debían ser creaciones suyas. Describirlas con exactitud es algo imposible para un lego en música. Se trataba de algo así como una fuga, con pasajes recurrentes de una cualidad de lo más fascinante, pero lo más notable fue la ausencia de cualquiera de las extrañas notas que había escuchado arriba, desde mi cuarto, en anteriores ocasiones.

Recordaban bien esas notas obsesivas, y a menudo las había tarareado y silbado titubeante para mí mismo, por lo que cuando el músico bajó al fin su arco le pregunté si podría brindarme alguna de ellas. Apenas comenzada mi solicitud, el arrugado rostro de sátiro perdió su aburrida placidez que luciera durante la interpretación, pareciendo mostrar esa misma y curiosa mezcla de ira y temor que ya advirtiera la primera vez que abordé al anciano. Por un momento intenté la persuasión, achacando de forma bastante ligera su actitud a un ramalazo de senilidad, e incluso intenté despertar el extraño humor de mi anfitrión silbando algunos de los acordes que oyera la noche antes. Pero no insistí más que un momento, ya que, apenas reconocer el silbido, el rostro del músico mudo se contorsionó en un gesto que se encontraba más allá de cualquier análisis, y su mano derecha, larga, fría y huesuda, se levantó para silenciar mi boca y su tosco remedo. Al hacerlo dio otra muestra de excentricidad lanzando una ojeada inquieta a la solitaria ventana, cubierta de cortinas, como si temiera alguna intrusión... una mirada doblemente absurda por cuanto la buhardilla se alzaba alta e inaccesible sobre los tejados vecinos, y siendo esa ventana, tal como me dijera el conserje, el único lugar de esa empinada calle y la única desde la que uno podía ver el muro de lo alto.

La mirada del viejo me trajo a la cabeza el comentario de Blandot, y se me antojó contemplar el vasto y vertiginoso panorama de tejados a la luz de la luna, así como las luces al otro lado de la cima de la colina, de las que, de entre todos los habitantes de la Rue d'Auseil, sólo este asilvestrado músico podía disfrutar. Me acerqué a la ventana e iba a abrir las indescriptibles cortinas cuando, con una espantada rabia aún mayor que la de antes, el mudo huésped volvió a abalanzarse sobre mí, en esta ocasión señalándome la puerta con la cabeza mientras trataba de arrastrarme con las manos. Completamente disgustado ahora con mi anfitrión, le exigí que me soltase, diciéndole que me iría en el acto. Su apretón aflojó y, viéndome molesto y ofendido, su propia furia pareció disiparse. Volvió a oprimir mi brazo, esta vez en gesto de amistad, conduciéndome hasta una silla; entonces, con gesto pensativo, fue hasta la abarrotada mesa y allí escribió algunas palabras a lápiz en el trabajoso francés de los extranjeros.

La nota que acabó tendiéndome era una súplica de tolerancia y perdón. Zann decía ser anciano, solitario y afligido por extraños miedos y problemas nerviosos relacionados con su música, entre otros motivos. Se sentía honrado por mi interés hacia su música y esperaba que volviera a visitarle, sin tener en cuenta sus excentricidades. Pero no podía tocar para otra persona sus extrañas melodías, ni podía dejar que las oyesen; ni permitir que nadie tocara nada en ese cuarto. Hasta

nuestra conversación en la sala, no había sabido que podía oírle tocar desde mi alcoba, y ahora me rogaba que, si podía, arreglase con Blandot el instalarme en una habitación más baja, desde la que no pudiera escucharle de noche. Él, afirmaba, pagaría la diferencia de precio.

Mientras estaba sentado, descifrando su execrable francés, me sentí más dispuesto hacia el anciano. Era víctima de padecimientos físicos y nerviosos, tal como yo; y mis estudios metafísicos me habían enseñado la virtud de la caridad. En el silencio hubo un ligero sonido en la ventana —la contraventana debió golpetear en alas del viento nocturno—, lo que por alguna razón sobresaltó violentamente a Erich Zann. Cuando acabé de leer, estreché la mano de mi anfitrión y me fui como amigo. Al día siguiente, Blandot me asignó un cuarto más caro en la tercera planta, entre la alcoba de un viejo usurero y la habitación de un respetable tapicero. No había nadie en la cuarta planta.

No tardé en descubrir que el interés de Zann por mi compañía no era tan grande como parecía cuando me convenció para que me mudase de la quinta planta. Nunca me invitaba, y, cuando yo mismo lo hacía, parecía disgustado y tocaba indiferente. Era siempre de noche... dormía de día y no recibía a nadie. Mi aprecio por él no creció, pero la habitación del ático y el extraño músico parecían ejercer una rara fascinación sobre mí.

Sentía un curioso deseo de mirar a través de esa ventana sobre el muro y las invisibles laderas, sobre los resplandecientes tejados y los chapiteles que debían desplegarse más allá. Una vez acudí en horas de teatro a la buhardilla, cuando Zann no estaba, pero la puerta se hallaba cerrada con llave.

Lo que sí conseguí fue el escuchar los conciertos nocturnos del viejo mudo. Al principio iba de puntillas hasta mi antiguo cuarto de la quinta planta, luego me hice lo bastante audaz como para ascender por el último y crujiente tramo de escaleras hasta la picuda buhardilla. En el angosto descansillo, al otro lado de la puerta, trancada y con la cerradura ocluida, escuchaba a menudo sonidos que me llenaban de un miedo indefinible... miedo a prodigios indefinidos y misterios acechantes. No es que tales sonidos fuesen espantosos, pues no lo eran, pero contenían vibraciones que sugerían cosas que no eran de este mundo y, a intervalos, asumían una cualidad sinfónica que a duras penas podía creer el producto de un sólo músico. Con el paso de semanas, la interpretación se volvió más salvaje, mientras el viejo músico se tornaba cada vez más ojeroso y furtivo que lo hacían lastimoso de ver. Ahora rehusaba admitirme en momento alguno, y me rehuía cada vez que nos topábamos en las escaleras.

Y una noche, mientras escuchaba al pie de la puerta, oí cómo el chirriante violín estallaba en una caótica babel de sonidos; un pandemónium que podría haberme hecho dudar de mi propia y tambaleante cordura de no haberme llegado de detrás de esa puerta cerrada una lastimera prueba de que el horror era real... ese grito espantoso, inarticulado, que sólo un mudo puede proferir, y que se desata sólo en momentos del más terrible miedo o angustia. Golpeé insistentemente la puerta sin obtener contestación. Entonces esperé en el oscuro rellano, estremecido de miedo y

frío, hasta oír los débiles esfuerzos del pobre músico por incorporarse con ayuda de una silla. Creyéndolo recobrarse de un desmayo, reanudé los golpes a la vez que pronunciaba mi nombre para tranquilizarlo. Escuché cómo Zann se tambaleaba hacia la ventana y cerraba contraventana y cortina; después fue trastabillando hasta la puerta y la abrió titubeante. Esta vez su gozo al verme fue real, ya que su semblante desencajado resplandecía de alivio mientras se aferraba a mi chaqueta como un niño a las faldas de su madre.

Temblando de forma patética, el viejo me hizo sentar en una silla, al tiempo que él ocupaba otra, junto a la que su violín y arco yacían de forma descuidada sobre el suelo. Permaneció algún tiempo inmóvil, cabeceando de forma extraña, ofreciendo una paradójica insinuación de escucha intensa y espantada. Después pareció quedar satisfecho y, pasando a una silla junto a la mesa, escribió una breve nota, me la tendió y regresó a la mesa, donde comenzó a escribir rápida e incesantemente. La nota me rogaba encarecidamente, y si quería satisfacer mi curiosidad, que esperase en mi sitio mientras él preparaba un registro completo en alemán de todos los prodigios y terrores que le habían acaecido. Aguardé, y el lápiz del mudo volaba.

Quizás una hora mas tarde, mientras yo aún esperaba y las hojas que el viejo músico rellenaba febrilmente continuaban apilándose, vi sobresaltarse a Zann como tocado por un horrible estremecimiento. Sin lugar a dudas, miraba a la ventana cubierta por cortinas y escuchaba estremecido. Entonces me pareció a medias oír un sonido; aunque no era nada horrible, sino que, por el contrario, se trataba de una nota musical sumamente baja e infinitamente distante, sugiriendo un intérprete que se hallase en una de las casas de la vecindad, o quizás en alguna morada del otro lado del muro sobre el que nunca había llegado a mirar. Pero el efecto fue terrible para Zann, ya que, dejando caer el lápiz, se alzó bruscamente, empuñó el violín y comenzó a desgarrar la noche con la más extraordinaria interpretación que jamás haya oído nacer de ese arco, fuera de lo escuchado junto a la puerta cerrada.

Sería infructuoso describir la interpretación de Erich Zann en esa noche espantosa. Resultaba más horrible que cualquier otra cosa que yo hubiera escuchado, ya que ahora veía la expresión de su rostro, y podía comprender que el motivo era un miedo atroz. Intentaba hacer ruido para mantener algo a raya o quizás ahogar sus sonidos... el qué, no puedo imaginarlo, aunque creo que debía tratarse de algo terrible. La ejecución se volvía fantástica, delirante e histérica, aunque manteniendo hasta el fin las cualidades de supremo genio que, como yo bien sabía, poseía aquel singular anciano. Reconocía los sones –se trataba de una salvaje danza húngara, popular en los teatros, y por un instante pensé que era la primera vez que oía a Zann acometer la obra de otro compositor.

Más y más alto, más y más salvaje, subían el chirrido y el gemir de aquel violín desesperado. El músico estaba empapado en sudor y se contorsionaba como un mono, sin dejar de mirar frenéticamente hacia la ventana cubierta por la cortina. En sus extraordinarias contorsiones, casi podía adivinar sátiros y bacantes bailando y girando enloquecidos a través de hirvientes abismos de nubes y humo y relámpagos.

Y entonces creí escuchar una nota más aguda y persistente que la del violín; una nota calmosa, deliberada, intencionada, burlona, que llegaba de muy lejos hacia el oeste.

En ese momento la contraventana comenzó a batir empujada por un rugiente viento nocturno que se había alzado en el exterior a la par que el loco concierto de dentro. El chirriante violín de Zann ahora se impuso emitiendo sonidos que yo no creía posibles en un instrumento así. La contraventana batió más fuerte, suelta, y comenzó a golpear la ventana. El cristal saltó en pedazos bajo los golpes repetidos y el viento frío entró, haciendo chisporrotear las velas y arrebatando los folios de la mesa donde Zann había comenzado a transcribir su horrible secreto. Miré a Zann y vi que se hallaba más allá de cualquier relato imparcial. Sus ojos azules estaban desorbitados, vidriosos, ciegos, y la frenética interpretación se había convertido en una irreconocible orgía, ciega, mecánica, que ninguna pluma puede aspirar siquiera a insinuar.

Un soplo repentino aun más fuerte que los demás, arrebató el manuscrito y lo llevó hacia la ventana. Perseguí con desesperación las hojas volantes, pero se fueron antes de que pudiera llegar a los cristales rotos. Entonces recordé mi antiguo deseo de mirar por esa ventana, la única en la Rue d'Auseil desde la que uno podía contemplar la ladera al otro lado del muro y la ciudad que se extendía más allá. Estaba muy oscuro, pero las luces de la ciudad permanecían encendidas, y yo esperaba verlas a pesar de la lluvia y el viento. Pero aunque me asomé a esa alta ventana de buhardilla, miré mientras las velas chisporroteaban y el loco violín aullaba al compás del viento nocturno, no vi ciudad alguna abajo, ni luces amigables resplandeciendo desde calles reconocibles, sino sólo la oscuridad del espacio ilimitado; inimaginable espacio viviente, con movimiento y música, careciendo de semejanza alguna con nada de esta tierra. Y mientras permanecía allí, mirando aterrorizado, el viento apagó las velas de la antigua buhardilla picuda, sumiéndome en una salvaje e impenetrable oscuridad, con caos y pandemónium ante mí, y la demoníaca locura del violín aullando en la noche a mis espaldas.

Retrocedí tambaleándome en la oscuridad, sin medios para encender la luz, chocando con la mesa, volteando una silla y finalmente abriéndome paso hacia el lugar donde la oscuridad gritaba con la estremecedora música. Debía hacer algo para salvarnos a Erich Zann y a mí mismo, cualesquiera que fueran los poderes que se nos enfrentaban. En cierta ocasión creí sentir el roce de algo helado y grité, pero mi grito fue acallado por aquel espantoso violín. Repentinamente, en la oscuridad, el enloquecido vaivén del arco me tocó y supe que estaba junto al músico. Tanteando, toqué el respaldo de la silla de Zann, y luego encontré y sacudí su hombro intentando hacerle volver en sí.

No respondió, y el violín chirriaba sin pausa. Alcé la mano a su cabeza, cuyo mecánico agitar pude detener y le grité en el oído que debíamos escapar de los desconocidos seres de la noche. Pero ni me respondió ni detuvo el frenesí de su inexplicable música, mientras que por toda la buhardilla parecían danzar extrañas corrientes de viento entre la oscuridad y la confusión. Al tocar con la mano su oreja me estremecí, aunque sin saber por qué... no lo supe hasta que palpé su rostro

inmóvil; el rostro frío como el hielo, rígido, sin respiración, cuyos ojos se desorbitaban en vano mirando el vacío. Y entonces, merced a algún milagro, alcancé la puerta y el gran pestillo de madera, y huí desesperadamente del ser de ojos vidriosos en la oscuridad, y del espectral aullido de ese maldito violín cuya furia crecía según yo escapaba.

Saltando, volando, huyendo por esas escaleras sin fin a través de la casa a oscuras; corriendo a ciegas por esa calle estrecha, empinada y antigua, llena de escalones y casas inclinadas; bajando escalinatas y corriendo sobre adoquines hacia las calles inferiores y el pútrido río encajonado; cruzando jadeante el gran puente oscuro hacia las calles y bulevares más amplios y salubres que me resultaban conocidos; aún guardo todas esas impresiones. Y recuerdo que no había viento ni luna, y que todas las luces de la ciudad resplandecían.

A pesar de mis búsquedas e indagaciones más cuidadosas, nunca he podido dar con la Rue d'Auseil. Pero tampoco me pesa tanto, ya sea por esto o por la pérdida en abismos no soñados de las hojas de letra apretada que eran lo único que podrían haber explicado la música de Erich Zann.

HERBERT WEST, REANIMADOR²⁵

I

De la oscuridad

No puedo hablar de Herbert West, que fue mi amigo en la universidad y en los años siguientes, sino con supremo terror. Un terror que no puede atribuirse del todo a las siniestras circunstancias de su reciente desaparición, sino que está provocado por la verdadera naturaleza del trabajo al que consagró su vida, y que alcanzó su forma extrema hará más de diecisiete años, cuando estábamos en el tercer año de carrera en la facultad de Medicina de la Universidad de Miskatonic, en Arkham. Mientras estaba en su compañía, lo maravilloso y diabólico de sus experimentos me fascinaban totalmente. Ahora que ha desaparecido y el ensalmo se ha roto, el miedo resulta aún mayor. Los recuerdos y las posibilidades son siempre más espantosos que las certezas.

El primer incidente horrible ocurrido en el transcurso de nuestra amistad resultó la mayor de las impresiones que yo haya sufrido jamás, y sólo con renuencia lo recuerdo. Como he dicho, tuvo lugar estando en la facultad, donde West se había hecho ya notar merced a sus extravagantes teorías sobre la naturaleza de la muerte y la posibilidad de sojuzgarla artificialmente. Sus tesis, despiadadamente ridiculizadas por profesores y compañeros, se basaban en la naturaleza esencialmente mecánica de la vida y giraban en torno a la forma de hacer funcionar la maquinaria orgánica del ser humano mediante una calculada acción química, tras fallar el proceso natural. Durante sus experimentos con varias soluciones animadoras había dado muerte y tratado a un número incalculable de conejos, cobayas, gatos, perros y monos, hasta transformarse en el pesado número uno de la facultad. A veces había obtenido signos de vida en animales supuestamente muertos, y en algunos casos esos signos habían sido llamativos; pero pronto comprendió que perfeccionar su proceso, de ser posible, implicaba una vida dedicada a la investigación. Además se hizo patente, a partir del hecho de que la misma solución no era efectiva sobre distintas especies, que necesitaría material humano para lograr progresos posteriores y más concretos. Ahí estuvo el primer conflicto con las autoridades académicas, y ulteriores experimentos fueron prohibidos nada menos que por la decisión del propio decano de la facultad... el docto y bondadoso doctor Allan Halsey, cuyos esfuerzos en pro de los dolientes son recordados por todos los viejos de Arkham.

Yo siempre fui excepcionalmente tolerante con los propósitos de West, y a menudo discutíamos sus teorías, cuyas ramificaciones y corolarios resultaban casi

²⁵ *Herbert West-Reanimator* (septiembre 1921/3 de octubre de 1922). Primera publicación: *Home Blew*, febrero-julio de 1922. Publicado en *Weird Tales*, 1942. Se conserva un esbozo de los seis episodios.

infinitos. Sosteniendo con Haeckel que toda vida es un proceso físico y químico, y que la tan cacareada alma era un mito, mi amigo pensaba que la reanimación artificial de los muertos podía depender tan sólo del estado de los tejidos, y que, a no ser que hubiera comenzado la descomposición, un cadáver con todos sus órganos era susceptible de recobrar, a través de los medios adecuados, ese estado característico llamado vida. West comprendía que la vida física e intelectual podía resultar irremediabilmente dañada por un ligero deterioro de las sensibles células cerebrales. Eso había sido al principio de su búsqueda de un agente capaz de restaurar la vitalidad antes de la verdadera llegada de la muerte, y sólo repetidos fracasos en animales lo habían convencido de que los procesos vitales naturales y artificiales resultaban incompatibles. Entonces buscó especímenes extremadamente recientes, inyectándoles sus soluciones inmediatamente después de la muerte. Fue eso lo que hizo tan desidiosamente escépticos a los profesores, que suponían que no había tenido lugar un verdadero fallecimiento. No se detuvieron a examinar atenta y razonadamente el asunto.

No mucho después de que la facultad censurara su investigación, West me confió su decisión de conseguir cuerpos humanos recientes a cualquier precio y continuar secretamente los experimentos que no podía realizar de forma abierta. Resultaba bastante espeluznante oírle discurrir sobre formas y medios, ya que en la facultad nunca nos habíamos procurado por nosotros mismos los ejemplares de anatomía. Cada vez que había necesidad en la sala de disección, un par de negros del lugar se ocupaban del asunto, y pocas veces se les hacían preguntas. Por entonces, West era un joven pequeño y delgado, con delicadas facciones, gafas, pelo amarillo, pálidos ojos azules y una vocecita débil, y resultaba extraño oírle explayarse sobre los méritos comparativos del camposanto de la Iglesia de Cristo y la fosa común. Finalmente, nos decidimos por éste último, ya que en la Iglesia de Cristo prácticamente todos los cuerpos estaban embalsamados, algo ruinoso de antemano para los propósitos de West.

En ese tiempo yo era su ayudante activo y militante, y le ayudé a tomar todas sus decisiones, no sólo respecto al suministro de cuerpos, sino también a encontrar un lugar adecuado para nuestro espantable trabajo. Fui yo quien pensó en la abandonada granja Chapman, más allá de Meadow Hill, en donde habilitamos en la planta baja un cuarto de operaciones y un laboratorio, ambos dotados de cortinas oscuras destinadas a ocultar nuestras actividades de medianoche. El sitio estaba apartado de cualquier camino y fuera de la vista de otras casas, aunque no por eso eran menos necesarias las precauciones, ya que los rumores sobre luces extrañas, propaladas por algún caminante nocturno, atraerían sin demora el desastre sobre nuestra causa. Habíamos decidido que, en caso de ser descubierto, lo presentaríamos como un laboratorio químico. Poco a poco habíamos equipado nuestro siniestro escondrijo científico con materiales comprados en Boston o simplemente tomados prestados de la facultad —materiales meticulosamente convertidos en irreconocibles para cualquier ojo que no fuera el de un experto—, y nos habíamos provisto de picos y palas para el gran número de fosas que habríamos de abrir en el sótano. En la

facultad usábamos un horno crematorio, pero ese aparato era demasiado caro para nuestro laboratorio ilegal. Los cuerpos eran siempre una" molestia... incluso las pequeñas cobayas de los experimentos menores y clandestinos de la habitación de la pensión de West.

Seguíamos como vampiros las necrológicas locales, ya que nuestros experimentos requerían ciertas condiciones. Lo que buscábamos eran cadáveres recién muertos y sin embalsamar, preferiblemente libres de enfermedades lesivas y, por supuesto, dotados de todos sus órganos. Las víctimas de accidentes eran nuestras preferidas. No encontramos nada adecuado durante semanas, aunque estábamos en contacto con mortuorios y autoridades hospitalarias, obrando aparentemente en interés de la facultad, hasta donde podíamos actuar sin despertar sospechas. Pero siempre nos topábamos con que se nos habían adelantado, por lo que nos vimos obligados a proseguir durante el verano en Arkham, cuando sólo se impartían un número limitado de clases. Sin embargo, al final la suerte acabó sonriéndonos, ya que un día supimos de un ejemplar casi ideal en la fosa común: un obrero joven y robusto, ahogado la mañana antes en la charca de Sumner y enterrado sin demora y embalsamamiento con cargo a la ciudad. Esa tarde encontramos la nueva tumba y decidimos comenzar el trabajo apenas llegase la medianoche.

La tarea emprendida durante las negras horas de madrugada resultó repulsiva, aunque entonces no sufríamos el horror especial a los cementerios que experiencias posteriores imprimieron en nosotros. Llevábamos palas y linternas de petróleo, ya que aunque ya existían las eléctricas no eran tan buenas como los actuales artilugios de tungsteno. El desentierro resultó lento y sórdido —podría haber sido burdamente poético de ser nosotros artistas y no científicos— y nos sentimos aliviados al tocar con las palas madera. Cuando descubrimos la caja de pino, West bajó y quitó la tapa, sacando y recostando a su inquilino. Inclinandome, lo saqué de la fosa, y ambos nos ocupamos de devolver al sitio su primer aspecto. Ese asunto nos puso bastante nerviosos, sobre todo por culpa del cuerpo rígido y el rostro vacuo de nuestro primer botín, pero nos las ingeniamos para hacer desaparecer las pruebas de nuestra visita. Tras aplanar hasta la última paletada de tierra, metimos al espécimen en un saco de lona y nos fuimos a la vieja granja Chapman, más allá de Meadow Hill.

Sobre una improvisada mesa de disección en la vieja granja, a la luz de una potente lámpara de acetileno, el sujeto no parecía demasiado espectral. Había sido un joven fuerte y seguramente sin seso, de tipo completamente plebeyo —huesos grandes, ojos grises y cabello castaño—; un animal sano, sin complejidades

psicológicas y seguramente en posesión de procesos vitales de lo más simples y saludables. Ahora, con los ojos cerrados, parecía más dormido que muerto, aunque el detenido examen de mi amigo pronto no dejó lugar a dudas. Al fin teníamos lo que tanto tiempo había buscado West... un muerto de la clase ideal, dispuesto a la solución preparada para el caso humano según los más cuidadosos cálculos y teorías. La tensión se hacía inaguantable. Éramos conscientes de que apenas había posibilidad de éxito total, y no podíamos eludir espantosos miedos referentes a los posibles resultados grotescos de una animación parcial. Sobre todo, temíamos

aquello que atañía a la mente y los impulsos de la criatura, ya que en el tiempo posterior a la muerte algunas de las células cerebrales más delicadas bien podían haber resultado deterioradas. Yo mismo conservaba aún algunas curiosas creencias sobre el tradicional «espíritu» del hombre, y sentía cierto temor ante los secretos que podía desvelar alguien retornado de la muerte. Me preguntaba qué imágenes podía haber contemplado en las inaccesibles esferas este plácido joven, y que podría contar de ser plenamente resucitado. Pero mi asombro tampoco me desbordaba, ya que mayormente compartía el materialismo de mi amigo. Él mantenía la calma mejor que yo, y le inyectó una gran cantidad de su fluido en una vena del brazo, vendando inmediatamente después con firmeza la incisión.

La espera resultó enervante, pero West no flaqueó en ningún momento. Cada dos por tres aplicaba el estetoscopio al sujeto, sobrellevando filosóficamente los resultados negativos. Al cabo de tres cuartos de hora en los que no apareció el menor signo de vida, declaró defraudado que la solución era inadecuada, aunque decidió sacar el mayor partido posible de esta oportunidad e intentar una modificación de la fórmula antes de deshacerse de su macabro trofeo. Esta tarde habíamos cavado una tumba en el sótano y habíamos de rellenarla antes del alba... porque aunque teníamos cerrojo en la casa deseábamos evitar siquiera el riesgo remoto de un macabro descubrimiento. Así que llevándonos nuestra única lámpara de acetileno al laboratorio adyacente, dejamos a nuestro silencioso invitado sobre la losa, en la oscuridad, y empleamos todas nuestras energías en mezclar un nuevo preparado; el pesado y el medido era supervisado por West con un casi fanático cuidado.

El espantoso suceso se desencadenó de súbito, y fue totalmente inesperado. Yo trasvasaba algo de un tubo de ensayo a otro, y West se ocupaba del mechero de gas, remedo del mechero Bunsen en este edificio sin gas, cuando en la habitación a oscuras que habíamos abandonado estalló la más demoniaca y espantosa sucesión de gritos que nunca haya oído. Si aquel caos de sonidos infernales se debieran a que los mismos infiernos se hubieran abierto para dejar escapar la agonía de los condenados, no hubieran resultado más indecibles, ya que en esa inconcebible cacofonía se condensaba todo el supremo terror y la antinatural desesperación de la naturaleza animada. No pudo ser humana —tales sonidos no son posibles en un hombre—, y, sin pensar en nuestra actual tarea o en el posible descubrimiento, West y yo brincamos como animales acosados hacia la ventanas más próxima; volteando tubos, lámpara y retortas, saltando enloquecidos a la sima estrellada de la noche rural. Creo que nosotros mismos gritábamos frenéticos mientras dábamos tumbos aterrados hacia la ciudad, aunque en los arrabales nos forzamos a contenernos... al menos lo bastante como para parecer noctámbulos juerguistas que se tambaleaban de vuelta a casa tras la farra.

No nos separamos, ingeniándonoslas para llegar a la alcoba de West, donde estuvimos hablando en susurros bajo la luz de gas hasta el alba. Así nos calmamos un poco con teorías racionales y planes de indagación, lo bastante como para dormir por el día... ausentándonos de las clases. Pero esa tarde dos sucesos consignados en el periódico, carentes por completo de relación, nos impidieron dormir. La vieja y

abandonada casa Chapman había ardido inexplicablemente hasta convertirse en cenizas, lo que era entendible para nosotros merced a la lámpara derribada. Pero además, se había registrado un conato de violar una tumba en el fosa común, como si hubieran escarbado en vano, sin pala, en la tierra. Eso no podíamos entenderlo, ya que habíamos aplanado el montículo con el mayor de los cuidados.

Y a lo largo de diecisiete años West miraba con frecuencia a sus espaldas, dándose a imaginar pisadas tras de sí. Ahora ha desaparecido.

II

El demonio de la plaga

Nunca olvidaré el odioso verano de hace dieciséis años, cuando, como un malsano efrít²⁶, el tifus se difundió de forma implacable por todo Arkham. Son muchos los que recuerdan ese año debido a aquel satánico azote, ya que un verdadero pánico se desató con alas de murciélago sobre las pilas de ataúdes en la tumbas del cementerio de la Iglesia de Cristo; aunque yo recuerdo esa época por un terror aún mayor... un horror que, ahora que Herbert West ha desaparecido, tan sólo yo conozco.

West y yo hacíamos trabajo de posgraduado en clases de verano en la facultad de Medicina de la Universidad de Miskatonic, y mi amigo había adquirido gran notoriedad gracias a sus experimentos destinados a revivir a los muertos. Tras la matanza científica de incontables animalejos, su monstruoso trabajo había sido detenido aparentemente por orden de nuestro escéptico decano, el doctor Allan Halsey; pero West había seguido realizando ciertas pruebas secretas en su siniestra pensión, y en una ocasión terrible e inolvidable había robado un cuerpo humano de la fosa común llevándoselo a una granja abandonada del otro lado de Meadow Hill.

Yo estaba con él en esa espantosa ocasión y le vi inyectar en las venas yertas el elixir que él creía capaz hasta cierto punto de restaurar la vida química y los procesos físicos. Esto tuvo un final horrible —en un delirio de espanto que gradualmente íbamos achacando a nuestros nervios alterados—, y en adelante West nunca fue capaz de sacudirse una enloquecedora sensación de ser acechado y perseguido. El cuerpo no estaba lo bastante fresco; resultaba obvio que, para restaurar los atributos mentales normales, el cuerpo debía ser de hecho sumamente reciente, y el incendio de la vieja casa nos había impedido enterrar a la cosa. Hubiera sido mejor tener la certeza de que estaba bajo tierra.

Tras esa experiencia, West había postergado por algún tiempo sus experimentos; pero como el celo científico iba poco a poco rebrotando, volvió a importunar a los responsables de la facultad, pidiendo usar la sala de disección, así como sujetos humanos recientes, para el trabajo que él consideraba tan importante. Sus peticiones, sin embargo, fueron infructuosas, ya que la decisión del doctor

²⁶ Demonio de la mitología árabe. (N. del T).

Halsey era irrevocable y los otros profesores respaldaban unánimemente el veredicto de su superior. En la radical teoría de la reanimación no veían sino los desvaríos inmaduros del entusiasmo juvenil de alguien cuyo cuerpo pequeño, pelo amarillo, ojos azules cubiertos con gafas y vocecita débil no permitía atisbar el sobrehumano —casi diabólico— poder del frío cerebro que albergaban. Aun puedo verlo como era entonces... y me estremezco. Se endurecieron sus facciones, pero jamás envejeció. Y ahora el asilo Sefton ha sufrido la desgracia y West ha desaparecido.

West tuvo una desagradable discusión con el doctor Halsey cerca del final de nuestro periodo de graduación; una disputa verbal que le reportó a él menos crédito que al cortés decano en lo tocante a la educación. Veía todo aquello como un retardo innecesario e irracional a su trabajo, inmensamente grande; algo que podía, desde luego, abordar él mismo en los años siguientes, pero que deseaba comenzar mientras aún tenía acceso a las excepcionales facilidades de la universidad. Que aquellos vejestorios, apegados a la tradición, ignoraran sus singulares resultados con animales y persistieran en la negación de la posibilidad de reanimación, resultaba sumamente exasperante y casi incomprensible para un joven con un temperamento tan lógico como West. Sólo una madurez posterior podría haberle ayudado a entender la crónicas limitaciones mentales del tipo «profesor-doctor»... el producto de generaciones de patético puritanismo; amable, concienzudo, en ocasiones gentil y amigable; pero siempre estricto, intolerante, formalista y corto de miras. Los años reservan más comprensión para esos caracteres incompletos pero buenos, cuyo peor vicio residen en la timidez, y que acaban siendo castigados con el ridículo general por sus pecados intelectuales... pecados como el ptolomeísmo, calvinismo, antidarwinismo, antinietzschenismo y toda clase de clericalismo y apego a lo pomposo. West, joven a pesar de sus maravillosas concepciones científicas, tenía poca paciencia con el doctor Halsey y sus doctos colegas, albergando un creciente resentimiento que iba unido a un deseo de probar sus teorías a aquellos obtusos personajes en alguna forma impactante y definitiva. Como la mayoría de los jóvenes, se abandonaba a elaboradas ensoñaciones de venganzas, triunfos y magnánimo perdón final.

Y entonces había aparecido el azote, sonriente y letal, proveniente de las cavernas de pesadilla del tártaro. West y yo nos habíamos graduado más o menos en la época en que se desató, pero habíamos permanecido en la facultad de verano para trabajos complementarios, por lo que nos encontrábamos en Arkham cuando se desencadenó con toda su furia sobre la ciudad. Aunque aún no éramos médicos titulados, teníamos ya la graduación y se nos enroló apresuradamente en los servicios públicos mientras crecía el número de afectado. La situación se hallaba fuera de control y las muertes se sucedían con tanta rapidez que los enterradores locales estaban desbordados. Entierros sin embalsamar tenían lugar en rápida sucesión, y aun el tanatorio de la Iglesia de Cristo estaba saturado con ataúdes de muertos sin embalsamar. Esto no pasó desapercibido para West, que a menudo pensaba en lo irónico de la situación... ¡tanto sujeto fresco y ninguno idóneo para sus fines! Estábamos espantosamente atareados, y el temor mental y la tensión nerviosa

hacían cavilar morbosamente a mi amigo.

Pero los corteses oponentes de West no se hallaban menos agobiados por agotadoras obligaciones. La facultad estaba totalmente cerrada, y los doctores de la facultad ayudaban a combatir la epidemia de tifus. El doctor Halsey en concreto se distinguió por su abnegado servicio, utilizando todo su conocimiento, con todas las fibras de su ser, en casos que muchos otros rehuían por el peligro que suponían o por su aparente falta de solución. El indomable decano se convirtió antes de un mes en un héroe popular, aunque él no parecía percatarse de su fama y luchaba por evitar el colapso por fatiga física y agotamiento nervioso. West no podía por menos que albergar cierta admiración por la fortaleza de su antagonista, pero por eso mismo estaba aún más dispuesto a probarle la verdad de sus asombrosas doctrinas. Gracias a la descoordinación en las reglas de la facultad y las de los servicios municipales, se las arregló para introducir solapadamente un cadáver reciente en la sala de disección de la universidad una noche, y en mi compañía le inyectó una nueva variante de la solución. El ser llegó a abrir los ojos, pero se limitó a mirar al techo con una mirada de horror que petrificaba el alma antes de derrumbarse en un estado inerte del que no pudimos sacarlo. West dijo que no era bastante reciente... el aire cálido del verano no ayuda a conservar los cadáveres. Esa vez casi nos descubrieron antes de poder incinerar el cadáver, y West dudaba de la prudencia de repetir ese osado abuso del laboratorio de la facultad.

El punto culminante de la epidemia tuvo lugar en agosto. West y yo estuvimos al borde de la muerte, y el doctor Halsey falleció el 14. Todos los estudiantes acudieron al apresurado funeral de 15, portando una impresionante corona que se vio oscurecida por las muestras enviadas por los ciudadanos adinerados de Arkham y el ayuntamiento. Fue casi un acto público, ya que sin lugar a dudas el decano había sido un benefactor público. Tras el entierro estábamos todos algo deprimidos y pasamos la tarde en el bar de Commercial House, donde West, aunque afectado por la muerte de su principal contrincante, no dejó de estremecernos con alusiones a sus famosas teorías. La mayoría de los estudiantes se fueron yendo a casa, o a sus distintas obligaciones, en el transcurso de la tarde; pero West me convenció para que le ayudase a «sacar jugo a la noche». La patrona de West nos vio llegar a su cuarto sobre las dos de la mañana llevando un tercer hombre entre los dos, y le contó a su marido que sin lugar a dudas habíamos comido y bebido de más.

Aparentemente, la agria patrona tenía razón, ya que sobre las tres de la madrugada la casa entera despertó con los gritos que salían del cuarto de West, donde, tras derribar la puerta, nos encontraron a los dos caídos inconscientes sobre la alfombra ensangrentada, apaleados, arañados y magullados, con los añicos de las botellas y el instrumental de West desparramados en torno nuestro. Tan sólo una ventana abierta indicaba el paradero de nuestro asaltante, y muchos se preguntaron qué habría sido del mismo tras el terrorífico salto que debía haber dado desde el segundo piso hasta el césped de la calle. Había ropas extrañas en el cuarto, pero West, apenas recobró el sentido, dijo que no pertenecían al desconocido, sino que eran muestras para análisis bacteriológicos recogidas en el transcurso de sus

investigaciones sobre la transmisión de enfermedades contagiosas. Mandó quemarlas cuanto antes en la gran chimenea. Ambos manifestamos a la policía nuestra ignorancia sobre la identidad de nuestro último compañero. Según dijo nervioso West, era un forastero amigable que habíamos encontrado en algún bar de difícil precisión. Estábamos todos bastante alegres, y West y yo no habíamos querido que detuvieran a nuestro peleón compadre.

Esa misma noche comenzó el segundo horror de Arkham... el horror que eclipsó a la misma epidemia. El cementerio de la Iglesia de Cristo fue el escenario de un asesinato terrible; un guarda había sido despedazado en una forma que no sólo era demasiado espantosa para ser descrita, sino que llevaba a la policía a dudar del origen humano del homicida... fue al alba cuando se descubrió aquel indecible suceso. El encargado de un circo en la vecina ciudad de Bolton fue interrogado al respecto, pero él juraba que ninguna bestia en ningún momento se había escapado de las jaulas. Quienes descubrieron el cuerpo hallaron un rastro de sangre que llevaba al tanatorio, donde un charco de sangre relucía en el cemento, al pie de la puerta. Un rastro aún más débil llevaba a los árboles, pero pronto desaparecía.

La noche siguiente los demonios bailaron sobre los tejados de Arkham, y una locura antinatural aulló con el viento. Por la apestada ciudad se escabullía una maldición que algunos consideraban mayor que el incorpóreo espíritu demoníaco de la misma plaga. Ocho casas fueron asaltadas por un ser indescriptible que sembraba muerte roja a su paso... en total, aquel monstruo mudo y sádico que rondaba por los alrededores dejó a sus espaldas diecisiete restos mutilados e informes. Unos pocos llegaron a entreverle en la oscuridad y lo describieron blanco y semejante a un mono deforme o a un demonio antropomorfo. No siempre había dejado tras de sí todo lo atacado, ya que a veces tenía hambre. El número de los que había matado se elevaba a catorce, ya que tres de los cuerpos habían estado dentro de casas infectadas y ya no se encontraban con vida en el momento del ataque.

La tercera noche, frenéticas bandas de perseguidores encabezados por la policía lo capturaron en una casa de Crane Street, cerca del *campus* de la Miskatonic. La búsqueda fue organizada minuciosamente, manteniéndose en contacto mediante operadores telefónicos voluntarios, y cuando alguien en el distrito universitario informó haber oído rasguñar contra una ventana cerrada, la red se cerró con rapidez. Gracias a las generales alarma y precaución, sólo hubo otras dos víctimas, y la captura se llevó a cabo sin mayores contratiempos. Aquel ser fue finalmente detenido por una bala, aunque no de forma fatal, y llevado al hospital local entre la general excitación y repugnancia.

Había sido un hombre. Resultaba patente a pesar de sus nauseabundos ojos, la mudez simiesca y la ferocidad demoníaca. Le vendaron la herida y lo enviaron al manicomio de Sefton, donde estuvo durante dieciséis años golpeándose la cabeza contra los muros en una celda acolchada... hasta lo sucedido recientemente, cuando escapó en unas condiciones que pocos gustan de mencionar. Lo que resultó más repugnante a los perseguidores de Arkham fue aquello que descubrieron al limpiar el rostro del monstruo... aquel burlón, increíble parecido con un erudito y sacrificado

mártir que fuera enterrado tres días atrás... el finado doctor Allan Halsey, benefactor público y decano de la Universidad de Miskatonic.

Tanto el desaparecido Herbert West como yo sufrimos un disgusto y horror supremos. Aún me estremezco esta noche al pensarlo; y me estremezco aún más de lo que lo hice aquella mañana mientras West murmuraba bajo sus vendajes:

—Maldita sea, ¡no estaba lo *bastante* fresco!

III

Seis tiros a la luz de la luna

No es frecuente disparar con gran precipitación los seis tiros de un revólver cuando con uno sería sin duda suficiente, pero muchas cosas en la vida de Herbert West eran insólitas. No es normal, por ejemplo, que un joven médico recién salido de la facultad se vea obligado a ocultar los motivos que guían su elección de residencia y consulta; sin embargo, ése fue el caso de Herbert West. Cuando ambos obtuvimos nuestros títulos en la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic e intentamos aliviar nuestra escasez de medios estableciéndonos como médicos generales, nos cuidamos de no decir que habíamos elegido nuestra casa porque era solitaria en extremo y porque se encontraba lo más cerca posible de la fosa común.

Tales cosas rara vez carecen de causa, y, de hecho, no era este nuestro caso, ya que nuestras necesidades eran el resultado de un gran trabajo, sumamente impopular. De puertas afuera no éramos sino médicos, pero tras eso se encontraban miras mucho más grandes y terribles... ya que el eje de la existencia de Herbert West consistía en una búsqueda a través de los negros y prohibidos reinos de lo ignoto, mediante la que esperaba desvelar el secreto de la vida y devolver una perpetua animación al frío barro del cementerio. Una investigación así requiere extraños materiales como, por ejemplo, cuerpos humanos recientes, y, para estar surtido de tales cosas imprescindibles, uno debe residir reservadamente y no lejos de un lugar de enterramientos informales.

West y yo nos habíamos conocido en la facultad, siendo yo el único en mirar con simpatía sus terribles experimentos. Poco a poco me había convertido en su inseparable asistente, y ahora, fuera ya de la facultad, seguíamos unidos. No resultó fácil encontrar un buen lugar para dos doctores asociados, pero al fin la influencia de la universidad nos aseguró una consulta en Bolton... una ciudad industrial cercana a Arkham, el emplazamiento de la facultad. Las Tejedurías de Bolton son las mayores del valle del Miskatonic, y sus políglotas trabajadores nunca han sido bien recibidos como pacientes por los médicos locales. Elegimos nuestra casa con el mayor de los cuidados, escogiendo por fin una granja bastante destartada cerca del final de la calle Pond, a cinco números del vecino más próximo y separados de la fosa común local tan sólo por una extensión herbosa, biselada por una angosta franja de bosque bastante espeso que había al norte. La distancia resultaba mayor de lo que

hubiéramos querido, pero no podíamos escoger una casa más cercana sin pasar al otro lado del campo, fuera por completo del distrito industrial. Sin embargo, tampoco estábamos tan a disgusto, ya que no había gente entre nosotros y nuestra siniestra fuente de suministros. La caminata resultaba algo larga, pero podíamos transportar sin impedimentos nuestros especímenes.

Nuestro trabajo fue sorprendentemente abundante desde el comienzo... lo bastante como para satisfacer a la mayoría de jóvenes médicos, y lo bastante grande como para resultar un aburrimiento y una fatiga a estudiosos cuyos verdaderos intereses estaban en otro lado. Los obreros del textil eran de inclinaciones de lo más turbulentas y, aparte de sus necesidades normales, se presentaban con tantos golpes y navajazos, fruto de las reyertas, que llegaban a desbordarnos. Pero lo que en verdad ocupaba nuestros pensamientos era el laboratorio secreto que habíamos habilitado en el sótano... el laboratorio con la gran mesa bajo luces elécticas, donde, durante la madrugada, solíamos inyectar a menudo las más diversas soluciones de West en las venas de los seres extraídos de la fosa común. West experimentaba a ciegas buscando algo que devolviera la actividad vital humana tras haberse detenido en eso que conocemos como muerte, pero se había topado con obstáculos de lo más espantoso. La solución se preparaba de distinta forma para seres diferentes... lo que servía con un cobaya no servía con un ser humano, y distintos tipos humanos necesitaban grandes variaciones.

Los cuerpos habían de ser excepcionalmente recientes o cualquier leve descomposición de los tejidos cerebrales impediría una reanimación perfecta. De hecho, el mayor problema residía en lograr uno lo bastante fresco... West había sufrido experiencias horribles durante sus secretas investigaciones en la facultad con cadáveres de dudosa cosecha. El resultado de una animación parcial o imperfecta era mucho más espantoso que un fracaso total, y ambos guardábamos tremendos recuerdos de cosas así. Siempre, tras nuestra primera y demoniaca sesión en una granja abandonada en Meadow Hill, en Arkham, habíamos sentido una especie de amenaza al acecho; y West, aunque en muchos aspectos era un autómatas científico, calmoso, rubio y de ojos azules, a menudo confesaba una estremecedora sensación de estar siendo implacablemente perseguido. Se sentía a medias acosado; una ilusión psicológica fruto de los nervios alterados, acentuada por el hecho innegablemente turbador de que al menos uno de los especímenes que habíamos reanimado continuaba con vida... un espantoso caníbal recluido en una celda acolchada de Sefton. También hubo otro, el primero, del que nunca llegamos a conocer su destino exacto.

Tuvimos buena suerte con los especímenes en Bolton... mucho mejor que en Arkham. No había transcurrido una semana desde que nos instalamos y ya conseguimos la víctima de un accidente en la misma noche de su entierro, y conseguimos que abriera los párpados con una expresión asombrosamente racional en los ojos, antes de que fallase la solución. Había perdido un brazo... de haber estado en buenas condiciones hubiéramos logrado más. De ahí a enero logramos otros tres; uno resultó un fracaso total, en otro conseguimos evidente movimiento

muscular, y en el tercero registramos un hecho bastante estremecedor... se alzó y articuló un sonido, Luego vino un periodo de escasa suerte; bajó el número de entierros y los acontecidos fueron de especímenes demasiado enfermos o mutilados para sernos útiles. Nosotros seguíamos la pista a cada muerte y sus circunstancias con sistemático cuidado.

Una noche de marzo, sin embargo, logramos de forma inesperada un sujeto que no provenía de la fosa común. En Bolton, el mayoritario espíritu puritano había proscrito el deporte del boxeo... con el resultado de costumbre. Combates clandestinos y mal preparados estaban a la orden del día entre los obreros del textil, y a veces importaban profesionales de poca monta. Esa noche de fines de invierno había tenido lugar un combate, evidentemente con un desastroso final, ya que un par de atemorizados polacos habían llegado hasta nosotros rogándonos con incoherentes susurros que atendiésemos un caso sumamente secreto y desesperado. Les seguimos hasta un granero abandonado, donde los rezagados de una multitud de espantados extranjeros observaban una forma negra e inmóvil caída en el suelo.

El combate fue entre Kid O'Brien —un joven estúpido y ahora tembloroso que poseía una nariz ganchuda de lo menos hibernia que uno pueda imaginar— y Buck Robinson, «El Nubarrón de Harlem». El negro había quedado fuera de combate, y un rápido examen nos mostró que así seguiría por siempre. Era un personaje gorillesco, espantoso, con brazos anormalmente largos que no podían por menos que recordar patas, y un rostro que evocaba reminiscencias de los indecibles secretos del Congo y los tam-tam que batían bajo una luna escalofriante. El cadáver debía haber parecido aún peor en vida... pero hay muchos feos sueltos por el mundo. El miedo colgaba sobre aquel gentío digno de lástima, ya que no sabían con exactitud qué haría la justicia con ellos si el asunto veía la luz pública, y se sintieron sinceramente agradecidos cuando West, a pesar de mi involuntario estremecimiento, se ofreció a deshacerse discretamente del cuerpo... para algo que yo conocía demasiado bien.

Había un brillante claro de luna sobre el paisaje sin nieve, pero nosotros vestimos al cuerpo y nos lo llevamos a casa entre los dos atravesando calles vacías y praderas, tal y como habíamos transportado un cuerpo similar cierta horrible noche en Ark-ham. Llegamos a casa atravesando el campo de atrás, lo metimos por la puerta posterior y lo bajamos por la escalera del sótano; allí lo dispusimos para el experimento acostumbrado. Teníamos un miedo tremendo a la policía, aunque habíamos cronometrado nuestro paseo para esquivar al solitario sereno de la vecindad.

El resultado fue de un fatigoso anticlímax. Espectral como era nuestro botín, no respondió en absoluto a ninguna de las soluciones que inyectamos en su negro brazo; soluciones preparadas para experimentar exclusivamente con especímenes blancos. Así que, según la hora iba aproximándose peligrosamente al alba, hicimos lo de siempre... arrastrar el cuerpo por los prados hasta la faja de árboles cercana a la fosa común y enterrarlo en lo más parecido a una tumba que pudimos abrir en el suelo helado. La fosa no era demasiado profunda, pero tan buena como la del anterior sujeto... el cuerpo que se levantó para proferir un sonido. A la luz de nuestras

linternas sordas la cubrimos cuidadosamente con hojas y ramas secas, completamente seguros de que la policía nunca daría con ella en un bosque tan oscuro y denso.

Pasé el día siguiente temiendo la aparición de la policía, ya que un paciente nos llegó con el rumor de que se sospechaba que había tenido lugar un combate y una muerte. West tuvo además una fuente adicional de preocupaciones, ya que había sido llamado por la tarde para atender un caso que terminó de una forma sumamente amenazadora. Una italiana había sufrido bata y pantuflas, y empuñaba un revólver y una linterna eléctrica. Por el revólver, supe que pensaba más en el enloquecido italiano que en la policía.

—Es mejor que vayamos los dos —susurró—. No hay más remedio que contestar, y puede ser un paciente... sería muy propio de esos atorrantes el llamar a la puerta trasera.

Así que ambos bajamos las escaleras de puntillas, presos de un miedo en parte justificado y en parte achacable a algo procedente del espíritu en las extrañas horas de la madrugada. El golpear seguía, haciéndose algo más fuerte. Al llegar a la puerta, la desatramos cuidadosamente y abrimos, y mientras la luna se derramaba mostrando una figura silueteada en el vano, West hizo algo curioso. A pesar del obvio peligro de llamar la atención y hacer recaer sobre nuestras cabezas la temida investigación policial —algo que en el fondo era piadosamente aminorado por el relativo aislamiento de nuestra granja—, mi amigo súbita, excitada e innecesariamente vació los seis cilindros de su revólver sobre el visitante nocturno.

Porque tal visitante no era italiano ni policía. Amenazadora y odiosamente se recortaba contra la espectral luna algo gigantesco y deforme que no estaba hecho para ser imaginado fuera de las pesadillas... una aparición de ojos vidriosos, negra como la tinta, casi a cuatro patas, cubierta de pellas de moho, hojas y ramas, enloquecida y salpicada de sangre coagulada, llevando entre sus dientes relucientes un objeto blanco como la nieve, terrible, cilíndrico, que remataba en una mano diminuta.

IV

El grito del muerto

El grito de un muerto despertó en mí un agudo y creciente horror hacia el doctor Herbert West que acabó dañando los últimos años de nuestra convivencia. Resulta algo natural que el un ataque histérico debido a la desaparición de su hijo —un chaval de cinco años que había salido a primera hora de la mañana y no había vuelto a cenar— desarrollando síntomas seriamente preocupantes por cuanto que tenía un corazón débil. Era una histeria bastante tonta, ya que el chico se había escapado a menudo antes; pero los campesinos italianos son demasiado supersticiosos, y esa mujer estaba tan acuciada por presagios como por hechos.

Murió hacia las siete de la tarde, y su frenético esposo había montado una espantosa escena intentando matar a West, a quien acusaba desaforadamente de no salvar a su esposa. Sus amigos lo habían contenido cuando empuñó su estilete, pero West se marchó perseguido por sus gritos inhumanos, maldiciones y juramentos de venganza. El tipo, en su extrema aflicción, parecía haber olvidado a su hijo, que aún seguía perdido al caer la noche. Se dijo algo de buscar en el bosque, pero la mayoría de los amigos de la familia estaban ocupados con la muerta y el hombre vociferante. En conjunto, la tensión nerviosa a la que se había visto sometido West fue tremenda. Los pensamientos sobre policías y el italiano enloquecido pesaban grandemente sobre él.

Nos acostamos alrededor de las once, pero no logré dormir bien. Bolton tenía una fuerza de policía sorprendentemente buena, sobre todo siendo un pueblo tan pequeño, y no podía por menos que pensar atemorizado en ello que se organizaría si llegaba a trascender el asunto de la pasada noche. Podía imaginarme la conclusión de nuestro trabajo... y quizás la cárcel para West y para mí. No me gustaban esos rumores que corrían por doquier acerca de un combate. Cuando el reloj dio las tres, la luna brilló ante mis ojos, pero yo me di la vuelta sin levantarme a correr la cortina. Entonces llegó el firme golpeteo en la puerta trasera.

Permanecí silencioso y algo aturdido, pero no pasó mucho antes de que escuchara a West llamando en mi puerta. Iba en que un difunto grite despierte horror, ya que es obvio que no es placentero ni ordinario; pero yo estaba avezado en experiencias similares, así que lo que me impresionó en tal ocasión fue tan sólo un circunstancia particular. Y, tal como ya he dado a entender, no fue el muerto en sí lo que me causó espanto.

Herbert West, de quien yo era socio y asistente, tenía miras científicas muy apartadas de la habitual rutina de un médico rural. A eso se debía el que, al establecer consulta en Bolton, hubiera buscado una casa solitaria y cercana a la fosa común. Para ser breves y directo, el único y absorbente interés de West residía en su oculto estudio del fenómeno de la vida y su fin, con miras a la reanimación de los muertos mediante la inyección de una solución excitante. Para estos fantasmales experimentos se necesitaba un constante repuesto de cuerpos humanos excepcionalmente frescos; sumamente recientes debido a que la más mínima degeneración dañaría sin remedio la estructura cerebral, y humano porque habíamos comprobado que la solución había de ser distinta dependiendo del tipo de organismo. Había dado muerte y experimentado con montones de conejos y cobayas, pero eso no conducía a ninguna parte. West nunca había logrado un triunfo completo porque jamás había sido capaz de obtener un cadáver lo suficientemente reciente. Lo que él buscaba eran cuerpos que terminasen de perder la vitalidad, cuerpos con cada una de sus células intactas y capaces de recibir de nuevo el impulso hacia esa variante del movimiento llamada vida. Teníamos esperanzas de que esta segunda vida artificial podría convertirse en eterna mediante dosis sucesivas de la inyección, pero habíamos comprobado que una vida natural normal no respondía al tratamiento. Para provocar aquel movimiento artificial, la vida natural debía

apagarse... los especímenes habían de estar muy frescos, pero muertos por completo.

Esta búsqueda espantosa comenzó cuando West y yo éramos estudiantes en la facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic, en Arkham, totalmente convencidos desde nuestros comienzos de que la naturaleza de la vida era completamente mecánica. Eso fue hacía siete años, pero West apenas parecía un día más viejo... delgado, rubio, pulcramente afeitado, con voz suave y gafas, con sólo algún fugaz relámpago de mirada azul y fría delatando el progresivo endurecimiento y fanatismo que iba tomando su carácter bajo la presión de sus terribles investigaciones. Nuestros experimentos solían resultar espantosos en extremo; el efecto de una reanimación defectuosa, con aquellos restos de carne de fosa abocados a una actividad mórbida, antinatural y descerebrada, fruto de diversas modificaciones de la solución vital.

Uno había lanzado un grito escalofriante, otro se había alzado con violencia, golpeándonos hasta sumirnos en el desmayo, huyendo después enloquecido, comportándose de estremecedora manera antes de poder ser recluido tras los barrotes de un manicomio; y otro más, una deforme monstruosidad africana, había escapado con sus zarpas de la tumba y había sembrado la muerte... West tuvo que dispararle. No conseguíamos cuerpos lo bastante frescos como para dar rastros de razón al reanimarlos, lo que, inevitablemente, había dado a luz indescriptibles horrores. Era perturbador el pensar que uno, quizás dos, de nuestros monstruos seguían con vida... esa idea nos estuvo acosando con insistencia, hasta que West terminó por desaparecer en espantosas circunstancias. Pero cuando sonó el grito en el laboratorio del sótano, en la solitaria granja de Bolton, nuestros miedos estaban subordinados por nuestra ansia de sujetos realmente frescos. West mostraba aún más avidez que yo, así que casi me parecía que contemplaba codiciosamente a cualquier personaje vivo y saludable.

En julio de 1910 la mala suerte a la hora de conseguir especímenes comenzó a cambiar. Yo había realizado una larga visita a mis padres en Illinois y, al volver, encontré a West en estado de singular regocijo. Según me contó, había resuelto por completo el problema de la frescura mediante una aproximación al asunto desde un ángulo completamente distinto... el de la conservación artificial. Yo ya sabía que estaba trabajando en una fórmula embalsamadora nueva y totalmente diferente, y no me sorprendió que hubiera tenido éxito; pero hasta que me dio los pormenores yo no sabía cómo algo parecido a una fórmula habría de ayudarnos en nuestro trabajo; ya que la dudosa conservación de los sujetos era debida sobre todo al lapso transcurrido entre la muerte y su utilización. Según vi, West lo había tenido en cuenta, creando su fórmula embalsamadora para usos más futuros que inmediatos, preveyendo que el destino pusiese en sus manos algún cadáver reciente e insepulto, tal como sucediera años atrás con aquel negro muerto en un combate de boxeo en Bolton. Al fin, la suerte nos fue propicia, ya que teníamos en el laboratorio secreto del sótano un cadáver cuya descomposición no podía haber comenzado. Lo que pasaría al reanimarlo y lo que podíamos esperar de un revivido en su mente y su razón, era algo que West no osaba predecir. El experimento marcaría un hito en nuestros

estudios, y él había preservado el cuerpo hasta mi regreso, de forma que ambos compartiéramos la experiencia en la forma habitual.

West me informó de cómo había obtenido el espécimen. Era un hombre vigoroso, un forastero bien vestido, recién llegado en tren para realizar algún negocio con las Tejedurías de Bolton. El paseo por la ciudad había sido largo, y en su transcurso el viajero se detuvo en nuestra granja para informarse sobre el camino a las factorías, entonces el corazón le había fallado. Había rechazado un estimulante y, un instante después, caía muerto. El cuerpo, como es lógico, resultó un regalo del cielo para West. En su breve conversación el forastero había dejado claro que era desconocido en Bolton, y un registro de sus bolsillos permitió saber que se trataba de Robert Leavitt de San

Luis, al parecer sin familiares que pudieran indagar acerca de su desaparición. Si no lográbamos devolver la vida a este hombre, nadie conocería nuestro experimento. Solíamos enterrar el material en una espesa franja del bosque situado entre la casa y la fosa común. Si, en cambio, lográbamos devolvérsela, nuestra fama quedaría asentada de una forma brillante y perpetua. Así que sin mayor demora West le inyectó en la muñeca la fórmula que lo conservaría hasta mi llegada. El tema del corazón, sin duda enfermo y que en mi opinión amenazaba el éxito de nuestro experimento, no parecía preocupar demasiado a West. Queríamos lograr por fin lo que no pudimos anteriormente... una reavivada chispa de razón y quizás incluso un ser vivo normal.

Así que en la noche del 18 de julio de 1910, Herbert West y yo estábamos en el laboratorio del sótano contemplando una figura blanca e inmóvil situada bajo el deslumbrante arco voltaico. La fórmula embalsamadora había trabajado extraordinariamente bien, y yo observaba fascinado ese cuerpo fornido que había estado dos semanas sin experimentar rigidez, y me vi movido a pedir a West que me confirmase su muerte. Su afirmación fue bastante tajante, recordándome que la solución reanimadora jamás se empleaba sin la cuidadosa certeza de la muerte, ya que carecía de efectos si el cuerpo conservaba un resto de vitalidad original. Mientras West daba los pasos preliminares, me sentí impresionado por la complejidad del nuevo experimento; tanta que él no dejaba que otra mano que no fuera la suya lo realizara. Prohibiéndome tocar el cuerpo, inyectó primero una droga en la muñeca, al lado de donde había introducido la aguja al suministrarle el líquido de embalsamar. Eso, me dijo, era para neutralizar la fórmula y permitir al sistema una relajación mediante la que la solución reanimante pudiera trabajar con libertad al ser inyectada. Algo más tarde, cuando los miembros yertos parecieron afectados por un cambio y un temblor muy leve, West cubrió violentamente el rostro agitado con algo parecido a una almohada y no la apartó hasta que el cadáver quedó tranquilo y dispuesto para nuestro intento de reanimación. El empalidecido entusiasta realizó ahora alguna última prueba para comprobar la muerte, se apartó satisfecho y acabó inoculando en el brazo izquierdo una dosis cuidadosamente medida del elixir vital, preparado por la tarde con un cuidado aún mayor que el mostrado en los días de facultad, cuando nuestras actividades eran novatas e inseguras. No puedo explicar esa espera extraña,

conteniendo el aliento, en la que aguardábamos los resultados en este espécimen, el primero realmente fresco... el primero en el que podíamos esperar con razón que abriera los labios para conversar coherentemente, quizás para contar qué había visto al otro lado del abismo insondable.

West era un materialista, no creyendo en el alma y achacando todo el funcionamiento de la conciencia a fenómenos corporales; en consecuencia, no buscaba desvelar espantosos secretos de los abismos y las cavernas de más allá de la barrera de la muerte. Yo no estaba totalmente en desacuerdo con sus teorías, aunque mantenía ciertos resabios instintivos de la vieja fe de mis antepasados, así que no podía dejar de mirar al cadáver con cierto toque de miedo y expectación temerosa. Además... no podía apartar de mi memoria ese grito odioso e inhumano oído la noche en que practicamos nuestro primer experimento en una granja abandonada de Arkham.

Pasó muy poco tiempo antes de que comprobáramos que el intento no había sido un fracaso total. Un rastro de color tiñó las mejillas, hasta entonces blancas como la tiza, extendiéndose bajo el asomo de barba amarilla, curiosamente tupido. West, que tomaba el pulso en la muñeca izquierda, cabeceó de repente significativamente, y casi al mismo tiempo el vaho hizo acto de presencia en el espejo que habíamos puesto ante la boca del muerto. Siguieron unos pocos movimientos musculares espasmódicos, y luego una respiración audible y un vaivén visible del pecho. Miré los párpados cerrados y creí detectar un estremecimiento. Entonces se abrieron, revelando unos ojos grises, tranquilos y vivos, aunque aún sin inteligencia o siquiera curiosidad.

Llevado de un capricho fantástico, susurré preguntas a las orejas sonrosadas, cuestiones acerca de otros mundos de los que la memoria aún no podía retener recuerdo. El posterior terror las expulsaría de mi mente, pero creo que la última, que repetía, era: «¿Dónde has estado?» No sé si obtuve o no respuesta, ya que ningún sonido brotaba de aquella boca agraciada; pero sé que en ese instante pensé que los labios delgados se movían en silencio, formando sílaba que yo podría haber vocalizado como «sólo ahora», si es que tal frase hubiera podido tener sentido o relevancia. Entonces, como digo, me regocijaba en la creencia del gran triunfo logrado, en que por primera vez un cuerpo reanimado había pronunciado palabras inteligibles llevado por una conciencia real. Un momento después ya no tenía duda sobre el éxito, sobre que la solución había funcionado de verdad, al menos temporalmente, en su primordial misión de restaurar la vida racional y articulada del muerto. Pero con el éxito me llegó el mayor de los horrores... horror no hacia el ser que hablaba, sino hacia lo que había visto realizar y hacia el personaje al que estaba ligada mi fortuna profesional.

Ya que ese cuerpo verdaderamente fresco, recobrando al fin plena y aterradora conciencia, con los ojos desorbitados por el recuerdo de la última escena vivida, agitó frenético las manos como luchando a vida o muerte con el aire y se sumió bruscamente en un fallecimiento segundo y definitivo del que no pudo ser arrebatado, prorrumpiendo en el alarido que retumbará eternamente en mi doliente

cerebro..

—¡Socorro! ¡Atrás, maldito diablejo rubiato... no te acerques con esa condenada aguja!

V

El horror de las sombras

Muchos hombres han contado horrores, jamás impresos, acaecidos en los campos de batalla de la Gran Guerra. Algunos me han hecho flaquear, otros me han provocados unas náuseas tremendas, mientras que aún otros me han hecho temblar y volver la vista a la espalda en la oscuridad; aunque, por muy malos que sean, creo que yo puedo relatar acerca del más odioso... el estremecedor, el antinatural, el increíble horror surgido de las sombras.

En 1919 era médico con grado de primer teniente en un regimiento canadiense, en Flandes, uno de los muchos americanos que precedieron a su propio gobierno en aquella gigantesca conflagración. No había entrado por propia iniciativa en el ejército, sino empujado, de forma bastante natural, por el alistamiento del hombre de quien era un ayudante indispensable... el renombrado cirujano de Boston, el doctor Herbert West. El doctor West había aguardado una posibilidad de servir como cirujano en la Gran Guerra, y en cuanto se le presentó la oportunidad me hizo acompañarlo casi en contra de mi voluntad. Había razones por las que me hubiera alegrado de que la guerra nos separase; motivos que me llevaban a encontrar la práctica de la medicina y la compañía de West progresivamente enervantes; pero cuando se trasladó a Ottawa y, gracias a influencias de la facultad, se agenció un puesto de médico con el grado de mayor, no pude resistirme a la imperiosa persuasión de alguien que estaba decidido a que lo acompañase ejerciendo mis funciones habituales.

Cuando digo que el doctor West estaba ansioso de servir en combate, no insinúo que fuera de talante guerrero o que se sintiese ávido de salvar la civilización. Era en todo momento una máquina intelectual, fría como el hielo; delgado, rubio, con ojos azules cubiertos con gafas, y creo que se reía en secreto de mi ocasional entusiasmo marcial y mi rechazo de la neutralidad a ultranza. Había, sin embargo, algo que le interesaba en la disputada Flandes, y para lograrlo tenía que asumir un puesto militar. Lo que él perseguía no era una cosa que muchas personas busquen, pues se trataba de algo tocante a la peculiar rama de ciencia médica que había optado por seguir a escondidas, y en la que había obtenido resultados asombrosos y, en ocasiones, horribles. Lo que pretendía era, en efecto, ni más ni menos que un abundante suministro de cadáveres recientes en diversos estados de desmembramiento.

Herbert West necesitaba cuerpos frescos porque la obra de su vida era la reanimación de los muertos. Su trabajo era ignorado por la acomodaticia clientela

entre la que rápidamente había cobrado fama al llegar a Boston, pero era sólo bien conocida por mí, su más íntimo amigo y su único ayudante desde los viejos tiempos de la Facultad de Medicina de la Universidad Miskatonic de Arkham. Fue en esos tiempos de facultad cuando comenzó sus terribles experimentos, primero con animalejos y posteriormente con cuerpos humanos obtenidos de maneras espeluznantes. Existía una solución que inyectaba en las venas de los muertos y, si estaban lo bastante frescos, respondían en extrañas formas. Tuvo grandes dificultades hasta lograr la fórmula apropiada, ya que había descubierto que cada tipo de organismo necesitaba un estimulante específico. El terror le rondaba al pensar en sus fallos parciales: seres indescriptibles que eran el resultado de las soluciones imperfectas o de cuerpos que no estaban lo bastante frescos. Cierta número de tales fracasos seguían con vida —uno estaba en un manicomio, otros se habían esfumado—, y al pensar en eventualidades concebibles aunque virtualmente imposibles se estremecía a menudo bajo su habitual talante imperturbable.

West pronto comprobó que la frescura absoluta era el principal requisito para los especímenes a utilizar, y, en consecuencia, había recurrido a medios espantosos y antinaturales para procurarse los cuerpos. En la facultad, y en el transcurso de nuestro primer trabajo en la ciudad industrial de Bolton, mi actitud hacia él había sido sobre todo de fascinada admiración; pero, al aumentar la audacia de sus métodos, comencé a desarrollar un miedo que me corroía. Me disgustaba su forma de mirar a los cuerpos sanos y vivos; y luego ocurrió aquella sesión de pesadilla en el laboratorio del sótano, cuando comprendí que cierto espécimen estaba aún con vida al ser cogido. Fue la primera vez que logró revivir el pensamiento racional en un cadáver, y tal éxito, logrado a un coste horrible, había acabado de endurecerlo.

No me atrevo a hablar de los métodos que empleó en los cinco años siguiente. Estaba unido a él por puro miedo y presencié sucesos que la lengua humana no puede articular. Poco a poco, Herbert West comenzó a resultarme más abominable aún que sus actos... y fue entonces cuando comprendí que su antaño comprensible celo científico por prolongar la vida había degenerado lentamente hacia una curiosidad que era sencillamente morbo y necrofilia, y un secreto regusto por el osario. Su interés se transformó en una demoniaca y perversa adicción a lo repelente e infernalmente anómalo; se complacía pausadamente en monstruosidades artificiales que harían caer muerta de espanto y disgusto a cualquier persona saludable; se convirtió, bajo su pálida intelectualidad, en un fastidioso Baudelaire de experimentos corpóreos... un lánguido Heliogábalo de las tumbas.

Asistía impávido al peligro; los crímenes perpetrados no le turbaban. Creo que la culminación tuvo lugar cuando comprobó su tesis de que podía restaurarse el raciocinio y vio que había nuevos mundos por conquistar con sus experimentos de reanimación sobre partes seccionadas de los cuerpos. Sostenía ideas extravagantes y originales sobre las propiedades vitales independientes de las células orgánicas y los tejidos nerviosos separados de sus sistemas fisiológicos naturales; y obtuvo algunos odiosos resultados previos en forma de tejidos siempre vivos, artificialmente nutridos, sacados a partir de huevos casi incubados de un indescriptible reptil

tropical. Estaba extremadamente ansioso de desvelar dos interrogantes biológicos... el primero, si cualquier vestigio de conciencia y acción racional era posible en ausencia del cerebro, gracias a la médula espinal y los diversos centros nerviosos; y segundo, si podía existir algún tipo de relación etérea e intangible, ajeno a las células materiales, conectando las diversas partes seccionadas de lo que previamente fuera un solo organismo vivo. Toda esta investigación requería un prodigioso suministro de carne recién muerta... y era por eso por lo que Herbert West se había enrolado rumbo a la Gran Guerra.

Aquel suceso fantasmal, imposible de relatar, ocurrió una medianoche, a finales de marzo. de 1915, en un hospital de campo situado en St. Eloi, tras las líneas. Me pregunto ahora si todo aquello no sería un demoniaco sueño de delirio. West contaba con un laboratorio particular en el ala este del improvisado edificio, similar a un granero, que le había sido asignado ante su afirmación de estar probando nuevos y radicales métodos para el tratamiento de casos desahuciados de mutilación. Trabajaba allí como un carnicero entre su sangrienta mercancía... nunca pude acostumbrarme a la despreocupación con que manipulaba y clasificaba ciertas cosas. A veces hacía milagros quirúrgicos con los soldados; pero sus apetitos predominantes eran de naturaleza menos pública y filantrópica, teniendo muchas veces que dar explicaciones sobre sonidos que resultaban peculiares aun entre esa babel de condenación. Entre esos sonidos eran frecuentes los disparos de revólver... sin duda comunes en el campo de batalla, pero sumamente insólitos en un hospital. Los sujetos reanimados del doctor West no estaban diseñados para vivir mucho tiempo ni ser mostrados. Aparte de tejidos humanos, West empleaba gran cantidad de tejido embrionario de reptil, cultivado con singulares resultados. Era mejor que el material humano en lo tocante a mantener con vida restos privados de órganos, lo que ahora era la principal actividad de mi amigo. En una oscura esquina del laboratorio, sobre una extraña incubadora, mantenía una gran tina tapada repleta de unas células germinales de reptil que se multiplicaban y crecían ruidosa y abominablemente.

La noche a la que me refiero habíamos obtenido un espléndido ejemplar reciente... un hombre de fuerte complexión, cuyo gran intelecto y sistema nervioso sensible estaba asegurado. Resultaba bastante irónico, ya que se trataba del oficial que había ayudado a West a lograr su puesto y que estaba a punto de convertirse en nuestro socio. Es más, en el pasado había estudiado en secreto la teoría de la reanimación bajo la tutela de West. El mayor sir Eric Moreland Clapham-Lee, D.S.O., era el mejor cirujano de nuestra división y había sido apresuradamente asignado al sector de St. Eloi apenas llegaron al cuartel general las noticias sobre el encarnizado combate que se estaba librando. Había acudido en un aeroplano pilotado por el intrépido teniente Ronald Hill, sólo para ser derribado ya sobre su destino. La caída había sido espectacular y espantosa; Hill quedó irreconocible, al tiempo que aquella catástrofe había casi decapitado al cirujano, dejándolo por lo demás intacto. West se había abalanzado viciosamente sobre el cuerpo sin vida del que fuera su amigo y compañero de estudios; me sentí estremecer cuando acabó de cortar la cabeza,

colocándola en su infernal tina de pulposos tejidos reptilianos para preservarla con miras a futuros experimentos, y procedió a colocar el cuerpo descabezado sobre la mesa de operaciones. Inyectó nueva sangre, ligó algunas venas, arterias y nervios de la garganta sin cabeza, cerrando la fantasmal abertura con piel injertada procedente de un espécimen sin determinar que había usado uniforme de oficial. Yo ya sabía su intención... determinar si el cuerpo, altamente organizado desde el punto biológico, podía mostrar, aun sin cabeza, algunos signos de la actividad mental que caracterizaran a sir Eric Moreland Clapham-Lee. En otro tiempo un investigador de la reanimación, ese tronco inmóvil era ahora usado de forma abominable para la experimentación.

Todavía puedo ver a Herbert West bajo la siniestra luz eléctrica inyectando su solución reanimadora en el brazo del cuerpo decapitado. No soy capaz de describir la escena... me desmayaría al intentarlo, ya que había locura en esa estancia rebosante de seres clasificados como en un osario, con sangre y restos menos humanos que llegaban casi al tobillo sobre el resbaladizo suelo, y con abominables anormalidades reptiles brotando, burbujeando e hirviendo sobre el espectral titilar verde azulado de la débil llama en una lejana esquina de negras sombras.

El sujeto, tal como observó repetidamente West, poseía un espléndido sistema nervioso. Esperábamos mucho de él, y, cuando mostró unos pocos movimientos espasmódicos, pude ver surgir un febril interés en el rostro de West. Estaba a punto, pensé, de obtener pruebas de su cada vez más segura opinión de que la conciencia, la razón y la personalidad pueden existir con independencia del cerebro... que el hombre no tiene un nodo central del espíritu, sino que no es más que una máquina de materia nerviosa, cada sección más o menos autónoma en sí misma. En una triunfante demostración, West había, de relegar los misterios de la vida a la categoría del mito. El cuerpo se estremecía con mayor vigor, y ante nuestros ávidos ojos comenzó a tensarse espantosamente. Los brazos se agitaron de forma inquietante, las piernas se alzaron y varios músculos se contrajeron en una repulsiva contorsión. Luego, el ser decapitado, levantó los brazos en gesto de inconfundible desesperación... una desesperación consciente, en apariencia lo bastante como para probar las teorías de Herbert West. Desde luego, los nervios recordaban la última acción del hombre en vida, pugnar por escapar del aeroplano abatido.

Lo que siguió nunca lo sabré con certeza. Pudo tratarse sólo de una alucinación, fruto del choque causado en ese instante por la completa y repentina destrucción del edificio bajo un cataclismo causado por un bombardeo alemán... ¿quién puede decirlo con certeza, ya que West y yo fuimos los únicos supervivientes encontrados? Era lo que gustaba de pensar West antes de su repentina desaparición, pero a veces dudaba, ya que era extraño que ambos hubiéramos sufrido la misma alucinación. El escalofriante suceso en sí mismo era bastante simple, notable tan sólo por sus implicaciones.

El cuerpo de la mesa se había alzado tanteando de forma ciega y terrible, y oímos un sonido. No puedo llamarlo una voz, ya que resultaba demasiado espantoso. Pero ni siquiera su entonación era lo más horrible. Ni tampoco su

mensaje... tan sólo era el grito de: «¡Salta, Ronald, por el amor de Dios, salta!» Lo verdaderamente aterrador era el lugar de origen.

Ya que procedía de la gran tina tapada en aquel necrófilo rincón colmado de reptantes sombras negras.

VI

Las legiones de la tumba

Cuando el doctor Herbert West desapareció hace un año, la policía de Boston me interrogó sin piedad. Sospechaban que yo ocultaba algo, o quizás tenían hipótesis aún más serias; pero yo no podía contarles la verdad por la sencilla razón de que no me hubieran creído. Sabían, es cierto, que West realizaba actividades inauditas para la gente vulgar, ya que sus espantosos experimentos tendentes a reanimar cuerpos muertos habían sido demasiado dilatados como para poder mantener un secreto total; pero la alucinante catástrofe final contenía elementos de fantasía demoniaca que me llevan incluso a dudar de lo visto.

Fui el amigo más íntimo de West y su único ayudante secreto. Nos habíamos conocido años atrás en la facultad de Medicina y desde un principio compartí sus terribles investigaciones. Poco a poco había intentado perfeccionar una solución que, inyectada en las venas de los recién fallecidos, pudiera devolverles la vida; un trabajo que necesitaba de abundantes cadáveres frescos y que, por tanto, implicaba actuaciones de lo más antinatural. Aún me estremezco al pensar en el fruto de alguno de nuestros experimentos... escalofrantes amasijos de carne que habían estado muertos, pero que West despertaba a una animación ciega, descerebrada y nauseabunda. Tales eran los habituales resultados, ya que en lo tocante a revivir el intelecto se necesitaban sujetos tan recientes que ninguna degeneración pudiera haber afectado a las delicadas células cerebrales.

Esa necesidad de cadáveres tan sumamente frescos había supuesto la ruina moral de West. Resultaban difíciles de lograr, y un espantoso día se había hecho con un espécimen mientras aún estaba vivo y vigoroso. Una lucha, una aguja y un potente alcaloide lo habían convertido en un cadáver de lo más fresco, y el experimento había alcanzado el éxito por un breve y memorable instante; pero West había salido con un alma encallecida y marchita, y unos ojos que se endurecían a veces al posarse sobre algunas gentes de cerebro especialmente sensible y físico notablemente vigoroso, como calibrándolos de forma calculadora y espantosa. Al final comencé a temer atrozmente a West, ya que había empezado a mirarme así. La gente no parecía notar sus miradas, pero advertían mi temor y, tras su desaparición, me convertí en el blanco de algunas absurdas sospechas.

En realidad, West tenía más miedo que yo, ya que sus abominables experimentos llevaban aparejados una vida furtiva y el sentir escalofríos de cada sombra. En parte temía a la policía, pero a veces su nerviosismo tenía causas más

profundas y nebulosas, atañendo a ciertos seres indescriptibles a los que había insuflado vida malsana, y a los que no había visto perder ese hálito. Generalmente ponía fin a sus experimentos con un revólver, pero no siempre fue lo bastante rápido. Estaba ese primer espécimen en cuya violada tumba se descubrieron más tarde señales de que alguien había arañado. También el cuerpo de aquel profesor de Arkham que había cometido actos de canibalismo antes de ser capturado y encerrado, sin ser identificado, en una celda para locos de Sefton, donde estuvo dándose cabezazos contra las paredes por espacio de dieciséis años. La mayoría de los otros posibles resultados supervivientes eran seres más difíciles de describir... ya que en los últimos años el afán científico de West había degenerado hasta una manía despiadada y fantasiosa, malgastando su gran talento en revivir no cuerpos humanos íntegros, sino partes separadas o unidas a materia orgánica no humana. Esto se había tornado diabólicamente repulsivo en la época de su desaparición, y muchos de los experimentos no me atrevo ni a insinuarlos por escrito. La Gran Guerra, en la que ambos servimos como cirujanos, había agudizado esta faceta de West.

Cuando califico el miedo de West por sus especímenes como nebuloso, tengo en mente su complicada naturaleza. Parte se debía sencillamente al conocimiento de la existencia de esos indescriptibles monstruos, mientras que otra provenía del temor al daño corporal que pudieran causarle en ciertas circunstancias. La desaparición de los seres añadía horror a la situación... West sólo conocía el paradero de uno, el lastimoso ser del asilo. También había un miedo más oculto... una aprensión fantástica en extremo, resultado de un curioso experimento realizado durante nuestra estancia en el ejército canadiense en 1915. West, en medio de una gran batalla, había reanimado al mayor sir Eric Moreland Clapham-Lee, D.S.O., un compañero de estudios que estaba al tanto de nuestros experimentos y que hubiera sido capaz de repetirlos. Había resultado decapitado, así que se procedió a investigar las posibilidades de vida inteligente que pudiera albergar el tronco. Justo en el instante en que el edificio saltaba por los aires alcanzado por el fuego de artillería alemán, sucedió algo. El tronco se había movido conscientemente y, por increíble que pueda parecer, estábamos aterradoramente seguros de que sonidos articulados habían brotado de la arrancada cabeza que yacía en un rincón en sombras del laboratorio. En cierta forma, el proyectil llegó en el momento justo... pero West nunca obtuvo la certeza que buscaba: que nosotros dos éramos los únicos supervivientes. Solía entregarse a atemorizadas conjeturas acerca de las posibles actividades de un médico decapitado con capacidad para reanimar a los muertos.

La última residencia de West estuvo en una venerable mansión, muy elegante, enfrente de uno de los más viejos cementerios de Boston. Había elegido el lugar por puro símbolo, así como por razones fantasiosamente estéticas, ya que la mayoría de las sepulturas databan de la época colonial y, por tanto, eran de escasa utilidad para un científico necesitado de cuerpos frescos. El laboratorio estaba en un subsótano construido en secreto por albañiles forasteros, y contenía un gran horno crematorio para una eliminación completa y tranquila de los cuerpos, así como los fragmentos y las blasfemias artificiales que pudieran resultar de las enfermizas investigaciones y

los impíos divertimentos del dueño. Al abrir ese sótano, los trabajadores habían topado con mampostería extremadamente antigua, sin duda relacionada con el viejo cementerio, aunque demasiado profunda como para estar conectada con ningún sepulcro conocido del mismo. Tras unos cálculos, West llegó a la conclusión de que se trataba de alguna estancia secreta bajo la tumba de los Averill, cuyo último enterramiento databa de 1768. Yo le acompañé cuando estudiaba los muros incrustados y goteantes descubiertos por las palas y las azadas de los obreros, y me preparaba para el tremendo escalofrío que acompañaría al descubrimiento de secretos inhumados durante siglos; pero, por primera vez, una nueva renuencia ahogó la natural curiosidad de West, traicionando su degenerada veta al mandar dejar intacta y tapar la mampostería. Así permaneció hasta aquella infernal noche última, formando parte de los muros del laboratorio secreto. He dicho degeneración de West, pero debo añadir que eso era algo meramente mental e intangible. De puertas afuera, era el de siempre: tranquilo, frío, delgado, rubio, con ojos azules cubiertos con gafas y un aire general de juventud que los años y los terrores no parecían haber cambiado. Parecía calmado, aun cuando el pensar en esa tumba lo carcomía y le obligaba a mirar por encima del hombro, incluso cuando pensaba en el ser carnívoro que roía y arañaba los barrotes de Sefton.

El fin de Herbert West comenzó una tarde en nuestro estudio compartido, cuando dividía su peculiar mirada entre el periódico y yo. Un titular extraño había captado su atención desde la arrugadas páginas y pareció que, tras dieciséis años, le alcanzaba la garra de un titán. Un suceso abominable e increíble había tenido lugar en el asilo de Sefton, a cien kilómetros, espantando a la vecindad y desconcertando a la policía. Durante la madrugada, un pelotón de hombres silenciosos habían accedido a los terrenos y su jefe había despertado a los celadores. Era una amenazadora figura militar que hablaba sin mover los labios y cuya voz parecía casi proceder, como por arte de ventriloquia, de una inmensa maleta negra que portaba. Su rostro inexpresivo era apuesto hasta casi la belleza deslumbrante, pero había impresionado al superintendente cuando se expuso a la luz del salón... ya que se trataba de un rostro de cera con ojos de cristal pintado. Algún indescriptible accidente había mutilado a este hombre; un hombre más grande guiaba sus pasos, una masa repugnante cuyo azulado rostro parecía medio devorado por alguna desconocida dolencia. El portavoz había reclamado al monstruo caníbal enviado desde Arkham dieciséis años antes y, al rehusárselo, desencadenó una tremenda batahola con una señal. Los demonios habían golpeado, pisoteado y lacerado a los celadores que no acertaron a huir, matando a cuatro y consiguiendo por último la liberación del monstruo. Las víctimas capaces de recordar el suceso sin caer en la histeria juraban que las criaturas actuaban más como autómatas dirigidos por el jefe del rostro de cera que como seres humanos. Cuando pudo llegar ayuda, el rastro de aquellos hombres y su demente cargamento se había ya esfumado.

Desde que leyó esto hasta la medianoche, West permaneció casi paralizado. A medianoche sonó el timbre, haciéndole brincar espantado. Todos los criados dormían en el ático, así que fui yo a abrir. Tal como he contado a la policía, no había ningún

vehículo en la calle, sino tan sólo un grupo de figuras de extraña catadura que transportaban una gran caja cuadrada que depositaron en el recibidor, tras lo cual uno de ellos barbotó con una voz antinatural en extremo:

—Envío urgente... portes pagados.

Se fueron con andares bruscos y, mientras los observaba alejarse, tuve la extraña sensación de que volvía hacia el antiguo cementerio con cuya zaga lindaba la casa. Cuando cerré de golpe la puerta, West bajó y examinó la caja. Tenía unos sesenta centímetros cuadrados y ostentaba el nombre correcto de West, así como su dirección actual. También lucía la inscripción: «De Eric Moreland Clapham-Lee. St. Eloi, Flandes.» Seis años antes, un hospital bombardeado se derrumbó sobre el reanimado tronco sin cabeza del doctor Clapham-Lee y sobre la cabeza que, tal vez, había llegado a articular sonido.

Ni siquiera entonces se alteró West. Su talante era más lúgubre. Dijo con rapidez:

—Es el fin... pero antes quemaremos... quemaremos esto.

Llevamos la caja abajo, al laboratorio, aguzando el oído. No recuerdo muchos detalles —pueden hacerse cargo de mi estado mental—, pero es una maliciosa mentira que fuese el cuerpo de West lo que introduje en el horno crematorio. Entre ambos, metimos la caja de madera sin abrir, cerramos la portezuela y giramos el conmutador. A pesar de todo, no brotó sonido alguno de la caja.

Fue West quien primero advirtió que se caía el yeso en esa parte de la pared donde habían cubierto la vieja albañilería de la tumba. Quise huir corriendo, pero él me retuvo. Entonces vi una pequeña abertura negra, sentí un necrofílico viento helado y aspiré el hedor a osario de las entrañas de la putrefacta tierra. No hubo ningún ruido, pero entonces se fueron las luces y, perfilada contra algún tipo de fosforescencia del mundo interior, vi tal horda de seres silenciosos, moviéndose trabajosamente, como sólo la locura, o algo peor, podría llegar a concebir. En conjunto eran humanos, semihumanos, parcialmente humanos y totalmente inhumanos... la horda resultaba grotescamente heterogénea. Apartaban tranquilamente las piedras, una tras otra, del muro centenario. Y después, al ampliar lo bastante la brecha, penetraron en fila india en el laboratorio, guiados por el crispado ser de la hermosa cabeza de cera. Una especie de monstruosidad con ojos enloquecidos que iba tras el jefe atrapó a Herbert West. West no se resistió ni articuló sonido. Entonces le atacaron a una, despedazándolo ante mis ojos, llevándose los trozos consigo a aquella subterránea cripta de fabulosas abominaciones. El jefe de la cabeza de cera, que vestía uniforme de oficial canadiense, llevaba la cabeza de West. Mientras desaparecían, vi que los ojos azules tras las lentes ardían de forma espantosa con un primer atisbo de emoción frenética, patente.

Los criados me encontraron inconsciente por la mañana. West no estaba. El horno contenía sólo cenizas imposibles de identificar. Los detectives me han interrogado, ¿pero qué puedo decir? No conectan la tragedia de Sefton con West, ni con los hombres de la caja, cuya existencia niegan. Les conté lo de la cripta, y ellos me señalaron el yeso intacto en el muro y se rieron. Así que no dije más. Me acusan

de ser un loco o un homicida... y seguramente estoy loco. Pero quizás no lo estaría si esas malditas legiones de la tumba no hubieran guardado aquel silencio tan total.

HIPNOS²⁷

*Acerca del sueño, esa siniestra aventura de todas nuestras
noches, podemos decir que los hombres se acuestan a diario
con una audacia que resultaría incomprensible si no supiéramos
que se debe a la ignorancia del peligro.*
BAUDEIAIRE

Quieran los dioses misericordiosos, si es que existe alguno, guardar esas horas durante las que ni la fuerza de voluntad ni las drogas fruto del ingenio humano pueden mantenerme a salvo de los abismos del sueño. La muerte es piadosa, pues carece de retorno; pero aquel que regresa de las más profundas estancias de la noche, ojeroso y sabio, nunca más disfruta de plácido descanso. Loco tenía que estar para sumirme con aquella avidez desatada en los misterios que hombre alguno ha osado penetrar; él era un dios o un loco... mi único amigo, aquel que me condujo y me precedió, y que al final sufrió terrores que pueden acabar convirtiéndose en los míos.

Recuerdo que nos conocimos en una estación de tren, donde él era el centro de un círculo de vulgares mirones. Estaba inconsciente, atacado por una especie de convulsión que afligía a su magro cuerpo vestido de negro con una extraña rigidez. Supongo que tendría unos cuarenta años entonces, ya que había hondas arrugas en su rostro, chupado y consumido, y no obstante oval y atractivo; asimismo, había toques de gris en el cabello espeso y ondulado, y en la barba corta y cerrada que una vez tuviera el color del ala de cuervo. Su frente era blanca como mármol del Pentélico, de una altura y amplitud casi divinas. Me dije para mí, con pasión de escultor, que este hombre era la efigie de un fauno de la antigua Grecia sacada de las ruinas de algún templo e insuflada de vida en nuestra época para hacerla sentir el frío y el castigo de los años implacables. Y cuando abrió aquellos ojos negros, inmensos, hundidos y extrañamente luminosos, supe que sería mi único amigo —el único amigo de alguien que jamás tuvo ninguno—; ya que comprendí que tales ojos debían haber mirado abiertamente la grandeza y el terror de regiones apartadas de cualquier conocimiento y realidad vulgares; regiones que yo había amado en mi fantasía, aunque las había buscado en vano. Así que hice a un lado al gentío y le invité a venir a casa, a ser mi mentor y guía en los misterios insondados; y él aceptó sin mediar palabra. Luego descubriría que su voz era música... la música de profundas violas y esferas cristalinas. Solíamos hablar de noche, y también de día,

²⁷ *Hypnos* (mayo de 1922). Primera publicación: *The National Amateur*, mayo de 1923. No existe manuscrito.

mientras yo cincelaba bustos a su imagen y tallaba diminutas cabezas de marfil para inmortalizar sus diversas expresiones.

Resulta imposible relatar nuestros estudios, ya que guardan muy poca conexión con el mundo de los hombres. Eran tocantes a ese universo más amplio y espantoso de difusa existencia y conciencia que subyace a la materia, el tiempo y el espacio, y cuya existencia tan sólo atisbamos en ciertos sueños... esos sueños extraños que están más allá de los sueños, que nunca acuden a los hombres vulgares y sólo lo hacen una o dos veces en toda la vida de un hombre sensible. El cosmos que conocemos conscientemente, nacido de ese universo como una burbuja surge de la pipa de un guasón, lo roza tan sólo como la burbuja puede volver a su descuidada fuente, cuando es sorbida por el capricho del guasón. Los eruditos sospechan un poco todo esto, aunque ignoran la mayor parte. Los sabios han interpretado los sueños y los dioses se han reído. Un hombre de ojos orientales dijo que el tiempo y el espacio resultan relativos, y la gente se burló. Pero incluso este hombre de ojos orientales no ha hecho sino suponer. Yo deseaba y traté de tener algo más que suposiciones; y mi amigo lo intentó y lo logró en parte. Así que lo intentamos juntos y, mediante drogas exóticas, buscamos sueños terribles y prohibidos en el estudio de la torre, en la vieja casa solariega del antiguo Kent.

Entre las agonías de aquellos días se encuentra la cúspide de los tormentos... la incapacidad de transmitirlo. jamás podré explicar lo visto y aprendido durante aquellas horas de impías exploraciones... dado que carecemos de símbolos o similares en cualquier lenguaje. Digo esto porque, de principio a fin, nuestros descubrimientos se movían tan sólo en la órbita de las sensaciones; sensaciones que carecen de correlación con cualquier impresión que el sistema nervioso de la humanidad normal pueda ser capaz de recibir. Eran sensaciones, aunque en ellas había increíbles elementos de tiempo y espacio... cosas que, en el fondo, carecen de existencia distinta y definida. Las palabras humanas que mejor pueden reflejar el carácter general de nuestras experiencias son las de zambullidas o remotes; ya que en cada periodo de revelación, una parte de nuestras mentes se lanzaba audazmente lejos de todo cuanto es real y presente, abalanzándose etérea a lo largo de estremecedores y oscurecidos abismos en los que acechaba el miedo; atravesando en ocasiones algunos obstáculos típicos y definidos, descriptibles sólo como nubes de vapores rudos y viscosos. Cuándo estábamos juntos, mi amigo iba siempre muy por delante; yo podía notar su presencia a pesar de la ausencia de forma, gracias a una especie de memoria pictórica mediante la que se me presentaba su rostro, dorado por una extraña luz y espantoso en su insólita belleza, sus mejillas anormalmente juveniles, sus ojos ardientes, su frente olímpica y sus sombrías cabellera y barba.

No conocíamos el paso del tiempo, ya que éste se había convertido para nosotros en la más simple de las ilusiones. Sólo sabíamos que en todo esto debía estar mezclado algo muy singular, ya que al final nos maravillábamos de no envejecer. Nuestro discurso era malsano y siempre espantosamente ambicioso... ni dios ni demonio podía haber aspirado a descubrir y conquistar lo que nosotros planeábamos entre susurros. Me estremezco al mencionarlo, y no oso entrar en detalles; aunque

quiero decir que mi amigo plasmó en papel, en cierta ocasión, un deseo que no se atrevía a pronunciar; algo que me llevó a quemar el papel y contemplar espantado a través de la ventana el constelado cielo nocturno. Quiero insinuar, sólo insinuar, que tenía metas que tocaban al gobierno del universo conocido, y aún más; sueños en los que la tierra y las estrellas girarían a su antojo, y los destinos de todos los seres vivos se encontrarían en sus manos. Afirmo, juro, que yo no tenía parte en esas desorbitadas aspiraciones, ya que no soy lo bastante fuerte como para afrontar esa inmencionable guerrilla en esferas inmencionables que es la única forma de alcanzar un deseo tal.

Hubo de suceder la noche en que los vientos de desconocidos espacios nos hicieron girar irresistiblemente en ilimitados vacíos más allá de todo pensamiento y entidad. Percepciones de una clase enloquecedoramente imposible de transmitir al vulgo; percepciones de infinito que al mismo tiempo nos convulsionaba de placer, aun cuando he olvidado una parte, y la otra me siento incapaz de describirla. Hendíamos viscosos obstáculos en rápida sucesión, y al fin sentí que habíamos sido llevados a zonas más remotas de lo que nadie nunca hubiera previamente conocido. Mi amigo iba infinitamente por delante al zambullirnos en ese espantable océano de éter virgen, y pude contemplar la siniestra alegría en su rostro-memoria flotante, luminoso, demasiado joven. Bruscamente, ese rostro se tornó borroso y desapareció con rapidez, y en breve me encontré proyectado contra un obstáculo que no pude atravesar. Era como los otros, aunque incalculablemente más denso; una masa húmeda y pegajosa, si tales términos pueden aplicarse a análogas cualidades de una esfera no material.

Sentía que había sido detenido por una barrera que mi amigo y guía había logrado traspasar. Debatiéndome de nuevo, finalicé mi sueño de drogas y abrí mis ojos físicos en la torre estudio, en cuyo rincón opuesto se reclinaba la figura de mi compañero de sueños, pálida y aún inconsciente; extrañamente ojeroso y curiosamente bello mientras la luna derramaba luces verde y oro sobre sus facciones marmóreas. Entonces, tras un corto intervalo, la silueta del rincón se agitó y quiera el cielo misericordioso evitar a mis sentidos otra escena como la que presencié entonces. No puedo relatar cómo aullaba, o qué imágenes de infiernos prohibidos relumbraron por un segundo en esos ojos negros enloquecidos por el miedo. Sólo puedo decir que me desvanecí y no recobré el sentido hasta que él mismo se recuperó y me sacudió llevado de un ansia frenética de tener a alguien junto al que mantener a raya el terror y la desolación.

Ése fue el final de nuestras voluntarias incursiones en las cavernas del sueño. Atemorizado, estremecido y deslumbrado, mi amigo, que había estado tras la barrera, me previno contra volver a aventurarme en esa región. No osó hablarme de lo visto, pero dijo que, a su juicio, debíamos dormir lo menos posible, recurriendo si era necesario a las drogas para mantenernos despiertos. Que tenía razón, pronto lo comprobé gracias al miedo indecible que me acometía cada vez que desfallecía mi conciencia. Tras cada corto e inevitable periodo de sueño me sentía más viejo, mientras mi amigo envejecía con una rapidez casi anonadante. Resultaba espantoso

el ver formarse las arrugas y encanecer los cabellos casi mientras uno miraba. Nuestra forma de vida se alteró completamente. De, hasta donde yo sabía, ermitaño —ni su verdadero nombre ni origen habían nunca escapado de sus labios—, mi amigo pasó a ser alguien con un terror casi patológico a la soledad. No podía permanecer solo de noche, ni se apaciguaba con la compañía de unos pocos. Tan sólo obtenía remedio asistiendo a las concurrencias más abigarradas y tumultuosas; así que pocas reuniones de juventud y jarana nos eran ajenas. Nuestro aspecto y edad parecía desatar la mayor parte de las veces un ridículo que me zahería en lo más hondo; pero mi amigo lo veía como un mal menor frente a la soledad. Especialmente tenía miedo de encontrarse a solas fuera de casa cuando brillaban las estrellas, y si se veía forzado a ello a menudo observaba furtivamente el cielo, como si lo persiguiera algún ser monstruoso de lo alto. No siempre miraba al mismo punto del cielo... parecía hacerlo a distintos lugares en ocasiones diferentes. Las noches de primavera a un punto bajo, al noreste. En verano cerca del cenit. En otoño al noroeste. En invierno al este, sobre todo hacia la madrugada. Las noches de mediados de invierno parecían espantarlo menos. Sólo al cabo de dos años conecté ese temor con algo en especial; por entonces me di cuenta de que debía buscar un punto en especial de la bóveda celeste, cuya posición en las diferentes estaciones se correspondía con la dirección de su mirada... un punto, a grandes rasgos, marcado por la constelación Corona Borealis.

Ahora teníamos un estudio en Londres, sin separarnos nunca, pero sin comentar jamás los días en que habíamos tratado de sondear los misterios del mundo irreal. Estábamos envejecidos y cansados por culpa de drogas, disipación y tensión nerviosa; y el cabello y barba raleantes de mi amigo ya eran blancos como la nieve. Nuestra capacidad para pasar sin largos sueños resultaba sorprendente, ya que raramente sucumbíamos más de una o dos horas a esa sombra que ahora nos resultaba una amenaza tan espantosa. Entonces llegó aquel enero de niebla y lluvia, cuando escaseaba el dinero y nos era difícil comprar drogas. Ya habíamos vendido todas mis estatuas y cabezas de marfil, y carecía de medios para obtener más material, o, de haberlos tenido, energías para modelarlas. Sufríamos terriblemente, y una noche mi amigo cayó en un profundo sueño del que no logré despertarlo. Aun ahora puedo recordar la escena... el desolado y tenebroso estudio de la buhardilla, bajo el alero golpeado por la lluvia; el tictac de nuestro solitario reloj de pared, el imaginario latir de nuestros relojes de pulsera descansando sobre el tocador; unos pocos ruidos de ciudad lejanos, amortiguados por la niebla y la distancia; y, lo peor de todo, el profundo, rítmico, siniestro respirar de mi amigo sobre el diván... una acompasada respiración que parecía medir momentos de miedo y agonía insuperables para ese espíritu que vagaba por esferas prohibidas, inconcebible y espantosamente remotas.

La tensión de mi vigilia se tornó opresiva, y una extraña avalancha de impresiones triviales y asociaciones se agolpaban sobre mi mente casi trastornada. Oí dar una hora a un reloj —no al nuestro, que no era un carillón— y mi morbosa fantasía encontró en esto un nuevo punto de partida para enfermizas digresiones.

Relojes-tiempo-espacio-infinito, y luego mi imaginación regresaba a lo inmediato al pensar que en esos momentos, más allá del tejado y la niebla y la lluvia y la atmósfera, la Corona Borealis se estaba alzando sobre el noreste. Corona Borealis, a la que tanto parecía temer mi amigo, y cuya titilante semicircunferencia de estrellas debía brillar ahora invisible a través de inconmensurables abismos de éter. A la vez, mi oído febrilmente sensible creyó detectar un componente nuevo y completamente distinto en aquella blanda mescolanza de sonidos magnificados por las drogas... un gemido bajo y condenablemente insistente que llegaba de muy lejos: zumbando, clamando, burlándose, llamando, llamando desde el *noreste*.

Pero no fue ese gemido distante el que me privó de mis facultades e impuso sobre mi alma un sello de espanto que en mi vida lograré sacudir; no fue eso lo que desencadenó los alaridos y las convulsiones que llevaron a los vecinos y la policía a derribar la puerta. No fue lo oído, sino lo visto, ya que en esa habitación oscura, cerrada, tapada y velada por cortinas, en la esquina noreste, surgió un haz de horrible luz dorado rojiza... un haz que no provocó resplandor alguno en la oscuridad, pero que cayó sobre la reclinada cabeza del agitado durmiente, sacando de su interior, en odiosa réplica, el luminoso y extrañamente juvenil rostro-memoria que conociera en sueños de espacio abismal y tiempo desencadenado, cuando mi amigo quebró la barrera de aquellas secretas, hondas y prohibidas cavernas de pesadilla.

Y mientras miraba, vi alzarse la cabeza, con los ojos negros, líquidos y profundamente hundidos, desorbitados por el terror, y los labios delgados y sombríos se abrieron para proferir un grito demasiado espantoso como para intentar describirlo. En aquel rostro fantasmal y rígido que brillaba sin cuerpo, luminoso y rejuvenecido en la negrura, había más terror implacable, desbordado y enloquecedor del que todo el resto de cielo y tierra me hayan mostrado jamás. No hubo palabras entre el lejano sonido que se acercaba más y mas; pero mientras seguía la loca mirada del rostro-memoria, retrocediendo por el maldito haz de luz hacia la fuente, esa fuente de la que también procedía el gemido, vi demasiado en esa ojeada, y me desplomé con los oídos zumbando en un ataque de alaridos y epilepsia que atrajo a los porteros y a la policía. Nunca he podido explicar, por más que lo he intentado, qué fue exactamente lo que vi; ni lo hizo aquel rostro inmóvil, ya que, aunque presencié más que yo, nunca volverá a hablar. Pero siempre estaré en guardia contra el burlón y hambriento Hipnos, y contra las locas ambiciones del conocimiento y la filosofía.

Nadie sabe con certeza qué sucedió, ya que no sólo mi entendimiento quedó dañado por aquel suceso extraño y espantoso, sino que otros también fueron tocados por un olvido que no puede calificarse sino de locura. Dicen, no sé por qué, que nunca tuve amigo alguno; que ese arte, filosofía y locura habían colmado siempre mi trágica vida. Los vecinos y la policía me aquietaron aquella noche, y el médico me dio algo para calmarme, sin percatarse ninguno del suceso de pesadilla acaecido. Mi yerto amigo no los movió a compasión, pero lo que encontraron en el diván del estudio les hizo alabarme de una forma que me puso enfermo; y ahora gozo de una

fama que rechazo con desesperación mientras me siento durante horas —calvo, con la barba gris, impedido, trastornado por las drogas y quebrantado— a adorar y rezar al objeto que encontraron.

Ya que niegan que llegara a vender la última de mis estatuas, y señalan extasiados lo que el brillante haz de luz dejó helado, petrificado y mudo. Es cuanto queda de mi amigo; el amigo que me condujo a la locura y la destrucción; una cabeza divina en un mármol tal que sólo la vieja Hélade podría haber producido; joven, con esa juventud que resulta intemporal, y con un rostro bello y barbado, labios curvados y sonrientes, frente olímpica y espesa cabellera ondulada, coronada de amapolas. Dicen que ese recordatorio fantasmal está esculpido a mi semejanza, tal como era yo mismo a los veinticinco, pero en la base de mármol está tallado, en caracteres áticos, un solo nombre: HIPNOS.

EL SABUESO²⁸

I

En mis atormentados oídos resuena incesantemente una pesadilla de zumbidos y aleteos, y un aullido débil y distante, como el de un gigantesco sabueso. No es sueño —ni tampoco, me temo, locura—, ya que han tenido lugar demasiados sucesos como para permitirme tales dudas misericordiosas. St. John es un cadáver destrozado; tan sólo yo sé por qué, y porque lo sé voy a saltarme los sesos por temor a sufrir igual destino. A través de tenebrosos e ilimitados pasadizos de espantosa fantasmagoría se escabulle la némesis negra e informe que me empuja al suicidio.

¡Quiera el cielo perdonar la locura y morbo que nos llevaron a este monstruoso final! Hastiados de los lugares comunes de un mundo prosaico donde pronto se pierde el regusto del romance y la aventura, St. John y yo habíamos seguido con entusiasmo cada movimiento estético e intelectual que nos prometiera un respiro en nuestro devastador aburrimiento. En tiempos nos habíamos empapado de los enigmas de los simbolistas y los éxtasis de los prerrafaelistas, pero cada nueva moda agotaba pronto su divertida novedad y su reclamo. Sólo la sombría filosofía de los decadentes lograba retenernos, y tan sólo nos resultaba suficientemente fuerte incrementando progresivamente la hondura y lo demoníaco de nuestras exploraciones. Baudelaire y Huysman pronto quedaron vacíos de estremecimiento, hasta que por último sólo nos restaron los más directos estímulos de antinaturales aventuras y experiencias personales. Fue esta espantosa necesidad emocional lo que finalmente nos condujo por este detestable camino que aún en mi presente estado de temor menciono con vergüenza y reparo... ese odioso extremo de la atrocidad humana, la horrenda práctica de violar tumbas.

No puedo revelar los detalles de nuestras estremecedoras expediciones, o dar cuenta ni siquiera parcialmente de los peores trofeos que adornaban el indescriptible museo diseñado por nosotros mismos en la gran casa de piedra que habitábamos, solos y sin criados. Nuestro museo era un sitio blasfemo e inconcebible, donde con el satánico gusto de un virtuoso neurótico habíamos recreado un universo de terror y decadencia destinado a excitar nuestra mortecina sensibilidad. Era un cuarto secreto, abajo, muy abajo, donde grandes demonios alados, esculpidos en basalto y ónice, vomitaban por sus amplias y sonrientes bocas salvajes luces verdes y anaranjadas; y ocultos respiraderos agitaban en calidoscópicas danzas de la muerte las filas de rojos seres de ultratumba que entrelazaban las manos en las voluminosas colgaduras negras. A través de esos suspiros llegaban a voluntad los aromas que nuestros sentidos más apeteciesen. A veces el olor de los pálidos lirios fúnebres, en ocasiones

²⁸ *The Hound* (septiembre de 1922). Primera publicación: *Weird Tales*, febrero de 1925. Se conserva un esbozo del autor.

el narcótico incienso de imaginarios sepulcros orientales conteniendo a regios difuntos, y a veces —¡cómo me estremezco al recordarlo!— el espantoso, el agobiante hedor de las tumbas abiertas.

Contra los muros de esta repelente estancia se encontraban sarcófagos de antiguas momias, alternando con hermosos cuerpos, casi vivos, perfectamente disecados y conservados por el arte del taxidermista, y con lápidas hurtadas a todos los mas viejos camposantos del mundo. Nichos dispersos contenían cráneos de todas las formas, así como cabezas conservadas en distintos estadios de descomposición. Allí podían verse los restos podridos y expuestos de famosos aristócratas, así como los cabellos dorados, lozanos y radiantes de un chiquillo recién desenterrado. Había estatuas y pinturas, sobre todo tocantes a infernales temas; algunos de ellos obras de St. John y de mí mismo. Un portafolios cerrado con llave, realizado con piel humana curtida, contenía ciertos dibujos desconocidos e indescriptibles atribuidos al propio Goya, de quien se decía que nunca osó exponerlos a la opinión pública. Había nauseabundos instrumentos musicales de cuerda, metal y madera, con los que St. John y yo a veces interpretábamos disonancias de exquisita morbidez y horror cacodemoníaco; mientras que en una multitud de casilleros de ébano descansaba la más increíble e inimaginable variedad de trofeos fúnebres jamás reunida por la locura y la perversidad humana. Pero de estos trofeos no debo hablar... gracias a Dios, tuve el valor de destruirlos completamente antes de pensar en destruirme a mí mismo.

Las incursiones predatoras en las que recogíamos nuestros inmencionables tesoros eran siempre eventos artísticamente memorables. No éramos vulgares necrófilos, sino que obrábamos tan sólo en ciertas condiciones de humor, escenario, ambiente, clima, estación y fase lunar. Tales pasatiempos eran para nosotros la más exquisita forma de expresión artística y prestábamos a cada detalle un fastidioso cuidado técnico. Una hora inadecuada, un efecto de luz desentonando o una inadecuada manipulación de la tierra húmeda podía espantar casi totalmente de nosotros ese extasiado temblor que resultaba de la exumación de algún ominoso y burlón secreto de la tierra. Nuestra búsqueda de escenarios novedosos y excitantes condiciones era febril, jamás satisfecha... St. John guiaba siempre, y fue él quién al final abrió el camino hacia ese burlesco, ese maldito lugar que acarreó sobre nosotros la espantosa e inevitable condenación.

¿A través de qué maligna fatalidad fuimos atraídos a ese terrible camposanto holandés? Creo que fue el rumor y la leyenda acerca de alguien que llevaba enterrado allí cinco siglos, alguien que también fuera en vida un profanador de tumbas y que había robado un objeto de poder en un gran sepulcro. Aún puedo recordar los momentos finales de aquella escena... la pálida luz otoñal sobre las tumbas, derramando sombras horriblemente largas, los árboles deformes, inclinados de forma sombría contra la descuidada maleza y las losas desvencijadas; las legiones de murciélagos extraños y colosales volando al trasluz de la luna; la vieja iglesia cubierta de hierba, apuntando un inmenso dedo espectral hacia el cielo lívido; los insectos fosforescentes que bailaban como fuegos fatuos bajo los tejos en un rincón

apanado; el hedor a moho, vegetación y cosas menos identificables, entremezclándose débilmente con los aires nocturnos llegados de lejanos pantanos y mares; y, lo peor de todo, el débil aullido, con notas profundas, de algún gigantesco sabueso que no podíamos ver ni ubicar. Nos estremecimos al oír este atisbo de ladrido, recordando los relatos de labriegos, ya que a quien buscábamos había sido descubierto hacía siglos en este mismo sitio, destrozado y mutilado por las garras y los dientes de alguna bestia inexplicable.

Recuerdo cómo hurgamos con las palas en la tumba de aquel necrófilo; cómo nos estremecíamos de nuestra propia imagen, la tumba, la pálida luna menguante, las horribles sombras, los árboles deformes, los titánicos murciélagos, la vieja iglesia, los danzarines fuegos fatuos, los nauseabundos hedores, el leve soplo del viento nocturno y el extraño, oído a medias, aullido que no llegaba de ninguna dirección concreta y de cuya existencia real apenas podíamos estar seguros. Luego dimos con una sustancia más dura que el húmedo moho y vimos una caja ovalada y podrida, incrustada de depósitos minerales durante su larga e inalterada presencia en la tierra. Resultaba increíblemente dura y densa, pero era tan vieja que finalmente logramos forzarla y nos regalamos los ojos con el contenido.

Quedaba mucho, demasiado, a pesar de los quinientos años transcurridos. El esqueleto, aunque quebrantado en ciertas partes por las mandíbulas del ser que le diera muerte, se conservaba asombrosamente sólido, y nos congratulamos de la limpia calavera blanca y de sus largos y firmes dientes, así como de las órbitas vacías que una vez resplandecieran con una fiebre sepulcral parecida a la que nos consumía. Dentro del ataúd había un amuleto de curioso y exótico diseño, que aparentemente había estado suspendido del cuello del yacente. Era una figura, extrañamente formal, de un sabueso agazapado y alado, o la de una esfinge de rostro semicanino, y estaba exquisitamente trabajada en un estilo oriental y antiguo, en una pieza de jade verde. La expresión de ese rostro resultaba sumamente repulsiva, trasluciendo a un tiempo muerte, bestialidad y malevolencia. En torno a la base se encontraba una inscripción en caracteres que ni St. John ni yo pudimos reconocer; y al fondo, como la marca del artífice, habían esculpido una calavera grotesca y formidable.

Apenas pusimos los ojos en ese amuleto supimos que teníamos que poseerlo; que tal tesoro tenía que ser la lógica recompensa que tomásemos de esa tumba centenaria. Lo habríamos deseado aunque su diseño nos fuera ajeno por completo; pero, una vez examinado más detenidamente, descubrimos que nos era completamente extraño. De hecho, estaba lejos de todo arte o literatura que un lector cuerdo y equilibrado pueda conocer, pero lo reconocimos como ese ser que es insinuado en el prohibido *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred; ese horripilante símbolo espiritual del culto necrófago de la inaccesible Leng, en el Asia Central. Demasiado bien pudimos encontrar los siniestros perfiles descritos por el viejo demonólogo árabe; perfiles, escribía, tomados de alguna oscura manifestación sobrenatural de los espíritus de aquellos que mancillaron y se alimentaron de los muertos.

Cogiendo el objeto de jade verde, echamos un último vistazo a la calavera blanca y de órbitas vacías de su dueño y cubrimos la tumba hasta dejarla tal como la encontramos. Al abandonar ese lugar espantoso, con el amuleto robado en el bolsillo de St. John, creímos ver a los murciélagos abalanzarse en masa sobre la tierra recién profanada, como buscando algún alimento maldito y repugnante. Y, asimismo, mientras navegábamos al día siguiente entre Holanda y nuestro hogar, creímos oír el débil aullido lejano de algún sabueso gigantesco en la distancia. Pero el viento de otoño gemía triste y desasosegado y no pudimos estar seguros.

II

Menos de una semana después de nuestro regreso a Inglaterra comenzaron a acaecer sucesos extraños. Vivíamos como ermitaños, sin amigos, solos y sin criados, en unas pocas habitaciones de una casa solariega, sita en un páramo baldío y poco transitado; así que raramente venía alguna visita a llamar a nuestra puerta. Ahora, sin embargo, nos vimos perturbados por lo que parecía ser un deambular en la noche, no sólo en torno a las puertas, sino también de ventanas, tanto las altas como las bajas. En una ocasión nos pareció que un cuerpo largo y opaco oscurecía la ventana de la biblioteca al pasar ante la luna, y otra vez escuchamos zumbidos o aleteos a lo lejos. La investigación no reveló nada y comenzamos a achacar esos sucesos a nuestra imaginación... la misma imaginación curiosamente perturbada que aún sostenía en nuestros oídos el débil y lejano aullido que habíamos creído oír en el camposanto holandés. El amuleto de jade verde reposaba ahora en uno de los nichos de nuestro museo, y a veces encendíamos velas extrañamente aromatizadas ante él. Leíamos mucho en el *Necronomicón* de Alhazred acerca de sus propiedades, y sobre la relación de los espíritus de los demonios con los objetos que los simbolizaba, y nos sentimos turbados por lo leído. Entonces llegó el terror.

La noche del 24 de septiembre de 19... oí un golpe en la puerta de mi alcoba. Creyendo que era St. John, le invité a entrar, pero tan sólo obtuve como respuesta una risa estridente. No había nadie en el pasillo. Cuando hube despertado a St. John, se manifestó totalmente ajeno al suceso, y se vio tan perplejo como yo. Fue la noche en la que el aullido débil y lejano sobre el páramo se convirtió para nosotros en una certeza tangible y espantosa. Cuatro días después, mientras estábamos en el museo oculto, se produjo un rasguñar bajo y cauteloso en la puerta sencilla que llevaba a la escalera secreta de la biblioteca. Nuestro susto fue doble, ya que unido al miedo a lo desconocido estaba el que siempre habíamos tenido el temor a que se descubriese nuestra espantable colección. Apagando todas las luces, fuimos a la puerta y la abrimos de golpe; fue entonces cuando sentimos un inexplicable soplo de aire y escuchamos, como en retroceso, una mezcla de susurros, risas entre dientes y charla articulada. No tratamos de determinar si nos habíamos vuelto loco, soñábamos o si estábamos en nuestros cabales. Tan sólo supimos, sumidos en la más

negra aprensión, que aquella charla aparentemente incorpórea se realizaba sin duda alguna en *holandés*.

A partir de entonces vivimos en un creciente horror y fascinación. Principalmente sustentábamos la teoría de que estábamos enloqueciendo junto por culpa de nuestra vida de placeres antinaturales; pero a veces nos complacíamos en plantearnos el drama de las víctimas de alguna maldición reptante y abominable. Las manifestaciones extravagantes resultaban demasiado frecuentes ahora como para relatarlas. Nuestra solitaria casa parecía albergar la presencia de algún ser maligno cuya naturaleza no podíamos conjeturar, y cada noche el demoníaco aullido iba y venía a través del ventoso páramo, incrementándose sin cesar. El 29 de octubre encontramos en la tierra blanca, bajo la ventana de la biblioteca, una serie de pisadas imposibles por completo de describir. Eran tan desconcertantes como las hordas de grandes murciélagos que merodeaban alrededor de la vieja casa en un número sin precedentes, siempre aumentando.

El horror culminó el 18 de noviembre, cuando St. John, que volvía a casa tras el ocaso desde la lejana estación de tren, fue atrapado por algún espantoso carnívoro y resultó despedazado. Sus gritos llegaron hasta la casa y, mientras yo corría hacia la terrible escena, tuve tiempo de escuchar batir de alas y atisbar una nebulosa silueta negra perfilada contra la luna naciente. Mi amigo agonizaba cuando pude hablar con él, y no fue capaz de darme respuestas coherentes. Todo cuanto pudo fue el susurrar:

—El amuleto... esa cosa maldita...

Entonces cedió, convertido en una masa inerte de carne desgarrada.

Lo enterré a la medianoche siguiente en uno de nuestros descuidados jardines, murmurando sobre su cuerpo uno de los diabólicos rituales de los que tanto gustara en vida. Al pronunciar la última y demoníaca frase, oí a lo lejos en el páramo el débil aullido de algún sabueso gigantesco. Había salido la luna, pero no osé mirar. Y cuando vi sobre el páramo, tenuemente iluminado, una gran sombra indistinta que saltaba de un montículo a otro, cerré los ojos y me lancé de bruces al suelo. Cuando me incorporé tembloroso, no sé cuánto después, fui tambaleándome hacia la casa y realicé estremecidas reverencias en honor de amuleto de jade.

Temeroso ahora de vivir solo en la vieja casa del páramo, me fui al día siguiente a Londres, llevándome el amuleto tras quemar y enterrar el resto de nuestra impía colección. Pero tres noches más tarde oí de nuevo el aullido y, antes de una semana, sentía en la oscuridad ojos extraños clavados en mí. Una tarde, paseando por el muelle Victoria en busca de un poco de aire fresco, vi una negra silueta oscurecer el reflejo de una de las lámparas en el agua. Soplaban un aire más fuerte que el viento nocturno y comprendí que lo que había alcanzado a St. John me alcanzaría también a mí.

Al día siguiente envolví cuidadosamente el amuleto de jade y me embarqué rumbo a Holanda. Cuánta misericordia podía lograr devolviendo aquello a su silencioso y yacente dueño era algo que no podía saber, pero pensaba que al menos debía dar cualquier paso lógicamente concebible. Qué era el sabueso y por qué me perseguía eran preguntas aún indistintas; pero yo había oído por primera vez su

aullido en el viejo camposanto y cada suceso posterior, incluso el susurro agonizante de St. John, habían servido para conectar la maldición con el robo del amuleto. Por tanto, me vi sumido en el más profundo abismo de desesperación cuando, en un hotel de Rotterdam, descubrí que los rateros me habían privado del único medio de salvación.

El aullido resonó con fuerza esa noche, y a la mañana siguiente leí de un indescriptible suceso acaecido en el peor barrio de la ciudad. La chusma estaba aterrorizada, ya que sobre una turbia casa de vecindad había caído una muerte roja que rebasaba los más enloquecidos crímenes del barrio. En una mísera madriguera de ladrones toda una familia había resultado despedazada por algún ser ignorado que no dejó huella alguna, y quienes se encontraban en las proximidades habían oído por la noche, entre la habitual algarabía de voces ebrias, una nota débil, profunda e insistente, como la de un sabueso gigantesco.

Así que al fin me encontré de nuevo en aquel maligno camposanto sobre el que una pálida luna invernal lanzaba sombras espantosas, y los árboles deshojados se ladeaban de forma sombría hacia la hierba rala y helada y las lápidas desmenuzadas, y la iglesia cubierta de hiedra apuntaba un ofensivo dedo hacia el cielo hostil, y el viento nocturno aullaba de forma maníaca procedente de helados pantanos y mares gélidos. El aullido ahora era muy débil y se detuvo al acercarme a la vieja tumba que ya una vez profanara, y mi llegada espantó a una horda anormalmente grande de murciélago que antes viera remolonear de forma curiosa por los alrededores.

No sé si había ido sólo a rezar o a farfullar súplicas y disculpas enloquecidas para el quieto ser blanco que yacía en su interior; pero, cualesquiera que fueran mis motivos, atacué el césped medio helado con una desesperación que me salía en parte de dentro y en parte de una dominante voluntad externa a la mía. El cavar resultó mucho más fácil de lo esperado, aunque en cierto momento sufrí una extraña interrupción, cuando un buitre flaco se abatió desde el cielo helado para picotear frenético la tierra de la tumba hasta que lo maté con un golpe de pala. Por último llegué a la podrida caja ovalada e hice a un lado las húmedas incrustaciones que la cubrían. Ése resultó el último acto racional que llevé a cabo.

Ya que, agazapado en ese ataúd centenario, arropado por un prieto séquito de pesadilla de inmensos, nervudos, dormidos murciélagos, se hallaba el ser óseo al que despojáramos mi amigo y yo; pero ya no limpio y tranquilo como lo viéramos, sino cubierto de sangre coagulada y jirones de carne y pelo ajenos, acechándome despierto con órbitas fosforescentes y agudos colmillos ensangrentados que sonreían aviesamente, burlándose de mi inevitable condenación. Y cuando de aquellas sonrientes fauces brotó un aullido profundo y sardónico, como el de algún sabueso gigantesco, y vi que sostenía en su sucia zarpa ensangrentada el perdido y fatídico amuleto de jade verde, tan sólo grité y eché a correr de forma estúpida, con mis gritos desembocando sin tardanza en carcajadas de risa histérica.

La locura cabalga el viento entre las estrellas... garras y dientes afilándose sobre cientos de cadáveres... muerte goteando a horcajadas de una bacanal de murciélagos procedentes de ruinas negras como la noche, en sepultados templos de Belial... ahora,

mientras el aullido de esta monstruosidad muerta y descarnada se hace más y más fuerte, y los sigilosos susurros y aleteos de esas malditas alas membranosas dan vueltas más y más cerca, lograré gracias a mi revólver el olvido, que es el único refugio contra lo innombrado y lo innombrable.